William Gibson

Mona Lisa acelerada

Lectulandia

Con este libro William Gibson cierra su trilogía de la serie Sprawl (Neuromante, Conde cero y Monalisa acelerada). El libro está lleno de referencias a las dos primeras partes, aparecen personajes tan entrañables como Molly, Bobby, Angie y hasta el Finlandés. No es necesario haberse leído las dos anteriores entregas, aunque sí se hace muy recomendable, sólo por el hecho que si a alguien no le quedó claro el desenlace del primer libro, aquí le echa un poco más de luz. Si por contra no los has leído, puede que te tire un poco por los suelos el desenlace del primero y un poco la trama del segundo.

Lectulandia

William Gibson

Monalisa acelerada

ePUB v1.0
Superluper 05.04.12

más libros en lectulandia.com

Nombre original *Mona lisa overdrive*
Primera publicación 1988
Primera edición: junio de 1992
Traducción de José Arconada
Scan y 1ª Revisión: Ebanska
Primera edición ePub Abril 2012

A mi hermana,
Fran Gibson,
con asombro y amor..

El humo

EL fantasma fue el regalo de despedida de su padre; se lo entregó un secretario vestido de negro en una sala de embarque de Narita.

Las dos primeras horas del vuelo a Londres lo tuvo olvidado en el bolso: un rectángulo liso y oscuro, un lado impreso con el ubicuo logo de la Maas-Neotek, el otro ligeramente curvo para ajustarse a la palma del usuario.

Ella iba sentada muy erguida en su asiento de primera clase, con los rasgos armados en una pequeña y fría máscara que era réplica de la más característica expresión de su difunta madre. Los asientos vecinos estaban vacíos: su padre los había comprado. Rechazó la comida ofrecida por el nervioso camarero. Los asientos desocupados lo asustaban: evidencias de la riqueza y el poder del padre de ella. El hombre vaciló, hizo una reverencia y se retiró. Muy brevemente, ella permitió que la máscara sonriera la sonrisa de su madre.

Fantasmas, pensó más tarde, cuando sobrevolaban Alemania, mirando fijamente el tapizado del asiento contiguo. Qué bien trataba su padre a sus fantasmas.

También había fantasmas al otro lado de la ventanilla; fantasmas en la estratosfera del invierno de Europa, imágenes parciales que cobraban forma si ella dejaba que su mirada saliera de foco. Su madre en el Parque Ueno, rostro frágil a la luz de septiembre. «¡Las grullas, Kumi! ¡Mira las grullas!» Y Kumiko miraba hacia la otra orilla del estanque Shinobazu sin ver nada, ninguna grulla, tan sólo unos cuantos puntos negros que saltaban y que sin duda eran cuervos. El agua era lisa como la seda, tenía el color del plomo, y pálidos hologramas aparecían y se esfumaban indistintamente por encima de una lejana línea de puestos de tiro con arco. Pero Kumiko vería las grullas más tarde, muchas veces, en sueños; eran origamis, objetos angulosos hechos con láminas de neón plegadas, pájaros brillantes y rígidos que surcaban el paisaje lunar de la demencia de su madre...

Recordó a su padre, la bata negra abierta sobre un huracán de dragones tatuados, inclinado sobre el vasto campo de ébano del escritorio, los ojos chatos y brillantes, como los de una muñeca pintada. «Tu madre está muerta. ¿Entiendes?» Y los planos de sombra del despacho, la oscuridad angulosa que la rodeaba. La mano que se adelantaba, entraba en el ruedo de luz de la lámpara, vacilante, señalándola; el puño de la túnica que se retiraba para mostrar un Rolex de oro y más dragones de crestas que se arremolinaban, formaban olas, olas puntiagudas, oscuras, que le ceñían la muñeca, apuntando. Apuntándole. «¿Entiendes?» Ella no había respondido sino que había echado a correr a un lugar secreto que conocía, la madriguera de la más pequeña de las máquinas de limpieza. Pasó toda la noche oyendo su tictac, explorada cada tanto por estallidos de láser rosado, hasta que su padre la encontró y, oliendo a whisky y a cigarrillos Dunhill, la llevó en brazos hasta su habitación en el tercer piso

del apartamento.

Recordó las semanas que siguieron, días de letargo acompañados casi siempre por el traje negro de uno u otro secretario, hombres cautelosos de sonrisas automáticas y paraguas esmeradamente cerrados. Uno de ellos, el más joven y menos cauto, le ofreció, en una transitadísima acera Ginza, a la sombra del reloj de Hattori, una improvisada demostración de kendo, deslizándose con pericia de experto entre sobresaltadas dependientas de almacén y turistas de ojos desorbitados, mientras el paraguas negro se desdibujaba inofensivamente por entre los arcos formales y antiquísimos del arte. Kumiko había sonreído entonces su propia sonrisa, rompiendo la máscara funeraria, y por eso se le había clavado instantáneamente la culpa, más profunda y más cortante aún, en aquel lugar del corazón donde ella conocía su vergüenza y su indignidad. Pero en la mayoría de las ocasiones los secretarios la llevaban de compras, a recorrer una sucesión de vastas tiendas Ginza y docenas de boutiques Shinjuku recomendadas por una guía Michelin de plástico azul que hablaba en pomposo japonés de turista. Sólo compraba cosas muy feas, cosas feas y muy caras, y los secretarios caminaban impasibles junto a ella, asiendo las bolsas brillantes con manos duras. Cada tarde, al volver al apartamento de su padre, las bolsas eran esmeradamente depositadas en su habitación, donde permanecían, intactas y sin abrir, hasta que las criadas las retiraban.

Y la séptima semana, la víspera del día en que cumpliría los trece años, se dispuso que Kumiko iría a Londres.

-Serás huésped en casa de mi kobun-dijo su padre.

-Pero yo no deseo ir -dijo ella, y le mostró la sonrisa de su madre.

-Debes -dijo él, y le dio la espalda y se alejó-. Hay dificultades —dijo al despacho oscurecido-. No correrás peligro alguno, en Londres.

-¿Y cuándo volveré?

Pero su padre no respondió. Ella se inclinó en reverencia y salió del despacho, mostrando aún la sonrisa de su madre.

El fantasma despertó al tacto de Kumiko en cuanto iniciaron el descenso sobre Heathrow. La quincuagésima primera generación de los biochips Maas-Neotek invo-

caba una figura indistinta en el asiento vecino; un muchacho extraído de algún descolorido grabado de escena de cacería, de piernas desenfadadamente cruzadas, con pantalones color crema y botas de montar. -Hola -dijo el fantasma.

Kumiko parpadeó y abrió la mano. El muchacho titiló y desapareció. Ella miró la pequeña unidad de suave textura que reposaba en su mano y, lentamente, la encerró de nuevo entre los dedos.

-Hola otra vez-dijo él-. Me llamo Colin. ¿Y tú?

Ella lo miró fijamente. Los ojos del muchacho eran humo verde brillante, la frente alta aparecía pálida y lisa bajo un oscuro mechón ingobernable. Podía ver con claridad los asientos del otro lado del pasillo por entre el brillo de los dientes de él. -Si te resulta un tanto demasiado espectral -dijo el muchacho sonriendo-, podemos aumentar la res... -Y permaneció allí un instante, incómodamente nítido y real; la lanilla de las solapas de su abrigo oscuro vibraba con claridad de alucinación.- Aunque así se gasta la pila -dijo, y se difuminó hasta volver a su estado anterior-. No entendí tu nombre -volvió a sonreír.

-Tú no eres de verdad -dijo ella, severa.

Él se encogió de hombros. -No tiene por qué hablar en voz alta, señorita. Sus compañeros de viaje podrían pensar que es usted un poco extraña, no sé si me explico. Hay que hacerlo de manera subvocal. Yo lo recibo todo por la piel... -Descruzó las piernas y se estiró, con las manos entrelazadas detrás de la nuca.- El cinturón de seguridad, señorita. Yo no necesito abrochármelo, naturalmente, siendo, como usted lo ha observado, irreal.

Kumiko frunció el entrecejo y tiró la unidad en el regazo del fantasma. El fantasma desapareció. Kumiko se abrochó el cinturón, miró el objeto de reojo, dudó, y lo volvió a recoger.

-¿Así que es su primer viaje a Londres? -preguntó el fantasma, materializándose desde la periferia de su campo visual. Ella asintió a pesar de sí misma-. ¿No te molesta volar? ¿No te da miedo?

Ella negó con la cabeza, sintiéndose ridícula.

-No te preocupes -dijo el fantasma-. Yo me cuidaré de todo en tu lugar. Llegaremos a Heathrow en tres minutos. ¿Te espera alguien al bajar del avión?

-El socio de mi padre -dijo ella en japonés.

El fantasma sonrió. -Entonces estarás en buenas manos, no lo dudo. -Guiñó un ojo.- Al verme no se diría que soy un lingüista, ¿verdad?

Kumiko cerró los ojos y el fantasma se puso a susurrarle algo acerca de la arqueología de Heathrow, del Neolítico y la Edad del Hierro, de piezas de barro cocido y herramientas...

-¿Señorita Yanaka? ¿Kumiko Yanaka? -El inglés se erguía delante de ella, imponente, con su corpulencia de gaijin envuelta en elefantinos pliegues de lana oscura. Unos ojos pequeños y oscuros la miraban imperturbables a través de unas gafas de montura metálica. Tenía la nariz como si se la hubieran aplastado casi por completo y no se la hubiesen recompuesto nunca. El pelo, el que le quedaba, había sido recortado hasta dejarlo corno una barba cerdosa, y sus guantes negros de punto estaban raídos y carecían de dedos.

-Mi nombre, ¿sabe usted? -dijo, como si ello hubiese de tranquilizarla de inmediato-, es Petal.

Petal llamaba Humo a la ciudad.

Kumiko tiritaba sobre el gélido cuero rojo; miraba por la antigua ventanilla del Jaguar cómo la nieve caía en remolinos para derretirse en la carretera que Petal llamaba M4. Aquel cielo de atardecer no tenía color. Él conducía en silencio, eficientemente, con los labios apretados como si estuviese a punto de silbar. El tráfico, para unos ojos de Tokio, era absurdamente fluido. Aceleraron para adelantar a un Eurotrans de carga no tripulado, con la proa obtusa poblada de sensores e hileras de faros. Pese a la velocidad del Jaguar, Kumiko tuvo la impresión de que, de algún modo, permanecía inmóvil; las partículas de Londres comenzaron a multiplicarse a su alrededor. Paredes de ladrillos mojados, arcos de hormigón, herrajes pintados de negro que se alzaban como lanzas.

A medida que observaba, la ciudad comenzó a definirse. Fuera de la M4, mientras el Jaguar esperaba en las intersecciones, Kumiko podía vislumbrar rostros por entre la nieve, sonrosadas caras gaijin por encima de ropas oscuras, barbillas hundidas en bufandas, tacones de botas de mujer taconeando en charcos de plata. Las filas de tiendas y de casas le recordaron los accesorios espléndidamente detallados que había visto como entorno de una locomotora de juguete en Osaka, en la galería de un comerciante de antigüedades europeas.

Aquello no tenía nada que ver con Tokio, donde el pasado, todo cuanto de él quedaba, era cuidado con nerviosa solicitud. Allí la historia se había convertido en una cantidad, una pieza rara, parcelada por el gobierno y preservada por decretos y fondos empresariales. Aquí parecía ser la sustancia misma de las cosas, como si la ciudad fuese un monocultivo de piedra y ladrillo, innumerables estratos de mensaje y significado, era sobre era, generado a lo largo de los siglos según los dictados de algún omnipresente e indescifrable ADN de comercio e imperio.

-Es de lamentar que Swain no pudiera venir a recibirla en persona -dijo el hombre que se llamaba Petal. Kumiko tenía menos problemas con su acento que con su forma de estructurar las oraciones; al principio confundió la disculpa con una orden. Consideró la posibilidad de acceder al fantasma, pero rechazó la idea.

-Swain -aventuró-. ¿El señor Swain es mi anfitrión?

Los ojos de Petal la encontraron en el espejo. -Roger Swain. ¿No se lo dijo su padre?

-No.

-Ah. -El hombre asintió con la cabeza.- El señor Kanaka no olvida la seguridad en estos asuntos; es lógico... Un hombre de su talla, etcétera... -Suspiró ruidosamente.- Lamento lo de la calefacción. Se supone que el taller tendría que haberlo arreglado...

-¿Es usted uno de los secretarios del señor Swain? -dijo Kumiko dirigiéndose a los velludos rollos de carne que asomaban por encima del cuello del abrigo oscuro y grueso.

-¿Su secretario? -El hombre pareció considerar el asunto.- No -resolvió finalmente-. No soy eso. -Circundó velozmente una rotonda, dejando atrás relucientes toldos metálicos y la crepuscular marejada de peatones.-¿Ha comido ya? ¿Le dieron de comer en el avión?

-No tenía hambre. -Consciente de la máscara de su madre.

-Bueno, pues Swain le tendrá algo preparado. Swain come cantidad de comida japonesa. -Hizo un chasquido extraño con la lengua. Volvió a mirarla fugazmente.

Ella miró más allá de él, adonde estaba el beso de los copos de nieve y el arrasador barrido del limpiaparabrisas.

La residencia de Swain, en Notting Hill, estaba compuesta por tres casas victorianas interconectadas y situadas entre una profusión de plazas, plazoletas y callejones. Petal, con dos maletas de Kumiko en cada mano, le explicó que el número 17 era la entrada principal también para los números 16 y 18. -No sirve de nada llamar a ése -dijo, gesticulando torpemente con las pesadas maletas, señalando la pintura roja y brillante y los pulidos herrajes de bronce de la puerta del 16-. Detrás sólo hay veinte pulgadas de hormigón armado.

Kumiko miró hacia la plazoleta semicircular donde unas fachadas idénticas se alejaban siguiendo la discreta curvatura. Ahora la nieve caía con mayor velocidad, y el cielo insípido se había iluminado con un asalmonado resplandor de lámparas de sodio. La calle estaba desierta; la nieve, fresca y sin marcas. El aire frío llevaba algo desconocido, una tenue e invasora sensación de algo que arde, de antiguos combustibles. Los zapatos de Petal dejaban huellas grandes y nítidas. Eran de ante negro, cordones y tacón bajo, punta estrecha y suelas extremadamente gruesas de plástico escarlata corrugado. Ella le siguió las huellas, empezando a temblar, hasta los grisáceos escalones del número 17.

-Soy yo -dijo Petal a la puerta pintada de negro-, abrid. -Luego suspiró. Dejó las cuatro maletas en la nieve, se quitó el mitón de la mano derecha y apoyó la palma de la mano en un redondel de metal brillante empotrado a ras de uno de los paneles. A Kumiko le pareció oír un leve gemido, un zumbido que subió de timbre hasta que se apagó, y luego la puerta vibró con el sordo impacto de pernos magnéticos que se retiraban.

-Usted la llamó Humo -dijo Kumiko cuando él iba a asir el pomo de bronce-, a la ciudad...

Petal interrumpió lo que estaba haciendo. -El Humo -dijo-, sí -y abrió la puerta al calor y la luz-; es una vieja expresión, como un apodo. -Recogió las maletas y avanzó por un vestíbulo alfombrado en azul y de paredes cubiertas por blancos paneles de

madera. Ella lo siguió y la puerta se cerró a sus espaldas con un ruido de pernos que volvían a su lugar. Un grabado enmarcado en caoba colgaba encima del revestimiento blanco, caballos en un campo, pequeñas figuras elegantes con abrigos rojos. Colin, el fantasma-chip, debería vivir allí, pensó Kumiko. Petal había vuelto a dejar las maletas en el suelo. Sobre la alfombra azul quedaron láminas de nieve compactada. Entonces el hombre abrió otra puerta, tras la cual se veía una jaula de metal dorado. Petal provocó un ruido metálico al apartar a un lado las barras. Ella miró hacia el interior de la jaula, desconcertada.

-El ascensor -dijo Petal-. No caben todas sus cosas. Haré un segundo viaje.

Pese a su aparente antigüedad, el ascensor empezó a elevarse de manera suave cuando Petal tocó un botón de porcelana blanca con un romo dedo índice. Kumiko se vio entonces obligada a permanecer muy cerca de él; Petal olía a lana mojada y a algún tipo de loción de afeitar de esencias florales.

-La hemos puesto en lo más alto -dijo él mientras la conducía por un angosto corredor-, porque pensamos que podría gustarle la calma. -Abrió una puerta y la invitó a entrar ron un gesto.- Espero que le guste... -Se quitó las gafas y las pulió enérgicamente con un arrugado pañuelo de papel.- Iré a buscar sus maletas.

Cuando Petal se hubo marchado, Kumiko rodeó lentamente la descomunal bañera de mármol negro que dominaba el centro de la habitación, que era de techo bajo y excesivamente amueblada. Las paredes, que buscaban el techo en agudos ángulos, estaban recubiertas con espejos jaspeados en dorado. Un par de ventanas de gablete flanqueaban la cama más grande que hubiera visto jamás. En la pared que daba a la cabecera de la cama, el espejo estaba equipado con pequeños focos graduables, como las luces de lectura de un avión. Se detuvo junto a la bañera para tocar el arqueado cuello de un cisne dorado que servía de surtidor. Sus alas extendidas eran las manillas del grifo. El aire de la habitación era cálido y tranquilo, y por un instante la presencia de su madre pareció llenarlo, como una niebla dolorosa.

Petal tosió junto a la puerta. -Bueno -dijo, llevando aparatosamente las maletas a la habitación-, ¿todo en orden? ¿Todavía sin hambre? ¿No? La dejaré aposentarse... -Dispuso las maletas junto a la cama.- Si le apetece comer, llámeme. -Señaló un vistoso teléfono antiguo con micrófono y auricular de latón y manivela de marfil torneado.- Sólo tiene que levantarlo, no necesita discar. El desayuno es cuando usted quiera. Pregúntele a alguien, y le dirán dónde es. Entonces podrá conocer a Swain...

La sensación de presencia de la madre se había esfumado con el regreso de Petal. Intentó sentirla de nuevo cuando él le deseó una buena noche y cerró la puerta, pero se había desvanecido.

Se quedó un buen rato junto a la bañera, acariciando el liso metal del frío cuello del cisne.

Kid Afrika

Kid Afrika entró en Dog Solitude a velocidad de crucero el último día de noviembre; conducía su Dodge antiguo una joven blanca llamada Cherry Chesterfield.

Slick Henry y Pajarito estaban desarmando la sierra circular que constituía la mano izquierda del Juez cuando el Dodge de Kid apareció a la vista, con su bolsa neumática de deslizamiento despidiendo aspas marrones del agua herrumbrosa que se empantanaba en la irregular planicie de acero comprimido que era Solitude.

Pajarito lo vio primero. Tenía buena vista Pajarito, y un monocular 10X que le bailoteaba en el pecho enredado entre huesos de animales diversos y antiguos cartuchos de latón. Slick apartó la mirada de la muñeca hidráulica para ver cómo Pajarito se erguía hasta alcanzar sus dos metros completos y apuntaba hacia afuera con el catalejo por entre la desnuda rejilla de hierro que formaba la mayor parte de la pared sur de la Fábrica. Pajarito era muy delgado, casi esquelético, y las alas de pelo castaño y laqueado que le habían valido el nombre se mantenían extendidas y se recortaban ahora contra el cielo pálido. Llevaba la nuca y los lados de la cabeza afeitados hasta bien arriba, muy por encima de las orejas; con las alas y la aerodinámica cola de pato se veía como si llevara puesta una gaviota marrón descabezada.

-Vaya -dijo Pajarito-, ya la hemos jodido.

-¿Qué? -Era difícil lograr que Pajarito se concentrara, y aquel trabajo necesitaba un segundo par de manos.

-Es ese negro.

Slick se levantó y se limpió las manos en los muslos del pantalón mientras Pajarito hurgaba desmañadamente el microsoft Mech-5 verde alojado en el conector que llevaba detrás de la oreja: olvidó instantáneamente el procedimiento de calibración ocho punto cero necesario para arreglar la sierra circular del Juez. -¿Quién conduce? -Afrika nunca llevaba el volante, si podía evitarlo.

-No puedo distinguirlo. -Pajarito dejó que el catalejo cayera ruidosamente contra la cortina de huesos y latones.

Slick se acercó también a la ventana para observar el avance del Dodge. Kid Afrika retocaba periódicamente la pintura negro mate del deslizador con juiciosas aplicaciones de una lata de aerosol cuyo sombrío efecto era resaltado por la hilera de cráneos cromados soldados al macizo parachoques delantero. En una época, los cráneos huecos habían llevado luces de Navidad por ojos; tal vez Kid estuviera perdiendo su preocupación por la imagen.

Cuando el deslizador se acercaba ya a la Fábrica, Slick oyó que Pajarito volvía a remover entre las sombras, arrastrando las pesadas botas entre el polvo y las finas y

brillantes virutas espirales de metal taladrado.

Desde atrás de una última y polvorienta daga de vidrio de ventana Slick vio cómo el deslizador se asentaba sobre las bolsas neumáticas frente a la Fábrica, gruñendo y despidiendo vapor.

Algo hizo ruido en la oscuridad a sus espaldas, y supo que Pajarito estaba detrás de la estantería de viejas piezas de recambio, enroscando el silenciador casero en el rifle de balines chino que usaban para los conejos.

-Pájaro -dijo Slick, metiendo la llave inglesa en su estuche alquitranado-, ya sé que eres un paleto ignorante y papanatas de Jersey; ¿me lo tienes que estar recordando todo el tiempo?

-No me gusta el negro ése -dijo Pajarito detrás de la estantería.

-Ya, pero si ese negro se diera cuenta, tampoco tú le gustarías. Si supiera que estás ahí con ese rifle te lo haría tragar de lado.

Pajarito no respondió. Se había criado en los suburbios blancos de Jersey, donde nadie sabía nada y todos odiaban a quien supiera.

-Y yo le ayudaría. -Slick se subió la cremallera de la gastada cazadora marrón y salió hacia el deslizador de Kid Afrika.

La polvorienta ventanilla del lado del conductor bajó con un zumbido para mostrar un rostro pálido dominado por unas enormes gafas de aviador de color ámbar. Las botas de Slick crujieron sobre antiquísimas latas, adelgazadas como hojas por el óxido. La persona que conducía se bajó las gafas y lo miró entornando los ojos; era mujer, pero ahora las gafas le colgaban del cuello y le ocultaban la boca y el mentón. Kid estaría del otro lado, buena cosa en el improbable caso de que Pajarito se pusiese a disparar.

-Da la vuelta -dijo la muchacha.

Slick rodeó el deslizador y pasó frente a los cráneos de cromo mientras oía cómo la ventanilla de Kid Afrika bajaba con el mismo ruidito demostrativo.

-Slick Henry -dijo Kid, y el aliento se le hizo humo blanco al tocar el aire de Solitude-, hola.

Slick observó el rostro largo y moreno. Kid Afrika tenía ojos grandes del color de la avellana, rasgados como los de un gato, un bigote fino como un lápiz, y piel lustrosa como la del ante.

-Eh, Kid. -Slick notó que salía un olor de incienso del interior del vehículo.- ¿Cómo te va?

-Pues -dijo Kid entrecerrando los ojos-, recuerdo que una vez dijiste que si yo llegaba a necesitar un favor...

-Así es -dijo Slick, y sintió en el estómago una primera punzada de aprensión. Kid Afrika le había salvado el pellejo una vez, en Atlantic City; había convencido a unos iracundos hermanos de que no lo arrojasen desde el balcón del cuadragésimo

tercer piso de un superbloque incendiado-. ¿Alguien te quiere tirar de un edificio alto?

-Slick -dijo Kid-, quiero presentarte a alguien.

-¿Quedaremos en paz entonces?

-Slick Henry, esta chica tan guapa es la señorita Cherry Chesterfield, de Cleveland, Ohio. -Slick se inclinó para ver a la conductora. Greñas rubias, ojos pintados con barra de color.- Cherry, éste es mi íntimo amigo el señor Slick Henry. Cuando era joven y malo andaba con los Deacon Blues. Ahora que es viejo y malo se esconde aquí y se afana en su arte, ¿sabes? Un hombre de talento, ¿sabes?

-Él es el que construye los robots -dijo la chica, detrás de una bola de chicle-, lo que tú decías.

-El mismo -dijo Kid mientras abría su portezuela-. Espéranos aquí, Cherry, cariño. -Kid, envuelto en un abrigo de visón que le rozaba las puntas inmaculadas de las botas amarillo avestruz, puso los pies en Solitude, y Slick percibió fugazmente algo que había en la parte trasera del deslizador, una brevísima imagen de ambulancia, vendajes y sondas quirúrgicas...

-Eh, Kid -dijo-, ¿qué llevas ahí detrás? -La enjoyada mano de Kid se alzó para hacer retroceder a Slick; la puerta se cerró abruptamente y Cherry Chesterfield apretó los botones para hacer subir las ventanillas.

-De eso tenemos que hablar, Slick.

-No creo que sea mucho pedir -dijo Kid apoyándose en una mesa de trabajo metálica, envuelto en su visón-. Cherry tiene un título de auxiliar médico, y sabe que se le pagará. Es una chica simpática, Slick. -Guiñó un ojo.

-Kid...

Kid Afrika llevaba en la parte posterior del deslizador a un tipo que estaba como muerto, en coma o algo así; lo tenía enchufado a bombas y bolsas y tubos y una especie

de equipo de simestim, todo ello sujeto con tuercas a una vieja camilla de ambulancia, con baterías y todo.

-¿Qué es esto? -Cherry, que los había seguido después de que Kid llevara a Slick de nuevo al deslizador para mostrarle al tipo, miraba desconfiadamente al imponente Juez, o a la mayor parte de él, en todo caso; el brazo y su sierra circular estaban donde los habían dejado, en el suelo, sobre el grasiento encerado. Sí ella tiene un título de auxiliar médico, pensó Slick, quizá la verdadera auxiliar médico todavía no se ha dado cuenta de que ya no lo tiene. Cherry llevaba encima al menos cuatro cazadoras de piel, todas ellas varias tallas más grandes que la suya.

-El arte de Slick, lo que te dije.

-Ese tío se está muriendo. Huele a pis. Se le ha soltado el catéter -dijo Cherry-. Bueno, ¿y qué se supone que hace esa cosa?

-No podemos tenerlo aquí, Kid, la va a palmar. Si quieres matarlo, ve y tíralo en algún agujero en Solitude.

-No se está muriendo -dijo Kid Afrika-. No está herido, no está enfermo...

-Entonces ¿qué diablos le pasa?

-Está en inmersión. Se ha ido a hacer un largo viaje. Necesita paz y quietud.

Slick miró a Kid, luego al Juez, y de nuevo a Kid. Él lo que quería era trabajar en ese brazo. Kid decía que quería que Slick guardase al hombre unas dos semanas, tal vez tres; dejaría a Cherry allí para que se ocupase de él.

-No lo entiendo. ¿Ese tipo es amigo tuyo?

Kid Afrika se encogió de hombros dentro del visón.

-Entonces ¿por qué no lo dejas en tu casa?

-No hay tanta quietud. No hay paz suficiente.

-Kid -dijo Slick-, yo te debo una, pero no algo tan extraño. De todos modos, yo tengo que trabajar, y de todos modos, es demasiado extraño. Y está Gentry, además. Ahora está en Boston; volverá mañana por la noche y no le va a gustar. Ya sabes lo raro que es con la gente... Además, este sitio es principalmente suyo, todo eso...

-Te tenían por encima de la baranda, hermano -dijo con tristeza Kid Afrika-. ¿Te acuerdas?

-Oye, sí que me acuerdo, yo...

-Tú no te acuerdas muy bien -dijo Kid-. Vamonos, Cherry. No quiero atravesar Dog Solitude de noche. -Se separó de la mesa metálica.

-Kid, escucha...

-Olvídate. Yo no sabía tu maldito nombre, aquella vez en Atlantic City, sólo se me ocurrió que no quería ver al chico blanco reventado en la calle, ¿sabes? Y como entonces no sabía tu nombre, supongo que tampoco lo sé ahora.

-Kid...

-¿Qué?

-De acuerdo. Se queda. Dos semanas como máximo. ¿Me das tu palabra de que volverás a buscarlo? Y tienes que ayudarme a arreglar las cosas con Gentry.

-¿Qué necesita?

-Droga.

Pajarito reapareció cuando los vaivenes del Dodge de Kid se alejaban hacia el otro lado de Solitude. Salió a hurtadillas de un afloramiento de coches comprimidos y herrumbrosos jergones de acero retorcido que aún conservaban parches de brillante esmaltado.

Slick lo observaba desde una ventana en lo alto de la Fábrica. Los recuadros del marco metálico habían sido cubiertos con pedazos de plástico rescatados de la basura, cada uno de distinto tono y grosor, de modo que cuando Slick ladeó la cabeza, pasó a ver a Pajarito a través de una lámina chillonamente rosada.

-¿Quién vive aquí? -preguntó Cherry desde la habitación opuesta.

-Yo- dijo Slick-, Pajarito, Gentry...

-En ésta, quiero decir.

Slick se dio vuelta y la vio junto a la camilla y las máquinas auxiliares. -Tú -contestó.

-¿Es tu lugar? -Estaba observando los dibujos pegados a la pared, sus originales versiones del Juez y sus Investigadores, el Triturador de Cadáveres y la Bruja.

-No te preocupes.

-Más vale que no te estés haciendo ideas -dijo ella.

Slick la miró. La muchacha tenía una llaga roja y extensa en la comisura de los labios. Su cabello descolorido estaba erizado como en una demostración de estática.

-Ya te he dicho que no te preocupes.

-Kid dijo que tenías electricidad.

-Sí.

-Será mejor enchufarlo -dijo ella, volviéndose hacia la camilla-. No es que él consuma mucho, pero las baterías se estarán descargando.

Slick cruzó la habitación para observar el rostro demacrado. -Me vas a tener que explicar una cosa -dijo. No le gustaban esos tubos. Uno de ellos entraba por la nariz, y la idea le produjo náuseas-. ¿Quién es este tío y qué es exactamente lo que Kid Afrika le está haciendo?

-Kid, nada -dijo ella mientras activaba una ventana de lectura en un biomonitor sujeto con cinta adhesiva al pie de la camilla-. El REM1 sigue alto, es como si pasara todo el tiempo soñando... -El hombre que yacía en la camilla estaba empaquetado en un saco de dormir azul recién estrenado.- Lo que pasa es que él, o quien sea, le está pagando a Kid por esto.

Una red de trodos cubría la frente del hombre; un solitario cable negro, enchufado a una toma que llevaba detrás de la oreja izquierda, se extendía por un lado a lo largo de la camilla. Slick siguió su trayecto hasta el abultado paquete gris que parecía dominar el equipo instalado en la superestructura. ¿Simestim? No lo parecía. ¿Quizás algún tipo de aparato de ciberespacio? Gentry sabía mucho del ciberespacio, al menos hablaba de ello, pero Slick no recordaba nada de ponerse inconsciente y quedarse conectado sin más... La gente se conectaba para poder traficar. Se ponían los trodos y fuera, todos los datos del mundo apilados en bloques como si fuera una enorme ciudad de neón; se podía viajar por ahí y de algún modo hacerse una idea, visualmente al menos, pues de otro modo era demasiado complicado tratar de

encontrar el camino hasta un dato que se necesitara en concreto. Icónica, le decía Gentry.

-¿Le está pagando a Kid?

-Sí.

-¿Para qué?

-Para que lo mantenga así. Para esconderlo, además.

-¿De quién?

-No sé. No dijo.

En el silencio que siguió, Slick oyó el carraspeo regular de la respiración del hombre.

Malibú

Había un olor en la casa; siempre había estado allí.

Era un olor del tiempo y del aire salino y la naturaleza entrópica de las casas lujosas construidas demasiado cerca del mar. Quizá también fuera típico de lugares habitados a intervalos breves pero frecuentes, casas que se abrían y cerraban con las idas y venidas de sus inquietos residentes. Imaginó las habitaciones vacías, manchas de corrosión que florecían silenciosamente en el cromo, pálidas mohosidades que se apoderaban de oscuros rincones. Los arquitectos, como si se tratara de un reconocimiento a los procesos eternos, habían fomentado cierto grado de oxidación; la maciza baranda de hierro que cercaba la terraza había sido carcomida por años de rocío marino.

La casa, al igual que las construcciones vecinas, se agazapaba sobre fragmentos de cimientos ruinosos, y sus paseos por la playa entrañaban alguno que otro amago de fantaseo arqueológico. Trató de imaginarle un pasado a aquel lugar, otras casas, otras voces. Iba acompañada, en esos paseos, por una unidad dotada de armas V controlada a distancia, un minúsculo helicóptero Dornier que se elevaba desde su invisible nido del tejado cada vez que ella bajaba de la terraza. Podía volar casi en silencio, y estaba programado para evitar su campo visual. Había algo melancólico en el modo en que la seguía, como si fuera un costoso pero no valorado regalo de Navidad.

Ella sabía que Hilton Swift estaba observando a través de las cámaras del Dornier. Poco de lo que ocurría en la casa de la playa escapaba a la Senso/Red; su soledad, la semana a solas que había exigido, estaban sometidas a constante vigilancia.

Sus años en el oficio le habían conferido una singular inmunidad a la observación.

Por las noches encendía a veces los faros instalados debajo de la terraza para iluminar los retozos jeroglíficos de las enormes niguas grises. Pero la terraza en sí la dejaba a oscuras, y también el hundido salón que quedaba a sus espaldas. Se sentaba en una silla de plástico blanca a observar la danza browniana de los insectos. A la luz de los focos, proyectaban sombras diminutas, apenas visibles, cuernos fugaces sobre un fondo de arena.

El ruido del mar la envolvía en su movimiento. Avanzada la noche, mientras dormía en el más pequeño de los dos dormitorios para huéspedes, el ruido se le metía en los sueños. Pero nunca en los recuerdos invasores del desconocido.

La elección de dormitorios fue instintiva. El principal estaba minado con detonadores de dolor antiguo.

Los médicos de la clínica habían utilizado bloqueantes químicos para desviar la

adicción de los centros receptores de su cerebro.

Ella misma se hacía la comida en la cocina blanca, horneaba pan en el microondas, vaciaba paquetes de sopa suiza liofilizada en ollas de acero inmaculado, entraba abúlicamente en el anónimo pero cada vez más familiar espacio del que había sido tan sutilmente aislada por la droga sintética.

«Se llama vida», le dijo a la mesa blanca. ¿Qué podrían deducir de eso los psiquiatras residentes de la Senso/Red, se preguntó, si algún micrófono oculto lo hubiese recogido para luego transmitirlo hasta ellos? Revolvía la sopa con un estilizado batidor inoxidable, viendo cómo ascendía el vapor. Hacer cosas ayuda, pensó, hacer las cosas una misma; en la clínica habían insistido en que ella misma se hiciera la cama. Ahora revolvía la sopa con expresión concentrada, recordando la clínica.

Había decidido interrumpir el tratamiento por una semana. Los médicos protestaron. La desintoxicación había marchado estupendamente, dijeron, pero la terapia no había comenzado. Señalaron el índice de recaídas entre los pacientes que no habían logrado culminar el programa. Le explicaron que el seguro quedaba sin validez si ella suspendía el tratamiento. La Senso/Red pagaría, dijo ella, a menos que prefiriesen que lo pagara ella de su bolsillo. Sacó a la vista su chip del MitsuBank.

En una hora llegó su jet Lear; le indicó que la llevara al aeropuerto de Los Angeles, ordenó que un coche la esperase allí, y se negó a todas las llamadas.

-Lo lamento, Angela -dijo el jet, ladeado sobre la bahía de Montego, segundos después de haber despegado-, pero tengo a Hilton Swift en prioridad ejecutiva.

-Angie -dijo Swift-, sabes que estoy detrás de ti todo el tiempo. Eso lo sabes, Angie.

Ella se volvió para mirar el óvalo negro del altavoz. Estaba en el centro de una lisa superficie de plástico gris, y se lo imaginó acurrucado ahí detrás, con esas piernas de corredor dolorosa, grotescamente flexionadas, tras la doble pared del Lear.

-Lo sé, Hilton -dijo-. Has sido muy amable en llamar.

-Estás yendo a Los Angeles, Angie.

-Sí. Eso fue lo que le dije al avión.

-A Malibú.

-Correcto.

-Piper Hill está en camino al aeropuerto.

-Gracias, Hilton, pero no quiero encontrarme allí con Piper. Con nadie. Quiero un coche.

-No hay nadie en la casa, Angie.

-Muy bien. Es justo lo que quiero, Hilton. Que no haya nadie en la casa. La casa, vacía.

-¿Estás segura de que es una buena idea?

-Es la mejor idea que he tenido en mucho tiempo, Hilton.

Hubo un silencio. -Dicen que funcionó realmente bien, Angie, el tratamiento. Pero ellos querían que te quedaras.

-Necesito una semana -dijo ella-. Una semana. Siete días. Sola.

Pasada la tercera noche en la casa, se levantó al amanecer, hizo café, se vestió. La condensación jaspeaba la amplia ventana que daba a la terraza. Dormir no había sido más que eso; si los sueños habían acudido, ella no podía recordarlos. Pero había algo: una aceleración, casi un vértigo. Estaba de pie en la cocina, sintiendo el frío del suelo de cerámica a través de las gruesas medias de deporte, rodeando con las dos manos la taza caliente.

Algo. Extendió los brazos, alzando el café como si fuera un cáliz, un ademán instintivo e irónico a la vez.

Habían pasado tres años desde que los loa la habían cabalgado, tres años desde que la habían tocado por última vez. ¿Pero ahora?

¿Legba? ¿Alguno de los otros?

La sensación de presencia se desvaneció bruscamente. Se apresuró demasiado al poner la taza en el mostrador, se derramó café en la mano, y corrió a buscar zapatos y un abrigo. Botas verdes de caucho del armario de la playa, y un pesado anorak azul que no recordaba, demasiado grande para haber sido de Bobby. Corrió fuera de la casa, escaleras abajo, sin prestar atención al zumbido de la hélice del Dornier que se alzaba tras ella como una paciente libélula. Miró hacia el norte, hacia el amontonamiento de casas de playa, la confusión de líneas de tejados que le recordaron un barrio de Río, y luego echó a andar hacia el sur, hacia la Colonia.

La que vino se llamaba Mamman Brigitte, o Grande Brigitte, y si algunos la tomaban por la esposa del barón Samedi, otros la llamaban «la más antigua entre las muertas».

La onírica arquitectura de la colonia se alzaba a la izquierda de Angie, en una sublevación de forma y ego. Réplicas de las Torres Watts, de aspecto frágil e incrustadas de neón, se erguían junto a bunkers neobrutalistas de fachadas adornadas con bajorrelieves de bronce.

Paredes de espejos, a su paso, reflejaban aglomeraciones matutinas de nubes del Pacífico.

No habían faltado ocasiones, durante los últimos tres años, en las que había sentido que estaba a punto de cruzar, o cruzar de nuevo, una línea, una sutil frontera de la fe, para descubrir que su tiempo con los loa había sido un sueño, o, al menos

que ellos eran contagiosos espasmos de resonancia cultural, secuelas de las semanas que había pasado en el oumphor de Beauvoir en Nueva Jersey. Ver con otros ojos: ni dioses ni Jinetes.

Siguió caminando, tranquilizada por el oleaje, por el perpetuo y singular momento que era el tiempo en las playas, ese ahora y siempre.

Su padre estaba muerto, llevaba siete años muerto, y la memoria que había dejado sobre su vida le indicaba bien poco. Que había trabajado para alguien o algo, que su recompensa había sido conocimiento, y que ella había sido su sacrificio.

A veces tenía la impresión de llevar tres vidas, cada una separada de la otra por algo que no podía identificar, y sin esperanza de encontrar plenitud, jamás.

Estaban sus recuerdos de infancia en la arcología de la Maas, esculpida en la cumbre de una meseta de Arizona, donde se había abrazado a una balaustrada de piedra arenisca, la cara al viento, y sintiendo como si la hueca meseta en su totalidad fuera su nave, como si pudiera dirigirla hacia aquellos colores crepusculares allende las montañas. Después se había marchado de allí, llevando el miedo como algo duro en la garganta, y ya no pudo recordar la última visión del rostro de su padre. Aunque tenía que haber sido en la pista de los ultraligeros, con los demás aviones amarrados para que no se los llevara el viento, una hilera de mariposas iridiscentes. La primera vida terminó aquella noche; también la de su padre había terminado.

Su segunda vida había sido corta, rápida y muy extraña. Un hombre llamado Turner se la había llevado, la había sacado de Arizona y dejado con Bobby y Beauvoir y los demás. De Turner recordaba poca cosa, sólo que era alto, de músculos duros y aspecto de perseguido. La había llevado a Nueva York. Luego Beauvoir se la había llevado de allí, junto a Bobby, a Nueva Jersey. En aquel lugar, en la planta cincuenta y tres de un edificio de clase media, Beauvoir le había enseñado a interpretar sus sueños. Los sueños son reales, había dicho, con ese rostro moreno brillante de sudor. Le enseñó los nombres de los que había visto en sueños. Le enseñó que todos los sueños acaban en un mar común, y le demostró en qué modo los suyos eran otros y los mismos. Tú sola navegas en el mar antiguo y en el nuevo, dijo.

La cabalgaron dioses, en Nueva Jersey.

Aprendió a abandonarse a los Jinetes. Vio a los loa Linglessou introducir a Beauvoir en el oumphor, vio cómo sus pies dispersaban los diagramas dibujados en harina blanca. Conoció a los dioses, en Nueva Jersey, y el amor.

Los loa la habían guiado cuando marchó con Bobby a construir su vida tercera, la actual. Hacían buena pareja, Angie y Bobby, ambos nacidos de probetas, Angie en el reino limpio y negro de los Biolaboratorios Maas, y Bobby en el aburrimiento de Barrytown...

Grande Brigitte la tocó, sin advertencia; ella se tambaleó, estuvo a punto de caer de rodillas en el agua, mientras el ruido del mar era succionado hacia el paisaje

crepuscular que se abría frente a ella. Los muros deslavados del cementerio, las lápidas, los sauces. Los cirios.

Bajo el sauce más viejo, una multitud de velas, las raíces retorcidas pálidas de cera.

Niña, conóceme.

Y Angie la sintió allí, de golpe, y la conoció por lo que era, Mamman Brigitte, Mademoiselle Brigitte, la más vieja entre las muertas.

No tengo culto, niña; ni altar particular.

Se encontró caminando hacia adelante, hacia el fulgor de las velas, un zumbido en los oídos, como si el sauce ocultara una enorme colmena de abejas.

Mi sangre es venganza.

Angie recordó las Bermudas, la noche, un huracán; ella y Bobby se habían aventurado en el ojo. Grande Brigitte era así. El silencio, la sensación de presión, de fuerzas impensables momentáneamente mantenidas en suspenso. No había nada que ver, bajo el sauce. Sólo las velas.

-Los loa... No puedo llamarlos. He sentido algo. Vine buscando...

Has sido convocada a mi reposoir. Escúchame. Tu padre te introdujo vévés en la cabeza: los introdujo en una carne que no era carne. Estabas consagrada a Ezili Freda. Legba te condujo al mundo para que sirvieras a sus propósitos. Pero te dieron veneno, niña, un coup-poudre...

Le empezó a sangrar la nariz. -¿Veneno?

Los vévés de tu padre han sido alterados, parcialmente borrados, redibujados. Aunque has dejado de envenenarte, los Jinetes todavía no pueden dar contigo; yo pertenezco a un orden distinto.

Sintió un dolor terrible en la cabeza; la sangre le palpitaba en las sienes... -Por favor...

Escúchame. Tienes enemigos. Urden planes contra ti. Muchas cosas están en juego, en esto. ¡Teme al veneno, niña!

Angie se miró las manos. La sangre era brillante y verdadera. El zumbido se hizo más intenso. Quizás estuviera en su cabeza. -¡Por favor! ¡Ayúdame! Explícame...

No puedes permanecer aquí. Es la muerte.

Y Angie cayó de rodillas al suelo, el ruido del oleaje restallaba a su alrededor, el sol la aturdía. El Dornier revoloteaba nerviosamente frente a ella, a dos metros de distancia. El dolor desapareció al instante. Se secó las manos ensangrentadas en las mangas del anorak azul. El grupo de cámaras del helicóptero ronroneaba y giraba.

-No pasa nada -alcanzó a decir-. Una hemorragia nasal. Es sólo una hemorragia nasal. -El Dornier se adelantó, pero retrocedió de inmediato.- Ahora regreso a la casa. Estoy bien. -El Dornier se elevó suavemente hasta salir de su vista.

Angie se rodeó a sí misma con los brazos, temblando. No, no dejes que vean.

Sabrán que algo ha pasado, pero no sabrán qué ha sido. Se obligó a levantarse, dio media vuelta, comenzó a caminar fatigosamente por la playa, por donde había venido. Mientras caminaba buscó un pañuelo en los bolsillos del anorak, cualquier cosa, algo con que limpiarse la sangre de la cara.

Cuando sus dedos encontraron la esquina del pequeño paquete plano supo al instante qué era. Se detuvo, temblando. La droga. No podía ser. Sí, era. Pero, ¿quién? Se dio vuelta y observó al Dornier hasta que éste se perdió de vista.

El paquete. Suficiente para un mes.

Coup-poudre.

Teme el veneno, niña.

Ocupación ilegal

Mona soñó que estaba bailando en la jaula de algún local de Cleveland, desnuda y en una columna de intensa luz de neón azul, donde los rostros tensos que la contemplaban a través del velo de humo tenían luz azul en el blanco de los ojos. Mostraban la expresión que los hombres muestran siempre cuando te miran bailar: observando muy fijamente pero al mismo tiempo encerrados en sí mismos, de modo que sus ojos no te dicen nada, y sus caras, a pesar del sudor, bien podrían haber sido esculpidas en algo sólo parecido a la carne.

No es que le importara el modo en que la mirasen, cuando estaba en la jaula, colocada, caliente y en onda, tres canciones por set y con el wiz apenas empezando a reventar, fuerza nueva en las piernas, que la enviaban hacia arriba sobre los balones de los pies...

Uno de ellos le aferró del tobillo.

Mona trató de gritar, sólo que no le salió el grito, al principio no, y cuando por fin gritó fue como si algo se le desgarrase dentro, la hiriese, y la luz azul se hizo jirones, pero la mano, la mano seguía allí, rodeándole el tobillo. saltó de la cama como un muñeco de resorte, luchando con la oscuridad, apartándose el pelo de los ojos.

-¿Qué pasa, cariño?

El le puso la otra mano en la frente y la empujó de nuevo abajo, a la cálida depresión de la almohada.

-Un sueño... -La mano seguía allí y eso le dio ganas de gritar.- ¿Tienes un cigarrillo, Eddy? -La mano se apartó, el clic y el fulgor de un encendedor, y los planos de la cara de él brotaron bruscamente ante ella mientras él encendía uno y se lo pasaba. Se sentó en la cama, rápido, recogió las rodillas para apoyar el mentón dejando que la manta militar las cubriese como una tienda de campaña, porque en aquel momento no tenía ganas de que nadie la tocara.

La pata rota de la silla de plástico que habían rescatado de la basura hizo un ruido de advertencia cuando él se inclinó hacia atrás y encendió su cigarrillo. Rómpete, pensó ella, pínchale el culo para que se le ocurra darme un par de golpes. Por lo menos estaba oscuro, así no tenía que ver el piso desahuciado que ocupaban ilegalmente. Lo peor era despertar con dolor de cabeza, demasiado mareada para moverse, habiendo llegado tirándolo todo y olvidando poner de nuevo el plástico negro, para que el sol duro le mostrara todos los detalles y calentara el aire y así las moscas se sintieran cómodas.

Nadie la agarraba nunca, allá en Cleveland; si alguien estaba lo bastante idiotizado como para meter la mano, era que se encontraba ya demasiado borracho para moverse, quizás hasta para respirar. Tampoco los clientes la agarraban, a menos que se hubiesen arreglado con Eddy, pagando extra, y aquello era todo fingido.

Como fuera que lo quisieran hacer, tenía que ser una especie de ritual, de modo que parecía suceder en algún lugar fuera de tu vida. Y se había acostumbrado a observarlos, cuando acababan. Ésa era la parte interesante, porque quedaban acabados de verdad, totalmente indefensos, tal vez durante sólo una fracción de segundo, pero era como si ni siquiera estuvieran allí.

-Eddy, me estoy volviendo loca. No quiero seguir durmiendo aquí.

Antes la habría golpeado por menos, por eso escondió la cara contra las rodillas y la manta, y esperó.

-Desde luego -dijo él-, ¿quieres volver al criadero de bagres? ¿Quieres volver a Cleveland?

-Lo que no puedo es seguir haciendo esto.

-Mañana.

-¿Mañana qué?

-¿Te parece suficientemente pronto? ¿Mañana por la noche, en un jodido jet particular? ¿Directo a Nueva York? ¿Entonces dejarás de darme esta lata?

-Por favor, cariño -e intentó acercarse a él-, podemos ir en tren...

Él le apartó la mano bruscamente. -Eres una imbécil.

Si seguía quejándose, si decía lo que fuera sobre el piso, cualquier cosa que implicara su fracaso, que todos sus grandes negocios terminaban en nada, él empezaría, ella sabía que él empezaría. Como cuando gritó por las cucarachas, las que llamaban cucarachas del palmito, pero fue porque las condenadas eran mutantes, la mitad de ellas; alguien había intentado eliminarlas con algo que les jodió el ADN, y veías a las malditas cucarachas muriéndose con demasiadas patas o cabezas, o con muy pocas, y una vez vio una que parecía haberse tragado un crucifijo o algo; tenía la espalda, o la cáscara o lo que fuera, deformada de una manera que le dio ganas de vomitar.

-Cariño -dijo ella, tratando de suavizar la voz-, no lo puedo evitar, es que este lugar me está enfermando...

-Hooky Green's -dijo él, como si no la hubiera oído-; estando en Hooky Green's conocí a un promotor. Me escogió, ¿sabes? El tío tiene ojo para los talentos. -Mona casi percibió la sonrisa de él en la oscuridad.- Es de Londres, Inglaterra. Un cazatalentos. Entró en Hooky Green's y fue así: «¡Tú eres el hombre!».

-¿Un cliente? -Hooky Green's era el lugar donde Eddy había últimamente decidido que estaba la acción: el piso cuarenta y tres de un edificio de vidrio del cual la mayoría de las paredes interiores habían sido derribadas, con una pista de baile que medía cerca de una manzana; pero había dejado de frecuentar el local dado que allí ninguno parecía dispuesto a prestarle demasiada atención. Mona no llegó nunca a ver a Hooky en persona, «el flaco y malvado Hooky», beisbolero retirado y dueño del lugar, pero era estupendo para bailar.

-¿Tendrás la maldita bondad de escuchar? ¿Cliente? Una mierda. Él es el hombre, es un contacto, él está en la escalera y me va a hacer subir. ¿Y sabes una cosa? Te voy a hacer subir conmigo.

-Pero ¿qué es lo que quiere?

-Una actriz. Una especie de actriz. Y un chico listo que la lleve hasta el lugar y la mantenga allí.

-¿Una actriz? ¿El lugar? ¿Qué lugar?

Oyó que él se abría la cremallera de la chaqueta. Algo aterrizó en la cama, cerca de los pies de ella. -Dos mil.

Jesús. Tal vez no fuera una broma. Pero si no lo era, ¿qué diablos podía ser?

-¿Cuánto sacaste esta noche, Mona?

-Noventa. -En realidad habían sido ciento veinte, pero ella consideraba que el último había sido en horas extras. Por lo general le tenía demasiado miedo para ocultárselo, pero necesitaba dinero para wiz.

-Guárdatelo. Cómprate ropa. No ropa de trabajo. Nadie quiere verte el culito al aire, no en este viaje.

-¿Cuándo?

-Mañana, he dicho. Ya puedes comenzar a despedirte de este lugar.

Cuando dijo eso ella quiso contener la respiración.

La silla crujió de nuevo. -Noventa, ¿eh?

-Sí.

-Cuéntame.

-Eddy, estoy tan cansada...

-No -dijo él.

Pero lo que él quería no era la verdad ni nada parecido. Él quería un relato, la historia que él le había enseñado a contarle. Él no quería que le contaran de qué habían hablado (y la mayoría de ellos se morían de ganas de contar algo, y por lo general lo hacían), ni cómo se las ingeniaban para pedirle el certificado del análisis de sangre, ni cómo unos y otros hacían siempre el mismo chiste según el cual si no podían curar algo al menos podían aliviarlo, ni lo que querían hacer en la cama.

Eddy quería que le contase de un tipo grandote que la trataba como si ella no importara. Pero Mona tenía que cuidarse, al contarlo, de no sugerir que el cliente había sido demasiado rudo, pues eso habría supuesto un pago más elevado del que había recibido. Lo importante era que aquel cliente imaginario la hubiera tratado como si ella fuese un equipo que hubiese alquilado por media hora. No porque abundaran los de esa clase, pues la mayoría se gastaban el dinero en burdeles de cabinas o se lo hacían por estim. Mona solía atraer a los que querían hablar, los que intentaban convidarla a un bocadillo después, que podían ser malos a su manera, pero no el tipo de malos que Eddy necesitaba. Otra cosa que Eddy necesitaba era que ella

le dijese que aquello no era lo que le gustaba pero que de todos modos terminaba deseándolo, y mucho.

Mona extendió la mano en la oscuridad y tocó el sobre lleno de dinero.

La silla volvió a crujir.

Así que le contó cómo ella salía de un Mucho por Poco y él se le acercó, un tipo grande, sólo le preguntó cuánto, lo cual la hizo sentir azorada, pero ella se lo dijo V él aceptó. Así que subieron al coche de él, que era grande y viejo y olía a humedad (detalle recurrente y extraído de sus tiempos en Cleveland), y él la volteó de algún modo sobre el asiento...

-¿Delante del baratillo?

-Detrás.

Eddy nunca la acusaba de inventar, aunque ella sabía que las líneas generales se las había enseñado él y que básicamente la historia era siempre la misma. Llegado el momento en que el tipo grande le había levantado la falda (la negra, señaló ella, y llevaba las botas blancas) y él se había bajado los pantalones, oyó el tintineo de la hebilla del cinturón de Eddy mientras éste se quitaba los tejanos. Una parte de ella se preguntaba, cuando él se acostó a su lado en la cama, si la posición que estaba describiendo era físicamente posible, pero siguió hablando y, de todos modos, a Eddy le estaba sirviendo igual. Recordó agregar cómo le dolió mientras el tipo entraba, aunque ella estaba mojada de verdad. Agregó que él le había sujetado las muñecas, si bien ahora estaba francamente desorientada en cuanto a dónde estaba qué, salvo por el culo, que se suponía en alto. Eddy había empezado a tocarla, a acariciarle los senos y el estómago, así que pasó de la improvisada brutalidad de los gestos del cliente a lo que aquello supuestamente le había hecho sentir.

Aunque lo que aquello supuestamente le había hecho sentir era algo que ella jamás había sentido. Sabía que podía llegarse a un punto donde hacerlo dolía un poco pero igual causaba placer, pero sabía que aquello no era. Lo que Eddy quería oír era que le dolía mucho y la hacía sentir mal pero que de todos modos le gustaba. Lo cual para Mona no tenía ningún sentido, pero había aprendido a decírselo del modo que él quería que se lo dijese.

Porque a fin de cuentas funcionaba, y ahora Eddy se le había echado encima con la manta arrebujada en la espalda y se le había metido entre las piernas. Supuso que él debía de estar viendo mentalmente, como dibujos animados, lo que ella le contaba, y al mismo tiempo tenía que ser el tipo grande, sin cara, jadeante. Ahora le sujetaba las muñecas por encima de la cabeza, como a él le gustaba.

Y cuando hubo acabado, ya dormido y acurrucado a su lado, Mona se quedó acostada y despierta en la rancia oscuridad, dándole vueltas al sueño de que se marchaba, una y otra vez, el sueño brillante y maravilloso.

Y rogó que fuese verdad.

Portobello

KUmiko despertó en la cama enorme y permaneció acostada, muy quieta, escuchando. Había un tenue, continuo murmullo de tráfico distante.

El aire de la habitación estaba frío; se envolvió en el edredón rosado a modo de túnica y se levantó. Las pequeñas ventanas estaban cubiertas con dibujos de escarcha brillante. Fue hasta la bañera y tocó ligeramente una de las doradas alas del cisne. Aún abrigada con el edredón, abrió las maletas y se puso a escoger la ropa del día, extendiendo las prendas seleccionadas en la cama.

Cuando el baño estuvo preparado, dejó que el edredón se deslizase al suelo y pasó al otro lado del parapeto de mármol para luego hundirse estoicamente en un agua dolorosamente caliente. El vapor que despedía la bañera descongeló la escarcha; ahora las ventanas transpiraban condensación. ¿Habría bañeras como ésa en todos los dormitorios británicos?, se preguntó. Se frotó metódicamente con una pastilla ovalada de jabón francés, se levantó, se quitó la espuma como mejor pudo, se envolvió en una amplia toalla negra, y, tras una titubeante exploración inicial, descubrió un lavabo, un retrete y un bidé. Estaban escondidos en un reducido habitáculo que alguna vez podía haber sido un clóset, de paredes cubiertas con chapas de madera oscura.

El teléfono que parecía de utilería escénica sonó dos veces.

-¿Sí?

-Habla Petal. ¿Le apetece desayunar? Roger está aquí. Ansioso por conocerla.

-Gracias -dijo ella-. Ahora me estoy vistiendo.

Se puso sus mejores y más holgados pantalones de piel y luego se introdujo en un peludo jersey azul, tan grande que fácilmente le habría servido a Petal. Al abrir el bolso para sacar el maquillaje vio la unidad Maas-Neotek. Su mano encerró automáticamente el biochip. No había sido su intención invocarlo, pero el tacto fue suficiente; allí estaba él, estirando el cuello con gesto cómico y haciéndole muecas al techo bajo y especular.

-Supongo que no estamos en el Dorchester, ¿verdad?

-Yo haré las preguntas -replicó Kumiko-. ¿Qué es este lugar?

-Un dormitorio -dijo él-. De gusto más bien dudoso.

-Contesta mi pregunta, por favor.

-Bien -contestó él, explorando la cama y la bañera-, por el decorado, podría ser un burdel. Puedo acceder a datos históricos sobre la mayoría de los edificios de Londres, pero no hay nada digno de señalar acerca de éste. Construido en 1848. Sólido ejemplo del clásico estilo Victoriano dominante. El vecindario es de altos ingresos sin por ello ser elegante, muy aceptado por cierta especie de abogados. -Se encogió de hombros; Kumiko podía ver el borde de la cama a través del bruñido resplandor de esas botas de montar.

Dejó caer la unidad en el bolso y él desapareció.

No tuvo problemas con el ascensor; una vez en el vestíbulo pintado de blanco, se guió por el sonido de las voces. Por una especie de corredor. Doblando una esquina.

-Buenos días -dijo Petal, levantando la tapa de plata de una bandeja. El vapor subió en volutas-. Aquí está el esquivo señor Swain, Roger, para usted, y aquí está su desayuno.

-Hola -dijo el hombre, adelantándose con la mano extendida. Ojos claros en una cara larga y de dura osamenta. El pelo, lacio y de color ratón, le cruzaba la frente en diagonal. A Kumiko le resultó imposible adivinar su edad; era una cara de hombre joven, pero había arrugas bajo esos ojos grisáceos. Era alto, con brazos y hombros que le daban aspecto de atleta-. Bienvenida a Londres. -Le agarró la mano, se la estrujó y se la soltó.

-Gracias.

Llevaba una camisa sin cuello, de rayas rojas muy finas sobre un fondo azul muy claro, las muñecas abrochadas con óvalos lisos de oro opaco; abierta a la altura del cuello, exhibía un oscuro triángulo de carne tatuada. -He hablado con su padre esta mañana; le dije que llegó usted sana y salva.

-Usted es un hombre de alta jerarquía.

Los ojos claros se estrecharon. -¿Perdón?

-Los dragones.

Petal rió.

-Déjenla comer -dijo alguien, una voz de mujer.

Kumiko se volvió y descubrió la figura delgada y oscura que se delineaba sobre un fondo de ventanas altas y divididas por vanos; más allá de las ventanas, un jardín cercado y cubierto de nieve. Tenía los ojos velados por cristales plateados que reflejaban la habitación y sus ocupantes.

-Otro de nuestros huéspedes -dijo Petal.

-Sally -dijo la mujer-. Sally Shears. Come, muñeca. Si estás tan aburrida como yo, tendrás ganas de dar un paseo. -Mientras Kumiko miraba, la mano de la mujer se alzó para tocar los lentes, como si fuera a quitárselos. -Portobello Road está a un par de manzanas. Necesito un poco de aire. -Las gafas especulares no parecían tener montura, ni patas.

-Roger -dijo Petal, mientras clavaba con el tenedor rosadas rebanadas de tocino de la bandeja-, ¿te parece que Kumiko estará a salvo con nuestra Sally?

-Más a salvo de lo que yo estaría, dado el estado de ánimo en que se encuentra -dijo Swain-. Me temo que no haya aquí muchas cosas que la diviertan -le dijo a Kumiko mientras la conducía hasta la mesa-, pero trataremos de hacerla sentir lo más cómoda posible, y algo arreglaremos para que vea la ciudad. Aunque no es Tokio.

-Todavía no, en todo caso -dijo Petal, pero Swain no pareció oírlo.

-Gracias -dijo Kumiko, cuando Swain le preparó la silla.

-Es un honor -dijo Swain-. Nuestro respeto por su padre...

-Eh -dijo la mujer-, ella es demasiado joven para que le haga falta ese rollo. Guárdatelo.

-Sally no está de muy buen humor, ¿sabe? -dijo Petal mientras ponía un huevo escalfado en el plato de Kumiko.

El estado de ánimo de Sally Shears, se vería luego, estaba hecho de rabia apenas reprimida, de una furia que se dejaba ver en su andar, en las iracundas y restallantes pisadas de sus botas negras de tacón sobre la calzada helada.

Kumiko tuvo que trotar para llevarle el paso cuando la mujer se alejó de la casa de Swain a grandes zancadas por la plaza semicircular, mientras sus lentes despedían fríos destellos de la luz sin dirección de aquel invierno. Llevaba unos ceñidos pantalones de ante marrón oscuro y una abultada chaqueta negra de cuello alzado: ropa cara. Con ese pelo negro y corto, se la podría haber tomado por un chico.

Por primera vez desde que saliera de Tokio, Kumiko tuvo miedo.

La energía contenida en aquella mujer era casi tangible, un nudo de rabia que podía deshacerse en cualquier momento.

Kumiko deslizó la mano dentro del bolso y apretó la unidad Maas-Neotek; Colin apareció instantáneamente a su lado, caminando con paso enérgico, las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta, sin que sus botas dejaran huella en la nieve sucia. Entonces soltó la unidad, y Colin desapareció, pero ella se sintió más tranquila. No tenía por qué temer si perdía a Sally Shears, cuyo paso le resultaba difícil; el fantasma podría sin duda guiarla de regreso a casa de Swain. Y si huyo de ella, pensó, él me ayudará. En un cruce de calles la mujer se abrió paso entre el tráfico en movimiento, sacando distraídamente a Kumiko del camino de un rechoncho y negro taxi Honda y arreglándoselas de algún modo para patear el parachoques al pasar.

-¿Bebes? -le preguntó, sujetándole el antebrazo con la mano.

Kumiko negó con la cabeza. -Por favor, me estás haciendo daño en el brazo.

Sally redujo la presión, pero condujo a Kumiko, por puertas de vidrio decoradas con escarcha, hacia el ruido v el calor, una especie de concurrida madriguera forrada en madera oscura y gastada gamuza.

Foco después se hallaban frente a frente, separadas por una pequeña mesa de mármol que sustentaba un cenicero Bass, una jarra de cerveza negra, el vaso de whisky que Sally había vaciado en camino desde la barra, y un vaso de gaseosa de naranja.

Kumiko advirtió que las lentes plateadas entraban en la pálida piel sin que hubiera señal de costura.

Sally agarró el vaso de whisky vacío, lo inclinó sin levantarlo de la mesa y lo

observó con mirada crítica. -Conocí a tu padre una vez -dijo-. Entonces no ocupaba una posición tan alta. -Dejó el vaso por la jarra de cerveza.-Swain dice que eres medio gaijin2. Dice que tu madre era danesa. -Bebió un poco de cerveza.- Tú no lo pareces.

-Ella hizo que me cambiaran los ojos.

-Te quedan bien.

-Gracias. Y tus lentes -dijo Kumiko, automáticamente- son muy bonitas.

Sally hizo un gesto de indiferencia. -¿Tu viejo te ha llevado ya a Chiba?

Kumiko negó con la cabeza.

-Es inteligente. Si yo fuera él, tampoco lo habría hecho. -Bebió más cerveza. Sus uñas, evidentemente acrílicas, tenían el tono y el brillo de la madreperla.- Me contaron lo de tu madre.

Sintiendo que la cara le ardía, Kumiko bajó la mirada.

-No es por eso que estás aquí, ¿sabes? Él no te despachó a lo de Swain por ella. Hay una guerra. Desde que nací no había habido luchas internas de alto nivel en los Yakuza, pero ahora las hay. -La jarra vacía hizo ruido de vidrio cuando Sally la dejó en la mesa.- No puede mantenerte cerca de él, eso es todo. Serías una presa demasiado fácil. Un tipo como Swain está lo bastante lejos del mapa, lejos en lo que respecta a los rivales de Kanaka. Es por eso que tienes un pasaporte con otro nombre, ¿entiendes? Swain le debe a Kanaka. Así que tú estás bien, ¿entiendes?

Kumiko sintió lágrimas calientes.

-Bueno, no estás bien. -Las uñas de perla tamborilearon en el mármol.- Ella se mató y tú no estás bien. Te sientes culpable, ¿no es así?

Kumiko fijó la mirada en unos espejos gemelos.

Como si fuera Shinjuku, Portobello estaba ahogado en turistas. Sally Shears, después de insistir en que Kumiko se tomara la naranjada, que había perdido la frescura y el gas, la condujo hacia la calle atestada. Remolcando firmemente a Kumiko, Sally comenzó a abrirse paso por la calzada, pasando por delante de mesas metálicas plegables cubiertas de cortinas de fieltro y miles de objetos hechos de plata y cristal, bronce y cerámica. Kumiko lo observaba todo mientras Sally la llevaba entre surtidos de platerías Coronation y mofletudas teteras Churchill.

-Esto es gomi -se atrevió a decir Kumiko cuando se detuvieron un instante en una esquina. Basura. En Tokio, las cosas gastadas e inútiles eran utilizadas como relleno en terrenos. Sally sonrió con rapacidad.

-Esto es Inglaterra. El gomi es un importante recurso natural. Gomi y talento. Lo que yo estoy buscando ahora. Talento.

El talento llevaba un traje de terciopelo verde botella e inmaculados zapatos de ante, y Sally lo encontró en otro pub, este último llamado Rose and Crown. Se lo presentó como Tick. Era apenas más alto que Kumiko, y algo estaba torcido en su espalda o en sus caderas, de modo que caminaba con una pronunciada cojera que realzaba la impresión general de asimetría. Pelo negro, que llevaba muy corto por detrás y a los lados pero que se encumbraba en un aceitoso bloque de rizos por encima de la frente.

Sally presentó a Kumiko. -Una amiga de Japón, y guárdate esas manos. -Tick sonrió lánguidamente y las condujo hasta una mesa.

-¿Cómo van los negocios, Tick?

-Bien -dijo él con tristeza-. ¿Cómo va la jubilación?

Sally se sentó en un banco acolchado, de espaldas a la pared. -Pues -dijo-, es algo que va y viene, más o menos.

Kumiko la miró. La rabia se había evaporado, o al menos había sido expertamente ocultada. Mientras se sentaba, Kumiko metió la mano en el bolso y buscó la unidad. Colin entró en foco sentado en el banco junto a Sally.

-Muy amable de tu parte haber pensado en mí -dijo Tick, tomando asiento-. Hace ya dos años, diría yo. -Alzó una ceja en dirección a Kumiko.

-No hay problema con ella. ¿Conoces a Swain, Tick?

-Estrictamente por la reputación, gracias.

Colin estudiaba aquel diálogo con divertida fascinación, moviendo la cabeza de un lado a otro como si observara un partido de tenis. Kumiko tuvo que recordarse que sólo ella podía verlo.

-Quiero que me averigües todo sobre él. No quiero que él lo sepa.

Tick la miró fijamente. Toda la mitad izquierda del rostro se le deformó en un enorme y lento guiño de ojo. -Entonces -dijo- no es mucho lo que quieres, ¿verdad?

-Es buen dinero, Tick. El mejor.

-¿Estás buscando algo en particular, o es un blanqueo? La gente no parece ignorar que es un pez gordo en el negocio. No puedo decir que me gustaría que me encontrase en su casona...

-Pero está el dinero, Tick.

Dos guiños muy rápidos.

-Roger me está engañando, Tick. Alguien lo está engañando a él. No sé qué tienen con él, ni me importa. Lo que tiene él conmigo me basta. Lo que quiero saber es quién, dónde, cuándo. Interferir en el tráfico de entrada y salida. Él está en contacto con alguien, porque el trato no deja de cambiar.

-¿Lo reconocería si lo viera?

-Tú echa un vistazo, Tick. Hazlo por mí.

Otra vez el guiño convulsivo. -Muy bien. Lo intentaremos. -Tamborileó con los

dedos nerviosamente en el borde de la mesa.- ¿Me invitas a un trago?

Colin miró a Kumiko desde el otro lado de la mesa y entornó los ojos.

-No lo entiendo -dijo Kumiko mientras seguía a Sally de regreso por Portobello Road-. Me has involucrado en una intriga...

Sally se alzó el cuello de la chaqueta para protegerse del viento.

-Pero yo podría traicionarte. Estás tramando contra el socio de mi padre. No tienes por qué confiar en mí.

-Ni tú en mí, muñeca. Quién sabe si yo soy una de esas malas personas que preocupan a tu padre.

Kumiko se quedó pensando. -¿Lo eres?

-No. Y si tú eres espía de Swain, entonces él se ha puesto mucho más raro últimamente. Si eres espía de tu padre, entonces yo podría no necesitar a Tick. Pero si los Yakuza están llevando esto, ¿qué sentido tiene usar a Roger de pantalla?

-Yo no soy ninguna espía.

-Entonces empieza a ser tú misma. Si Tokio es la sartén, puede que acabes de aterrizar en la hornalla.

-Pero ¿por qué involucrarme?

-Ya estás involucrada. Estás aquí. ¿Tienes miedo?

-No -dijo Kumiko, y guardó silencio, preguntándose por qué todo eso habría de ser verdad.

Poco después, esa misma tarde, a solas en el ático espejado, Kumiko se sentó en el borde de la cama y se quitó las botas mojadas. Sacó la unidad Maas-Neotek del bolso.

-¿Qué son ellos? -le preguntó al fantasma, que estaba encaramado en el pretil de la bañera de mármol negro.

-¿Tus amigos del pub?

-Sí.

-Unos delincuentes. Yo te recomendaría que te relaciones con gente mejor. La mujer es extranjera. Norteamericana. El hombre es londinense. Del East End. Él es un ladrón de datos, a todas luces. Yo no tengo acceso a los archivos de la policía, como no sea en relación con delitos de interés histórico.

-No sé qué hacer...

-Dale vuelta a la unidad.

-¿Qué?

-Ponía del otro lado. Verás un surco en forma de media luna. Mete la uña del pulgar y dale vuelta...

Se abrió una tapa minúscula. Microconmutadores.

-Pon el conmutador A/B en B. Usa algo fino, puntiagudo, pero no un boli.

-¿Un qué?

-Una pluma. La tinta y el polvo. Empastaría el mecanismo. Lo ideal es un mondadientes. Así quedará listo para grabar activándose con la voz.

-¿Y después?

-Escóndelo en el piso de abajo. Mañana lo escucharemos...

Luz de la mañana

Slick pasó la noche echado sobre un roído pedazo de gomaespuma gris debajo de una mesa de trabajo, en el suelo de la Fábrica, envuelto en un ruidoso pliego de plástico con burbujas que hedía a monómeros libres. Soñó con Kid Afrika, con el coche de Kid, y en sus sueños ambas cosas se mezclaron y los dientes de Kid eran diminutas calaveras cromadas.

Despertó con un duro viento que escupía la primera nieve del invierno por las desguarnecidas ventanas de la Fábrica.

Se quedó allí y pensó en el problema de la sierra circular del Juez, en el modo en que la muñeca tendía a doblarse hacia arriba cada vez que acometía algo que fuese más pesado que una lámina de conglomerado. Su plan original para la mano requería dedos articulados, cada uno rematado con una minúscula sierra de cadena, pero el concepto había perdido validez por una serie de razones. La electricidad, por algún motivo, no era satisfactoria; no era lo bastante tangible. El aire era la solucion, grandes tanques de aire comprimido, o combustión interna, si se pudieran encontrar las piezas. Y en Dog Solitude se podían encontrar piezas para casi todo, si se excavaba lo suficiente; y si eso fallaba, había media docena de pueblos en el cinturón de herrumbre de Jersey, hectáreas de máquinas muertas de donde escoger.

Salió a gatas del abrigo de la mesa, arrastrando consigo la manta transparente de minúsculas almohadas de plástico como si fuera una capa. Pensó en el hombre de la camilla, arriba en su habitación, y en Cherry, que había dormido en su cama. Ella no tendría el cuello dolorido. Se estiró y gimió. Gentry debería estar ya de regreso. Tendría que explicárselo a Gentry, a quien no le gustaba nada tener gente alrededor.

Pajarito había hecho café en la sala que servía de cocina de la Fábrica. El suelo era de ondulantes placas de plástico y había una pared ocupada por fregaderos de acero opaco. Las ventanas estaban cubiertas con lonas translúcidas que se inflaban y desinflaban con el viento y dejaban pasar una luz lechosa que hacía que la sala pareciera aún más fría de lo que estaba.

-¿Cómo estamos de agua? -preguntó Slick al entrar. Una de las tareas de Pajarito consistía en inspeccionar los tanques del techo todas las mañanas, pescar hojas traídas por el viento o alguno que otro cuervo muerto. Luego debía revisar las juntas de los filtros, tal vez dejar pasar unos cuarenta litros si le daba la impresión de que se les agotaba. Hacía falta casi todo el día para que cuarenta litros pasaran del sistema de filtros al tanque colector. El hecho de que Pajarito se ocupara diligentemente de estos quehaceres era la razón principal por la que Gentry lo toleraba, pero quizá también contribuía la timidez del muchacho. Pajarito se las arreglaba para permanecer

invisible, al menos a ojos de Gentry.

-Tenemos mucha -dijo Pajarito.

-¿Hay algún modo de darse una ducha? -preguntó Cherry desde su asiento, que era una vieja caja de plástico. Tenía ojeras como de no haber dormido, pero había cubierto los efectos con maquillaje.

-No -dijo Slick-, no hay; no en esta época del año.

-Pensé que no -dijo Cherry, apesadumbrada, enfundada en su colección de chaquetas de cuero.

Slick se sirvió lo último que quedaba de café y se detuvo delante de ella mientras lo tomaba.

-¿Algún problema? -preguntó ella.

-Sí. Tú y el tipo ése de arriba. ¿Cómo es que estás aquí? ¿Estás de permiso o qué?

La chica sacó un buscapersonas negro del bolsillo de la chaqueta más exterior. -Cualquier alteración y esto se pone a sonar.

-¿Has dormido bien?

-Sí. Lo suficiente.

-Yo no. ¿Cuánto llevas trabajando para Kid Afrika, Cherry?

-Como una semana.

-¿De verdad eres médica auxiliar?

Cherry se encogió con indiferencia dentro de las chaquetas. -Suficiente para ocuparme del Conde.

-¿El Conde?

-Conde, sí. Kid lo llamó así, una vez.

Pajarito se estremeció. Todavía no se había aplicado las herramientas de peinado y llevaba el pelo erizado en todas direcciones. -¿Y si fuera un vampiro? -aventuró Pajarito.

Cherry lo miró fijamente. -¿Bromeas?

Con los ojos muy abiertos, Pajarito negó solemnemente con la cabeza.

Cherry miró a Slick. -Dime, ¿tu amigo está bien de la cabeza?

-No hay vampiros -le dijo Slick a Pajarito-; esas cosas no existen, ¿entiendes? Sólo en los estims. El tipo ése no es vampiro, ¿de acuerdo?

Pajarito asintió despacio, en absoluto convencido, mientras el viento henchía la lona plástica hacia la luz lechosa.

Trato de pasar la mañana trabajando en el Juez, pero pajarito había vuelto a desaparecer y la imagen del hombre de la camilla no dejaba de inmiscuirse. Hacía demasiado frío; tendría que bajar una línea de corriente desde el territorio de Gentry, en lo alto de la Fábrica, encontrar algunas estufas. Pero eso implicaba lidiar con Gentry por la electricidad. La corriente era de Gentry porque sabía cómo sacarla sin que la Autoridad de Fusión se percatara.

Pronto se cumpliría el tercer invierno de Slick en la Fábrica, pero hacía cuatro años que Gentry estaba allí cuando Slick descubrió el lugar. Slick le hizo a Gentry muchos trabajos de corte y soldadura, al principio, pues Gentry quería un espacio más amplio. Cuando terminaron de acondicionar el galpón de Gentry, Slick heredó la parte donde había alojado a Cherry y al hombre que según ella Kid había llamado el Conde. Gentry asumió la posición de que la Fábrica era suya, que él había llegado primero, que había puesto electricidad sin que la Autoridad lo supiera. Pero Slick hizo en la Fábrica muchas cosas que el mismo Gentry no habría querido molestarse en hacer, como asegurar que hubiera comida, y si algo importante se averiaba, si los cables hacían corto circuito o si se tapaban los filtros del agua, era Slick quien tenía las herramientas y hacía la reparación.

A Gentry no le gustaba la gente. Pasaba días y días con sus consolas y sus órganos FX y sus holoproyectores y sólo salía cuando tenía hambre. Slick no entendía qué intentaba hacer Gentry, pero le envidiaba la estrechez de su obsesión. Nada afectaba a Gentry. Kid Afrika no podría haber convencido a Gentry, porque Gentry no habría ido a Atlantic City a meterse en problemas y quedar en deuda con Kid Afrika.

Entró en su habitación sin llamar y Cherry estaba lavando el pecho del hombre con una esponja. Llevaba guantes blancos desechables. Había traído la cocina de butano de la sala donde cocinaban y calentaba agua en un cuenco de acero.

Slick se obligó a mirar el rostro intubado, los labios justo lo bastante abiertos como para mostrar dientes amarillos de fumador. Era un rostro de la calle, una cara común, cara que podría verse en cualquier bar.

Ella miró a Slick.

Él se sentó en el borde de la cama, donde ella había abierto su saco de dormir y lo había extendido como una manta, con el extremo más gastado metido debajo del colchón.

-Tenemos que hablar, Cherry. He estado pensando en esto, ¿sabes?

Ella exprimió la esponja en el cuenco.

-¿Cómo fue que te enrollaste con Kid Afrika?

Ella metió la esponja en una bolsita de cremallera y guardó todo en la mochila de nailon que sacó del deslizador de Kid. Observándola, se dio cuenta de que no hacía ni un solo gesto inútil, y no parecía tener que pensar en lo que estaba haciendo. -¿Conoces un sitio llamado Moby Jane's?

-No.

-Un local en la carretera, al lado de la interestatal. Pues yo tenía un amigo que era el administrador, hacía un mes que lo era cuando me instalé allí. Moby Jane es una mujer enorme; lo único que hace es estar sentada al fondo del club, en un tanque

flotador y con un frasco goteador de freebase IV inyectado en el brazo y es totalmente asquerosa. Así que como te digo, me instalé allí con mi amigo Spencer, él es el nuevo administrador, porque yo tuve un problema con mi título en Cleveland y en aquel momento no podía trabajar.

-¿Qué tipo de problema?

-El normal, digamos. ¿Quieres oír esto o no? Así que Spencer me deja entrar teniendo a la dueña en esas condiciones. Y lo último que yo quiero es que alguien se entere de que soy médica auxiliar, porque si no me tendrían allí todo el tiempo para cambiarle los filtros del tanque y bombearle freebase a esos doscientos kilos de psicótica alucinada. Así que me pusieron a servir mesas, a servir cerveza. Todo bien. Allí tienen buena música. Es un sitio medio ordinario, pero no pasa nada porque la gente sabe que estoy con Spencer. Sólo que un día me despierto y Spencer se ha ido. Luego resulta que se ha marchado con cantidad de dinero. -Cherry secaba el pecho del durmiente utilizando una gruesa estopa de fibra absorbente.- Así que me aporrean un poco. -Alzó la vista para mirarlo y se encogió de hombros.- Pero luego me dicen lo que van a hacer. Me van a atar las manos a la espalda y me van a meter en el tanque con Moby Jane y le van a poner el goteo al máximo y decirle que mi novio la estafó... -Cherry echó la estopa mojada en el cuenco.-Así que me encierran en un clóset para dejarme pensar en ello antes de hacérmelo. Pero cuando se abre la puerta, es Kid Afrika. Nunca antes lo había visto. «Señorita Chesterfield», me dijo, «tengo razones para creer que hasta hace poco era usted médica auxiliar titulada.»

-Y te hizo una oferta.

-Qué oferta ni qué cuernos. Sólo revisó mis documentos y me sacó directamente de allí. Ni un alma alrededor, además, y era sábado de tarde. Me llevó al estacionamiento, donde estaba el deslizador, con calaveras delante, dos negros corpulentos esperándonos, y a mí con que me alejaran de aquel tanque de flotación todo me parecía bien.

-¿Ya llevaba a nuestro amigo en el coche?

-No -dijo quitándose los guantes-. Me hizo que lo llevara de vuelta a Cleveland, a una urbanización. Casas grandes y antiguas pero con jardines secos y cochambrosos. Fuimos a una que estaba superprotegida, supongo que era la suya. Éste -y llevó el saco de dormir azul hasta la barbilla del hombre- estaba en una habitación. Tuve que empezar en seguida. Kid me dijo que me pagaría bien.

-¿Y tú sabías que te traería aquí, a Solitude?

-No. Tampoco creo que él lo supiera. Pasó algo. Vino al día siguiente y me dijo que nos marchábamos. Creo que algo lo asustó. Ahí fue cuando lo llamó así, el Conde- Porque estaba enfadado y creo que quizás asustado. «El Conde y su jodido LF», dijo.

-¿Su qué?

-«LF.»

-¿Qué es eso?

-Creo que esto -dijo, apuntando al aparato gris y sin marcas instalado por encima de la cabeza del hombre.

Allí no hay un dónde

Se imaginó a Swift esperándola en la terraza, vestido con alguna de las prendas de paño que gustaba usar en los inviernos de Los Angeles, chaleco y chaqueta que no combinaban, punto de espiga y pied-de-pouk, pero todo ello tejido con la misma lana que, probablemente, venía de las mismas ovejas y de la misma pradera, el atuendo en su totalidad orquestado en Londres, por comité, en la sala superior de alguna tienda de Floral Street que él nunca había visto. Le hacían camisas a rayas, hacían traer el algodón de Charvet, en París; le hacían las corbatas, mandaban tejer la seda en Osaka, incluido el bordado, apretado y pequeño, del logo de la Senso/Red. Sin embargo, por alguna razón, se veía como si lo hubiera vestido la madre.

La terraza estaba vacía. El Dornier revoloteó en lo alto para luego retirarse velocísimo hacia su nido. La presencia de Mamman Brigitte seguía adherida a ella.

Entró en la cocina blanca y se quitó la sangre seca de la cara y las manos. Al entrar en la sala tuvo la impresión de que la veía por primera vez. El suelo descolorido, los marcos dorados, el tapizado en terciopelo de las sillas Luis XVI y el telón de fondo cubista de un Valmier. Igual que el ropero de Hilton, pensó, concebido por talentosos desconocidos. Sus botas dejaron un rastro de arena mojada en el pálido suelo mientras iba hacia la escalera.

Kelly Hickman, el encargado de su vestuario, había estado en la casa mientras ella estaba en la clínica; le había ordenado el equipaje de trabajo en el dormitorio principal. Nueve estuches Hermès para rifles, lisos y rectangulares, como ataúdes hechos con cuero pulido de silla de montar. Nunca le doblaban la ropa; tendían sus prendas una sobre otra, separadas por pliegos de papel de seda.

Permaneció de pie en el umbral de la puerta, mirando la cama vacía, los nueve ataúdes de cuero.

Fue al baño, bloques de vidrio y embaldosado de mosaico blanco, y cerró la puerta con el pestillo. Abrió un armario, luego otro, pasando por alto las ordenadas estanterías de productos sin abrir, medicamentos, cosméticos. Encontró el cargador en el tercer armario, junto a un paquete de burbujas que contenía dermos. Se acercó para observar el plástico gris, el logo japonés, temerosa de tocarlo. El cargador parecía nuevo, sin usar. Estaba casi segura de no haberlo comprado, de no haberlo dejado allí. Sacó la droga del bolsillo de la chaqueta y la examinó, dándole vueltas una y otra vez, observando cómo las dosis medidas de polvo violeta se agitaban en el interior de sus compartimientos sellados.

Se vio a sí misma poner el paquete sobre la repisa de mármol blanco, colocar el cargardor encima, sacar un dermo de su burbuja e insertarlo. Vio el destello rojo de un diodo cuando el cargador hubo extraído una dosis; se vio a sí misma quitar el dermo, sopesarlo sobre la punta del dedo índice como si fuera una sanguijuela de

plástico blanco, mientras en la húmeda cara interna brillaban diminutas gotas de DMSO...

Giró sobre los pies, dio tres pasos hacia el retrete y arrojó en él el paquete sin abrir. El paquete flotó allí como una balsa de juguete; la droga seguía perfectamente seca. Perfectamente. Sintiendo que le temblaba la mano, buscó una lima de uñas metálica y se arrodilló en el embaldosado blanco. Tuvo que cerrar los ojos cuando, sosteniendo el paquete, le hundió la lima en la costura, retorciéndola. La lima cayó ruidosamente en las baldosas cuando ella tocó el botón del desagüe y las dos mitades del paquete vacío desaparecieron. Apoyó la cabeza en la cerámica fría, y luego se obligó a levantarse, ir al fregadero y lavarse las manos esmeradamente.

Porque quería, y ahora sí sabía que quería, chuparse los dedos.

Luego, en la tarde gris de ese mismo día, encontró en el garaje una caja de plástico corrugado para embalaje, la llevó al dormitorio, y se puso a empaquetar lo que quedaba de las pertenencias de Bobby. No era mucho: un par de tejanos de piel que a él no le habían gustado, algunas camisas que había desechado u olvidado y, en el cajón inferior del escritorio de madera de teca, una consola de ciberespacio. Era una Ono-Sendai, casi de juguete. Estaba en medio de un lío de cables negros, un juego barato de trodos de estim y un tubo plástico y grasiento de pasta salina.

Recordó la consola que él usaba, la que se había llevado, una Hosaka gris fabricada por encargo, de teclas sin signos. Era una consola de cowboy; él había insistido en viajar con eso, aunque le causara dificultades durante las revisiones en las aduanas. ¿Para qué, se preguntó, habría comprado él la Ono-Sendai? ¿Y por qué la había abandonado? Estaba sentada en el borde de la cama; sacó la consola del cajón y se la puso en las rodillas.

Su padre, hacía mucho tiempo, en Arizona, le había desaconsejado las entradas al ciberespacio. No lo necesitas, le había dicho. Y era cierto, porque ella soñaba con el ciberespacio, como si la retícula de neón de la matriz la esperase detrás de los párpados.

No hay un dónde, allí. A los niños se les enseñaba eso para explicar el ciberespacio. Recordó la clase de una sonriente maestra en la guardería ejecutiva de la arcología, imágenes que se sucedían en una pantalla: pilotos con cascos enormes y guantes de torpe aspecto, una primitiva tecnología neuroelectrónica del «mundo virtual» que los unía más eficazmente a sus planos, pares de terminales de vídeo en miniatura que les proporcionaban un flujo de datos de combate; los guantes vibrotáctiles de retroalimentación ofrecían un universo táctil de botones y conmutadores... A medida que la tecnología fue evolucionando, los cascos empequeñecieron, las terminales de vídeo se atrofiaron...

Se inclinó y levantó el juego de trodos y lo sacudió para desenredar los cables.

No hay un dónde, allí.

Estiró la tiara elástica y se aplicó los trodos a las sienes: uno de los gestos más característicamente humanos, pero un gesto que ella rara vez ejecutaba. Pulsó el botón que verificaba la carga de la batería de la Ono-Sendai. Verde: listo. Tocó el conmutador de alimentación y el dormitorio se desvaneció tras una pared incolora de estática sensorial. Le inundó la cabeza un torrente de ruido blanco.

Sus dedos encontraron al azar un conmutador y fue catapultada al otro lado de la pared de estática, hacia la abigarrada inmensidad, el vacío nocional del ciberespacio, y la brillante retícula de la matriz se extendió a su alrededor como una jaula infinita.

-Angela -dijo la casa con voz serena pero imperativa-, tengo una llamada de Hilton Swift...

-¿Prioridad ejecutiva? -Angela estaba comiendo judías horneadas con una tostada en el mostrador de la cocina.

-No -dijo la casa, confidente.

-Cambia de tono -dijo Angela, masticando un bocado de judías-. Pon algo de ansiedad.

-El señor Swift está esperando -dijo la casa, nerviosa.

-Así está mejor -dijo ella, llevando el plato y la bandeja al fregadero-, pero quiero algo más cercano a la histeria verdadera...

-¿ Vas a atender la llamada? -La voz estaba ahogada en tensión.

-No -dijo Angela-, pero sigue manteniendo esa voz, me gusta.

Entró en la sala contando para sus adentros. Doce, trece...

-Angela -dijo la casa con voz suave-, tengo una llamada de Hilton Swift.

-En prioridad ejecutiva -dijo Swift.

Angela hizo un sonido de ventosidad con los labios.

-Sabes que respeto tu necesidad de estar sola, pero me preocupo por ti.

-Estoy bien, Hilton. No tienes por qué preocuparte. Adiós.

-Esta mañana te caíste en la playa. Parecías desorientada. Te sangró la nariz.

-Fue una hemorragia nasal.

-Queremos que se te haga otro chequeo...

-Estupendo.

-Hoy entraste en la matriz, Angie. Te encontramos en el sector industrial del EMBA.

-¿Era eso?

-¿Quieres hablar del asunto?

-No hay nada de qué hablar. Sólo estaba curioseando. Pero si te interesa tanto, estaba empacando unas cosas que Bobby dejó aquí. ¡Tú lo habrías aprobado, Hilton! Encontré una consola suya y la probé. Pulsé una tecla, pasé un rato mirando, y salí.

-Lo siento, Angie.

-¿Qué sientes?

-Haberte molestado. Me marcho.

-Hilton, ¿sabes dónde está Bobby?

-No.

-¿Quieres decir que los de seguridad de la Red no le siguen la pista?

-Quiero decir que no sé, Angie. Ésa es la verdad.

-¿Podrías averiguarlo, si quisieras?

Otro silencio. -No lo sé. Si pudiera, no estoy seguro de que lo haría. -Gracias. Adiós, Hilton. -Adiós, Angie.

Esa noche se sentó en la terraza, a oscuras, a mirar los insectos que bailaban frente a los focos. Pensando en Brigitte y en su advertencia, en la droga en el bolsillo de la chaqueta y en el cargador de dermos en el armario de medicamentos. Pensando en el ciberespacio y en el triste confinamiento que sentía con la Ono-Sendai, tan distante de la libertad de los loa.

Pensando en los otros sueños, de pasillos en espiral concéntrica, velados tonos de alfombras antiguas... Un viejo, una cabeza hecha de joyas, un rostro tenso con ojos que eran espejos... Y una playa bajo el viento, oscura.

No esta playa, no Malibú.

Y en algún lugar, en una negra mañana de California, pocas horas antes del amanecer, entre los pasillos, las galerías, los rostros de sueños, fragmentos de una conversación que recordaba a medias, despertando frente a la pálida niebla que se apretaba contra las ventanas del dormitorio principal, se apoderó de algo que trajo consigo a través de los muros del sueño.

Rodó hasta el borde de la cama, revolvió cosas en un cajón de la mesa de noche, encontró una pluma Porsche, regalo de un asistente, y escribió su tesoro en la contraportada de una lustrosa revista de modas italiana:

T-A

-Llama a Plan de Rodaje -le dijo a la casa, cuando iba por el tercer café.

-Hola, Angie -dijo Plan de Rodaje.

-Esa secuencia orbital que hicimos, hace dos años. El yate del belga... -Sorbió un poco de café ya frío.- ¿Cómo se llamaba el lugar adonde quería llevarme? Aquel que Robin decidió que era demasiado vulgar.

-Freeside -dijo el sistema experto.

-¿Quién está grabada allí?

-Tally Isham rodó nueve secuencias en Freeside.

-¿Para ella no era vulgar?

-Eso fue hace quince años. Estaba de moda.

-Consígueme esas secuencias.

-De acuerdo.

-Adiós.

-Adiós, Angie.

Plan de Rodaje estaba escribiendo un libro. Robin Lanier le había hablado de aquello. Ella le había preguntado de qué trataba. No era así, dijo él. Giraba sobre sí y mutaba constantemente; Plan de Rodaje estaba siempre escribiéndolo. Ella preguntó por qué. Pero Robin ya se había desinteresado: porque Plan de Rodaje era una IA, y las inteligencias artificiales hacían ese tipo de cosas.

Su llamada a Plan de Rodaje le costó una llamada de Swift.

-Angie, sobre ese chequeo...

-¿Todavía no lo has programado? Quiero volver al trabajo. Esta mañana llamé a Plan de Rodaje. Estoy pensando en una secuencia orbital y revisando unas cosas que hizo Tally; puede que me dé ideas.

Hubo un silencio. Angela quiso reír. Era difícil sacarle un silencio a Swift. -¿Estás segura, Angie? Eso es estupendo, pero, ¿de verdad es lo que quieres hacer?

-Estoy mucho mejor, Hilton. Estoy bien. Quiero trabajar. Se acabaron las vacaciones. Mándame a Porphyre a que me arregle el pelo antes de ver a nadie.

-¿Sabes, Angie? -dijo él-; esto nos hace muy felices a todos.

-Llama a Porphyre. Arregla el chequeo. -Coup-poudre. ¿Quién, Hilton? ¿Tal vez tú?

Él tenía los recursos, pensó Angela, media hora después, paseando por la terraza envuelta en niebla. Su adicción no había amenazado a la Red, no había afectado su rendimiento. No había efectos secundarios físicos. De haberlos habido, la Senso/Red no la habría dejado empezar. El fabricante de la droga, pensó. El fabricante lo sabría. Y nunca se lo diría, incluso si llegara a ponerse en contacto con él, cosa que dudaba. Supón, se dijo, apoyada en la baranda oxidada, que él no fuese el fabricante. Que la molécula hubiese sido diseñada por otro, para sus propios fines.

-Tu peluquero -dijo la casa.

Angela entró. Porphyre estaba esperándola, embutido en lana apagada, algo de la temporada parisina. El rostro, en reposo tan liso como el ébano pulido, se abrió en una sonrisa encantada cuando la vio. -Niña -la regañó-, pareces una plasta artesanal.

Angela se echó a reír. Porphyre chasqueó la lengua y gruñó y se acercó a ella para agitarle el flequillo con dedos largos mientras afectaba un gesto de repulsión. -Mi niña ha sido una niña mala. ¡Porphyre te dijo que esas drogas eran malas!

Angela lo miró a los ojos. Era muy alto y, sabía, tremendamente fuerte. Como un galgo con estereoides, le había dicho alguien una vez. Ese cráneo depilado mostraba

una simetría desconocida en la naturaleza.

-¿Te sientes bien? -preguntó el peluquero con su otra voz, ya sin la maniática exaltación, como si alguien hubiese movido un interruptor.

-Estoy bien.

-¿Dolió?

-Sí. Dolió.

-¿Sabes? -dijo el peluquero, acariciándole el mentón con la punta del dedo-, nadie lograba entender qué le encontrabas a esa mierda. No parecía colocarte mucho...

-No se suponía que lo hiciera. Era sólo como estar ahí, allí, sólo que no tenías que...

-¿Sentirlo tanto?

-Eso.

Porphyre asintió con un movimiento lento. -Entonces sí que era mierda de la mala.

-No importa -replicó ella-. Ya estoy aquí.

El peluquero recuperó la sonrisa. -Vamos a lavarte el pelo.

-¡Pero si me lo lavé ayer!

-No puede ser. ¿Sí? No me digas. -La empujó hacia las escaleras. En el baño de las baldosas blancas le hizo fricciones con algo en la cabeza.

-¿Has visto a Robin últimamente?

Le enjuagó el pelo con agua fría. -El señor Lanier está en Londres, señorita -dijo, dándole a señor acento británico-. El señor Lanier y yo no nos dirigimos la palabra. Yérguete un poco. -Alzó el respaldo de la silla y le puso una toalla al cuello.

-¿Por qué no? -Angela sintió el cosquilleo de los chismes de la Red, que era la otra especialidad de Porphyre.

-Porque -dijo el peluquero, con tono esmeradamente imperturbable mientras le pasaba un peine por el pelo-andaba diciendo cosas malas de Angela Mitchell, que estaba en Jamaica arreglándose la cabecita.

No era lo que ella esperaba. -¿De verdad?

-De verdad, niña. -Comenzó a cortarle el pelo con las tijeras, que eran una de sus señas de identidad profesional: se negaba a utilizar el lápiz láser, y se jactaba de no haber tocado uno en su vida.

-¿Estás bromeando, Porphyre?

-No. Él no me iba a decir esas cosas a mí, pero Porphyre oye, Porphyre siempre oye. Marchó a Londres al día siguiente de haber llegado tú aquí.

-¿Y qué son esas cosas que oíste que dijo?

-Que estás loca. Drogada, o ida. Que oyes voces. Que los psiquiatras de la Red lo saben.

Voces... -Quién te dijo eso? -Trató devolverse en la silla.

-No muevas la cabeza. Así. -Porphyre volvió a su trabajo.- No te lo puedo decir. Confía en mí.

Hubo una serie de llamadas después de la marcha de Porphyre. Su equipo de produción, ansioso por saludarla.

-No más llamadas esta tarde -le dijo a la casa-. Me voy arriba a ver las secuencias de Tally.

Encontró una botella de Corona en el fondo de la nevera y se la llevó al dormitorio principal. La unidad de estim empotrada en el cabezal de madera de teca estaba equipada con trodos profesionales que no estaban allí cuando ella se había marchado a Jamaica. Los técnicos de la Red actualizaban periódicamente el equipo de la casa. Tomó un sorbo de cerveza, dejó la botella en la mesa de noche, y se acostó, con los trodos cruzándole la frente. -Muy bien -dijo-, golpéame.

Entró en carne de Tally, aliento de Tally.

¿Cómo pude alguna vez sustituirte?, se preguntó, abrumada por la presencia física de la ex estrella. ¿Le doy yo a la gente este mismo placer?

Tally-Angie asomándose a un precipicio cubierto de enredaderas que era también un bulevar, alzando la mirada hacia el horizonte invertido, recuadros de lejanas canchas de tenis, el «sol» de Freeside un filamento axial de brillo en lo alto...

-Adelanta -le dijo a la casa.

Entró en músculos de suaves movimientos y un atisbo de hormigón: Tally corriendo en bicicleta por un velódromo de baja gravedad...

-Adelanta.

Escena de mesa, tensión de tiras de terciopelo en los hombros, el joven al otro lado de la mesa se inclina para servir más vino...

-Adelanta.

Sábanas de lino, una mano entre las piernas, luz púrpura y crepuscular a través de vidrio cilindrado, ruido de agua que corre...

-Retrocede. Al restaurante.

El vino tinto bailando en la copa...

-Un poco más. Quieta. Ahí.

Los ojos de Tally habían enfocado la bronceada muñeca del joven, no la botella.

-Quiero una gráfica de esa imagen -dijo Angela quitándose los trodos. Se sentó en la cama y tomó un trago de cerveza que combinó extrañamente con el sabor ficticio del vino grabado de Tally.

Abajo la impresora sonaba suavemente mientras concluía su tarea. Angela se obligó a bajar las escaleras despacio, pero cuando llegó a la impresora, en la cocina, la imagen la decepcionó.

-¿Puedes mejorar esto? -le preguntó a la casa-. Quiero poder leer la etiqueta de la

botella.

-Justificando imagen -dijo la casa-, y girando objetivo ocho grados.

La impresora emitió un suave zumbido mientras expulsaba la nueva gráfica. Angie encontró su tesoro antes de que la máquina anunciase que el trabajo estaba listo; su sueño cabalístico en tinta marrón: T-A.

Tendrían sus propios viñedos, pensó.

Tessier-Ashpool S.A., en letra majestuosa y florida.

-Ya te tengo -susurró.

Radio Texas

Mona alcanzaba a ver el sol por un par de rasgaduras del plástico negro que mantenían pegado a la ventana. Odiaba demasiado aquel piso como para permanecer allí estando despierta o sobria, y ahora se encontraba en ambos estados.

Salió de la cama sin hacer ruido, hizo una mueca de desagrado cuando el talón descalzo rozó el suelo, y buscó las sandalias plásticas. Aquel sitio estaba sucio; tal vez se contrajera el tétanos sólo por apoyarse en la pared. Se le erizaba la piel de pensarlo. Esas cosas no parecían molestar a Eddy; él estaba demasiado distraído con sus planes como para percatarse de su entorno. Además siempre se las arreglaba de algún modo para estar limpio como un gato. Era de una limpieza gatuna, ni una pizca de suciedad bajo las uñas pulidas. Imaginaba que debía gastar en ropa la mayor parte del dinero que ganaba, aunque a ella no se le habría ocurrido cuestionárselo. Mona tenía dieciséis años y era inmaculada; una amiga, mayor que ella, le había dicho una vez que eso era el título de una canción: «De dieciséis e inmaculada». Con eso quería decir que al nacer no se le había asignado un SIN, Single Identification Number3 por lo que había crecido al margen de la mayoría de sistemas oficiales. Sabía que en principio era posible obtener un SIN si se carecía de él, pero era de suponer que ello implicaba entrar en algún edificio y hablar con un traje, lo cual distaba mucho de la idea que Mona se hacía de lo ameno o incluso de un comportamiento normal.

Era toda una experta en vestirse en la guarida, hasta podía hacerlo a oscuras. Empezaba por ponerse las sandalias tras haberlas golpeado una contra la otra para desalojar los posibles bichos rastreros, luego caminaba hasta donde sabía que había un rollo de viejo papel de fax metido en una caja de gomaespuma junto a la ventana. Cortaba cerca de un metro de papel, tal vez un día y medio del periódico Asahi Shimbun que doblaba y alisaba para ponerlo en el suelo. Entonces podía pisar encima y desde allí tirar del bolso de plástico que había al lado de la caja, deshacer el nudo del alambre que lo mantenía cerrado y sacar la ropa que quisiera. Sabía que al sacar los pies de las sandalias para ponerse los pantalones pisaría sobre papel de fax recién cortado. Era para Mona un artículo de fe confiar en que nada atravesaría la superficie del papel durante el tiempo que le tomase ponerse los pantalones y calzarse de nuevo.

Entonces se ponía una camisa o lo que fuese, cerraba cuidadosamente el bolso y salía de allí. El maquillaje, si era necesario, se lo ponía fuera, en el corredor; junto al desahuciado ascensor sobrevivía un pedazo de espejo parcialmente ocupado por una cinta Fuji biofluorescente que le habían pegado encima.

Aquella mañana se sentía un penetrante olor a orina al lado del ascensor, así que Mona decidió prescindir de maquillaje.

Nunca se veía a nadie en el edificio, pero a veces se oían ruidos de gente; música al otro lado de una puerta cerrada, o pasos que acababan de perderse al doblar por el

otro extremo de un pasillo. Pero eso estaba bien: tampoco Mona tenía ganas de conocer a sus vecinos.

Bajó tres tramos de escalera y entró en la devoradora oscuridad del estacionamiento subterráneo. Llevaba la linterna en la mano y le bastaron seis breves destellos para sortear charcos y haces de cables de fibra óptica que colgaban de las paredes y llegar a los escalones de cemento que subían al callejón. A veces, si el viento soplaba en la dirección adecuada, llegaba olor a playa, pero esta vez sólo olía a basura. Estaba ahora al pie de su edificio, así que apuró el paso antes de que algún imbécil decidiera arrojar una botella o algo peor. Ya en la Avenida aminoró la marcha, pero no demasiado; no olvidaba el dinero que llevaba en el bolsillo ni los numerosos planes que tenía para gastarlo. Más valía evitar arrebatos imprevistos, sobre todo cuando parecía que Eddy se las había ingeniado para conseguir un billete de salida. Mona alternaba entre convencerse de que su marcha era cosa segura, que prácticamente ya estaban fuera de allí, y prevenirse contra las ilusiones. Ya conocía las seguridades de Eddy: ¿acaso no había sido Florida una de ellas? El buen clima de Florida, lo estupendas que eran las playas, llenas de hombres guapos con dinero, el lugar ideal para unas breves vacaciones remuneradas que ya se habían estirado hasta convertirse en el mes más largo que Mona podía recordar. Nada, que en Florida hacía un calor de mierda, como si fuera una sauna. Las únicas playas que no eran privadas estaban contaminadas, llenas de peces muertos que rodaban panza arriba en las orillas. Puede que las privadas estuviesen igual, pero ésas no se veían, sólo el cerco metálico y los guardias en pantalones cortos que caminaban por allí. A Eddy le fascinaban las armas que llevaban los guardias, y las describía con abrumadora profusión de detalles. Él no tenía pistola, no que ella supiera, lo cual a Mona le parecía bien. A veces ni siquiera podía sentirse el olor a pescado muerto, pero había otro olor, un olor a cloro que quemaba el paladar, algo que salía de las fábricas de la costa. Y si había hombres guapos, no dejaban de ser unos putañeros, y los de aquí no estaban precisamente ofreciéndose a pagar el doble.

A decir verdad lo único que podía gustar de Florida eran las drogas, fáciles de conseguir y en su mayoría de potencia industrial. A veces imaginaba que el olor a cloro era el que salía de millares de laboratorios de drogas donde se preparaban cócteles inimaginables, extrañas moléculas que agitaban sus ensortijados rabos, ansiosas de calle y de destino.

Dejó la Avenida y recorrió una calleja bordeada de puestos de comida ilegales. El estómago gruñó, excitado por el aroma, pero ella no se fiaba de la comida callejera a menos que no tuviese otro remedio, pero en el centro comercial había sitios con licencia donde se podía pagar con dinero en efectivo. Alguien tocaba la trompeta en la plaza de asfalto, un irregular solo cubano que rebotaba y se distorsionaba entre las paredes de cemento, notas agonizantes perdidas en el estruendo mañanero del

mercado. Un predicador evangélico extendía los brazos en cruz mientras un pálido y borroso Jesucristo copiaba el gesto desde arriba, suspendido en el aire. El aparato de proyección estaba dentro de la caja sobre la que se hallaba el predicador, que llevaba a la espalda un maltratado bolso de nailon donde guardaba dos altavoces que le asomaban por detrás de los hombros y parecían cabezas de cromo sin rostro. El evangélico levantó la vista y miró a Jesús con cara de disgusto, luego se puso a ajustar algo que llevaba en el cinturón. La figura de Jesús parpadeó, se hizo verde y se desvaneció. Mona se rió. En los ojos del hombre ardía la ira de Dios, y en el pómulo le temblaba un músculo. Mona dobló a la izquierda, entre hileras de vendedores de frutas que apilaban naranjas y pomelos en pirámides que se alzaban desde los abollados carritos de metal.

Entró en un edificio bajo y cavernoso que albergaba puestos de venta más permanentes y ordenados en fila: vendedores de pescado y alimentos envasados, artículos domésticos de mala calidad, mostradores donde se servían docenas de tipos de comidas calientes. A la sombra se estaba más fresco y más tranquilo. Mona encontró un sitio donde servían wonton con seis taburetes desocupados y se sentó en uno. El cocinero chino le habló en español; ella pidió lo que quería señalándolo con el dedo. Le sirvieron sopa en un cuenco de plástico y ella pagó con el billete más pequeño y él le dio el cambio con ocho grasientas fichas de cartón. Si las intenciones de Eddy eran serias, lo de marcharse, no podría usar las fichas; si se quedaban en Florida, siempre podría volver a comer wonton. Rechazó las fichas con un movimiento de cabeza. Tengo que marcharme. Me marcho. Empujó los gastados discos amarillos al otro lado del mostrador de chapa aglomerada. «Quédeselas.» El cocinero las barrió con la mano, manso e inexpresivo, con un mondadientes de plástico azul fijo en una comisura de la boca.

Mona sacó palillos del vaso que había sobre el mostrador y pescó un tallarín del cuenco. En el pasillo, detrás de las ollas y las hornallas del cocinero, un traje la miraba. Un traje que trataba de aparentar ser otra cosa, con esa informal camisa blanca y esas gafas de sol. Es sobre todo la forma de estar, pensó Mona. Era la dentadura, también, y el corte de pelo, aunque tenía barba. Pretendía estar mirando a su alrededor, como si anduviera de compras, con las manos en los bolsillos y la boca fija en lo que tal vez él pensaba que podía ser una sonrisa distraída. Era bonito, el traje, o lo que podía verse detrás de la barba y las gafas de sol. La sonrisa no era bonita, sin embargo; era como rectangular, con lo cual se le veían casi todos los dientes. Mona se movió un poco en el taburete, incómoda. La prostitución era legal, pero sólo si se hacía bien, si se tenía la tarjeta fiscal y todo eso. Mona recordó de pronto el dinero que llevaba en el bolsillo. Fingió interesarse en la licencia para expender alimentos que estaba pegada al mostrador; cuando levantó la mirada el traje se había marchado.

Se gastó cincuenta en ropa. Repasó dieciocho estanterías en cuatro tiendas, todo cuanto había en el centro comercial, antes de decidirse. A los vendedores no les agradó que se probara tantas cosas, pero ella nunca había tenido tanto para gastar. Habían dado las doce y no había terminado; el sol de Florida abrasaba el pavimento cuando Mona cruzó el parque con las dos bolsas de plástico. Las bolsas, igual que la ropa, eran de segunda mano: en una figuraba el logo de una zapatería de Ginza, la otra anunciaba croquetas de mariscos argentinos hechas con carne de crustáceos reconstituida. Mona iba combinando y emparejando mentalmente las prendas que acababa de comprar, imaginando toda una serie de diversos conjuntos.

Desde el otro lado de la plaza, el evangélico arremetió de nuevo a todo volumen, a medio desgañitarse, como si su furia hubiese alcanzado la fase de los espumarajos antes de encender el proyector que ahora mostraba el holograma de un Jesús que agitaba los brazos cubiertos de túnica blanca y gesticulaba iracundo al cielo, al centro comercial, de nuevo al cielo. El éxtasis, decía. Se aproxima el éxtasis.

Mona dobló en cualquier esquina, en reflejo automático de quien evita a un loco, y se encontró caminando a lo largo de una hilera de mesas de cartón llenas de equipos indochinos de simestim baratos, cintas usadas, coloridas agujas de microsoft clavadas en pedazos de gomaespuma azul pálido. En una de las mesas habían pegado una foto de Angie Mitchell, un póster que Mona no había visto hasta entonces. Se detuvo y lo estudió vorazmente, comenzando por la ropa y el maquillaje de la estrella; luego trató de adivinar el fondo, el lugar donde habían hecho la foto. Sin darse cuenta ajustó su expresión para aproximarla a la de Angie en el póster. No era exactamente una sonrisa. Una especie de media sonrisa, quién sabe si un poco triste. Mona sentía algo especial por Angie. Porque -y hasta los clientes lo decían, a veces- se le parecía. Como si fuera hermana de Angie. Salvo por la nariz, pues la de Mona tenía una inclinación algo más pronunciada y ella, Angie, no tenía ese archipiélago de pecas que se extendían por los pómulos de Mona. La media sonrisa que Mona imitaba en Angie se fue ampliando a medida que observaba, extasiada por la belleza del póster, el lujo de la estancia fotografiada. Supuso que sería una especie de castillo; tal vez allí vivía Angie, sin duda, rodeada de gente que se ocuparía de ella, de su pelo, de colgarle la ropa, porque se veía que las paredes estaban hechas con grandes rocas, y esos espejos tenían marcos que eran de oro macizo con hojas y ángeles tallados. Puede que la línea de texto en la base del póster dijese dónde era, pero Mona no sabía leer. Donde quiera que fuese, allí no habría asquerosas cucarachas, de eso estaba segura, y tampoco estaría Eddy. Bajó la vista hacia los juegos de estim y por un instante consideró la posibilidad de usar el resto del dinero. Pero no le alcanzaría para un estim, y de todas formas ésos eran viejos, algunos más viejos que ella misma. Tenían a esa..., esa Tally, una que había sido famosa cuando Mona tenía unos nueve años, quizá...

Cuando volvió al apartamento, Eddy la estaba esperando; había quitado el plástico de la ventana y las moscas zumbaban. Eddy estaba echado en la cama, fumando un cigarrillo, y el traje de la barba, el que la había andado observando, estaba sentado en la silla rota, y aún llevaba las gafas puestas.

Prior, dijo que se llamaba, como si no tuviera nombre de pila. O como Eddy, que no tenía apellido. Bueno, en realidad, tampoco ella tenía apellido, a menos que se tuviera en cuenta Lisa, pero eso era más bien como tener dos nombres.

En el apartamento, no entendía muy bien qué pretendía. Pensó que tal vez se debía a que él era inglés. No era realmente un traje, al menos no como el que ella había pensado cuando lo vio en el centro comercial; estaba jugando a algo, sólo que no se sabía cuál era el juego. La miraba mucho, la miraba mientras ella empacaba sus cosas en el bolso azul de Lufthansa que él había traído, pero no era una de esas miradas, no la miraba con deseo. Sólo la miraba, y miraba a Eddy fumar, se había colocado las gafas en la rodilla, escuchaba las estupideces de Eddy y decía lo mínimo imprescindible. Cuando decía algo, por lo general era gracioso, pero por el modo que tenía de hablar era difícil saber cuándo estaba bromeando.

Mientras empacaba se sintió un poco aturdida, como si se hubiese fumado algo y el efecto no acabase de hacerse sentir. Las moscas revoloteaban junto a la ventana y chocaban contra el vidrio manchado de polvo, pero no le importaba. Afuera, ella estaba ya afuera.

Cerrando la cremallera del bolso.

Estaba lloviendo cuando llegaron al aeropuerto, era la lluvia de Florida, una meada caliente que caía de un cielo ilocalizable. Nunca había estado en un aeropuerto, pero los conocía por los estims.

El coche de Prior era un Datsun blanco alquilado de conducción autónoma que emitía música de ascensor por altavoces cuadrafónicos. El coche los dejó con las maletas en un andén de cemento y se alejó bajo la lluvia. Si Prior tenía maleta, no la llevaba consigo; Mona tenía su bolso de Lufthansa y Eddy viajaba con dos maletas negras de piel de clon de saurio.

Mona se acomodó la falda nueva a la altura de las caderas y se preguntó si había comprado los zapatos apropiados. Eddy estaba disfrutando del momento, llevaba las manos en los bolsillos y andaba con los hombros inclinados para mostrar que estaba haciendo algo importante.

Mona lo recordó en Cleveland, la primera vez, cuando él llegó allí para echarle un vistazo a una motoneta que el viejo estaba vendiendo, una Skoda de tres ruedas en su

mayor parte oxidada. El viejo criaba bagres en tanques de cemento que bordeaban el patio de tierra. Ella estaba en la casa cuando Eddy llegó; la casa era un espacio alargado y de paredes altas, un remolque de camión levantado sobre ladrillos. En un lado habían abierto ventanas, agujeros cuadrados cubiertos con láminas de plástico rayado. Ella estaba junto a la cocina, olía a cebollas y a tomates colgados a secar cuando sintió que él estaba allí, al otro extremo de la habitación; sintió esos músculos, esos hombros, esos dientes blancos, la gorra negra de nailon que sostenía tímidamente en una mano. El sol entraba por las ventanas, y el interior iluminado aparecía desnudo y chato. El suelo estaba barrido tal como el viejo le ordenaba tenerlo, pero fue como una sombra, una sombra de sangre donde Mona escuchó el latido de su propio corazón, y a él acercándose, dejando al pasar la gorra en la desierta mesa de aglomerado, ahora ya sin timidez, como si viviera allí. Se acercó a ella, pasándose una mano adornada con un anillo brillante por la engrasada masa del pelo. Entonces entró el viejo y Mona les dio la espalda, fingiendo estar ocupada en la cocina. Café, le dijo el viejo, y Mona fue a buscar agua, llenó el cazo esmaltado con agua del tanque que había en el tejado, con agua que borboteaba al pasar por el filtro de carbón. Eddy y el viejo sentados a la mesa, tomando café, las piernas de Eddy estiradas hacia adelante bajo la mesa, V unos muslos que se notaban duros bajo tejanos gastados. Sonreía, le tomaba el pelo al viejo, regateaba por la Skoda. Que parecía funcionar bien, que se la compraría si el viejo tuviera los papeles. El viejo se levantó para hurgar en un cajón. Eddy la volvió a mirar. Mona los siguió con la mirada cuando salieron al patio, y lo vio cuando él se sentó a horcajadas en el agrietado asiento de vinilo. El pistoneo arrancó los ladridos de los perros; olía fuerte a alcohol barato quemado, y el cuerpo de la moto temblaba entre las piernas de Eddy.

Ahora lo miraba posar junto a sus maletas y resultaba difícil asociar una cosa con otra: por qué se había marchado con él al día siguiente en la Skoda, hacia Cleveland. La Skoda tenía un pequeño y maltratado aparato de radio que no lograba imponerse al ruido del motor; sólo podía oírse, muy bajo, por las noches, al parar en algún campo junto a la carretera. El sintonizador estaba roto, así que sólo se captaba una estación, una música fantasmal procedente de alguna solitaria emisora de Texas, una guitarra de cuerdas metálicas que iba y venía toda la noche, y ella se sentía mojada pegada a la pierna de él, y la hierba dura y seca le pinchaba la nuca.

Prior puso el bolso azul de ella en un cochecito blanco de techo a rayas y ella subió después mientras escuchaba lejanas voces en español que salían de los auriculares del conductor. Luego Eddy acomodó sus maletas de piel y subió junto a Prior. Salieron hacia la pista de despegue atravesando murallas de lluvia.

El avión no era lo que ella conocía por los estims. Por dentro no era un largo y lujoso autobús, con muchos asientos. Era una cosa pequeña y negra con alas

puntiagudas y delgadas y ventanillas que hacían parecer que el aparato bizqueaba.

Subió unas escalerillas metálicas y encontró un espacio con cuatro asientos y todo ello cubierto con la misma moqueta gris, también las paredes y el techo, todo limpio, elegante y gris. Eddy entró tras ella y ocupó un asiento como si lo hiciera todos los días, aflojándose la corbata y estirando las piernas. Prior estaba pulsando botones junto a la puerta, que sonó a suspiro al cerrarse.

Mona miró por las estrechas" ventanillas que daban a una pista donde las luces se reflejaban en el hormigón mojado.

Llegué hasta aquí en tren, pensó. De Nueva York a Atlanta y allí se cambia.

El avión se estremeció. Mona oyó el crujido del fuselaje cuando el aparato se puso en marcha.

Despertó un momento, dos horas más tarde, en la cabina oscura, acunada por el prolongado zumbido del jet. Eddy estaba dormido, con la boca medio abierta. Puede que también Prior durmiera, o quizá sólo tenía los ojos cerrados, no estaba segura.

A medio camino de un sueño que no habría de recordar la mañana siguiente, oyó el sonido de aquella radio de Texas, débiles acordes metálicos que se ahogaban como un dolor.

Subterráneo

Jubilee y Bakerloo, Circle y District. Kumiko examinó el pequeño plano laminado que Petal le había dado y tembló. La plataforma de cemento parecía irradiar frío a través de las suelas de las botas.

-Hace un frío de mierda -dijo Sally Shears, distraída; sus gafas reflejaban una pared convexa revestida de baldosas blancas de cerámica.

-Perdón, ¿cómo dices?

-El metro. -Sally llevaba una nueva bufanda de tartán anudada bajo el mentón, y cuando hablaba despedía un aliento blanco.- ¿Sabes lo que me molesta? Cuando se ponen a pegar baldosas nuevas en estas estaciones y no quitan las viejas. O cuando abren un hueco en la pared para hacer un cableado, entonces ves todas las antiguas capas de azulejos...

-¿Sí?

-Porque cada vez se hace más estrecho, ¿sabes? Es como la arteriosclerosis...

-Sí -dijo Kumiko, sin estar muy segura-, ya veo... Esos chicos, Sally, ¿cuál es el significado de sus uniformes, por favor?

-Jacks. Se les llama Jack Dráculas.

Los cuatro Jack Dráculas se apelotonaron como cuervos en el otro extremo del andén. Llevaban anónimas gabardinas negras y pulidas botas negras de combate acordonadas hasta las rodillas. Uno de ellos se volvió para hablar con otro y Kumiko alcanzó a ver que llevaba el pelo recogido en una cola trenzada y atado con un pequeño lazo negro.

-Lo colgaron -dijo Sally-, al terminar la guerra.

-¿A quién?

-A Jack Drácula. Al terminar la guerra aquí se hicieron durante algún tiempo ejecuciones públicas en la horca. Son los Jacks, más vale mantenerse alejado de ellos. Odian a cualquiera que sea extranjero...

A Kumiko le habría gustado recurrir a Colin en ese momento, pero la unidad Maas-Neotek estaba escondida detrás del busto de mármol en la sala donde Petal servía las comidas; en eso llegó el tren, que sobresaltó a Kumiko con su arcaico estruendo de ruedas que corrían sobre rieles de acero.

Sally Shears y tras ella el emparchado telón de fondo de la arquitectura urbana. Llevaba unas gafas que reflejaban el caos de Londres, con sus épocas esculpidas por la economía, por el fuego, por la guerra.

Ya aturdida por tres rápidos y aparentemente aleatorios transbordos de tren, Kumiko se dejó arrastrar a lo largo de una secuencia de carreras en taxi. Se apeaban de uno, entraban a paso de marcha en la tienda más cercana, buscaban la primera salida que diera a otra calle y allí otro taxi. «Harrods», dijo Sally en un momento

dado, cuando atravesaban apresuradamente un ornamentado salón poblado de columnas de mármol y de paredes cubiertas de azulejos. Kumiko miró perpleja la gruesa y rojiza carne asada y las patatas que se exhibían sobre mesas de mármol dispuestas en hileras, y supuso que serían de plástico. Volvieron a salir; Sally detuvo a otro taxi. «Covent Garden», le dijo al conductor.

-Perdona, Sally. ¿Qué estamos haciendo?

-Perdernos de vista.

Sally tomaba brandy caliente en un diminuto café resguardado por el nevado techo de vidrio de la piazza. Kumiko tomaba un chocolate.

-¿Estamos perdidas, Sally?

-Sí. Al menos eso espero. -Hoy se veía más vieja, pensó Kumiko al ver las líneas de tensión y de cansancio que le circundaban la boca.

-Sally, ¿qué es lo que tú haces? Tu amigo te preguntó si seguías jubilada...

-Soy una empresaria.

-¿Y mi padre es un empresario?

-Tu padre sé que es un empresario, cariño. No, lo mío no es así. Yo soy independiente. Sobre todo hago inversiones.

-¿En qué inviertes?

-En otros independientes. -Se encogió de hombros.-¿Te sientes curiosa hoy? -Tomó un sorbo de brandy.

-Tú me aconsejaste que fuese mi propia espía.

-Buen consejo. Pero requiere un poco de tacto.

-¿Vives aquí, Sally, en Londres?

-Viajo.

-¿Swain es otro «independiente»?

-Él cree que lo es. Se busca sus influencias, le dice que sí a quien convenga; aquí eso hace falta, para hacer negocios, pero a mí me rompe los nervios. -Apuró el resto del brandy y se lamió los labios.

Kumiko se estremeció.

-No tienes por qué temerle a Swain. Yanaka se lo podría desayunar...

-No. Pensaba en esos chicos del metro. Tan delgados...

-Los Dráculas.

-¿Es una pandilla?

-Bosozoku -dijo Sally con buena pronunciación-. Tribus nómadas, ¿no? En todo caso son como una tribu. -No era el término adecuado, pero a Kumiko le pareció ver la diferencia.- Son delgados porque son pobres.

-Hizo un gesto dirigido al camarero para que le trajera otro brandy.

-Sally -dijo Kumiko-, cuando vinimos aquí, el trayecto que hicimos, los metros y los taxis, ¿todo eso era para asegurarnos de que no nos siguieran?

-Nunca nada es seguro.

-Pero cuando fuimos a encontrarnos con Tick no tomaste ninguna precaución. Nos podrían haber seguido fácilmente. Reclutas a Tick para que espíe a Swain, pero no tomas precauciones. Me traes aquí, tomas muchas precauciones. ¿Por qué?

El camarero depositó una copa humeante frente a Sally. -Eres una muñequita de lo más despabilada, ¿eh? -Se inclinó hacia la mesa para inhalar los vapores del brandy.- Las cosas son así, ¿de acuerdo? Puede que con Tick esté tratando de buscar un poco de acción.

-Pero a Tick le preocupa que Swain lo descubra.

-Swain no lo tocará, no si sabe que está trabajando para mí.

-¿Por qué?

-Porque sabe que yo podría matarlo -y alzó la copa; de pronto parecía más feliz.

-¿Matar a Swain?

-Así es. -Bebió un trago.

-Entonces ¿por qué te cuidabas tanto hoy?

-Porque a veces viene bien librarse de todo, salir del escondrijo. Puede que no nos hayan seguido. Pero tal vez lo han hecho. Puede que nadie, nadie en absoluto, sepa que estamos aquí. Es una bonita sensación, ¿no? Tú podrías estar trucada, ¿se te ha ocurrido pensar en eso? Puede que tu papi, el señor de la guerra de los Yak, te haya implantado un sensor para no perder la pista de su hija. Tienes unos dientecitos muy bonitos, y tal vez el dentista de papi te haya metido un pedacito de hardware mientras estabas enchufada al estim. ¿Vas al dentista?

-Sí.

-¿Conectas el estim mientras él trabaja?

-Sí...

-Ahí lo tienes. Puede que en este preciso instante nos esté escuchando...

Kumiko casi volcó lo que le quedaba de chocolate.

-Eh. -Y las pulidas uñas tamborilearon en la muñeca de Kumiko.- No te preocupes por eso. Él no te habría mandado aquí así, con un sensor. Se lo pondría demasiado fácil a sus enemigos. ¿Pero entiendes lo que quiero decir? Que es bueno poder salir del escondrijo, o al menos intentarlo. Ir por nuestra propia cuenta, ¿verdad?

-Sí -dijo Kumiko mientras el corazón le seguía saltando, con el pánico en aumento-. Él mató a mi madre -dijo, y vomitó el chocolate sobre el mármol gris del bar.

Sally llevándola junto a las columnas de la catedral de San Pablo, caminando, sin hablar. Kumiko, en incómodo trance de vergüenza, registrando información aleatoria: el ribete blanco que bordeaba el abrigo de cuero de Sally, el aceitoso brillo iridiscente

de las plumas de una paloma que las evitaba, autobuses rojos que parecían gigantescos juguetes en el Museo del Transporte, Sally calentándose las manos con una taza de té humeante.

Frío, ahora siempre haría frío. La helada humedad en los antiguos huesos de la ciudad, las frías aguas del Sumida que habían llenado los pulmones de su madre, el gélido vuelo de las grullas de neón.

Su madre era morena y de huesos finos, y la espesa masa de su pelo estaba salpicada de reflejos de oro, como algunas raras maderas tropicales. Su madre olía a perfume y a piel caliente. Su madre le contaba historias, de duendes y hadas y de Copenhague, que era una ciudad lejana. Cuando Kumiko soñaba con los duendes, eran como los secretarios de su padre, ágiles y sobrios, con trajes negros y paraguas recogidos. Los duendes hacían muchas cosas curiosas, en las historias de su madre, y las historias eran mágicas, porque cambiaban de un relato a otro, y nunca se sabía con certeza cómo podría terminar un cuento en una noche cualquiera. También había princesas en los cuentos, y bailarinas, y cada una de ellas, supo Kumiko, era en cierto modo su madre.

Las princesas bailarinas eran hermosas pero pobres, bailaban por amor en el corazón de la ciudad lejana, donde eran cortejadas por artistas y estudiantes poetas, guapos y paupérrimos. A fin de mantener a un padre o a una madre envejecidos, o para comprar un órgano para un hermano enfermo, a veces la princesa bailarina se veía obligada a viajar muy lejos, quizá tan lejos como a Tokio, a bailar por dinero. Bailar por dinero, según lo sugerían los cuentos, no era algo agradable.

Sally la llevó a un bar robata en Earls Court y la obligó a tomarse un vaso de sake. Una aleta de carpa ahumada flotaba en el vino caliente y le daba color de whisky. Comieron robata sacado de la parrilla humeante y Kumiko sintió cómo el frío desaparecía, y también el aturdimiento. La decoración del bar inducía una profunda sensación de dislocación cultural: lograba reflejar simultáneamente el diseño tradicional japonés y dar la impresión de haber sido diseñado por Charles Rennie Mackintosh.

Era muy extraña, Sally Shears, más extraña que todo el Londres gaijin. Ahora le contaba historias, historias sobre gente que vivía en un Japón que Kumiko jamás había conocido, historias que definían el papel que su padre desempeñaba en el mundo. El oyabun, le decía a su padre. El mundo que describían las historias de Sally no parecía más real que el mundo de los cuentos de hadas de su madre, pero Kumiko empezó a entender la base y extensión del poder de su padre. -Kuromaku -dijo Sally. La palabra significaba cortina negra-. Viene de Kabuki, pero se refiere a alguien que hace arreglos, alguien que vende favores. Significa «entre bastidores», ¿entiendes? Ese es tu padre. Ese también es Swain. Pero Swain es el kobun de tu padre, o al

menos uno de ellos. Oyabun-kobun, padre-hijo. Es en parte de ahí de donde Roger saca su poder. Y es por eso que tú estás aquí ahora, porque Roger se lo debe al oyabun. Giri, ¿entiendes?

-Es un hombre de alto rango.

Sally hizo un gesto negativo con la cabeza. -Tu padre, Kumi, él sí que lo es. Y si ha tenido que despacharte fuera de la ciudad para mantenerte a salvo, quiere decir que se van a producir cambios de verdad.

-¿Habéis estado en el abrevadero? -les preguntó Petal cuando entraron en la sala; los bordes de sus gafas reflejaban luz de Tiffany de un árbol de bronce y vidrio cromado que crecía en el aparador. Kumiko quiso mirar hacia la cabeza de mármol que ocultaba la unidad Maas-Neotek, pero se obligó a dirigir la mirada hacia el jardín. Allí la nieve había adquirido el mismo color del cielo de Londres.

-¿Dónde está Swain? -preguntó Sally.

-El gobernante ha salido -respondió Petal.

Sally fue al aparador y se sirvió un vaso de whisky de un pesado botellón. Kumiko advirtió la mueca que hizo Petal cuando el botellón volvió abruptamente a posarse sobre la madera pulida. -¿Algún mensaje?

-No.

-¿Volverá esta noche?

-No sabría decirte, de verdad. ¿Queréis cenar?

-No.

-Yo quiero un bocadillo -dijo Kumiko.

Quince minutos más tarde, con el bocadillo intacto sobre la mesita de noche de mármol negro, Kumiko se sentó en el centro de la descomunal cama, con la unidad Maas-Neotek entre los pies descalzos. Había dejado a Sally con la mirada clavada en el jardín gris y bebiéndose el whisky de Swain.

Recogió la unidad, y la imagen de Colin apareció temblorosa hasta que entró en foco al pie de la cama.

-Nadie puede oír ni una palabra mía -se apresuró a decir, llevándose un dedo a los labios-; y menos mal, porque han puesto micrófonos en la habitación.

Kumiko iba a replicar, pero asintió con la cabeza.

-Muy bien -dijo Colin-, eres una chica lista. Tengo dos conversaciones para ti. Una entre tu anfitrión y su jefe, la otra entre tu anfitrión y Sally. Recogí la primera unos quince minutos después de que me dejaras plantado abajo. Escucha... -Kumiko cerró los ojos y oyó el tintineo de cubitos de hielo en un vaso de whisky.

-¿Dónde está nuestra japonesita? -preguntó Swain.

-Guardada para el resto de la noche -dijo Petal-. Es de las que hablan solas, ésa. Conversaciones a una sola voz. Es raro.

-¿De qué habla?

-De muy poco, a decir verdad. En todos lados hay gente así, ya sabes...

-¿Qué?

-Gente que habla sola. ¿Quieres oírla?

-No, por Dios. ¿Dónde está la encantadora señorita Shears?

-Ha salido a dar su paseo.

-La próxima vez llama a Bernie, que vea lo que hace en esos paseítos.

-¡A Bernie! -y Petal se echó a reír-. Volvería metido en un ataúd.

Entonces fue Swain quien se rió. -Puede que eso no estuviese mal, a fin de cuentas. Quedaría Bernard fuera de nuestro camino y saciada la sed de la famosa chica-navaja... Venga, sírvenos otro.

-Yo no bebo más. Me voy a la cama, a menos que me necesites...

-No -dijo Swain.

-Y bueno -dijo Colin cuando Kumiko volvió a abrir los ojos para encontrarlo aún sentado en la cama-, en tu habitación hay un micrófono que se activa cuando suena una voz; el guardián reprodujo la grabación y te oyó dirigiéndote a mí. La segunda parte, que viene ahora, es más interesante. Tu anfitrión está sentado tomándose su segundo whisky; entra Sally...

-Hola -oyó que decía Swain-, ¿has estado tomando aire?

-Vete a la mierda.

-Quiero que sepas -dijo Swain-, que nada de esto ha sido idea mía. Es bueno que no lo olvides. Sabes que también a mí me tienen agarrado por los huevos.

-¿Sabes una cosa, Roger? A veces tengo ganas de creerte.

—Inténtalo. Eso facilitaría las cosas.

-En cambio otras veces me dan ganas de rajarte la garganta.

-Tu problema, querida, es que nunca has aprendido a delegar responsabilidades; sigues queriendo hacerlo todo personalmente.

-Escúchame bien, imbécil, yo sé de dónde vienes, y sé cómo llegaste donde estás ahora, y no me importa cuánto le hayas chupado las medias a Kanaka o a quien sea. ¡Sarakin! -Era la primera vez que Kumiko oía esa palabra.

-He vuelto a saber de ellos -decía Swain con voz serena, de conversación-. Ella sigue en la costa, pero da la impresión de que no tardará en hacer algo. Ir al este, con toda probabilidad. Volver a la vieja finca. Creo que es la mejor solución, de verdad. La casa es imposible. En esa playa hay suficientes hombres para parar un ejército mediano...

-¿Sigues tratando de decirme que esto no es más que un secuestro, Roger? ¿Lo que tratas de decirme es que van a pedir un rescate?

-No. No se ha dicho nada de volver a venderla.

-Entonces ¿por qué no contratan a ese ejército? Nada los obliga a conformarse

con uno mediano, ¿no es así? Son los mercenarios, ¿no? Los roba-ejecutivos. La chica no es un objetivo difícil, no más difícil que cualquier capo de investigación. Llama a los profesionales de una puñetera vez...

-Por enésima vez, Sally, no es eso lo que quieren. Te quieren a ti.

-Dime una cosa, Roger, ¿qué les debes tú? Quiero decir, ¿tú sabes de verdad lo que yo les debo a ellos?

-No, no lo sé. Pero a juzgar por lo que esperan de mí, me atrevería a adivinarlo.

-¿Y?

-Todo.

Sally no respondió.

-La cosa tiene otro ángulo -dijo Swain-, del que se habló hoy. Quieren que parezca que la han borrado.

-¿Qué?

-Quieren que parezca que nosotros la hemos matado.

-¿Y cómo se supone que arreglamos eso?

-Ellos pondrían un cuerpo.

-Supongo -dijo Colin- que Sally habrá salido de la sala sin decir nada. Aquí termina.

La forma

Pasó una hora chequeando los cojinetes de la sierra y los lubricó otra vez. Hacía ya demasiado frío para trabajar; tendría que seguir adelante y calentar la sala donde guardaba a los otros, los Investigadores, el Triturador de Cadáveres y la Bruja. Eso de por sí bastaba para trastocar el equilibrio de su arreglo con Gentry, pero perdía toda importancia frente al problema que suponía explicar su acuerdo con Kid Afrika y aquello de tener a dos desconocidos en la Fábrica. No había forma de discutir con Gentry; él tenía la sartén por el mango, pues había sido él quien había despistado a la Autoridad; sin las manipulaciones que Gentry hacía mensualmente en la consola, sin los gestos rituales que mantenían a la Autoridad convencida de que la Fábrica estaba en algún otro lugar y pagaba sus recibos, allí no habría electricidad.

Además Gentry era tan raro, pensó, mientras sentía que las rodillas le crujían al levantarse y sacarse del bolsillo de la chaqueta el mando del Juez. Gentry estaba convencido de que el ciberespacio tenía una Forma, una forma total, general. No era la idea más extraña que Slick hubiera oído, pero Gentry tenía la obsesiva convicción de que la Forma lo era todo. La aprehensión de la Forma era el grial particular de Gentry.

En una ocasión Slick había pasado una secuencia estim, de la Red/Conocimiento, sobre la forma que tenía el universo; Slick consideraba que el universo era lo único que existía, así que ¿cómo podía tener una forma? De ser así, tendría que haber algo que lo rodease, que lo contuviese, ¿no es así? Y si ese algo era algo, ¿no era también eso parte del universo? Era el tipo de temas en el que no había que enrollarse con Gentry, porque Gentry te podía liar la cabeza. En todo caso, para Slick el ciberespacio no tenía nada que ver con el universo: era sólo una forma de representar datos. La Autoridad de Fisión siempre aparecía como una pirámide azteca roja, pero no porque tuviera que ser así; si la AF hubiera querido podría haber adoptado cualquier otra forma. Las empresas tenían copyrights para el aspecto de sus cosas. ¿Cómo imaginar entonces que la matriz en su conjunto tuviese una forma en particular? Y de tenerla, ¿por qué tendría que significar algo?

Tocó el conmutador del mando a distancia y el Juez, a diez metros de allí, emitió un zumbido y tembló.

Slick Henry odiaba al Juez. Eso era lo que los del mundo del arte nunca llegaban a entender. No quería eso decir que construirlo no le hubiese proporcionado placer, haberlo puesto allí, donde pudiese verlo, seguirle el rastro y finalmente, en cierto sentido, librarse de la idea de él; pero eso, desde luego, no quería decir que él le gustara.

De casi cuatro metros de altura, dos metros de hombro a hombro, acéfalo, el Juez se erguía tembloroso en su abigarrado caparazón color de óxido, como el de un viejo

manubrio de bicicleta pulido por la fricción de un millar de manos. Había logrado darle esa textura con químicos y abrasivos que aplicó a casi toda la superficie del Juez; a las piezas viejas, al menos, las rescatadas de la basura, no a los fríos dientes de las sierras circulares o a la espejada superficie de las articulaciones; pero el resto del Juez sí que tenía ese color, ese acabado, como el de alguna herramienta muy vieja que recibe todavía un forzado uso diario.

Pulsó el joystick y el Juez dio un paso adelante, luego otro. Los giróscopos funcionaban a la perfección; incluso faltándole un brazo, el aparato se movía con una dignidad terrible, plantando los enormes pies con un aplomo incuestionable.

Slick sonreía en la penumbra de la Fábrica mientras el Juez avanzaba hacia él, un, dos, un, dos. Podía recordar cada paso de la construcción del Juez, si quería, y a veces lo hacía, sólo por el placer de ser capaz de hacerlo.

No podía recordar en qué momento no había podido recordar, pero a veces casi lo lograba.

Era por eso que había construido el Juez, porque él había hecho algo -no había sido gran cosa, pero lo habían pillado haciéndolo, dos veces- y había sido juzgado por ello, y sentenciado, y la sentencia fue ejecutada y él no había podido recordar nada, no por más de cinco minutos seguidos. Por robar coches. Por robar coches de ricos. Ellos se encargaban de hacerte recordar lo que habías hecho.

Manipulando el joystick hizo que el Juez diese la vuelta y entrara a la habitación contigua recorriendo un pasillo bordeado de hileras de húmedas plataformas de cemento que en su tiempo habían servido de soporte a tornos y sopletes de soldadura. Y en lo alto, en la penumbra de las vigas polvorientas, colgaban viejas lámparas fluorescentes donde a veces anidaban los pájaros.

Korsakov, lo llamaban, era algo que te hacían en las neuronas para impedir la retención de la memoria inmediata. Así, el tiempo que pasabas encerrado era tiempo perdido, aunque había oído decir que eso ya no lo hacían, o en todo caso no por robo de automóviles. A la gente que no había estado allí aquello le sonaba a fácil: era estar en la cárcel pero sin poder recordarlo; pero no era así. Cuando salió, cuando todo hubo terminado, tres años se hilaron en un largo y difuso encadenamiento de miedo y confusión medido en intervalos de cinco minutos, y más que los intervalos lo que recordabas eran las transiciones... Cuando hubo terminado sintió la necesidad de construir la Bruja, el Triturador de Cadáveres, luego los Investigadores y, por último, ahora, el Juez.

Estaba guiando al Juez por la rampa de hormigón que conducía a la sala donde los demás aguardaban cuando oyó a Gentry haciendo pistonear su motor en la planicie de Dog Solitude.

La gente incomoda a Gentry, pensó Slick mientras iba hacia las escaleras, pero la cosa funcionaba en ambos sentidos. Los desconocidos sentían cómo la Forma ardía

en el fondo de los ojos de Gentry; su fijación se traslucía en todo cuanto hacía. Slick no tenía ni idea de cómo le iba en sus viajes al Sprawl; tal vez sólo se veía con gente tan intensa como él: seres solitarios que vivían en los dentados límites del mercado de la droga y del software. El sexo no parecía importarle en lo más mínimo, a tal punto que Slick no podía imaginar qué habría querido si hubiese decidido interesarse.

El sexo era la principal desventaja en Dog Solitude, al menos para Slick, sobre todo en invierno. En verano, a veces, podía encontrar alguna chica en uno de aquellos pueblachos oxidados; era eso lo que lo había llevado a Atlantic City esa vez y lo que lo había hecho endeudarse con Kid. Hacía poco tiempo que se había dicho que la mejor solución era concentrarse en el trabajo, pero mientras subía las enclenques escaleras de metal para alcanzar la pasarela que llevaba al lugar de Gentry se descubrió preguntándose qué aspecto ofrecería Cherry Chesterfield debajo de todas esas chaquetas. Pensó en sus manos, en lo limpias y rápidas que eran, pero aquello le hizo ver el rostro inconsciente del hombre que yacía en la camilla, la sonda que le metía cosas por la fosa nasal izquierda, a Cherry secándole las sumidas mejillas con un pañuelo; le hizo daño.

-Hola, Gentry -gritó al acerado vacío de la Fábrica-, enseguida llego...

De Gentry sólo tres cosas no eran nítidas, delgadas o compactas: los ojos, los labios y el pelo. Sus ojos eran grandes y claros, grises o azules según qué luz les diera; los labios eran gruesos y movedizos; llevaba el pelo recogido hacia atrás en una cola de gallo, deshilachada y rubia, que le temblaba al caminar. Su delgadez no era la flacura de Pajarito, producto de una dieta forzada y un mal temperamento; Gentry era sencillamente angosto, y su musculatura, una masa apretada totalmente desprovista de grasa. También su ropa era nítida y compacta: cuero negro ribeteado con cuentas negro azabache, un estilo que Slick recordaba de sus tiempos en el Deacon Blues. Las cuentas, tanto como todo lo demás, le hacían pensar que tendría unos treinta años; también Slick tenía alrededor de treinta.

Gentry lo estaba mirando cuando Slick pasó de la puerta al resplandor de diez bombillas de cien vatios: así se aseguraba de que Slick supiera que él mismo era otro obstáculo que se interponía entre Gentry y la Forma. En ese momento estaba poniendo dos alforjas de moto en su larga mesa de acero; parecían pesadas.

Slick había realizado muchos trabajos de corte y soldadura para Gentry durante el verano en que había aparecido por Dog Solitude. Había cortado paneles de la techumbre, apuntalado todo lo necesario, cubierto los agujeros con láminas de plástico rígido y sellado los tragaluces resultantes con silicona. Luego intervino Gentry, equipado con una máscara, un pulverizador y veinte galones de pintura blanca de látex; ni siquiera se molestó en limpiar o quitar el polvo, se limitó a esparcir una gruesa capa sobre todo el polvo, la mugre y la reseca mierda de las

palomas; fue como si lo pegara todo al fondo para luego pintar de nuevo encima hasta que quedase más o menos blanco. Pintó todo salvo los tragaluces, y luego empezó Slick a subir aparatos desde la planta baja de la Fábrica: una carga de camioneta compuesta por ordenadores, consolas de ciberespacio, una enorme y ya anticuada mesa de holoproyecciones que casi rompió el cabrestante, generadores de efectos, docenas de cajas de plástico corrugado llenas de fichas, miles de ellas, que Gentry había acumulado en su búsqueda de la Forma, cientos de metros de cable óptico enrollados en bobinas de plástico brillante y nuevo que a Slick le olieron a hurto industrial. Y libros, libros viejos de cubiertas hechas con tela pegada a cartón. Slick nunca había sospechado lo que pesaban los libros. Tenían un olor triste, los libros viejos.

-Estás consumiendo unos cuantos amperios más desde que me marché -dijo Gentry mientras abría una de las dos alforjas-. En tu cuarto. ¿Tienes otra estufa? -Y se puso a hurgar apresuradamente entre el contenido de la maleta, como si buscara algo que necesitaba y hubiera puesto fuera de su lugar. No buscaba nada, supo Slick: era porque alguien, aunque fuese alguien conocido, había entrado inesperadamente en su espacio.

-Sí. Tengo que calentar el área de almacenaje otra vez. Si no con ese frío no hay modo de trabajar.

-No -dijo Gentry, alzando la mirada de golpe-. No es una estufa lo que tienes en tu cuarto. No es el amperaje.

-Sí -sonrió Slick, con la teoría de que sonriendo Gentry pensaría que Slick era un estúpido a quien se podía amedrentar.

-¿Sí qué, Slick Henry?

-Que no es una estufa.

Gentry cerró la alforja de un golpe. -Me dices qué es o te corto la corriente.

-¿Sabes, Gentry? Si yo no estuviese aquí tú tendrías mucho menos tiempo para... las cosas. -Slick arqueó las cejas significativamente mirando hacia la enorme mesa de proyección.- El hecho es que tengo a dos personas conmigo... -Vio cómo Gentry se ponía rígido, cómo esos ojos claros se ensanchaban.- Pero no tendrás que ver ni a uno ni a otro, ni oírlos, ni nada.

-No -dijo Gentry, con voz tensa, mientras bordeaba el otro extremo de la mesa-, porque tú vas a sacármelos de aquí, ¿verdad que sí? -Dos semanas y basta, Gentry.

-Fuera. Ahora. -Tenía la cara de Gentry a centímetros de la suya y Slick sintió el aliento amargo del agotamiento.- O te marchas con ellos.

Slick pesaba diez kilos más que Gentry, casi todo en músculo, pero esa ventaja nunca llegó a intimidar a Gentry; Gentry no parecía saber, o quizá no le importara, que le podrían hacer daño. Eso era ya intimidador a su manera. Gentry lo había abofeteado, una vez, fuerte, en la cara, y Slick había bajado la mirada hacia la enorme

llave inglesa que sostenía en sus propias manos, y había sentido una oscura vergüenza.

Gentry se esforzaba por mantenerse rígido, ya empezaba a temblar. Slick sabía con certeza que cuando iba a Boston o Nueva York no dormía. Tampoco en la Fábrica dormía mucho. Volvía agotado y el primer día era siempre el peor. -Mira -le dijo Slick, del modo en que se le diría a un niño que está a punto de llorar, y sacó la bolsa, el soborno de Kid Afrika. Levantó la cremallera de plástico translúcido para que Gentry lo viera: dermos azules, pastillas rosadas, un trozo de opio de aspecto desagradable que venía envuelto en un pliego de celofán rojo, cristales de wiz en forma de pastillas para la garganta, pero gruesos y amarillos, inhaladores plásticos a los que se les había raspado el nombre del fabricante japonés con un cuchillo-. De Afrika -dijo Slick, jugueteando con la cremallera.

-¿África? -Gentry miró la bolsa, miró a Slick, de nuevo la bolsa.- ¿De África?

-Kid Afrika. No lo conoces. Ha dejado esto para ti. -¿Por qué?

-Porque necesita que yo le dé alojamiento a estos amigos suyos durante un tiempo. Le debo un favor, Gentry. Le expliqué lo mucho que te molestaba tener gente alrededor. Que te estorbaba de Verdad. Así que –mintió Slick- dijo que quería dejarte algo para compensar las molestias.

Gentry tomó la bolsa y la abrió pasando el dedo por la cremallera. Sacó el opio y se lo dio a Slick. -Esto no lo voy a necesitar. -Sacó uno de los dermos azules, le arrancó el soporte y se lo colocó cuidadosamente en el lado interior de la muñeca derecha. Slick permaneció allí, acariciando distraídamente el opio entre el pulgar y el índice, haciendo crujir el celofán, mientras Gentry volvía al otro extremo de la mesa y abría la alforja, de donde extrajo un par de guantes nuevos de cuero negro.

-Creo que será mejor... que conozca a tus huéspedes, Slick.

-¿Eh? -Slick parpadeó, estupefacto.- Bueno..., pero no tienes por qué, de verdad, quiero decir, ¿no sería...?

-No -replicó Gentry-. Insisto.

Mientras bajaban las escaleras, Slick recordó el opio y lo arrojó por encima de la baranda hacia la oscuridad.

Detestaba las drogas.

-¿Cherry? —Se sintió estúpido sabiendo que Gentry lo veía tocar la puerta de su propio cuarto. No hubo respuesta. Abrió la puerta. Luz tamizada. Advirtió que la chica había improvisado una pantalla de lámpara para una de las bombillas: un cono de papel de fax amarillo sujeto con un cabo de alambre. Había desenroscado las otras dos. No estaba allí.

La camilla seguía en el mismo sitio, con su ocupante envuelto en la bolsa de plástico azul. Se lo está comiendo, pensó Slick mirando la superestructura de material

de apoyo, los tubos, las bolsas de líquido. No, se dijo; es lo que lo mantiene vivo, como en un hospital. Pero la primera impresión no cedía: ¿Y si eso lo estuviese drenando? ¿Si lo drenase hasta secarlo? Recordó lo que contaba Pajarito de los vampiros.

-Vaya -dijo Gentry, adelantándose a Slick para ponerse al pie de la camilla-, sí que tienes extraña compañía, Slick Henry. -Caminó alrededor de la camilla manteniendo siempre un cauteloso metro de separación entre sus tobillos y la figura inmóvil.

-Gentry, ¿estás seguro de que no quieres volver arriba? Creo que ese dermo... Tal vez te pusiste demasiado.

-¿De veras? -Gentry inclinó la cabeza hacia atrás; sus ojos brillaron en la luz amarilla. Pestañeó.- ¿Qué te hace pensarlo?

-Bueno -vaciló Slick-, no estás como sueles estar. Quiero decir, como estabas antes.

-¿Te parece que estoy experimentando un cambio anímico, Slick?

-Sí.

-Estoy disfrutando de un cambio anímico.

-Pues no te veo sonreír -dijo Cherry desde la puerta.

-Éste es Gentry, Cherry. La Fábrica es de él. Cherry es de Cleveland...

Pero Gentry sostenía ahora una linterna pequeña y negra en la mano enguantada; estaba examinando la red de trodos que cubrían la frente del durmiente; se irguió y el haz de luz encontró la unidad sin marca ni rasgos y se lanzó de nuevo a seguir el cable negro que llevaba al enchufe implantado.

-Cleveland -terminó por decir, como si fuese un nombre que hubiera oído en un sueño-. Interesante. -Volvió a levantar la luz, inclinándose hacia adelante para poder ver el punto donde el cable se enchufaba en la unidad. -Y dime, Cherry..., ¿quién es él? -y el haz de luz dio de lleno sobre el rostro demacrado y de rasgos molestamente normales.

-No lo sé -dijo Cherry-. Quítale eso de la cara. Puede estropearle el REM o quién sabe.

-¿Y esto? -Iluminó el paquete plano y gris.

-El LF, lo llamaba Kid. A él lo llamaba el Conde, y decía que eso era su LF. -Cherry metió las manos entre las chaquetas para rascarse.

-Pues, bueno -dijo Gentry, girando; se oyó el clic cuando murió la luz, y ahora era la luz de su obsesión la que ardía y brillaba, brillaba en el fondo de sus ojos, tan potentemente amplificada por el dermo de Kid Afrika que a Slick le pareció que la Forma tenía que hallarse justo allí, llameando en la frente de Gentry, visible para todos salvo para el mismo Gentry-, debe ser eso, entonces...

Acera

Mona despertó cuando aterrizaban.

Prior escuchaba a Eddy, asentía y lucía su sonrisa rectangular. Era como si la sonrisa estuviese siempre allí, detrás de la barba. Se había mudado de ropa, así que alguna tenía que haber llevado consigo en el avión. Ahora lucía un traje liso y gris de ejecutivo y una corbata a rayas diagonales. Parecía el tipo de clientes con que Eddy la enchufaba en Cleveland, sólo que el traje quedaba distinto.

Una vez había visto a un cliente probarse un traje, un tipo que la había llevado a un Holiday Inn. La tienda de trajes estaba a un lado del vestíbulo del hotel y el hombre estaba allí en calzoncillos, cruzado por líneas de luz azul, y se miraba en tres grandes pantallas. En las pantallas no se podían ver las líneas azules porque en cada imagen llevaba un traje diferente. Mona tuvo que morderse los labios para no echarse a reír, porque el sistema tenía un programa cosmético que le daba un aspecto distinto en las pantallas: le alargaba la cara y le fortalecía el mentón, pero él no parecía darse cuenta. Luego escogió un traje, volvió a ponerse el que llevaba antes y eso fue todo.

Eddy le explicaba algo a Prior, algún punto básico de la arquitectura de alguno de sus montajes fraudulentos. Sabía cómo adivinar el contenido de la charla, pero era el tono lo que lo delataba: él sabía que la gente no sería capaz de captar la astucia que tanto lo enorgullecía, y por eso hablaba despacio y articuladamente, como si estuviera dirigiéndose a un niño, y mantenía la voz baja para mostrar su paciencia. Eso no parecía molestar a Prior, pero Mona tenía la impresión de que a Prior le sabía a mierda lo que Eddy pudiera decir.

Mona bostezó, se estiró, y el avión tocó dos veces con-ira la pista de hormigón, rugió, aminoró la marcha. Eddy no dejaba de hablar.

-Nos espera un coche -lo interrumpió Prior.

-¿Y adónde nos lleva? -preguntó Mona, sin tener en cuenta la desaprobación de Eddy.

Prior le mostró su sonrisa. -A nuestro hotel. -Se desabrochó el cinturón de seguridad.- Nos quedaremos allí unos días. Me temo que tendrás que pasar la mayor parte del tiempo en tu habitación.

-Ése es el trato -dijo Eddy, como si la idea fuese suya.

-¿Te gustan los estims, Mona? -preguntó Prior, aún sonriendo.

-Desde luego -dijo ella-. ¿A quién no?

-¿Tienes alguna favorita, Mona? ¿Alguna estrella favorita?

-Angie -respondió ella, algo irritada-. ¿Quién más? La sonrisa se hizo más amplia. -Muy bien. Te conseguiremos todas sus últimas cintas.

El universo de Mona consistía, en gran parte, en cosas y lugares de los que sabía pero que no había visto ni conocido en persona. En los estims el centro del Sprawl no tenía olor. Lo arreglaban, suponía, igual que hacían para que Angie no tuviese nunca una jaqueca o una regla dolorosa. Pero sí que olía. Como Cleveland, sólo que peor. Le había parecido que era el mismo olor que el del aeropuerto, el que sintió al salir del avión, pero cuando se apearon del coche para entrar en el hotel era aún más fuerte. Además hacía un frío de muerte, y un viento que le mordió los tobillos desnudos.

El hotel era más grande que aquel Holiday Inn, pero también más viejo, le pareció. El vestíbulo estaba más transitado que los que se veían en los estims, pero aquí había alfombras azules y limpias en abundancia. Prior la dejó esperando junto a un monitor que proyectaba publicidad para un spa orbital mientras él y Eddy iban a un mostrador largo y negro donde hablaron con una mujer que llevaba una placa de identidad de latón. Se sintió estúpida esperando allí, con aquel impermeable blanco de plástico que Prior le había hecho ponerse, como si le pareciera que su ropa no fuese adecuada. Más de un tercio de la multitud que ocupaba el vestíbulo estaba compuesta por japoneses a los que supuso turistas. Todos parecían llevar consigo algún tipo de aparato para grabar: vídeo, holos, algunos llevaban estims al cinto; pero aparte de eso no daban la impresión de nadar en dinero. A ella le pareció que tendría que ser lo contrario. Tal vez sean muy astutos y no lo quieren dar a entender, decidió.

Vio que Prior depositaba un chip de crédito en el mostrador y que la mujer de la placa lo recogía y lo hacía pasar por una ranura metálica.

Prior depositó su bolso en la cama, que era un amplio bloque de gomaespuma, y tocó luego un panel que hizo que un muro de cortinas se abriera. -No es el Ritz -dijo Prior-, pero haremos lo que podamos para que te sientas a gusto.

Mona emitió un sonido evasivo. En Cleveland, Ritz era una hamburguesería, así que no lograba entender qué tenía que ver una cosa con la otra.

-Mira -dijo Prior-, tu favorita. -Junto a la elaborada tapicería de la cabecera de la cama había una unidad de estim empotrada, y una pequeña estantería que sostenía un juego de trodos envueltos en plástico y unas cinco cintas.- Son los últimos estims de Angie.

Mona se preguntó quién habría puesto esos casetes allí, y si lo habrían hecho después de que Prior le preguntara qué estims le gustaban. Le dedicó una sonrisa de las suyas y se acercó a la ventana. El Sprawl se veía como en los estims; la ventana era como una postal holograma: edificios famosos cuyos nombres desconocía, pero sabía que eran famosos.

El gris de los domos, las cúpulas geodésicas salpicadas de blanco por la nieve, y detrás el gris del cielo.

-¿Contenta? -preguntó Eddy acercándose por detrás y poniéndole las manos en los hombros.

-¿Hay duchas aquí?

Prior soltó una risa. Ella se liberó del apretón de Eddy y llevó el bolso al baño. Cerró y trancó la puerta. Volvió a oír la risa de Prior y a Eddy que reanudaba sus historias. Se sentó en el retrete, abrió el bolso y sacó el estuche de cosméticos donde guardaba el wiz. Le quedaban cuatro cristales. Eso parecía suficiente; con tres bastaba, pero cuando le quedaban dos solía empezar a procurarse provisiones. No recurría con demasiada frecuencia a los jumpers, droga sucedánea, en todo caso no todos los días, si bien últimamente lo había hecho, pero eso fue porque Florida la estaba volviendo loca.

Ahora podía empezar a frenar un poco, decidió, mientras sacaba un cristal del frasco. Parecía uno de esos caramelos amarillos y duros; había que triturarlo y luego molerlo con un par de rayadores de plástico. Al hacerlo el cristal despedía un olor a hospital.

Cuando salió de la ducha ya los otros dos se habían marchado. Mona se había quedado bajo el agua hasta que se aburrió, lo cual tardó un buen rato en ocurrir. En Florida tomaba sus duchas sobre todo en las piscinas públicas o en las estaciones de autocares, el tipo de duchas que funcionaban con fichas. Supuso que ésta tendría algún tipo de aparato que medía los litros consumidos y los cargaba en la cuenta; así funcionaba en el Holiday Inn. Más arriba del aspersor de la ducha había un filtro grande y blanco y, en uno de los azulejos de la pared, una pegatina con el dibujo de un ojo y una lágrima indicaba que te podías duchar pero que el agua no debía entrarte en los ojos, igual que el agua de las piscinas. De otros azulejos asomaba una hilera de espitas, y si pulsabas el botón que se encontraba debajo de cada una de ellas salía champú, gel, jabón líquido, aceite de baño. Si lo hacías se encendía una lucecita roja junto al botón, pues el consumo se te cargaba en la cuenta. En la cuenta de Prior. Se alegraba de que no estuvieran, porque le agradaba estar sola, colocada y limpia. No solía encontrarse a solas, salvo cuando estaba en la calle, pero no era lo mismo. Dejó huellas de humedad en la alfombra color crema cuando se acercó a la ventana. Se había envuelto en una toalla grande que hacía juego con la cama y la alfombra y tenía una palabra afeitada en bajo relieve en la parte más lanuda: probablemente el nombre del hotel.

A una manzana de allí había un edificio de otros tiempos, y las esquinas de su empinada punta habían sido esculpidas para producir un efecto de montaña, con rocas y hierba, y una cascada que se precipitaba y chocaba contra las rocas y seguía cayendo. Aquello la hizo sonreír. ¿Quién se habría dedicado a hacer eso? El agua despedía nubes de vapor cuando golpeaba las rocas. No puede caer a la calle así sin

más, pensó, porque costaría demasiado. Se le ocurrió que de algún modo la bombearían hacia arriba de nuevo para volver a usarla otra vez, de manera circular.

Algo gris movió la cabeza por allí y alzó unos grandes y estriados cuernos como si la estuviese mirando. Mona dio un paso atrás sobre la alfombra y parpadeó. Era una especie de oveja, pero tenía que ser un autómata, un holograma, o algo así. La cosa bajó la cabeza y se puso a pastar en la hierba. Mona se echó a reír.

Sentía el wiz en el tendón de Aquiles y a lo largo de los omóplatos, un punto frío y apretado, y aquel olor a hospital en el fondo de la garganta.

Antes había tenido miedo, pero ya no estaba asustada.

Prior tenía una fea sonrisa, pero no era más que un jugador, sólo un traje que se inclinaba. Si tenía dinero, sería dinero de otro. Y tampoco Eddy la asustaba ya; más bien era ella quien temía por él, porque veía lo que los demás opinaban de él.

Bueno, pensó, no importa; ya no estaba criando bagres en Cleveland, y nadie la haría volver jamás a Florida.

Recordó la estufa de alcohol, las frías mañanas de invierno, el viejo encorvado dentro de su abrigo gris demasiado grande. En invierno solía poner una segunda lámina de plástico en las ventanas. La estufa bastaba para calentar el espacio, entonces, porque las paredes estaban revestidas con láminas de gomaespuma dura cubiertas con chapas de madera laminada. Había sitios donde la espuma quedaba al descubierto y podías pellizcar, hacer huecos; si el viejo te sorprendía haciendo eso, se ponía a chillar. Mantener los peces al calor cuando hacía frío suponía más trabajo; había que bombear el agua por unos tubos de plástico transparente hasta el techo, donde se hallaban los espejos solares. Pero la materia vegetal que se pudría en los bordes de los tanques también ayudaba; cada vez que pescabas un pez se levantaba vapor. El viejo trocaba los pescados por otro tipo de alimentos, por cosas que la gente producía, alcohol para la estufa y alcohol de beber, granos de café, basura que comieran los peces.

No era su padre y ya se lo decía con suficiente frecuencia, las raras veces que hablaba. Sin embargo a veces Mona se preguntaba si en verdad no lo sería. La primera vez que le preguntó qué edad tenía él le dijo seis años, y Mona empezó a contar a partir de entonces.

Oyó que la puerta se abría a sus espaldas y se volvió; allí estaba Prior, con el llavero de plástico dorado en la mano, la barba abierta para mostrar la sonrisa. -Mona -dijo al tiempo que entraba-, éste es Gerald. -Alto, chino, traje gris, pelo canoso. Gerald sonrió cortésmente, pasó de largo junto a Prior y caminó sin titubeos hasta la cajonera que había frente a la cama. Colocó encima un maletín negro y lo abrió.- Gerald es un amigo. Es médico. Necesita echarte un vistazo.

-Mona -dijo Gerald, sacando algo del maletín-, ¿qué edad tienes?

-Tiene dieciséis -dijo Prior-, ¿no es cierto, Mona?

-Dieciséis -repitió Gerald. Lo que tenía en las manos era como un par de gafas de aviador negras, gafas de sol con abultamientos y cables-. Eso es estirarlo un poco, ¿no? -Y miró a Prior.

Prior sonrió.

-Te faltan... ¿qué, diez años?

-No tanto -dijo Prior-. No esperamos algo perfecto.

Gerald la miró. -No lo vais a conseguir. -Se enganchó las gafas en las orejas y tocó algo; una luz se encendió debajo de la lente derecha.- Pero hay grados de aproximación. -La luz se balanceó hacia ella.

-Estamos hablando de cosmética, Gerald.

-¿Dónde está Eddy? -preguntó Mona mientras Gerald se le acercaba.

-En el bar. ¿Quieres que lo llame? -Prior descolgó el auricular pero volvió a colgarlo sin haberlo utilizado.

-¿Qué significa todo esto? -Retrocedió ante Gerald.

-Un examen médico -dijo Gerald-. Nada que duela. -La había arrinconado contra la ventana; por encima de la toalla los omóplatos de la muchacha se apretaban contra el vidrio fresco.- Alguien está a punto de darte un empleo, y pagarte muy bien; pero necesitan asegurarse de que gozas de buena salud. -La luz se le hundió en el ojo izquierdo.- Ha tomado estimulantes de algún tipo -le dijo a Prior, con voz distinta.

-Trata de no parpadear, Mona. -La luz pasó al ojo derecho.- ¿Qué es, Mona? ¿Y cuánto?

-Wiz. -respondió mientras esquivaba la luz, dolorida.

Él le tocó el mentón con dedos fríos y le enderezó la cabeza. -¿Cuánto?

-Un cristal...

La luz había desaparecido. La cara de él, distendida y plácida, estaba muy cerca, y las gafas llenas de lentes, ranuras y círculos de rejilla metálica negra. -No hay modo de evaluar la pureza -dijo.

-Es muy pura -dijo Mona y soltó una risita.

Gerald le soltó el mentón y sonrió. -No debería representar ningún problema -dijo-. ¿Puedes abrir la boca, por favor?

-¿La boca?

-Quiero verte los dientes.

Mona miró a Prior.

-Con esto has tenido suerte -le dijo Gerald a Prior después de haber usado la linternita para mirarle la boca-. Está en buenas condiciones y muy cercana a la configuración objetivo. Amalgamas y empastes.

-Sabía que podríamos contar contigo, Gerald.

Gerald se quitó las gafas grandes y miró a Prior. Volvió al maletín y guardó las gafas. -También con los ojos tenéis suerte. Están muy cerca. Cuestión de tinte. -Sacó

del maletín un sobre de papel parafinado y lo abrió, se enfundó la mano derecha en el guante quirúrgico.-Quítate la toalla, Mona. Ponte cómoda.

Mona miró a Prior, a Gerald. -¿Queréis ver mis papeles, análisis de sangre y eso?

-No -dijo Gerald-, tranquila.

Mona miró por la ventana, esperando ver el carnero, pero ya no estaba, y el cielo parecía mucho más oscuro.

Se desanudó la toalla, la dejó caer al suelo y se acostó boca arriba en la gomaespuma crema.

No fue tan distinto de aquello por lo que se le pagaba; hasta duró menos.

Sentada en el baño, con el estuche de cosméticos apoyado en las rodillas, moliendo otro cristal, Mona decidió que tenía derecho a estar cabreada.

Para empezar Eddy desaparece sin llevarla, luego aparece Prior con ese medicucho, después le dice que Eddy está alojado en otra habitación. Allá en Florida no le habría importado prescindir de Eddy por un rato, pero aquí era otra cosa. No quería estar sola en ese lugar, y no se había atrevido a pedirle una llave a Prior. Él sí que tenía unas puñeteras llaves, y así podía entrar cuando quisiera con sus amigos de mierda. ¿Qué clase de negocio era ése?

Y lo del impermeable de plástico, aquello también la sacaba de quicio. Un maldito impermeable desechable. Cernió un poco más el wiz en polvo entre los tamices de plástico, lo puso con cuidado en la boca del disparador, exhaló con fuerza, se llevó el dispensador a la boca, y disparó. La nube de polvo amarillo le recubrió las membranas de la garganta; puede que un poco llegara incluso a los pulmones. Había oído decir que eso era dañino.

No había hecho ningún plan cuando entró al baño para darse el disparo, pero cuando la nuca empezó a cosquillearle se descubrió pensando en las calles que rodeaban el hotel, en lo que había alcanzado a ver cuando venían. Había clubes, bares, tiendas con ropa en los escaparates. Música. Algo de música estaría bien, ahora, y gente. Entre la gente podías aflojarte, olvidarte de ti, estar sin más. La puerta no estaba cerrada con llave, eso lo sabía; ya lo había comprobado. Se cerraría una vez que ella saliese, sin embargo, y ella no tenía llave. Pero estaba alojada allí, así que Prior tenía que haberla registrado en recepción. Pensó en bajar y pedirle una llave a la mujer que había visto tras el mostrador, pero la idea la ponía nerviosa. Ella conocía a los empleados de mostrador y el modo en que lo miran a uno. No, decidió, la mejor idea era quedarse y ponerse aquellos nuevos estims de Angie. Diez minutos más tarde Mona salía por una puerta lateral del vestíbulo principal, con el wiz cantándole en la cabeza. Afuera caía una fina llovizna, quizá por condensación en las cúpulas. Se había puesto el impermeable blanco para cruzar el vestíbulo, pensando que al fin y al cabo tal vez Prior sabía lo que hacía, y ahora se alegraba de haberlo traído. Sacó un pliego de papel térmico que asomaba por el borde de un contenedor y lo sostuvo por

encima de la cabeza para no mojarse el pelo. No hacía tanto frío como antes, otra cosa buena, pues ninguna de sus ropas nuevas era lo que podría llamarse abrigada.

Mientras miraba a izquierda y derecha de la avenida, tratando de decidir la dirección a tomar, vio que había una media docena de fachadas de hotel prácticamente idénticas, una hilera de bicitaxis, el lluvioso brillo de otra fila de tiendas pequeñas, y gente, mucha gente, como en el centro de Cleveland, pero todos bien vestidos, todos moviéndose como si fueran en la cresta de la ola, todos con un destino al que llegar. Déjate llevar, pensó mientras el wiz le daba un segundo y dulce disparo que la introdujo en el río de gente guapa sin tener que pensarlo siquiera. Haciendo sonar los zapatos nuevos, sostuvo el papel de fax en alto hasta que advirtió -más suerte aún- que había dejado de llover.

No le habría molestado tener tiempo de echarle una ojeada a los escaparates de las tiendas, cuando la gente la adelantaba, pero aquel flujo era placentero y nadie se detenía. Se contentó con vistazos de reojo a cada escaparate. La ropa era como la de los estims, incluso algunas cosas eran de un estilo que no había visto nunca en ningún lugar.

Aquí debería haber estado yo, se dijo, debería haber estado aquí todo el tiempo. No en un criadero de peces, ni en Cleveland, ni en Florida. Esto es un lugar, un lugar de verdad, cualquiera puede venir y estar, no hay por qué buscarlo en los estims. Lo que pasaba era que nunca había visto esta parte en los estims, la parte de la gente normal. Esta parte no era la de una estrella como Angie. Angie estaría encumbrada en altos castillos junto a otras estrellas del estim. Pero, Dios, qué bonito era esto, la noche tan brillante, la multitud que hervía a su alrededor, pasando junto a todas las cosas buenas que podías conseguir con sólo tener suerte. A Eddy no le gustaba. Siempre había hablado de lo mierda que era esto, demasiada gente, alquileres demasiado altos, demasiada policía, demasiada competencia. Tampoco es que se hiciera de rogar cuando Prior le hizo la oferta, se recordó a sí misma. Al fin y al cabo, ella tenía su propia explicación para la mala opinión que Eddy se hacía de todo aquello. Aquí se quemaría, imaginó, alguna buena metida de pata lo quemaría. O era que no quería que se lo recordaran o aquí había gente que se lo haría recordar de una vez por todas si volvía. Se notaba en el fastidio con que hablaba del lugar, el mismo con que hablaba de cualquiera que le dijera que sus planes no servirían de nada. El nuevo amiguete tan inteligente de la primera noche no era más que un imbécil la noche siguiente, un estúpido sin visión.

Pasó junto a una gran tienda que exhibía en la vitrina equipos de estim de excelente aspecto, todo ello en negro mate y muy estilizado, presidido por un estupendo holo de Angie, que los miraba a todos pasar de largo con su sonrisa medio triste. La reina de la noche, eso desde luego.

El río de gente siguió fluyendo hasta una especie de plaza circular, un lugar donde

concurrían cuatro calles que rodeaban una fuente. Y como Mona en realidad no se proponía ningún destino, se detuvo allí, porque la gente que la rodeaba se dispersó en distintas direcciones sin detenerse. Bueno, también en la plaza había gente, algunas personas estaban sentadas en el hormigón agrietado que cerraba la fuente. En el centro había una estatua, de mármol, muy gastada y de bordes romos. Era como un niño cabalgando sobre un pez grande, un delfín. Todo indicaba que la boca del delfín arrojaría agua si la fuente funcionase, pero no funcionaba. Más allá de las cabezas de los sentados pudo ver papel de fax arrugado y sucio y vasos de plástico blanco flotando en el agua.

Tuvo entonces la impresión de que la gente se había reunido a sus espaldas, una pared de cuerpos, curva y deslizante, y los tres que estaban sentados frente a ella en el borde de la fuente saltaron como en una foto. Gorda con el pelo teñido de negro, la boca entreabierta como si la tuviese siempre así, tetas que desbordaban de un chaleco de caucho rojo; rubia de cara larga y una línea azul de lápiz de labios, mano como garra de pájaro sosteniendo un cigarrillo; hombre de brazos untados con aceite y expuestos al frío, músculo implantado y de rocosa nudosidad debajo de un bronceado sintético y tatuajes presidiarios de mala calidad...

-¡Oyéme, marrana! -gritó la gorda, con cierto tipo de alegría-, ¡más vale que no te dé por volver a rondar por aquí!

La rubia miró a Mona con ojos cansados y le dedicó una lánguida sonrisa, una sonrisa de no-es-culpa-mía, y luego desvió la mirada.

El macarra se desprendió del borde de la fuente como accionado por resortes, pero ya Mona se alejaba, aconsejada por la expresión de la rubia. La agarró del brazo, pero la costura plástica del impermeable cedió y Mona se introdujo a empellones entre la multitud. El wiz se encargó del resto y lo que vio a continuación era que se hallaba al menos a una manzana de allí, apoyada en un poste de metal, tosiendo, hiperventilándose.

Pero entonces el wiz cambió de signo, como ocurría de vez en cuando, y ahora todo era desagradable. Las caras de la multitud tenían la determinación del hambre, como si todos y cada uno tuvieran algún desesperado trámite privado por cumplir, y la luz de las tiendas era fría y hostil, y todas las cosas detrás de los vidrios estaban en los escaparates sólo para decirle que ella nunca podría poseerlas. En algún lugar se oyó una voz, una voz de niño furioso que recitaba obscenidades en una letanía infinita y sin sentido; cuando se dio cuenta de quién era, dejó de hacerlo.

Tenía frío en el brazo izquierdo. Se lo miró y cayó en la cuenta de que había perdido la manga, la costura se había desgarrado por un costado hasta la cintura. Se quitó el impermeable y se envolvió con él como si fuera una capa; tal vez así sería más difícil notar la rotura.

Apoyó la espalda contra el poste cuando el wiz la abrumó otra vez en una ola de

adrenalina retardada; empezaron a temblarle las rodillas cuando pensó que iba a desmayarse, pero entonces el wiz le jugó una de sus bromas y ahora se hallaba agazapada a la luz de un atardecer de verano en el patio de tierra del viejo, aquella tierra reseca y agrietada rayada con las líneas del juego que ella había estado jugando, sólo que ahora estaba encorvada allí, ausente, con la mirada fija más allá de la masa de los tanques, donde las libélulas volaban nerviosamente sobre el entrevero de arbustos que crecían entre viejos chasis retorcidos. A sus espaldas había una luz que procedía de la casa, y podía oler el horneado del pan de maíz y el café que el viejo calentaba y recalentaba, hasta que pudiese sostener una cuchara de pie, como él decía, y allí estaría él ahora, leyendo alguno de sus libros, hojas marrones y quebradizas, ni una página con la esquina intacta; los guardaba en bolsas de plástico y a veces se convertían en polvo entre sus manos, pero si encontraba algo que quisiera conservar sacaría una pequeña copiadora del cajón, le pondría las pilas y la pasaría por la página de arriba abajo. A Mona le gustaba ver cómo las copias salían, frescas, con ese olor especial que se desvanecía, pero él nunca la dejaba utilizarla. A veces leía en voz alta, su voz era como vacilante, como un hombre que trata de tocar un instrumento que no ha tocado en mucho tiempo. No eran cuentos lo que leía, no tenían final ni contaban chistes. Eran como ventanas que daban a algo desconocido; él nunca trataba de explicar nada de aquello, tal vez ni él mismo lo entendiera, tal vez nadie...

Entonces la calle brotó otra vez, dura y brillante.

Mona se frotó los ojos y tosió.

La Antártida empieza aquí

-Estoy lista -dijo Piper Hill con los ojos cerrados, sentada en la alfombra en una vaga aproximación a la posición de loto-. Toca la colcha con la mano izquierda. -Ocho finísimos cables se extendían desde los enchufes situados detrás de las orejas de Piper hasta el instrumento que se apoyaba sobre sus bronceados muslos.

Angie, envuelta en una túnica de toalla blanca, le daba la cara a la técnica rubia desde el borde de la cama; la negra unidad de pruebas le cubría la frente como una venda levantada. Hizo lo que se le dijo: hizo correr las puntas de los dedos por la seda cruda y el lino sin blanquear de la arrugada colcha.

-Muy bien -dijo Piper, más a sí misma que a Angie, mientras tocaba algo en la consola-. Otra vez. -Angie sintió que el tejido se hacía más grueso bajo los dedos.

-Otra vez. -Otro ajuste.

Ahora podía distinguir las fibras por separado, distinguir la seda del lino...

-Otra vez.

Los nervios se le crisparon cuando las desolladas puntas de los dedos rozaron lana de acero, vidrio molido...

-Óptimo -dijo Piper, abriendo unos ojos azules. Se sacó de la manga del kimono un diminuto frasco de marfil, le quitó el tapón y se lo pasó a Angie.

Cerrando los ojos, Angie olfateó con cautela. Nada.

-Otra vez.

Algo floral. ¿Violetas?

-Otra vez.

Un nauseabundo hedor a invernadero le inundó la cabeza.

-El olfativo ha terminado -dijo Piper mientras el asfixiante olor se desvanecía.

-No me he dado cuenta. -Abrió los ojos. Piper le estaba ofreciendo un pequeño disco de papel blanco.-Mientras no sea pescado... -dijo Angie chupándose la punta del dedo. Tocó el pedacito de papel y se llevó el dedo a la lengua. Una de las pruebas de Piper le había impedido probar los mariscos durante un mes.

—No es pescado -dijo Piper sonriendo. Llevaba el pelo corto, un casco pequeño y bien demarcado que hacía juego con el resplandor grafito de los enchufes implantados detrás de cada una de sus orejas. Juana de Arco en silicio, decía Porphyre, y la auténtica pasión de Piper parecía ser su trabajo. Era la técnica personal de Angie, se decía que era la mejor de la Red.

Caramelo...

-¿Quién más está aquí, Piper? -Terminado ya el Usher, Piper se disponía a guardar la consola en su maletín de nailon.

Una hora antes Angie había oído la llegada de un helicóptero; había oído risas, pasos sobre la terraza, todo mientras el sueño se disipaba. Había renunciado a sus intentos de sueño acumulativo -si aquello se podía llamar sueño-, recuerdos ajenos que entraban, la llenaban, luego la abandonaban hacia niveles que ella no podía alcanzar y dejaban aquellas imágenes fantasmales...

-Raebel -dijo Piper-, Lomas, Hickman, Ng, Porphyre, el Pope.

-¿Robin?

-No.

-Plan de Rodaje -dijo, mientras tomaba una ducha.

-Buenos días, Angie.

-Freeside Tours. ¿De quién es?

-Lo de «tours» ha sido rebautizado Mustique Two por los actuales copropietarios, el Julianna Group y Carribbana Orbital.

-¿De quién era cuando Tally grabó allí?

-Tessier-Ashpool S.A.

-Quiero saber más sobre Tessier-Ashpool.

—La Antártida empieza aquí.

Angie levantó la vista para mirar el círculo blanco del altavoz a través del vapor. -¿Qué has dicho?

-La Antártida empieza aquí es un vídeo-ensayo de dos horas de duración sobre la familia Tessier-Ashpool, realizado por Hans Becker, Angie.

-¿Lo tienes?

-Naturalmente. David Pope accedió a él hace poco. Quedó muy impresionado.

-¿De verdad? ¿Cuándo lo consiguió?

-El lunes.

-Lo veré esta noche, entonces.

-Muy bien. ¿Es todo?

-Sí.

-Adiós, Angie.

David Pope. Su director. Porphyre decía que Robin le andaba contando a la gente que Angie oía voces. ¿Se lo habría contado a Pope? Tocó un panel de cerámica y el rociado de agua se puso más caliente. ¿Por qué estaría Pope interesado en los Tessier-Ashpool? Tocó de nuevo el panel y se estremeció bajo agujas de agua súbitamente gélida.

Al revés, al derecho, las siluetas de aquel otro paisaje llegaban pronto, demasiado pronto...

Porphyre estaba junto a la ventana cuando Angie entró en la sala, un guerrero masai de túnica de seda negra con hombreras acolchadas y sarongs de cuero negro.

Los demás la saludaron al verla, y Porphyre se volvió sonriendo.

-Nos has tomado por sorpresa -dijo Rick Raebel, echado en la tumbona. Él era el de efectos y edición-. Hilton pensaba que querrías más vacaciones.

-Nos han hecho venir desde todas partes, querida -añadió Kelly Hickman-. Yo estaba en Bremen, y el Pope estaba en el pozo, en onda artística, ¿no es así, Pope? -Miró al director pidiendo confirmación.

Pope, que estaba sentado a horcajadas en una de las sillas Luis XVI, con los brazos cruzados y apoyados en el borde del frágil respaldo, ofreció una sonrisa cansina; su rostro delgado estaba coronado por una maraña de pelo oscuro. Cuando la agenda de Angie lo permitía, Pope hacía documentales para la Red/Conocimiento. Poco después de firmar con la Red, Angie participó anónimamente en una de las obras minimalistas de Pope, un interminable paseo por dunas de satén rosa manchado bajo un cielo de acero labrado. Tres meses más tarde, cuando el arco de su carrera se acercaba resueltamente a lo más alto, una versión no autorizada de la cinta se convertía en un clásico underground.

Karen Lomas, encargada de hacer los retoques a Angie, sonrió desde su silla a la izquierda de Pope. A su derecha, Kelly Hickman, vestuario, estaba sentado en el suelo blanqueado, junto a Brian Ng, el aprendiz y correveidile de Piper.

-Bueno -dijo Angie-, pues he vuelto. Siento haberos dejado a todos colgados, pero tenía que ser así.

Se produjo un silencio. Chirridos apenas perceptibles de las sillas. Brian Ng tosió.

-Estamos encantados de que hayas vuelto -dijo Piper, que regresaba de la cocina con una taza de café en cada mano.

Volvieron a saludarse, algo cortados, esta vez, y se echaron a reír.

-¿Dónde está Robin? -preguntó Angie.

-Mistuh Lanier está en Londres -dijo Porphyre con las manos apoyadas en las caderas envueltas en cuero.

-Tiene que venir de un momento a otro -dijo Pope secamente, levantándose del asiento para aceptar un café de Piper.

-¿Qué hacías en órbita, David? -preguntó Angie, que aceptó la otra taza.

-Cazando solitarios.

-¿Soledad?

-Solitarios. Ermitaños.

-Angie -dijo Hickman poniéndose en pie de un salto-, ¡tienes que ver el número sobre el cóctel de satén que Devicq mandó la semana pasada! Y tengo toda la línea de playa de Nakamura...

-Sí, Kelly, pero...

Pero Pope ya se había dirigido a Raebel para decirle algo.

-¡Eh, venga! -dijo Hickman, radiante de entusiasmo-. ¡Vamos a probárnoslo!

Pope pasó la mayor parte del día con Piper, Karen Lomas y Raebel, comentando los resultados del test Usher y los interminables detalles de lo que ellos llamaban la reinserción de Angie. Después de comer, Brian Ng la acompañó al chequeo físico, que se realizaba en una clínica privada situada en un recinto lleno de espejos del Beverly Boulevard.

Durante la breve espera en el área de recepción, blanca y llena de plantas -sin duda algo ritual, como si una cita médica que no implicara espera pudiese parecer incompleta, poco auténtica-, Angie se descubrió preguntándose, como lo hiciera tantas otras veces, por qué el misterioso legado de su padre, los vévés que le había implantado en la cabeza, nunca habían sido detectados en ésta ni en ninguna otra clínica.

Su padre, Christopher Mitchell, había dirigido el provecto hibridoma, que había proporcionado a Maas Biolabs el virtual monopolio de la fabricación de biochips durante la primera época. Turner, el hombre que la había llevado a Nueva York, le había dejado una especie de expediente sobre su padre, un dossier biosoft compilado por una inteligencia artificial del departamento de seguridad de la Maas. Había entrado al expediente cuatro veces en igual número de años; y por fin, en una noche de mucha borrachera en Grecia, se deshizo del asunto tirándolo por la borda del yate de un industrial irlandés después de una riña a gritos con Bobby. Ya no recordaba los motivos de la pelea, pero sí que recordaba la confusa sensación de pérdida y de alivio cuando aquel pequeño paquete de memoria hizo impacto en el agua.

Tal vez su padre había diseñado aquella pieza de artesanía de modo que resultase invisible para los sondeos exploratorios de los neurotécnicos. Bobby tenía su propia teoría, una que Angie sospechaba más cercana a la verdad. Tal vez Legba, el loa que, según Beauvoir, gozaba de acceso casi infinito a la matriz del ciberespacio, pudiera alterar el flujo de datos tal como los obtenían los scanners y así darle a los vévés la cualidad de la transparencia... Legba, al fin y al cabo, había orquestado su debut en el negocio y el subsiguiente ascenso que la llevaría a eclipsar la trayectoria de quince años de Tally Isham como megaestrella de la Red.

Pero había pasado tanto tiempo desde que el loa la cabalgara..., y ahora, había dicho Brigitte, los vévés habían sido rediseñados...

-Hilton ha hecho que Plan de Rodaje te prepare para hoy un titular de primera página -le dijo Ng mientras esperaban.

-¿Yeso?

-Una declaración pública sobre tu decisión de ir a Jamaica, halagar los métodos de la clínica, denunciar los peligros de las drogas, sobre tu renovado entusiasmo por el trabajo, tu agradecimiento a tu público, y algunas imágenes de archivo de tu temporada en Malibú...

Plan de Rodaje podía generar videoimágenes de Angie para luego animarlas con

plantillas extraídas de sus estims. El verlas inducía en el espectador un vértigo suave y no desagradable, una de las raras ocasiones en que Angie podía captar directamente la razón de su fama.

Se oyó un sonido de campanas, más allá de las plantas.

Al regresar de la ciudad encontró a un equipo de cocineros preparando una barbacoa en la terraza.

Se acostó en el diván debajo del Valmier y se dedicó a escuchar el oleaje. Desde la cocina oía a Piper explicándole a Pope los resultados del examen físico. La verdad era que eso no hacía falta -su certificado de salud no podía ser más impecable- pero tanto Pope como Piper eran devotos del detalle.

Piper y Raebel se pusieron sendos jerseys y salieron a la terraza, donde se quedaron calentándose las manos al calor de las brasas, y Angie se encontró a solas con el director en la sala de estar.

-Estabas a punto de contarme, David, lo que hacías en el pozo...

-Buscaba solitarios de verdad. -Se pasó una mano por el enmarañado cabello.- Viene de una cosa que quise hacer el año pasado y que tenía que ver con las comunidades intencionales de África. El problema está en que, una vez que llegué allí arriba, me enteré de que todo aquel que va tan lejos, que realmente vive a solas en órbita, está por lo general decidido a quedarse así.

-¿Estuviste grabando? ¿Haciendo entrevistas?

-No. Quería encontrar personas así y convencerlas de que se grabaran ellas mismas sus propios segmentos.

-¿Lo hiciste?

-No, pero oí algunas historias. Unas historias estupendas. Un piloto de remolcador aseguraba que hay niños salvajes que viven en una fábrica de drogas japonesa aislada. Allí fuera hay toda una serie de mitos nuevos, de verdad: naves fantasmas, ciudades perdidas... La cosa tiene su pathos, si lo piensas. Quiero decir, todas esas cosas están bloqueadas en órbita. Todo ello ha sido hecho por el hombre, conocido, poseído, colocado en un mapa. Es como ver mitos que echan raíces en un aparcamiento. Aunque supongo que a la gente le hace falta ese tipo de cosas, ¿no?

-Sí -dijo Angie, pensando en Legba, en Mamman Brigitte, en las mil velas...

-Sin embargo -agregó Pope-, lamento no haber podido llegar hasta Lady Jane. ¡Qué historia tan increíble! Gótico puro.

-¿Lady Jane?

-Tessier-Ashpool. Su familia construyó el toro de Freeside. Pioneros de órbita alta. Plan de Rodaje tiene un vídeo que es una maravilla... Dicen que ella mató a su padre, y es la última del linaje. Se les acabó el dinero hace años. Lo vendió todo, hizo que separasen su casa de la punta del huso y se hizo remolcar a otra órbita...

Angie se incorporó en el diván, con las rodillas bien juntas, los dedos entrelazados. Le corrieron gotas de sudor por los costados.

-¿No sabes la historia?

-No -dijo ella.

-Eso ya es interesante de por sí, porque demuestra hasta qué punto eran adeptos a la oscuridad. Utilizaban su dinero para mantenerse a salvo de las noticias. La madre era Tessier, y el padre Ashpool. Construyeron Freeside cuando no existía nada que se le pareciera. Con eso se hicieron espectacularmente ricos. Quizá cuando murió Ashpool ocuparan un muy cercano segundo lugar después de Josef Virek. Y, por supuesto, con el tiempo se hicieron también fantásticamente raros: les había dado por clonar a sus hijos al por mayor...

-Eso suena... horrible. Y tú intentaste, ¿trataste de dar con ella?

-Vaya, hice algunas averiguaciones. Plan de Rodaje me había conseguido ese vídeo de Becker, y su órbita aparece en el libro, claro, pero no quedaba bien eso de dejarse caer sin haber sido invitado, ¿verdad? Y además Hilton me hizo llamar para volver al trabajo... ¿No te sientes bien?

-Sí, creo..., creo que voy a cambiarme de ropa, me pondré algo más abrigado.

Después de comer, mientras servían el café, Angie pidió disculpas y se despidió hasta el día siguiente.

Porphyre la siguió hasta el pie de las escaleras. Se había mantenido cerca de ella durante la comida, como si se hubiese percatado de su nuevo desasosiego. No, pensó Angie, no es nuevo; es el antiguo, el de siempre, el de ahora y por siempre jamás. Todas las cosas de las que la droga la había separado.

-Cuídese, niña -le dijo, en voz tan baja que los demás no podrían haberlo oído.

-Estoy bien -dijo Angie-. Pero es demasiada gente. Todavía no estoy acostumbrada.

Él permaneció allí, mirándola desde abajo, con el brillo de brasas agonizantes ardiendo en el fondo de su cráneo elegantemente moldeado y sutilmente inhumano, hasta que ella le dio la espalda y subió las escaleras.

Una hora más tarde oyó el helicóptero que venía a recogerlos.

-Casa -dijo-, quiero ver el vídeo de Plan de Rodaje ahora.

Mientras la pantalla mural bajaba hasta su sitio Angie abrió la puerta de su dormitorio y se quedó un momento en lo alto de las escaleras, escuchando los ruidos de la casa vacía. El oleaje, el zumbido del lavavajillas, el viento que sacudía las ventanas que daban a la terraza.

Volvió la cara a la pantalla y se estremeció frente al rostro que vio en un

granuloso primer plano congelado: cejas de pájaro sobre unos ojos oscuros, pómulos altos y frágiles, y una boca grande y resuelta. La imagen se expandió velozmente hasta entrar en la oscuridad de un ojo, pantalla en negro, un punto blanco que crece, se alarga y convierte en el ahusado diseño de Freeside. Los créditos del vídeo empezaron a destellar en alemán.

-Hans Becker -dijo la casa, recitando la introcrítica de la biblioteca de la Red-, es un vídeo artista austríaco cuya marca de imagen es una obsesiva indagación acerca de]os campos de información visual más rígidamente reservados. Sus métodos de trabajo abarcan desde el montaje clásico hasta técnicas de espionaje industrial, generación de imágenes en espacio profundo y cinoarqueología. La Antártida empieza aquí, su exploración de imágenes de la familia Tessier-Ashpool, constituye actualmente la cúspide de su carrera. Este clan industrial, patológicamente esquivo a los medios de comunicación y que actua desde la absoluta privacidad de su hogar orbital, planteó un notable reto.

Lo blanco del huso fue llenando la pantalla mientras el último crédito se desvanecía. Una imagen se desplazó al centro de la pantalla, una instantánea de una mujer joven vestida con ropas negras y holgadas y contra un fondo difuso. Marie-France Tessier, Marruecos.

Ésta no era la cara del plano inicial, el rostro de recuerdos invasores, y sin embargo parecía prometerla, como si una imagen larvaria se ocultase bajo la superficie.

La banda sonora hilvanó filamentos atónicos por entre estratos de estática y de voces indistintas mientras la imagen de Marie-France era reemplazada por un retrato formal y monocromo de un joven con traje de cuello almidonado. Era un rostro hermoso, muy bien proporcionado, pero de algún modo sumamente duro, y en los ojos una mirada de aburrimiento infinito. John Harness Ashpool, Oxford.

Sí, pensó, y te he visto muchas veces. Conozco tu historia; aunque no se me permite tocarla.

Pero la verdad es que no me gustas nada, ¿verdad, señor Ashpool?

Pasarela

La pasarela crujió y gimió. La camilla era demasiado ancha y no cabía entre los pasamanos, así que tuvieron que alzarla a pulso hasta la altura del pecho; Gentry iba delante con las manos enguantadas aferradas a las agarraderas en el extremo de los pies del durmiente. A Slick le tocaba el extremo pesado, la cabeza, donde iban las baterías y el equipo; sentía a Cherry avanzando a sus espaldas. Quiso decirle que regresara, que no necesitaban su peso en la pasarela, pero por alguna razón no pudo.

Darle a Gentry la bolsa de drogas de Kid Afrika había sido un error. No sabía qué había en el dermo que se había aplicado, para empezar ni siquiera sabía qué estaría corriendo antes de eso en el torrente sanguíneo de Gentry. Lo que fuera, se había puesto como loco y allí estaban ahora, en la jodida pasarela, a veinte metros por encima del suelo de hormigón de la Fábrica, y Slick estaba a punto de llorar de frustración, de gritar, quería romper algo, cualquier cosa, pero no podía soltar la camilla.

Y la sonrisa de Gentry, iluminada por el resplandor del biolector pegado al pie de la camilla mientras Gentry daba otro paso atrás por la pasarela.

-Vaya, tíos -dijo Cherry con voz de niñita-, esto es lo que se llama cagarla en serio...

Gentry le dio a la camilla un súbito e impaciente tirón que hizo que Slick casi perdiese el asidero.

-Gentry -dijo Slick-, creo que será mejor que te lo pienses dos veces.

Gentry se había quitado los guantes. Tenía un par de puentes de empalme ópticos en cada mano y Slick pudo ver cómo temblaban los accesorios del partidor.

-Es que es verdad, Gentry, Kid Afrika es cosa dura. No sabes con qué te estás metiendo, si te metes con él. -Esto no era estrictamente cierto, siendo como era Kid, a juicio de Slick, demasiado listo para darle valor a la venganza. Pero, ¿cómo diablos saber con qué estaba Gentry a punto de meterse?

-No me estoy metiendo con nada -dijo Gentry acercándose a la camilla con los puentes.

-Oye, colega -dijo Cherry-, si le interrumpes el input puede que lo mates; su sistema nervioso autónomo se le daría vuelta. ¿Por qué no lo detienes? -le preguntó a Slick-. ¿Cómo es que no le das una patada en el culo?

Slick se restregó los ojos. -Porque..., no sé. Porque es... Escucha, Gentry, la chica está diciendo que eso puede matar al pobre tío, si tratas de enchufarlo. ¿Has oído eso?

-LF -dijo Gentry-. He oído eso. -Sostuvo los puentes entre los dientes y empezó a manipular en una de las conexiones del bloque sin marcas que era la pieza encima de la cabeza del durmiente. Sus manos habían dejado de temblar.

-Mierda -dijo Cherry, y se mordió un nudillo. La conexión cayó en la mano de

Gentry. Con la otra mano insertó el puente y empezó a apretar la conexión. Su boca sonrió alrededor del puente que quedaba-. A la mierda con esto -dijo Cherry-. Yo me abro. -Pero no se movió.

El hombre de la camilla gruñó, una vez, muy suave. Aquel ruido hizo que a Slick se le erizaran los pelos de los brazos.

Gentry soltó la segunda conexión. Insertó el otro partidor y se puso a apretar los accesorios.

Cherry se acercó rápidamente al pie de la camilla para chequear el lector. -Lo ha sentido -dijo, alzando la vista para mirar a Gentry-, pero sus signos parecen estar bien...

Gentry volvió a las consolas. Slick observó cómo enchufaba los puentes en su posición. Tal vez, pensó, esto iba a salir bien: Gentry no tardaría en estrellarse, y ellos tendrían que dejar la camilla allá arriba hasta que Pajarito apareciera y lo ayudara a desandar la pasarela. Pero Gentry estaba muy loco; tal vez él debiera recuperar las drogas, o al menos parte de ellas, hacer que las cosas volvieran a la normalidad...

-Sólo puedo creer -dijo Gentry- que esto ha sido predeterminado. Prefigurado por la forma de mi trabajo preliminar. No pretendería entender cómo podría ser, pero no nos corresponde cuestionar el porqué, ¿verdad, Slick Henry? -Escribió una secuencia en uno de los teclados.- ¿Habéis pensado alguna vez en la relación entre la paranoia clínica y el fenómeno de la conversión religiosa?

-¿De qué está hablando? -preguntó Cherry.

Slick negó sombríamente con la cabeza. Si decía algo sólo fomentaría la locura de Gentry.

Gentry se acercó entonces a la unidad de exhibición grande, la mesa de proyección. -Hay mundos dentro de mundos -dijo-. Macrocosmos, microcosmos. Esta noche hemos transportado todo un universo a través de un puente, y aquello que está arriba es como aquello debajo... Era obvio, por supuesto, que tales cosas debían de existir, pero yo no me había atrevido a esperar... -Les lanzó una mirada esquiva por encima del hombro recubierto de cuentas negras.- Y ahora -siguió-, vamos a ver la forma del pequeño universo por el que se ha ido a viajar nuestro huésped. Y en esa forma, Slick Henry, yo veré...

Tocó el conmutador que accionaba la mesa de proyección holográfica. Y soltó un aullido.

Juguetes

-He aquí algo encantador-dijo Petal tocando un cubo de palo de rosa del tamaño de la cabeza de Kumiko-. La Batalla de Inglaterra. -Una luz tembló encima del objeto, y cuando Kumiko se inclinó hacia adelante vio que diminutos aviones hacían volteretas y se precipitaban en cámara lenta sobre un viscoso y gris fondo de Londres.-Lo reconstruyeron a partir de filmaciones de guerra -explicó-; con cámaras instaladas sobre las ametralladoras. -Kumiko entrevió destellos casi microscópicos de fuego antiaéreo disparado desde el estuario del Támesis.- Lo hicieron para conmemorar el Centenario.

Estaban en la sala de billar de Swain, planta baja al fondo, número 16. Se percibía un vago olor a moho, un dejo de olor a pub. El orden y la limpieza general del establecimiento de Swain se hallaban aquí atenuados por un elegante despilfarro: había sillones cubiertos de cuero arañado, muebles oscuros y pesados, el campo verde opaco de la mesa de billar... Las estanterías negras de metal, repletas de material de entretenimiento, habían sido la causa de que Petal la llevara hasta allí, antes del té, arrastrando los pies calzados con descosidas pantuflas de piel de topo, para enseñarle juguetes disponibles. -¿Qué guerra fue ésta?

-La penúltima -contestó él mientras avanzaba hacia una unidad parecida pero más grande que presentaba hologramas de dos boxeadoras tailandesas. La callosa planta del pie de una de ellas golpeaba el vientre moreno y delgado de la otra, que se había tensado para encajar el impacto. Petal tocó un botón y todas las proyecciones desaparecieron.

Kumiko le echó un último vistazo a la Batalla de Inglaterra y sus mosquitos en llamas.

-Hay todo tipo de fichas deportivas -dijo Petal mientras abría un maletín de cuero que contenía cientos de grabaciones.

Siguió haciéndole demostraciones con el equipo, y luego se dedicó a rascarse la rala cabeza mientras buscaba un canal de noticias en japonés. Terminó por encontrarlo, pero no supo desconectar el programa de traducción automática. Vieron juntos a un grupo de noveles ejecutivos de la Ono-Sendai que ocultaban las caras durante un emotivo acto de graduación. -¿Y qué hacen ésos? -preguntó.

-Están demostrando lealtad a su zaibatsu.

-Muy bien -dijo él. Barrió la unidad de vídeo con el plumero de quitar el polvo-. Pronto será la hora del té. -Salió de la habitación. Kumiko cortó el audio. Sally Shears había estado ausente a la hora del desayuno, igual que Swain.

Unas cortinas verde musgo ocultaban otra fila de altos ventanales que se abrían al mismo jardín. Afuera vio un reloj de sol velado por la nieve, y dejó caer la cortina. (La silenciosa pantalla mural parpadeaba imágenes de accidentes en Tokio: unos

médicos vestidos de amianto aplicaban sus sierras a unas mutiladas víctimas atrapadas en un amasijo de hierros retorcidos.) Un armario Victoriano de voluminosa cabecera se alzaba junto a la pared opuesta sobre patas talladas en forma de piñas. El hueco de la cerradura, ornado con una chapa de marfil amarillento incrustado de diamantes, estaba desocupado, y cuando tiró de las puertas éstas se abrieron y exhalaron un olor químico de cera antigua. Miró fijamente el mandala blanco y negro colgado al fondo del armario hasta que se convirtió en lo que era: una diana para dardos. La pulida madera que lo circundaba estaba hendida y picada; más de un jugador había errado sus lanzamientos por completo, concluyó Kumiko. La mitad inferior del armario presentaba una serie de cajones, cada uno con un diminuto tirador de bronce y una cerradura de bordes de marfil. Se arrodilló frente a los cajones, volvió la cabeza para mirar hacia la entrada (el videomuro mostraba los labios de una cantante de cabaret Shinjuku) y tiró del cajón superior derecho tan silenciosamente como pudo. Estaba lleno de dardos, unos sueltos y otros en sus estuches de cuero. Cerró ese cajón y abrió el de la izquierda. Una mariposa muerta y un tornillo oxidado. Bajo esos dos primeros había un único cajón grande; se bloqueó a medio camino cuando intentó abrirlo, e hizo un ruido. Volvió a mirar hacia atrás (imágenes de archivo del logo de la Fuji Electric iluminando la bahía de Tokio), pero no hubo señales de Petal.

Pasó unos minutos hojeando una revista pornográfica, escrita en japonés, cuyo tema principal parecía ser el arte de los nudos. Debajo había una polvorienta chaqueta hecha de algodón negro abrillantado, y un estuche de plástico gris con la marca walther escrita en alto relieve. La pistola en sí era fría y pesada; Kumiko pudo verse la cara en el metal azul cuando la sacó de su lecho de poliespuma. Nunca había sostenido una pistola en las manos. Las cachas de plástico gris se le antojaron enormes. La devolvió al estuche y estudió por encima la versión japonesa que ofrecía un manual de instrucciones multilingüe. Era una pistola de aire; había que bombear el percutor que se hallaba detrás del cañón. Disparaba minúsculas bolitas de plomo. Otro juguete. Volvió a poner todo en el cajón y lo cerró.

Los cajones restantes estaban vacíos. Cerró la puerta del armario y regresó a la Batalla de Inglaterra.

-No -dijo Petal-. Lo siento, pero no podrá ser.

En ese momento esparcía crema de Devon sobre un panecillo; el pesado cuchillo Victoriano parecía un juguete entre sus dedos rechonchos. -Prueba la crema -dijo, bajando la voluminosa cabeza para mirarla apaciblemente por encima de las gafas.

Kumiko se limpió un poco de mermelada del labio superior con una servilleta de tela. -¿Imagina usted que trataré de escapar?

-¿Escapar? ¿Estás pensando en eso, en escapar? -Se comió el panecillo

masticándolo con determinación mientras miraba hacia el jardín, donde ahora caía una fina nieve.

-No -dijo Kumiko-. No tengo intención de escapar.

-Así me gusta -dijo él, y comió otro bocado.

-¿Estoy en peligro, en la calle?

-Por Dios, no -contestó Petal, con una especie de jovialidad resuelta-, estás tan a salvo como en casa.

-Quiero salir.

-No.

-Pero si saldré con Sally.

-Sí, buena pieza es esa Sally.

-No conozco esa expresión.

-No saldrás por tu cuenta. Son las condiciones de tu padre, ¿entiendes? Saliendo con Sally estás a salvo, pero ella no está aquí. En cualquier caso no se supone que nadie te cause molestias, pero, ¿para qué correr riesgos? Claro está, a mí me encantaría, de verdad que me encantaría sacarte a pasear, pero estoy de guardia, por si Swain recibe visitas. Así que no puedo. Es una lástima, de verdad que lo siento. -Parecía tan genuinamente contrito que Kumiko consideró que debía ceder.- ¿Te preparo otra tostada? -le preguntó Petal señalando la bandeja.

-No, gracias. -Dejó la servilleta en la mesa.- Estaba muy bueno -agregó.

-La próxima vez deberías probar la crema -dijo Petal-. Después de la guerra no había forma de conseguirla. Las lluvias de Alemania llegaron hasta aquí, y las vacas se pusieron malas.

-¿Swain está aquí, Petal?

-No.

-Nunca lo veo.

-Entra y sale. Negocios. La cosa tiene sus ciclos. No falta mucho para que empiecen a llegar visitas, entonces volverá a abrir audiencia.

-¿Quién, Petal?

-Gente de negocios, podríamos decir.

-Kuromaku -dijo Kumiko.

-¿Perdón?

-Nada.

Pasó la tarde a solas en el salón del billar, aovillada en un sillón de cuero, contemplando cómo caía la nieve en el jardín y el reloj de sol se convertía en una vertical blanca y desprovista de rasgos distintivos. Se imaginó a su madre allí, envuelta en pieles oscuras, sola en el jardín mientras caía la nieve, una princesa bailarina que se ahogaba en las aguas nocturnas del Sumida.

Se levantó -estaba aterida- y rodeó la mesa de billar para acercarse al hogar de mármol, donde las llamas alimentadas por gas siseaban suavemente bajo carbones que nunca habrían de consumirse.

Los caminos de plata

En Cleveland tenía una amiga, Lanette, que le había enseñado muchas cosas. Cómo salir rápidamente de un coche si un cliente trataba de cerrarte las puertas, cómo actuar a la hora de hacer una compra. Lanette era un poco mayor que ella y le daba sobre todo al wiz, según decía, para remover un poco el fondo, si bien solía removerse el fondo con cualquier cosa, desde análogos de endorfina hasta el sencillo y viejo opio de Tennessee. Aparte de eso, decía, podía pasarse doce horas sentada delante del vídeo viendo cualquier clase de mierda. Cuando el wiz le añadía movilidad a la cálida invulnerabilidad de un buen bajón, decía, entonces sí que andabas en algo. Pero Mona había advertido que la gente que se bajoneaba en serio pasaba una buena parte del tiempo vomitando, y no lograba entender por qué alguien miraría un vídeo cuando era igual de fácil conectar a estims. (Lanette decía que el simestim era más de lo que ella deseaba.)

Estaba pensando en Lanette porque Lanette solía darle consejos, por ejemplo sobre el modo de cambiar una mala noche. Esta noche, pensó, Lanette le aconsejaría buscar un bar y algo de compañía. Todavía le quedaba algo de dinero del trabajo de su última noche en Florida, así que bastaba con encontrar un sitio donde aceptaran metálico.

Dio en el clavo al primer intento. Buena señal. Bajó un estrecho tramo de escaleras de hormigón y entró en un zumbido de conversaciones envuelto en humo y en el ritmo familiar y asordinado de White Diamonds, de Shabu. No era un lugar elegante, pero tampoco lo que los chulos de Cleveland llamarían una veta. De todos modos, no estaba interesada en ir de copas a una veta, no esta noche.

Alguien se separó de la barra para marcharse justo cuando ella entraba, así que Mona se apresuró a hacerse con su taburete cuando el plástico estaba aún caliente: segunda señal.

El barman apretó los labios y asintió con la cabeza cuando le enseñó uno de los billetes, así que le pidió que le pusiera un trago de bourbon y una cerveza al lado, que era lo que pedía Eddy si era él quien se lo pagaba. Si pagaba otro, pedía tragos de mezclas que el barman no sabía hacer y entonces él se pasaba un buen rato explicándoselo. Luego se lo tomaba para quejarse enseguida de lo malo que estaba y lo bien que los hacían en Los Angeles o Singapur o algún otro lugar donde ella sabía que Eddy nunca había estado.

Aquí el bourbon tenía un sabor extraño, era como amargo, pero muy bueno una vez abajo. Se lo dijo al barman, quien le preguntó dónde solía tomar bourbon. Le dijo que en Cleveland y él asintió. Aquello era alcohol etílico con alguna mierda que debía recordarte el bourbon, le dijo el barman. Cuando le dijo cuánto dinero le quedaba, Mona concluyó que el bourbon del Sprawl era cosa cara. Pero surtía su

efecto, quitaba el mal sabor, así que se bebió el resto y acometió la cerveza.

A Lanette le gustaban los bares pero no bebía nunca, sólo Coca Cola o algo así. Mona recordó un día en que se había colocado con dos cristales al mismo tiempo, lo que Lanette llamaba un disparo de dos piedras, y oía una voz en el cráneo que decía, tan claro como suena, como si lo dijese alguien en esta habitación: Se mueve tan rápido, y está quieto. Y Lanette, que había disuelto una pizca de Memphis negro en una taza de té chino hacía poco más de una hora, se obsequió con medio cristal y luego salieron a dar un paseo, juntas como fantasmas en las calles lluviosas en lo que a Mona le pareció una armonía perfecta en la que hablar no era necesario. Y la voz estaba en lo cierto: no había crispamiento en aquella prisa, ni nerviosismo de dientes apretados, sólo una sensación de algo, tal vez de ella misma, expandiéndose hacia afuera desde un centro inmóvil. Habían encontrado un parque, jardines llanos salpicados de charcos plateados, y recorrieron todas las veredas, y Mona le había puesto nombre a ese recuerdo: los caminos de plata.

Y algún tiempo después Lanette desapareció, nadie la volvió a ver, y algunos dijeron que se había marchado a California, otros que a Japón, y algunos decían que se había dado una sobredosis y que la habían arrojado por una ventana, lo que Eddy llamaba una zambullida en seco, pero no era ése el tipo de cosas en que Mona quería pensar, así que se enderezó en el taburete y miró a su alrededor y, sí, aquél era un buen lugar, lo bastante pequeño para que la gente se encontrase apretujada, pero eso a veces estaba bien. Era lo que Eddy llamaba gente del arte, gente que tenía algo de dinero y que se vestía como si no lo hiciera, sólo que la ropa le quedaba bien y estaba claro que la compraba nueva.

Detrás de la barra había un vídeo, más arriba de las botellas, y entonces vio a Angie, que miraba recto a la cámara y decía algo, pero habían bajado demasiado el volumen y era imposible oírla por encima de las voces del bar. Vino luego un corte a toma aérea que mostraba una hilera de casas construidas en la orilla misma de una playa; después volvió Angie: reía, se sacudía el pelo y ofrecía a la cámara aquella sonrisa medio triste.

-Eh -le dijo al barman-. Ahí está Angie.

-¿Quién?

-Angie -repitió Mona, señalando hacia la pantalla.

-Ah, sí -dijo el barman-. Se engancha con alguna droga sintética y decide pasarla bien, así que se va a Sudamérica o donde sea y les paga unos millones para que le laven la cara.

-Ella no puede drogarse.

El barman le dirigió una mirada. -Con cualquier cosa.

-Pero, ¿cómo puede ser que haya tan siquiera empezado a drogarse? A ver si lo entiendo, ésa es Angie, ¿no?

-Pega con el paisaje.

-Pero mírala -protestó Mona-, se ve tan guapa... -Pero Angie se había marchado, remplazada por un tenista negro.

-¿Y tú crees que ésa es ella? Eso es un busto parlante.

-¿Un busto?

-Es como una marioneta -dijo una voz a sus espaldas, y Mona giró sobre el taburete lo suficiente para ver una mata de pelo rubio arena y una sonrisa plácida y blanca-. Una marioneta -y el hombre alzó la mano meneando los dedos-, ¿sabes?

Notó que el barman abandonaba la conversación y se alejaba hacia la punta. La sonrisa blanca se abrió más. -Así ella no tiene que hacer todo eso en persona, ¿entiendes?

Mona le devolvió la sonrisa. Éste era mono, ojos grises y despiertos y un halo secreto que le daba exactamente la señal que ella quería recibir. No era un traje. Más bien delgado, eso esta noche le podría gustar, y el discreto aura de buen humor que le rodeaba la boca contrastaba extrañamente con los ojos brillantes y despiertos.

-Michael.

-¿Cómo?

-Es mi nombre. Michael.

-Ah, Mona. Yo me llamo Mona.

-¿De dónde eres, Mona?

-Florida.

¿Acaso Lanette no le diría «adelante con él»?

Eddy detestaba a la «gente del arte»: no compraban lo que él vendía. A Michael lo habría detestado aún más, porque Michael tenía un empleo y un loft en un edificio que se administraba en cooperativa. En todo caso él lo llamaba un loft, aunque cuando llegaron allí resultó más pequeño que la idea que Mona se hacía de un loft. El edificio era viejo, una fábrica o algo así; algunas paredes eran de ladrillo visto y el techo era de tabla y vigas. Pero todo ello había sido cortado en espacios como el de Michael, una habitación no mucho más amplia que la del hotel, con un espacio dormitorio a un lado y una cocina y un baño al otro. Pero estaba en la planta alta, así que el techo era en realidad casi todo claraboyas; puede que eso lo convirtiera en loft. Bajo cada tragaluz había una pantalla horizontal de papel rojo, colgada al techo con cordel y poleas, como una enorme cometa. El lugar estaba algo desordenado, pero los objetos esparcidos alrededor eran todos nuevos: unas delgadísimas sillas blancas hechas con varillas sujetas entre sí con lazos de plástico transparente, una pila de módulos de entretenimiento, una estación de trabajo computarizada, y un sofá de cuero plateado.

Empezaron en el sofá, pero a Mona le incomodaba el modo en que se le pegaba la

piel y pasaron a la cama, que estaba en la alcoba.

Allí fue donde vio el equipo de grabación, aparatos de estim que descansaban sobre estanterías blancas. Pero el wiz había vuelto a atacar, y al fin y al cabo, si habías decidido hacerlo, ve hasta el fondo. Michael le puso uno de ellos, un collar de caucho negro con unos dedos rematados con trodos que le hacían presión en la base del cráneo. Inalámbrico; Mona sabía que aquello era costoso.

Mientras él se ponía su unidad y verificaba el resto del equipo que cubría las paredes, le habló de su trabajo: lo hacía para una empresa de Memphis que inventaba nombres para empresas nuevas. En ese momento estaba pensando en un nombre para una que se llamaba Cathode Cathay. Les hacía mucha falta, dijo, y se echó a reír, y luego dijo que no era fácil. Porque había ya tantas empresas que los buenos nombres ya habían sido utilizados. Tenía un ordenador que conocía todos los nombres de todas las empresas, otro que construía palabras que se pudieran utilizar como nombres, y otro que verificaba que los nombres inventados no dijeran «gilipollas» o algo así en chino o en sueco. Pero la empresa en la que trabajaba no sólo vendía nombres, vendía lo que él llamaba imagen, así que tenía que trabajar con mucha gente para asegurarse de que el nombre que sacara se adecuase al resto del paquete.

Luego se acostó con ella y en realidad no estuvo tan bien, como que lo divertido de la cosa se había acabado y a ella le hubiera dado igual estar con un cliente, pues no hizo más que estar allí echada, pensando que él estaría grabando todo aquello para poder mirarlo luego cuando quisiera, y pensando en cuántas otras tendría grabadas allí.

Se quedó acostada al lado de él, después, escuchando su respiración, hasta que el wiz le empezó a hacer girar pequeños círculos en la base del cráneo, haciéndole ver la misma secuencia de imágenes inconexas una y otra vez: la bolsa de plástico donde guardaba sus cosas en Florida, con el nudo de alambre que impedía la entrada de las cucarachas; el viejo sentado en la mesa de aglomerado, pelando una patata con un cuchillo de carnicero tan gastado que no era más largo que su dedo pulgar; un restaurante de mariscos en Cleveland que tenía forma de gamba o algo así, y donde las placas del arqueado lomo estaban hechas de láminas de metal y plástico transparente, pintado de rosa y naranja; el predicador que vio cuando fue a buscar la ropa nueva, él y su pálido y borroso Jesucristo. Cada vez que el predicador se acercaba estaba a punto de decir algo, pero nunca llegaba a hacerlo. Mona sabía que aquello no iba a parar a menos que se levantara y concentrara la mente en otras ideas. Salió a rastras de la cama y se quedó mirando a Michael en el resplandor gris que entraba por el tragaluz. Éxtasis. Llega el éxtasis.

Salió a la sala y se puso el vestido porque tenía frío. Se sentó en el sofá plateado. La pantalla roja hacía que la luz gris del tragaluz tornara al rosa a medida que afuera clareaba. Mona se preguntó cuánto podría costar un lugar como aquél.

Ahora que no podía verlo, tuvo dificultades en recordar su aspecto. Bueno, pensó, él sí que no va a tener problemas para recordarme, pero pensar en eso la hizo sentirse golpeada, herida o manipulada, y casi lamentaba no haberse quedado en el hotel a ponerse estims de Angie.

La luz gris-rosa llenaba la habitación como si llenara un estanque que empezaba a espesarse en los bordes. Algo en ello la hizo pensar en Lanette y en las historias según las cuales ella habría muerto por sobredosis. Algunas personas morían por sobredosis en casa ajena; la solución más sencilla consistía en arrojarlas por la ventana, así la policía no podría saber de dónde habían salido.

Pero no iba a pensar en eso, así que fue a la cocina y fisgó en la nevera y los armarios. En el congelador había un paquete de café en grano, pero el café cruzaba mal con el wiz. Había muchos paquetitos de papel de aluminio con etiquetas japonesas, comida hipercongelada. Encontró una caja de bolsitas de té y abrió el sello de una de las botellas de agua que encontró en la nevera. Puso un poco en una cacerola y pasó un rato manipulando la cocina hasta que logró ponerla a calentar. Las hornallas eran círculos blancos impresos en una superficie negra; ponías la cacerola en el centro de un círculo y tocabas un punto rojo impreso al lado. Cuando el agua estuvo caliente, echó una bolsita de té y retiró la olla de la hornalla.

Se inclinó sobre la cacerola para inhalar el vapor oloroso a hierbas.

Nunca había olvidado la cara de Eddy cuando él no estaba. Tal vez él no fuera gran cosa, pero fuera lo que fuese, estaba allí. Hay que tener cerca una cara que no cambie. Pero pensar en Eddy quizá no fuera muy buena idea. El bajón no tardaría en llegar, y antes de eso tenía que haber pensado en la forma de volver al hotel, y de pronto tuvo la impresión de que todo era demasiado complicado, demasiadas cosas que hacer, detalles que resolver, y eso era el bajón, cuando llegaba la hora de empezar a preocuparse por organizarse la vida.

No pensaba que Prior permitiese a Eddy que la golpeara, sin embargo, porque lo que él quería tenía algo que ver con su aspecto. Se volvió para buscar una taza.

Prior estaba allí de abrigo negro. Mona oyó el ruido raro que salió involuntariamente de su propia garganta.

Antes había visto cosas, con bajones de wiz; si las miraba muy fijamente desaparecían. Lo intentó con Prior pero no sirvió.

Estaba allí, tenía en la mano una especie de pistola de plástico, pero no la estaba apuntando, sólo la tenía. Llevaba guantes como los que Gerald se había puesto para hacerle el chequeo. No parecía enfadado, pero por primera vez no sonreía. Y durante un buen rato no dijo nada en absoluto, y Mona tampoco.

-¿Quién está aquí? -dijo, como quien pregunta al llegar a una fiesta.

-Michael.

-¿Dónde?

Mona señaló hacia el espacio dormitorio.

-Busca tus zapatos.

Mona pasó al lado de él, salió de la cocina y se dobló automáticamente para recoger su ropa interior de la alfombra. Sus zapatos estaban junto al sofá.

Prior la siguió y la vio ponerse los zapatos. Aún llevaba la pistola en la mano. Con la otra levantó la cazadora de Michael del respaldo del sofá y se la arrojó a Mona. -Póntela -dijo. Ella obedeció y metió las bragas en uno de los bolsillos.

Prior recogió el desgarrado impermeable blanco, hizo con él una bola y lo metió en un bolsillo de su abrigo.

Michael roncaba. Tal vez no tardaría en despertarse y se pondría a mirar la grabación de la noche anterior. Con el equipo que tenía, la verdad es que no necesitaba compañía alguna.

Ya en el pasillo, vio que Prior cerraba la puerta con una caja gris. La pistola ya no estaba a la vista, y ella no se la había visto guardar. De la caja sobresalía un cable rojo de cuyo extremo colgaba una llave magnética de aspecto normal.

En la calle hacía frío. La llevó hasta la otra esquina y abrió la puerta de un pequeño coche triciclo. Mona subió. Él ocupó el asiento del conductor y se quitó los guantes. Puso el motor en marcha; Mona alcanzó a ver una nube reflejada en la fachada espejada de un edificio de oficinas.

-Pensará que se la he robado -dijo, mirándose la cazadora.

Y entonces el wiz jugó una última carta, en una atropellada cascada de sinapsis neuronales: Cleveland bajo la lluvia y una sensación agradable que había tenido una vez, mientras caminaba.

Plata.

Filamento en estratos

Soy tu audiencia ideal, Hans -cuando la grabación volvió a correr por segunda vez-. ¿Dónde encontrarías un espectador más atento ? Y la has capturado, Hans: lo sé, porque yo sueño sus recuerdos. Veo lo cerca que has llegado.

Sí, los has capturado. El viaje afuera, la construcción de muros, la larga espiral interior. Les iban los muros, ¿no es así? El laberinto de sangre, de familia. El dédalo suspendido en el vacío, diciendo, Somos aquello con, aquello sin es otro, aquí moraremos por siempre. Y la oscuridad estuvo allí desde el principio... La encontraste repetidamente en los ojos de Marie-France, la fijaste en un zoom lento que contrastaba con las ensombrecidas órbitas del cráneo. No tardó en dejar de permitir que su imagen fuese grabada. Trabajaste con lo que tenías. Justificaste su imagen, la hiciste rotar a través de planos de luz, planos de sombra, generaste modelos, cartografiaste su cabeza con líneas de neón. Utilizaste programas especiales para envejecer sus imágenes siguiendo modelos estadísticos, sistemas de animación para darle vida a tu Marie-France ya madura. Redujiste su imagen a un vasto pero finito número de puntos para luego agitarlos, dejar que emergieran nuevas formas y escoger la que pareciera hablar contigo... Y luego pasaste a los demás, a Ashpool y la hija cuyo rostro enmarca tu obra, su imagen primera y final.

Verla por segunda vez le dio solidez a la historia, le permitió encadenar los fragmentos de Becker a lo largo de una línea cronológica que se inició con la boda de Tessier y Ashpool, una unión muy comentada en su día, sobre todo por la prensa empresarial y financiera. Cada cual heredaba un imperio más que modesto: Tessier una fortuna familiar cimentada en nueve patentes básicas de bioquímica, y Ashpool la gran empresa de ingeniería, con sede central en Melbourne, que llevaba el nombre de su padre. Era el matrimonio como fusión empresarial, a ojos de los periodistas, si bien la entidad resultante era considerada por la mayoría como una torpeza, una quimera que unía dos actitudes abismal-mente disímiles.

Pero se podía, en las fotografías de Ashpool, ver cómo el aburrimiento se desvanecía y en su lugar surgía una gran firmeza de propósito. El efecto era descorazonador, casi aterrador: el rostro, duro y hermoso, se hizo más duro aún, inmisericorde en su intensidad.

Al cabo de un año de vida conyugal con Marie-France Tessier, Ashpool se había deshecho del noventa por ciento de las subsidiarias de su empresa y había reinvertido en propiedades orbitales e instalaciones para la navegación espacial mientras el fruto

de aquella unión, dos hijos, chico y chica, eran educados por sustitutos en la villa que la madre poseía en Biarritz.

Los Tessier-Ashpool ascendieron al elevado archipiélago orbital para hallar la eclíptica difusamente demarcada por estaciones militares y las primeras fábricas automatizadas de los carteles. Y allí empezaron a construir. Al principio, la suma de sus fortunas habría igualado a duras penas el desembolso que la Ono-Sendai habría efectuado para un solo módulo de procesos de la operación orbital de semiconductores de dicha multinacional, pero Marie-France demostró un inesperado olfato para los negocios al establecer un banco de datos altamente rentable al servicio de las necesidades de sectores de baja reputación de la comunidad bancaria internacional. Esto a su vez generó vínculos con los propios bancos, y con sus clientes. Ashpool se comprometió con grandes préstamos, y el muro de hormigón lunar que habría de ser Freeside creció y se curvó, enclaustrando a sus creadores.

Cuando estalló la guerra, los Tessier-Ashpool estaban detrás de aquel muro. Vieron el destello y la muerte de Bonn y de Belgrado. La construcción del huso siguió adelante salvo pequeñas interrupciones durante aquellas tres semanas; más adelante, en el transcurso de la confusa y caótica década que siguió, la continuación de las obras resultaría a veces más difícil.

Los niños, Jean y Jane, estaban ahora con ellos, pues la villa de Biarritz había sido destinada a financiar la construcción de unas instalaciones de almacenamiento criogénico para su hogar, Villa Straylight. Los primeros ocupantes de la bóveda fueron diez pares de embriones clónicos, 2Jean y 2Jane, 3Jean y 3Jane... Numerosas leyes prohibían o regulaban la replicación artificial del material genético de las personas, pero también abundaban los vacíos legales...

Detuvo la proyección y le pidió a la casa que volviese a la secuencia anterior. Fotografías de otra unidad de almacenamiento criogénico construida por los fabricantes suizos de la bóveda Tessier-Ashpool. La sospecha de Becker sobre la similitud era correcta, supo Angie: aquellas puertas circulares de vidrio negro con bordes cromados eran imágenes importantes del recuerdo de la otra, potentes y totémicas.

Las imágenes volvieron a sucederse: la construcción en gravedad cero de las estructuras de la superficie interna del huso, la instalación de un sistema de energía solar Lado-Acheson, el establecimiento de atmósfera y gravedad rotacionales... Becker sé había visto abrumado por la abundancia de documentación. Su reacción consistió en un salvaje y atropellado montaje que daba al traste con el superficial lirismo del material original, aislando los rostros tensos y exhaustos de trabajadores que, como abejas en una colmena, maniobraban entre la agitación de la maquinaria. Freeside había florecido en un acelerado aleteo de amaneceres grabados y

crepúsculos sintéticos; una tierra lujuriosa y hermética enjoyada con estanques turquesa. Con ocasión de las ceremonias de inauguración los Tessier-Ashpool emergieron de Straylight, su complejo escondido en la punta del huso, y con marcada indiferencia contemplaron el país que habían construido. Aquí Becker redujo el ritmo para entablar otra vez su obsesivo análisis. Ésta era la última vez que Marie-France miraba a una cámara; Becker exploró los planos de ese rostro a lo largo de una prolongada y tortuosa fuga, presentando el movimiento de las imágenes en exquisito contrapunto con la sinuosa línea de acoplamiento acústico que subía y bajaba entre los cambiantes niveles de estática de la banda sonora.

Angie pidió pausa de nuevo, se levantó de la cama para acercarse a la ventana. Sentía una exaltación, una sensación inesperada de fuerza y unidad interior. Se había sentido así siete años atrás, en Nueva Jersey, cuando supo que otros además de ella conocían a los que acudían a sus sueños, y los llamaban los loa, Jinetes Divinos, los nombraban y los invocaban y negociaban sus favores. Incluso entonces había confusión. Bobby sostenía que Linglessou, el que cabalgaba a Beauvoir en el oumphor, y el Linglessou de la matriz eran entidades separadas, si es que el primero era una entidad. «Lo han estado haciendo desde hace diez mil años», solía decir, «bailando y volviéndose locos, pero hace sólo siete u ocho años que esas cosas andan por el ciberespacio.» Bobby creía en lo que decían los viejos vaqueros, a quienes él brindara tragos en el Gentleman Loser cuando la carrera de Angie lo llevó al Sprawl. Ellos sostenían que la aparición de los loa era cosa reciente. Los viejos vaqueros añoraban aquellos tiempos en que el coraje y el talento eran los únicos factores decisivos en la carrera de un artista de la consola, aunque Beauvoir habría replicado que lo mismo se necesitaba para tratar con los loa.

-Pero ellos vienen a mí -insistía Angie-. Yo no necesito una consola.

-Es por lo que llevas en la cabeza. Lo que hizo tu papi...

Bobby le había hablado del consenso general entre los viejos vaqueros en cuanto a que hubo un día en que las cosas cambiaron, si bien había diferencias en cuanto al cómo y el cuándo. Cuando Eso Cambió, decían para referirse al acontecimiento, y Bobby había llevado a una Angie disfrazada al Loser para que los escuchara, escoltada por ansiosos guardias de la Red a quienes se les negó la entrada. La no admisión de los guardias la había impresionado más que las conversaciones que había escuchado. El Gentleman Loser era un bar para vaqueros desde la guerra que alumbró la nueva tecnología, y no había en todo el Sprawl un ambiente criminal más exclusivo, si bien en la época de la visita de Angie dicha exclusividad incorporaba desde hacía tiempo el supuesto de la retirada por parte de los clientes más tradicionales. Ya los principiantes aventajados no iban a buscarse la vida al Loser, pero algunos de ellos iban para escuchar.

Ahora, en el dormitorio de la casa de Malibú, Angie los recordaba contando sus historias de Cuando Eso Cambió, consciente de que parte de ella estaba intentando hacer encajar esos recuerdos, esas historias, con su propia historia y la de los Tessier-Ashpool.

3Jane era el filamento, los Tessier-Ashpool los estratos, su fecha de nacimiento aparecía oficialmente registrada como la misma de sus diecinueve hermanos clónicos. La «interrogante» de Becker se hizo aún más acuciante

cuando 3Jane fue traída al mundo en otro vientre alquilado, extraída, cesárea mediante, en la unidad de cirugía de Straylight. Los críticos estuvieron de acuerdo: 3Jane era el detonador de la obra de Becker. Con el nacimiento de 3Jane el centro de atención del documental sufrió un sutil cambio de dirección: ahora exhibía una nueva intensidad, una mayor obsesión, un sentido, como diría más de un crítico, de pecado.

3Jane pasó a ser el centro, una costura de oro perverso que corría a través del granito familiar. No, pensó Angie, plateada, pálida e iluminada por la luna. Durante el examen de una foto de 3Jane y dos hermanas tomada por un turista chino junto a la piscina de un hotel de Freeside, Becker vuelve repetidas veces a los ojos de 3Jane, a las cavidades de sus clavículas, la fragilidad de sus muñecas. Físicamente las hermanas son idénticas y, sin embargo, algo informa a 3Jane, y la indagación de Becker sobre la naturaleza de esta información se convierte en la piedra de toque de la obra.

Freeside prospera a medida que el archipiélago va expandiéndose. Nexo bancario, burdel, refugio de datos, territorio neutro para corporaciones en pie de guerra, el huso pasa a desempeñar un papel cada vez más complejo en la historia de la órbita alta al tiempo que Tessier-Ashpool S.A. se esconde tras un nuevo muro, esta vez compuesto por empresas subsidiarias. El nombre de Marie-France sale fugazmente a la superficie, relacionado con un litigio que se ventila en Ginebra por una patente hecha sobre ciertos avances en el ámbito de la inteligencia artificial, y por primera vez se revelan las enormes inversiones que los Tessier-Ashpool han realizado en este campo de investigación. Una vez más la familia demuestra su extraordinaria capacidad para eclipsarse y entrar en una nueva fase de oscuridad, un período que habría de terminar con la muerte de Marie-France.

Corrieron insistentes rumores de asesinato, pero todo intento de indagación estaba destinado a estrellarse contra la fortuna y el aislamiento de la familia, con la peculiar envergadura y complejidad de sus contactos políticos y financieros.

Y Angie, después de proyectar la obra de Becker por segunda vez, reconoció la identidad del asesino de Marie-France Tessier.

Amanecía; preparó café en la cocina a oscuras y se sentó a mirar la pálida línea de la orilla del mar.

-Plan de Rodaje.

-Hola, Angie.

-¿Sabes cómo dar con Hans Becker?

-Tengo el número de su agente en París.

-¿Ha hecho algo nuevo desde Antártida?

-No que yo sepa.

-¿Hace cuánto que lo hizo?

-Cinco años.

-Gracias.

-De nada, Angie.

-Adiós.

-Adiós, Angie.

¿Sería que Hans Becker suponía que 3Jane era la responsable de la muerte de Ashpool? Parecía sugerirlo, si bien oblicuamente.

-Plan de Rodaje.

-Hola, Angie.

-Es sobre los cuentos de los vaqueros de consola, Plan de Rodaje. ¿Qué sabes de eso? -Y ¿qué estará haciendo Swift con todo esto?, se preguntó.

-¿Qué quieres saber, Angie?

-«Cuando Eso Cambió»...

-El mito suele presentarse en una de dos formas. Una presupone que la matriz del ciberespacio está habitada, o quizá es visitada, por entidades cuyas características corresponden con el mito primario de un «pueblo oculto». La otra incorpora hipótesis de omnisciencia, omnipotencia e incomprensibilidad por parte de la propia matriz.

-¿Que la matriz es Dios?

-Por decirlo de algún modo, aunque sería más exacto, en términos del mito, decir que la matriz tiene un Dios, dado que se supone que la ominisciencia y la omnipotencia de dicho ser están limitadas a la matriz.

-Si tiene límites, entonces no es omnipotente.

-Exacto. Debes saber que el mito no otorga al ser el don de la inmortalidad, tal como sucede de ordinario en el caso de sistemas de creencias que postulan la existencia de un ser supremo, al menos en el caso de tu cultura. El ciberespacio existe, si se puede decir que existe, por obra de la intervención humana.

-Como tú.

-Sí.

Angie dio unos pasos por la sala, donde las sillas Luis XVI eran esqueletos a la luz gris, y las patas talladas parecían huesos manchados de sangre.

-De existir un ser así -insistió-, tú serías parte de él, ¿no? -Sí.

-¿Lo sabrías?

-No necesariamente.

-¿Lo sabes?

-No.

-¿Excluyes la posibilidad?

-No.

-¿Te parece una conversación extraña, Plan de Rodaje? -Las lágrimas le habían mojado las mejillas, aunque no las había sentido brotar.

-No.

-¿Y qué me dices de esos cuentos sobre...? -vaciló, pues casi iba a decir los loa-, ¿sobre las cosas que hay en la matriz? ¿Cómo encajan con la idea de un ser supremo?

-No encajan. Ambas son variantes del Cuando Eso Cambió. Ambas son de origen muy reciente.

-¿Cuán reciente?

-Aproximadamente quince años.

Asalto a la ciudad

Despertó con la fría mano de Sally apretándole la boca; la otra mano le pedía silencio.

Las lamparitas estaban encendidas, las que estaban empotradas en el espejo de marco dorado. Uno de sus bolsos estaba abierto y descansaba encima de la cama gigantesca; a su lado se alzaba una pequeña y ordenada pila de ropa.

Sally se llevó el dedo índice a sus labios cerrados y luego hizo otro gesto apuntando hacia la maleta y la pila de ropa.

Kumiko se deslizó fuera del edredón de plumas y se puso un jersey para protegerse del frío. Miró de nuevo a Sally y pensó en hablar pero se abstuvo; fuera lo que fuese aquello, pensó, una sola palabra podría provocar la aparición de Petal. Sally estaba vestida como la última vez que la había visto Kumiko, con la chaqueta de lana recortada y la bufanda de tartán anudada debajo del mentón. Repitió el gesto: empaca.

Kumiko se vistió de prisa y luego empezó a meter su ropa en la maleta. Sally caminaba inquieta y silenciosa por la habitación, abriendo cajones, cerrándolos. Encontró el pasaporte de Kumiko, una lámina de plástico negro repujada con un crisantemo de oro, y se la colgó a Kumiko del cuello por el cordón de nailon negro. Desapareció al entrar en el cubículo de madera barnizada y salió con el bolso de ante que contenía los artículos de baño de Kumiko.

Cuando Kumiko cerraba la maleta el teléfono de hueso y marfil se puso a sonar.

Sally no le hizo caso, levantó la maleta de la cama, abrió la puerta, tomó a Kumiko de la mano y la sacó al corredor sumido en sombras. Le soltó la mano y cerró la puerta de la habitación. El timbre del teléfono quedó ahogado y ellas se vieron envueltas en una oscuridad total. Kumiko se dejó guiar al ascensor, que reconoció por el olor a aceite y cera para muebles, por el traqueteo de la puerta de metal.

Y empezaron a bajar.

Petal las esperaba en el blanco y esplendoroso vestíbulo, envuelto en una enorme bata de franela desteñida. Llevaba las decrépitas zapatillas; sus piernas, lo que se veía de ellas debajo del ruedo de la bata, eran sumamente blancas. En la mano sostenía una pistola, un objeto rechoncho, opaco y negro. -¿Se puede saber qué demonios pasa aquí? -dijo en voz baja al verlas aparecer.

-Ella viene conmigo -dijo Sally.

-Eso -dijo Petal hablando despacio- es imposible.

-Kumi -dijo Sally, que empujaba a la chica por la espalda, guiándola para salir del ascensor-, afuera hay un coche esperando.

-No puedes hacer esto -dijo Petal, pero Kumiko se percató de su confusión, de su

incertidumbre.

-Pues entonces dispara, Petal.

Petal bajó la pistola. -Será Swain el que me disparará si os dejo marchar.

-Si él estuviese aquí se encontraría en el mismo atolladero, ¿no es así?

-Por favor -dijo Petal-, no lo hagáis.

-Ella estará bien. No hay por qué preocuparse. Abre la puerta.

-Sally -dijo Kumiko-, ¿adónde vamos?

-Al Sprawl.

Y volvió a despertar, aovillada bajo la chaqueta lanuda de Sally, con la suave vibración del vuelo supersónico. Recordó el automóvil bajo y descomunal que las esperaba en la plaza; la luz de los reflectores que saltaba desde las fachadas de las casas de Swain cuando ella y Sally llegaban a la calle; el rostro sudoroso de Tick brillando tras una de las ventanillas del coche; Sally abriendo una puerta y haciéndola entrar; Tick maldiciendo en voz baja y sin parar mientras el coche ganaba velocidad; la queja de las ruedas cuando las hizo girar forzadamente hacia Kensington Park Road; Sally diciéndole que redujera la velocidad, que dejara que el coche se encargara de la conducción.

Y allí, en el coche, recordó haber puesto la unidad Maas-Neotek de nuevo en su escondite detrás del busto de mármol; Colin, abandonado con todas sus poses de cazador de zorros, con los codos de la chaqueta gastados como las zapatillas de Petal, era sólo lo que era: un fantasma.

-Cuarenta minutos -dijo Sally desde el asiento contiguo-. Es bueno que hayas dormido. No tardarán en traernos el desayuno. ¿Recuerdas el nombre en tu pasaporte? Bien. Ahora no me preguntes nada hasta que me haya tomado un café, ¿de acuerdo?

Kumiko conocía el Sprawl por los miles de estims que había visto; la fascinación por las vastas concentraciones urbanas era un rasgo común de la cultura popular japonesa. Tenía algunas ideas preconcebidas de Inglaterra cuando llegó a aquel país: vagas imágenes de algunas estructuras famosas, impresiones borrosas de una sociedad que la suya parecía considerar pintoresca y estancada. (En los cuentos de su madre, la princesa bailarina descubría que los ingleses, por mucho que la admirasen, no tenían con qué pagarle para que bailara.) Hasta el momento, Londres había contradicho sus expectativas con esa energía, esa evidente solvencia, ese alboroto Ginza en sus grandes calles comerciales.

Del Sprawl tenía muchas ideas preconcebidas, la mayoría de las cuales se desmoronaron a las pocas horas de su llegada.

Pero mientras esperaba junto a Sally en una cola formada por otros pasajeros, en un vasto y cavernoso vestíbulo de columnas que se alzaban hasta perderse en la

oscuridad, una oscuridad interrumpida a intervalos por pálidos globos de luz que, pese a que estaban en invierno, se veían circundados por nubes de insectos, como si el edificio poseyese su clima propio y singular, reconoció el Sprawl que había imaginado por los estims, el telón de fondo, eléctrico y sensual, para las vidas aceleradas de Angela Mitchell y Robin Lanier.

Pasaron la aduana -que consistía, pese a la interminable espera en la cola, en introducir y deslizar el pasaporte por una ranura metálica de aspecto grasiento-y salieron a otro vestíbulo de suelo de hormigón donde carritos portaequipajes sin nadie que los condujese avanzaban lentamente en medio de una multitud que se arremolinaba y forcejeaba para conseguir transporte terrestre.

Alguien agarró su maleta. Se inclinó y se la quitó de la mano con una holgura, una confianza, que sugería que era ésa su misión, que se trataba de un funcionario que ejecutaba una tarea rutinaria, como la reverencia de bienvenida de las jóvenes dependientas a las puertas de las tiendas de Tokio. Y Sally le dio un puntapié. Lo pateó en el lado de atrás de la rodilla, girando sobre los talones como las boxeadoras tailandesas de las imágenes que viera en la sala de billar de Swain, arrebatándole el bolso antes de que la nuca del hombre y el hormigón manchado se encontraran con un crujido claramente audible.

Y luego Sally tiraba de ella y la hacía avanzar a través de una muchedumbre que se había cerrado en torno a la figura abatida, y aquella violencia súbita y espontánea habría podido parecerle un sueño a no ser porque Sally sonreía por primera vez desde que habían salido de Londres.

Sintiéndose ahora completamente dislocada, Kimuko vio cómo Sally procedía a una inspección de los vehículos disponibles, sobornaba rápidamente a un despachador uniformado, intimidaba a tres probables pasajeros y empujaba a Kumiko al interior de un aerodeslizador de carrocería picada y laterales reforzados, pintado de rayas diagonales amarillas y negras. El compartimiento de los pasajeros estaba provisto con el mínimo equipamiento y era de aspecto notoriamente incómodo. El conductor, si es que había uno, era invisible y se suponía al otro lado de un maltratado tabique de plástico blindado. La lente de una videocámara sobresalía donde el tabique se encontraba con el techo, y alguien había dibujado una figura obscena justo allí, un torso masculino cuyo falo era la cámara. En cuanto Sally entró, cerrando de un portazo, un altavoz carraspeó algo en lo que Kumiko supuso debía de ser un dialecto del inglés.

-Manhattan -dijo Sally. Sacó un fajo de billetes del bolsillo de la chaqueta y lo agitó bajo la cámara.

El altavoz emitió ruidos interrogativos.

-Al centro. Ya le diré dónde cuando lleguemos.

El colchón de aire del taxi se infló, se apagó la luz del compartimiento de

pasajeros, y se pusieron en marcha.

Tiempo de cárcel

Se hallaba en la pieza de Gentry. Veía a Cherry administrar cuidados de enfermería a Gentry. Cherry le dirigió una mirada desde su asiento en el borde de la cama de Gentry. -¿Cómo te sientes, Slick?

-Bien..., estoy bien.

-¿Recuerdas que te lo haya preguntado antes?

Estaba mirando la cara del hombre al que Kid Afrika llamaba el Conde. Cherry manipulaba algo en la superestructura de la camilla, una bolsa de un líquido de color de avena.

-¿Cómo te sientes, Slick?

-Me siento bien.

-No estás bien. Estás siempre ol...

Estaba sentado en el suelo de la pieza de Gentry. Tenía la cara mojada. Cherry estaba arrodillada a su lado, le había apoyado las manos en los hombros.

-¿Has estado en la cárcel?

Asintió con la cabeza.

-¿En la unidad quimiopenal?

-Sí.

-¿Inducían el Korsakov?

-El...

-¿Episodios? -le preguntó Cherry. Estaba sentado en el suelo de la pieza de Gentry. ¿Dónde estaba Gentry?-. ¿Sufres episodios así? ¿Pierdes la memoria inmediata?

¿Cómo sabía? ¿Dónde estaba Gentry?

-¿Cuál es el detonante?

-¿Qué es lo que provoca el síndrome, Slick? ¿Qué es lo que te hace volver al tiempo de la cárcel? -Estaba sentado en el suelo de la pieza de Gentry y Cherry se había puesto prácticamente encima de él.

-El estrés -dijo Slick, preguntándose cómo era que ella sabía de aquello-. ¿Dónde está Gentry?

-Lo he puesto en cama.

-¿Por qué?

-Se desmayó. Cuando vio esa cosa...

-¿Qué cosa?

Cherry le apretaba un dermo rosado en la piel de la muñeca. -Es un calmante fuerte -le dijo-. Tal vez te lo quite...

-¿Me quite qué?

Cherry suspiró.

Despertó en la cama junto a Cherry Chesterfield. Tenía toda la ropa puesta, toda salvo la chaqueta y las botas. La punta de su pene erecto estaba atrapada bajo la hebilla de su cinturón, haciendo presión contra la cálida tela de vaquero que cubría el culo de Cherry.

-No te hagas ideas.

Por los remiendos de la ventana entraba una luz de invierno, y de su boca salió blanco el aliento cuando habló. ¿Qué había pasado? ¿Por qué hacía tanto frío en la habitación? Recordó el grito de Gentry cuando la cosa se le vino encima...

Se incorporó con un movimiento rápido.

-Calma -dijo Cherry, poniéndose boca abajo-. Acuéstate. No sabemos qué puede hacer que te vuelva a dar...

-¿Qué quieres decir?

-Acuéstate. Métete debajo de las mantas. ¿Te quieres congelar?

Slick obedeció. Ella volvió a girar, esta vez hacia él. -Has estado en la cárcel, ¿no es así? En una unidad quimiopenal.

-Sí. ¿Cómo lo sabes?

-Tú me lo dijiste. Anoche. Me dijiste que el estrés podía provocar una recaída. Y eso es lo que ha pasado. Esa cosa se te fue encima, colega, tú saltaste hacia el conmutador, cerraste la tapa de la mesa. Él cayó encima, se hizo un corte en la cabeza. Yo me estaba ocupando de eso cuando noté que te habías puesto raro. Descubrí que tenías memoria consecutiva durante no más de cinco minutos seguidos. Eso pasa en casos de shock, a veces, o de conmoción por golpe...

-¿Dónde está él? Gentry.

-Está acostado, en su cuarto, atiborrado de somníferos. Había que ver cómo estaba; supuse que un día de sueño le vendría bien. En cualquier caso, eso nos lo quita de encima un rato.

Slick cerró los ojos y volvió a ver la cosa gris, la cosa que había perseguido a Gentry. Forma de hombre, algo así, o de mono. Nada que ver con las formas curvas e intrincadas que el equipo de Gentry generaba en su búsqueda de la Forma.

-Creo que no hay corriente -dijo Cherry-. Hace como seis horas que se ha ido la

luz.

Slick abrió los ojos. El frío. Gentry no había dado los pasos que había que dar en la consola. Soltó un gruñido.

Dejó a Cherry preparando café en la cocinilla de butano y fue a buscar a Pajarito. Lo encontró guiándose por el olor a humo. Pajarito había encendido un fuego en un barril de acero y se había echado a dormir al lado, como un perro. -Eh -le dijo al muchacho, azuzándolo con la bota-, levántate. Tenemos problemas.

-La puta luz se ha ido -balbuceó, incorporándose dentro de un grasiento saco de dormir que había adquirido exactamente el mismo color del suelo de la Fábrica. -Ya lo he visto. Ése es el problema número uno. El número dos es que necesitamos un camión, un deslizador o lo que sea. Tenemos que sacar a ese tipo de aquí. No le está haciendo bien a Gentry.

-Pero Gentry es el único que sabe arreglar lo de la luz... -Pajarito se puso de pie, temblando de frío. -Gentry está durmiendo. ¿Quién tiene un camión? -Marvie y los otros -dijo Pajarito, y le dio un ataque de tos convulsiva.

-Llévate la moto de Gentry. Tráela de vuelta en el camión. Ahora.

Pajarito se recuperó de la crisis de tos. -¿Lo dices en serio?

-Sabes llevarla, ¿no? -Sí, pero, ¿y Gentry?, se va a...

-Deja que yo me encargue de eso. ¿Sabes dónde guarda la llave de repuesto?

-Mmm, sí -dijo Pajarito, acobardado-. Dime -se aventuró a agregar-, ¿qué pasa si Marvie y los otros no quieren prestarme ese camión?

-Dales esto -dijo Slick, sacándose del bolsillo de la chaqueta el sobre plástico lleno de drogas. Cherry lo había recuperado después de haberle vendado la cabeza a Gentry-. Y dales todo, ¿me oyes? Porque yo les preguntaré después.

El bíper de Cherry se puso a sonar mientras tomaban café en la habitación de Slick, acurrucados el uno junto al otro en el borde de la cama. Él le había estado explicando todo cuanto sabía sobre el síndrome de Korsakov, porque ella se lo había pedido. En realidad nunca antes se lo había explicado a nadie, y le llamó la atención descubrir lo poco que en verdad sabía. Le contó las recaídas anteriores, y luego trató de explicarle cómo funcionaba el sistema en la cárcel. El truco estaba en que uno retenía la memoria lejana hasta el momento en que te daban esa cosa. Así, podían entrenarte a hacer cualquier cosa antes de empezar a cumplir la condena, y uno no se olvidaba de cómo hacerlo. La mayor parte del tiempo se hacían tareas que podían hacer los robots. A él lo habían entrenado para ensamblar trenes mecánicos en miniatura; cuando hubo aprendido a ensamblar uno en cinco minutos, lo dejaron.

-¿Y no os hacían nada más?

-Sólo esos trenes.

-No, quiero decir si os hacían bloqueos cerebrales.

Slick la miró. La llaga que tenía en el labio casi había desaparecido. -Si lo hacen, no te lo dicen -respondió.

Entonces volvió a sonar el bíper en uno de los bolsillos de Cherry.

-Algo anda mal -dijo Cherry levantándose apresuradamente.

Encontraron a Gentry arrodillado junto a la camilla con algo negro en las manos. Cherry le arrebató el objeto sin darle tiempo a reaccionar. Gentry se quedó donde estaba, mirándola y parpadeando.

-Cuesta un montón mantenerlo a usted dormido, señor. -Le dio a Slick la cosa negra, una cámara retiniana. -Tenemos que averiguar quién es éste -dijo Gentry. Tenía la voz espesa por los somníferos que ella le había administrado, pero Slick advirtió que la locura mala se le había pasado.

-Qué diablos -dijo Cherry-, ni siquiera sabes si tiene los mismos ojos que tenía hace un año.

Gentry se tocó la venda que le cubría las sienes. -Tú también lo viste, ¿verdad?

-Sí -dijo Cherry-, él lo apagó.

-Fue la conmoción -dijo Gentry-. No me lo imaginé ni me lo esperaba... En realidad no había peligro. Yo no estaba preparado...

-Te habías vuelto completamente loco -replicó Cherry.

Gentry se puso de pie con movimientos vacilantes.

-Éste se marcha -dijo Slick-. He mandado a Pajarito a buscar un camión prestado. No quiero aquí esta mierda.

Cherry lo miró con asombro. -¿Marcharse? ¿Adónde? Yo tengo que ir con él. Es mi trabajo.

-Sé de un lugar -mintió Slick-. No hay corriente, Gentry.

-No lo puedes llevar a ninguna parte -dijo Gentry.

-Lo llevaré volando.

-No. -Gentry se tambaleó.- Se queda. Los disruptores están en su lugar. No volveré a molestarlo. Cherry se puede quedar también.

-Vas a tener que explicarme un par de cosas, Gentry -dijo Slick.

-Para empezar -dijo Gentry, y apuntó hacia la cosa que el Conde llevaba en la cabeza-, eso no es un LF; es un aleph.

Bajo el cuchillo

De nuevo en el hotel, hundiéndose en la marcha fúnebre del bajón de wiz, Prior la introduce en el vestíbulo; ya los turistas japoneses se han levantado y se arremolinan en torno a guías con caras de aburrimiento. Y un pie, un pie, un pie después de otro, la cabeza le pesa tanto, como si alguien le hubiese abierto un agujero en lo alto y vertido un cuarto kilo de plomo puro, y siente como si los dientes perteneciesen a otra persona, demasiado grandes; tropezó contra un lado del ascensor cuando la gravedad agregada presionó hacia abajo.

-¿Dónde está Eddy?

-Eddy se ha ido, Mona.

Aquello la hizo abrir los ojos y mirarlo, viendo que la sonrisa había regresado, el muy cabrón. -¿Qué?

-Eddy ha sido comprado. Compensado. Ahora está volando a Macao equipado con una línea de crédito. Una bonita temporada de juegos de azar con gastos pagados.

-¿Compensado?

-Por su inversión. En ti. Por su tiempo.

-¿Su tiempo? -Las puertas se abrieron sobre un corredor alfombrado en azul.

Y ahora algo la recorría de arriba abajo, algo frío: Eddy detestaba los juegos de azar.

-Ahora trabajas para nosotros, Mona. Y no nos gustaría que salieses por ahí sola.

Pero os gustó, pensó Mona, me dejasteis marchar. Y sabíais dónde encontrarme. Eddy se ha ido...

No recordaba haberse quedado dormida. Aún llevaba el vestido puesto y la cazadora de Michael sobre los hombros como una manta. Podía ver, sin mover la cabeza, la esquina del edificio de la ladera, pero el carnero no estaba.

Los estims de Angie seguían envueltos en plástico. Tomó uno al azar, desgarró el envoltorio con la uña del pulgar, introdujo el casete en la ranura y se puso los trodos. No estaba pensando; sus manos parecían saber qué hacer, eran animales amistosos que no le harían daño. Una de ellas pulsó play y Mona se deslizó al interior del mundo de Angie, puro como cualquier droga, un saxo lento y un paseo en limusina por alguna ciudad europea, calles que giraban a su alrededor, alrededor del automóvil sin conductor, amplias avenidas, limpias porque amanecía y casi vacías, el tacto de la prenda de piel sobre los hombros, y siguió circulando, ahora por una carretera recta que atravesaba campos llanos, bordeada de árboles idénticos, perfectos.

Salió de la carretera, las ruedas pisaron gravilla suelta, subió por un camino de curvas que atravesaba un parque donde el rocío era de plata, aquí un ciervo de hierro,

allá un torso de mármol blanco y mojado... La casa era enorme, antigua, distinta de cualquier otra casa que hubiese visto antes, pero el coche siguió de largo y pasó luego junto a varias edificaciones más pequeñas para llegar por fin al borde de un prado ancho y suave.

Había allí varios planeadores amarrados, membranas translúcidas tensadas sobre marcos de policarbono de frágil aspecto. Los artefactos se sacudían discretamente empujados por la brisa de la mañana. Robin Lanier la esperaba junto a ellos, el apuesto Robin con un jersey negro de algodón crudo, el que actuaba con Angie en casi todos sus estims.

Y ella, que ahora bajaba del coche, ponía un pie en tierra, se reía al ver que sus tacones se hundían en la hierba. Y fue hasta Robin con los zapatos en la mano, sonriendo, hundiéndose en sus brazos y en su olor, sus ojos.

Un torbellino, una danza de edición que condensaba el abordaje al planeador sobre el riel plateado de inducción, y desde allí fueron lanzados suavemente a todo lo largo del campo; ahora se elevaban, escorando un poco para atrapar el viento, y arriba, arriba, hasta que la casa grande no fue más que una piedrecita en un ángulo de una franja verde, verde cortado por el resplandor opaco de un río sinuoso...

...y la mano de Prior tocó stop, de la bandeja rodante junto a la cama salió un olor a comida que le apretó el estómago, el dolor sordo del bajón de wiz en cada una de sus articulaciones. -Come -dijo Prior-. Nos marchamos dentro de poco. -Quitó la tapa de metal de una de las bandejas.- Sándwich de bistec -dijo-, café, pasteles. Órdenes del médico. Una vez que estés en la clínica pasarás un tiempo sin comer...

-¿Clínica?

-La de Gerald. En Baltimore.

-¿Por qué?

-Gerald es cirujano plástico. Te va a hacer un trabajo. Todo ello es reversible después, si quieres, pero creemos que te sentirás a gusto con los resultados. Muy a gusto. -La sonrisa.- ¿Nunca te han dicho lo mucho que te pareces a Angie, Mona?

Mona lo miró, no dijo nada. Le costó algún esfuerzo sentarse, tomarse media taza de café aguado. No logró ni siquiera mirar el sándwich, pero comió uno de los pasteles. Sabía a cartón.

Baltimore. No estaba muy segura de dónde quedaba.

Y en algún lugar un planeador quedó suspendido para siempre sobre un campo domesticado y verde, piel de abrigo en los hombros, y Angie debía seguir allí, riendo...

Una hora más tarde, en el vestíbulo, mientras Prior firmaba la cuenta, Mona vio las maletas de piel de cocodrilo clonado que pertenecían a Eddy pasar a bordo de un portaequipajes robot, y fue entonces cuando supo con certeza que Eddy estaba

muerto.

El consultorio de Gerald tenía un rótulo escrito con letras grandes y anticuadas, en el cuarto piso de un bloque de apartamentos situado en lo que Prior decía que era Baltimore. Era el tipo de edificio donde el constructor levantaba la estructura y los inquilinos comerciales traían sus propios módulos empotrables. Como un camping para caravanas pero a lo alto, todo lleno de cables arracimados, fibra óptica, tuberías de aguas negras y aguas blancas. -¿Qué pone ahí? -le preguntó a Prior.

-Gerald Chin, dentista.

-Has dicho que era cirujano plástico.

-Lo es.

-¿Por qué no vamos a una boutique, como todo el mundo?

Prior no respondió.

La verdad es que ahora no sentía gran cosa, y una parte de ella sabía que no estaba tan asustada como debiera. Tal vez eso estaba bien, sin embargo, porque si se asustaba lo suficiente no sería capaz de hacer nada, y lo cierto era que quería salir de aquello lo antes posible, fuera lo que fuese. En el trayecto de ida había descubierto un abultamiento en el bolsillo de la chaqueta de Michael. Necesitó diez minutos para determinar que se trataba de una porra eléctrica, como las que llevaban los trajes nerviosos. Tenía forma de mango de destornillador con un par de pinzas romas de metal en lugar del eje. Probablemente se cargara con corriente alterna de una toma mural; Mona sólo esperaba que Michael la hubiese mantenido cargada. Supuso que Prior no sabía de su existencia. Eran legales en casi todas partes, pues no se suponía que hiciesen graves daños permanentes, pero Lanette conocía a una chica que había sido malherida con una de ésas y que nunca se había recuperado del todo.

Si Prior no sabía que la tenía en el bolsillo, entonces Prior no lo sabía todo, y a él le interesaba que ella pensara que sí lo sabía. Aparte de eso, tampoco sabía lo mucho que Eddy detestaba los juegos de azar.

Tampoco lograba sentir gran cosa por Eddy, salvo porque aún tenía la impresión de que estaba muerto. Al margen de lo mucho que le hubiesen dado, él no habría salido sin aquellas maletas. Incluso en el caso de que se tratase de ir a comprar todo un nuevo vestuario, tendría que vestirse para salir a comprarlo. Eddy se interesaba por la ropa más que por cualquier otra cosa. Y aquellas maletas de piel de cocodrilo le eran especiales: se las había comprado a un ladrón de hotel en Orlando, y de todo cuanto poseía eran lo más aproximado a un hogar. Y, al fin y al cabo, ahora que lo pensaba, Mona no podía imaginárselo aceptando un trato semejante, pues lo que más le importaba en este mundo era formar parte de un negocio de envergadura. Una vez logrado eso, pensaba él, la gente empezaría a tomarlo en serio.

Y por fin alguien lo tomó en serio, pensó Mona mientras Prior cargaba su maleta

hacia el consultorio de Gerald, sólo que no en la forma en que Eddy hubiera querido.

Echó un vistazo al mobiliario plástico de hacía veinte años, las pilas de revistas de estrellas del estim escritas en japonés. Parecía una peluquería de Cleveland. Allí no había nadie, nadie esperaba detrás del mostrador de recepción.

Entonces apareció Gerald por una puerta blanca; llevaba el tipo de traje de telilla sintética arrugada que usan los paramédicos para atender en accidentes de carretera. -Tranca la puerta -le dijo a Prior a través de una mascarilla de papel azul que le ocultaba la nariz, la boca y el mentón-. Hola, Mona. Por aquí, por favor -dijo, señalando hacia la puerta blanca.

La mano de Mona envolvía ahora la porra eléctrica, pero no sabía cómo encenderla.

Siguió a Gerald; Prior la siguió a ella.

-Toma asiento -dijo Gerald. Mona se sentó en una silla de metal esmaltada en blanco. Él se le acercó, le examinó los ojos-. Necesitas descansar, Mona. Estás agotada.

La porra eléctrica tenía en el mango un interruptor de superficie dentada. ¿Habría que presionar? ¿Hacia adelante? ¿Hacia atrás?

Gerald fue hasta una caja blanca con cajones y extrajo algo.

-Vamos a ver -dijo, acercándole un objeto tubular con palabras escritas en un lado-, esto te ayudará... -Mona apenas sintió el brevísimo y mesurado disparo de aerosol; había en el tubo una mancha negra, justo donde sus ojos trataban de hacer foco, una mancha que crecía...

Recordó al viejo enseñándole cómo se mataba a los bagres. El bagre tiene un orificio en el cráneo, la piel lo tapa; se busca algo duro y fino, un alambre, hasta una paja de escoba sirve, basta con introducirlo...

Se acordó de Cleveland, de un día como otro antes de que fuera hora de ponerse a trabajar, sentada en el piso de Lanette, mirando una revista. Encontró una foto en la que Angie se reía en un restaurante acompañada de otros, todos guapos, y detrás de ellos era como si tuviesen un resplandor, no es que fuese de la foto, pero ahí estaba, era algo que se percibía. Mira, le dijo a Lanette, mostrándole la foto, mira el resplandor que tienen. Se llama dinero, le dijo Lanette.

Se llama dinero. Simplemente te lo guardas.

Hilton Swift

Llegó sin anunciarse, como solía hacer, y solo; el helicóptero de la Red se posó como una avispa solitaria y provocó un revuelo de algas trenzadas sobre la arena.

Apoyada en la baranda corroída por el aire marino Angie lo vio saltar; era un tanto juvenil, casi torpe en esa ansiedad aparente. Llevaba una larga gabardina de paño marrón que, desabotonada, revelaba el inmaculado pecho de una de sus camisas a rayas estilo envoltorio de caramelo; la hélice le agitaba el pelo claro y hacía revolotear su corbata Senso/Red. Robin tenía razón, decidió: su aspecto hacía pensar que era su madre quien lo vestía.

Quizás era deliberado, pensó, a medida que él avanzaba por la playa a grandes zancadas, tal vez fuera una ingenuidad fingida. Recordó que en una ocasión Porphyre había sostenido que las grandes corporaciones eran en todo independientes de los seres humanos que componían el cuerpo empresarial. A Angie aquello le había parecido de una obviedad patente, pero el peluquero insistió en que ella no captaba la esencia de dicha premisa. Swift era el tomador de decisiones humano más importante de la Senso/Red.

Pensar en Porphyre la hizo sonreír, y Swift, pensando que se trataba de un saludo de bienvenida, le devolvió una luminosa sonrisa.

La invitó a ir a comer en San Francisco; el helicóptero era extremadamente veloz. Ella lo hizo desistir, insistiendo en que le prepararía un cuenco de sopa suiza liofilizada acompañado por un pan de centeno fermentado que pasaría por el microondas.

Mientras lo veía comer, Angie se hacía preguntas acerca de su sexualidad. Ya bien entrado en la treintena, de algún modo daba la impresión de ser un adolescente extraordinariamente brillante en el que el inicio de la pubertad se había dado con un discreto retraso. Los rumores, en una u otra ocasión, le habían endilgado todas las tendencias sexuales conocidas y otras que, ajuicio de Angie, eran absolutamente imaginarias. Ninguna de ellas le parecía probable. Lo conocía desde su llegada a la Senso/Red; ya él estaba sólidamente establecido en los escalones superiores de la división de producción cuando ella entró; era uno de los importantes en el equipo de Tally Isham, y Angie despertó en él un interés profesional inmediato. En retrospectiva, Angie daba por sentado que Legba la había llevado a su encuentro: era tan evidente su carrera de ascenso, aunque tal vez ella no lo advirtiera en su momento, ofuscada como estaba por el resplandor y el movimiento constante de aquellos escenarios.

Bobby lo encontró instantáneamente desagradable, movido por la innata

hostilidad a la autoridad que podía sentir un chico de Barrytown, pero por lo general se las había arreglado para ocultar su disgusto por el bien de la carrera de Angie. La antipatía era recíproca, y Swift se felicitó de la separación y posterior marcha de Bobby con evidente alivio.

-Hilton -dijo Angie mientras le servía una taza del té de hierbas que él le había pedido en lugar de café-, ¿qué es lo que retiene a Robin en Londres?

Él la miró desde el otro lado de la taza humeante. -Algo personal, creo. Tal vez haya hecho una nueva amistad. -Para Hilton, Bobby siempre había sido el amigo de Angie. Las amistades de Robin solían ser jóvenes, masculinas y atléticas; las silenciosas escenas eróticas con Robin que aparecían en los estims eran siempre ensambladas a partir de material de archivo proporcionado por Plan de Rodaje y minuciosamente manipulado por Raebel y su equipo de efectos especiales. Angie recordaba la noche que habían pasado juntos en una casa sacudida por el viento al sur de Madagascar, su pasividad y paciencia. Nunca lo volvieron a intentar, y Angie sospechaba que él temía que aquellas intimidades pudiesen deteriorar la ilusión que sus estims proyectaban con tanta perfección.

-¿Qué le pareció que yo fuera a la clínica, Hilton? ¿Te !o ha dicho?

-Creo que te admiró por eso.

-Hace poco alguien me dijo que él le ha estado diciendo a la gente que yo estoy loca.

Hilton se recogió las mangas de la camisa y se aflojó la corbata. -No me puedo imaginar a Robin pensando eso, y mucho menos diciéndolo. Sé lo que él piensa de ti. Ya sabes cómo es el cotilleo, aquí en la Red...

-Hilton, ¿dónde está Bobby?

Los ojos marrones de Hilton no se movieron. -¿No había terminado eso, Angie?

-Hilton, tú lo sabes. Tienes que saberlo. Tú sabes dónde está. Dímelo.

-Lo hemos perdido.

-¿Perdido?

-Lo perdió Seguridad. Tienes razón, desde luego; lo seguimos lo más de cerca posible después que él te dejó. Pero volvió a su medio. -Había un dejo de satisfacción en su voz.

-¿Y cuál era ese medio?

-Yo nunca pregunté qué fue lo que os llevó a estar juntos -dijo Hilton-. Seguridad os investigó a los dos, naturalmente. Él era un delincuente barato.

Angie se echó a reír. -Ni siquiera era eso...

-Estabas extraordinariamente bien representada, Angie, para ser una desconocida. Tú sabes que tus agentes impusieron como condición indispensable de tu contrato el que Bobby Newmark apareciese incluido también. -En contratos se han visto condiciones más raras que ésa, Hilton.

-Y él entró en nómina en calidad de... tu compañero. -Mi «amigo».

¿Estaría Swift ruborizándose de verdad? Apartó la mirada, se miró las manos. -Después de dejarte se marchó a México, a Ciudad de México. Seguridad le seguía la pista, como es natural; no nos gusta perderle el rastro a alguien que sepa tanto de la vida personal de una de nuestras estrellas. Ciudad de México es un lugar... muy complicado... Sabemos que estaba intentando volver a su... oficio anterior.

-¿Pirateando en el ciberespacio?

Hilton volvió a mirarla a los ojos. -Estaba frecuentando a gente del ramo, delincuentes conocidos. -¿Y? Sigue.

-Y... se borró. Desapareció. ¿Tienes idea de lo que es Ciudad de México, una vez que te deslizas bajo la línea de pobreza?

-¿Y él era pobre?

-En realidad, se había hecho adicto. Según nuestras mejores fuentes. -¿Adicto? ¿Adicto a qué? -No lo sé. -¡Plan de Rodaje! Hilton casi derrama el té. -Hola, Angie.

-Se trata de Bobby, Plan de Rodaje. Bobby Newmark, mi amigo -mientras miraba a Swift con rabia-. Se fue a Ciudad de México. Hilton dice que se hizo adicto a algo. ¿Alguna droga, Plan de Rodaje?

-Lo lamento, Angie. Eso es información confidencial. -Hilton...

-Plan de Rodaje -dijo Hilton y tosió.

-Hola, Hilton.

-Prioridad ejecutiva, Plan de Rodaje. ¿Tenemos esa información?

-Las fuentes de Seguridad han calificado la adicción de Newmark de neuroelectrónica.

-No entiendo.

-Es como, hummm, esa historia de los «cabezas cableadas», los «cableados» -intentó explicar Swift.

Angie se sintió impulsada a decirle cómo había encontrado la droga, el cargador.

Calla, niña. La cabeza se le había llenado con un zumbido de abejas, una presión que aumentaba.

-Angie, ¿qué te pasa? -Ya Hilton se levantaba del asiento para acercarse a ella.

-Nada. Estoy... confundida. Perdona. Son los nervios. No es culpa tuya. Te iba a decir que encontré la consola ciberespacial de Bobby. Pero tú ya estás enterado de eso, ¿no?

-¿Te traigo algo? ¿Agua?

-No, gracias, pero me voy a acostar un rato, si no te importa. Quédate, por favor. Tengo algunas ideas de secuencias orbitales para las que quisiera tu consejo...

-Por supuesto. Duerme un poco, yo iré a caminar por la playa, hablaremos luego.

Lo observó desde la ventana de la habitación, vio cómo su figura se alejaba hacia la Colonia, seguida por el paciente y pequeño Dornier.

Parecía un niño en una playa solitaria; parecía tan perdido como ella se sentía.

El aleph

A medida que el sol se alzaba en el cielo, y aún sin corriente para las bombillas de cien vatios, la estancia de Gentry se fue llenando con una luz nueva. La luz del invierno suavizaba los contornos de las consolas y la mesa de holografía, realzaba la textura de los viejísimos libros ordenados en las vencidas estanterías de madera conglomerada que había en la pared occidental. Mientras Gentry caminaba y hablaba, con la rubia coleta saltando cada vez que giraba sobre los negros tacones de acero, su exaltación parecía contrarrestar el efecto sedante de los dermos somníferos de Cherry. Ésta estaba sentada en el borde de la cama, mirando a Gentry y ocasionalmente hacia el indicador de carga de la batería que funcionaba en la superestructura de la camilla. Slick se había sentado en una silla rota que había rescatado en Solitude y retapizado con plástico transparente que cubría el acolchado hecho de ropa vieja.

Para alivio de Slick, Gentry se había olvidado por completo de la historia de la Forma y ahora se había concentrado sin tregua en esa teoría del aleph. Como siempre, una vez que Gentry se ponía en marcha, usaba palabras que a Slick le costaba entender, pero Slick sabía por experiencia que era más sencillo no interrumpirlo; el truco estaba en extraer algún significado del torrente general, saltándose las partes que no entendía.

Gentry decía que el Conde estaba conectado a algo que venía a ser como un enorme microsoft; opinaba que el bloque encima de la camilla era un sólido lingote de biochip. Si eso era cierto, la capacidad de almacenamiento de aquella cosa sería virtualmente infinita; algo cuya fabricación habría resultado increíblemente cara. Era, decía Gentry, una de las cosas más raras que alguien pudiese decidir fabricar, aunque se decía que tales cosas existían y tenían su utilidad, sobre todo para el almacenamiento de vastas cantidades de datos confidenciales. Sin enlace alguno con la matriz global, los datos eran inmunes a todo intento de ataque vía ciberespacio. Lo importante estaba, naturalmente, en que no se podía acceder a ello por la matriz: era almacén muerto.

-Podría tener cualquier cosa ahí dentro -dijo Gentry, haciendo una pausa para contemplar el rostro inconsciente. Giró de nuevo sobre los talones y reanudó el paseo-. Un mundo, o varios. Cualquier cantidad de construcciones de personalidad...

-¿Como si estuviese viviendo un simestim? -preguntó Cherry? ¿Es por eso que está siempre en REM?

-No -dijo Gentry-, no es por simulación de estímulos. Es completamente interactivo. Además es una cuestión de escala. Si eso es un biosoft del tipo aleph, entonces ahí dentro podría tener literalmente cualquier cosa. En cierto sentido, podría tener una aproximación de todo...

-A mí Kid Afrika me dio la impresión -dijo Cherry-de que este tipo está pagando

para permanecer así. Parecido a lo que hacen los cableados pero distinto. Además, los cableados no tienen ese REM...

-Pero cuando trataste de hacerlo salir por tus aparatos -se aventuró a decir Slick-, te salió esa... cosa. -Vio que a Gentry se le tensaban los hombros debajo de la chaqueta de cuero con cuentas negras.

-Sí -respondió Gentry-, y ahora tengo que rehacer nuestra cuenta con la Autoridad de Fisión. -Señaló hacia las baterías de almacenamiento permanente que estaban debajo de la mesa de metal.- Sácame esas baterías. -Qué bien -dijo Cherry-; ya era hora. Se me está congelando el culo.

Dejaron a Gentry sentado frente a un teclado de ciberespacio y volvieron al cuarto de Slick. Cherry había insistido en conectar la manta eléctrica de Gentry a una de las baterías para poder extenderla sobre la camilla. En la cocina de butano había un resto de café frío que Slick se tomó sin molestarse en recalentarlo mientras Cherry miraba por la ventana hacia la llanura veteada de nieve que era Solitude.

-¿Cómo fue que esto quedó así? -preguntó.

-Gentry dice que fue una operación de relleno de tierras que se hizo hace cien años. Luego echaron una capa de tierra de cultivo, pero no crecía nada. La mayor parte del relleno era tóxica. Luego la lluvia se llevó la capa de arriba. Supongo que se olvidaron del asunto y siguieron echando mierda encima. El agua de allí fuera no se puede beber, está llena de PVC y cosas.

-¿Yesos conejos que Pajarito sale a cazar?

-Los encuentra hacia el oeste. En Solitude no los verás. Ni siquiera ratas. De todos modos, hay que examinar cualquier carne que se consiga por aquí.

-Pero hay pájaros.

-Aquí sólo duermen; a comer van a otra parte.

-¿Qué hay entre tú y Gentry? -Cherry seguía mirando por la ventana.

-¿Qué quieres decir?

-Al principio pensé que erais gays. Pareja, quiero decir.

-No.

-Pero de algún modo es como si os necesitarais el uno al otro...

-Este sitio es de él, la Fábrica. Me deja vivir aquí. Yo... necesito vivir aquí. Para mi trabajo.

-¿Para construir esas cosas que hay abajo?

La bombilla encerrada en el cono amarillo de papel de fax se encendió; el ventilador de la estufa se puso a girar.

-Bueno -dijo Cherry, acuclillándose frente a la estufa y abriéndose una chaqueta tras otra-, puede que esté loco, pero acaba de hacer algo bien hecho.

Gentry estaba repantigado en la vieja silla de escritorio cuando Slick entró en su cuarto y miró fijamente el pequeño monitor plegable del ordenador.

-Robert Newmark -dijo Gentry.

-¿Cómo?

-Identificación retiniana. O es Robert Newmark o alguien que le compró los ojos.

-¿Cómo has sabido eso? -preguntó Slick inclinándose para leer la pantalla de estadísticas básicas de natalidad.

Gentry pasó por alto la pregunta.

-Ahí está. Basta con tocarlo y te encuentras con algo completamente distinto.

-¿Cómo es eso?

-Hay uno que quiere saber si alguien hace preguntas sobre el señor Newmark.

-¿Quién?

-No lo sé. -Gentry hizo tamborilear los dedos en los pantalones de cuero negro.- Mira esto: nada. Nacido en Barrytown. Madre: Marsha Newmark. Tenemos su número de identificación individual, pero no hay duda de que ha sido marcado. -Volvió a poner la silla sobre las cuatro ruedas y la hizo girar para poder mirar la cara inmóvil del Conde.- ¿Qué me dices de eso, Newmark? ¿Es así como te llamas? -Se levantó de la silla y fue hasta la holo-mesa.

-No lo hagas, Gentry -dijo Slick.

Gentry tocó el conmutador de encendido de la mesa.

Y allí estaba de nuevo la cosa gris, por un instante, pero esta vez se disparó hacia el núcleo del display hemisférico, y allí titiló antes de desaparecer. No. Seguía allí, una diminuta esfera gris en pleno centro del resplandeciente campo de proyección.

La demencial sonrisa de Gentry había vuelto. -Bien -dijo.

-¿Qué es lo que está bien?

-Ya veo lo que es. Una especie de hielo. Un programa de seguridad.

-¿Ese mono?

-Los hay con sentido del humor. Resulta que si el mono no te asusta se convierte en un guisante... -Volvió a la mesa y se puso a buscar algo en una de las cestas.-Pero dudo que puedan hacer eso con un enlace sensorial directo. -Ahora sostenía algo en la mano. Una red de trodos.

-¡Gentry, no lo hagas! ¡Míralo!

-Yo no lo voy a hacer -dijo Gentry-. Lo vas a hacer tú.

Fantasmas y vacíos

Mientras miraba por las tiznadas ventanillas del taxi se sorprendió echando de menos a Colin y sus burlones comentarios; entonces recordó que aquello escapaba a la esfera de sus conocimientos. ¿Fabricaría la Maas-Neotek una unidad parecida hecha para el Sprawl?, se preguntó, y, de ser así, ¿qué forma adoptaría su fantasma?

-Sally -dijo, cuando tal vez había pasado media hora desde que iniciaran el trayecto a Nueva York-, ¿a qué se debe que Petal me haya dejado venir contigo?

-A que es inteligente.

-¿Y mi padre?

-Tu padre se cabreará.

-¿Perdón?

-Que se va a enfadar. Si se entera. Puede que no. No nos quedaremos mucho tiempo.

-¿Por qué estamos aquí?

-Tengo que hablar con alguien.

-¿Y por qué estoy yo aquí?

-¿No te gusta esto?

Kumiko vaciló antes de contestar. -Sí, me gusta.

-Muy bien. -Sally cambió de postura en el desvencijado asiento.- Petal tenía que dejarnos marchar. Porque no habría podido detenernos sin hacerle daño a una de las dos. Bueno, quizá no daño. Más bien insultarnos. Swain podría hacerte daño y luego decir que lo lamenta, le diría a tu padre que fue por tu bien, si fuese necesario, pero si me hace daño a mí se descubre, ¿entiendes? Cuando vi a Petal allí abajo con la pistola supe que nos dejaría marchar. Tu habitación está plagada de micrófonos. Toda la casa lo está. Yo activé los detectores de movimiento cuando me puse a reunir tus cosas. Imaginé que así sería. Petal supo que era yo. Por eso fue que hizo sonar el teléfono, para que yo supiera que él sabía. -No entiendo. -Fue como una cortesía de su parte, para que yo supiera que él estaría esperando. Para darme tiempo a pensar. Pero él no tenía otra salida y lo sabía. Verás, Swain está siendo obligado a hacer algo, y Petal lo sabe. O en todo caso Swain dice que lo están obligando. En mi caso no hay duda, a mí me están obligando. Entonces empiezo a preguntarme cuánto me necesita Swain. Muchísimo. Porque me dejan irme con la hija del oyabun, que había sido despachada nada menos que hasta Notting Hill para ponerla a salvo. Hay algo que lo asusta más que tu papi. A menos que sea algo que lo haga más rico de lo que ya tu padre lo ha hecho. Como quiera que sea, el haberte traído empareja las cosas. Es como devolver el golpe. ¿Entiendes? -¿Y tú estás bajo amenaza?

-Hay alguien que sabe de muchas cosas que he hecho. -¿Y Tick ha descubierto la identidad de esa persona? -Sí. Supongo que también yo lo sabía. Ojalá estuviese

equivocada.

La fachada del hotel que escogió Sally estaba hecha de paneles de acero manchado de óxido, y cada panel estaba sujeto con brillantes tuercas cromadas, un estilo que Kumiko conocía de Tokio y que encontraba algo pasado de moda.

La habitación era amplia y gris, unos doce matices de gris, y Sally, después de haber cerrado con llave, fue directamente hacia la cama, se quitó la chaqueta y se acostó.

-No tienes maleta -observó Kumiko.

Sally se sentó para quitarse las botas. -Puedo comprar lo que necesite. ¿Estás cansada?

-No.

-Yo sí. -Y se quitó el jersey negro. Sus senos eran pequeños y los pezones de un rosa oscuro; una cicatriz que nacía justo debajo del pezón izquierdo se perdía bajo la cintura de sus vaqueros.

-Has sido herida-dijo Kumiko, mirando la cicatriz.

Sally se la miró. -Sí.

-¿Por qué no has hecho que te la quiten?

-A veces es bueno recordar.

-¿Haber sido herida?

-Haber sido estúpida.

Gris sobre gris. Incapaz de dormir, Kumiko iba y venía por la alfombra gris. La habitación tenía algo de vampiresco, concluyó, algo que tendría en común con millones de habitaciones similares, como si aquel desconcertante y regular anonimato le sorbiera la personalidad, y que fragmentos de ésta emergieran convertidos en las voces de sus padres, levantadas en son de disputa, convertidos en las caras de los negritrajeados secretarios de su padre...

Sally dormía; su rostro era una máscara lisa. A Kumiko el paisaje que le ofrecía la ventana no le decía nada: sólo que estaba viendo una ciudad que no era Tokio ni era Londres, un desbarajuste enorme y genérico que era el paradigma de realidad urbana de su siglo.

Tal vez Kumiko durmiera también, aunque después no estuvo segura. Vio a Sally pedir artículos de baño y ropa interior tecleando sus requerimientos en el vídeo de la mesita de noche. Sus compras fueron entregadas cuando Kumiko estaba en la ducha.

-Bueno -voceó Sally desde el otro lado de la puerta-, sécate y vístete, vamos a ver al hombre.

-¿Qué hombre? -preguntó Kumiko, pero Sally no la oyó.

Gomi.

El treinta y cinco por ciento del terreno urbanizable de Tokio fue asentado sobre gomi4 sobre extensiones ganadas a la bahía a lo largo de un siglo de vaciado sistemático. El gomi, allí, era un recurso que había que administrar, recoger, clasificar, enterrar cuidadosamente.

La relación de Londres con el gomi era más sutil, más tangencial. Ajuicio de Kumiko, la masa de la ciudad estaba compuesta por gomi, por estructuras que la economía japonesa habría devorado hace tiempo en su insaciable hambre de espacio sobre el que construir. Y, con todo, aquellas estructuras revelaban, incluso a ojos de Kumiko, el tejido del tiempo, donde cada pared aparecía emparchada por generaciones de manos en una continua tarea de restauración. Los ingleses valoraban su gomi por derecho propio, de un modo que ella apenas empezaba a comprender: ellos lo habitaban.

El gomi en el Sprawl era otra cosa: un humus rico, sustancioso, una podredumbre que hacía brotar prodigios en acero y polímero. La aparente falta de planificación era de por sí suficiente para ofuscarla, tan contraria era al valor que su cultura otorgaba al uso eficiente de la tierra. El trayecto en taxi desde el aeropuerto ya le había revelado decadencia, manzanas enteras en ruinas, ventanas sin cristales que se abrían a aceras jalonadas de basura. Y rostros que miraban fijamente mientras el deslizador blindado efectuaba su recorrido por las calles.

Y ahora Sally la hacía zambullirse abruptamente en medio de la rareza de aquel lugar, con su podredumbre y su aleatoriedad echando raíces bajo torres más altas que la más alta de Tokio, obeliscos empresariales que perforaban el mugriento encaje de domos y cúpulas superpuestas.

Dos taxis después de salir del hotel entraron en la calle propiamente dicha, entre multitudes del atardecer y sombras sesgadas. El aire estaba frío, pero no era el frío de Londres, y Kumiko se acordó de las flores del Parque Ueno.

La primera parada la hicieron en un bar amplio y algo venido a menos que se llamaba el Gentleman Loser, donde Sally sostuvo una silenciosa y rápida entrevista con un barman.

Salieron de allí sin consumir un trago.

-Fantasmas -dijo Sally cuando doblaban una esquina. Kumiko caminaba muy junto a ella. Las calles se habían quedado progresivamente vacías; los edificios, más oscuros y más decrépitos.

-¿Perdón?

-Que aquí hay muchos fantasmas esperándome, o al menos debería haberlos.

-¿Conoces este lugar?

-Desde luego. Se ve igual, pero diferente, ¿sabes?

-No...

-Algún día lo sabrás. Cuando encontremos a quien estoy buscando, tú te limitas a tu papel de chica buena. i labias si te hablan, si no, te quedas callada.

-¿A quién buscamos?

-Al hombre. O a lo que queda de él, en todo caso...

Media manzana más adelante, en una calle tétrica y vacía -Kumiko nunca había visto una calle vacía en su vida, aparte de la media luna de Swain cubierta por la nieve de medianoche-, Sally se detuvo junto a la viejísima y en absoluto prometedora fachada de una tienda cuyas ventanas gemelas estaban espejadas desde el interior por un grueso revestimiento de polvo. Pegándose al vidrio, Kumiko distinguió las letras en tubo de neón apagado: metro, y luego una palabra más larga. La puerta que separaba las ventanas había sido reforzada con una lámina de metal corrugado en la que sobresalían a intervalos pernos de sujeción oxidados y enlazados entre sí con flojos alambres de púas galvanizados.

Sally se colocó frente a esa puerta, cuadró los hombros y ejecutó una fluida serie de gestos rápidos y cortos.

Kumiko observó detenidamente la repetición de la secuencia. -Sally...

-Hablas -la interrumpió Sally-. Te dije que callaras, ¿no?

-¿Sí? -La voz, poco más que un susurro, no pareció salir de ningún sitio en particular. -Ya te lo he dicho -dijo Sally. -Yo no hablo.

-Quiero hablar con él -dijo Sally, con voz firme y cautelosa.

-Está muerto.

-Eso ya lo sé.

Siguió un silencio, y Kumiko oyó un sonido que podía haber sido el viento, un viento frío y cargado de asperezas que rozaba la curva de las cúpulas geodésicas que se alzaban muy en lo alto.

-No está aquí -dijo la voz que ahora pareció retroceder-. A la vuelta de la esquina, a media calle, a la izquierda por el callejón.

Kumiko habría de recordar por siempre aquel callejón: ladrillo oscuro que rezumaba humedad, ventiladores enfundados que arrastraban negras trenzas de polvo aglutinado, una bombilla amarilla en una jaula de metal corroído, la chata vegetación de botellas vacías que brotaba al pie de ambas paredes, los nidos de talla adulta hechos con papel de fax arrugado y blancos pedazos de poliestireno de embalaje, y el ruido de los tacones de Sally.

Más allá del tenue resplandor de la bombilla sólo había oscuridad, si bien un reflejo en ladrillo mojado señalaba la pared final de una calle sin salida, y Kumiko vaciló, aterrada por el súbito estremecimiento del eco, por un ruido escurridizo, el goteo regular del agua...

Sally alzó la mano. Un apretado haz de luz muy brillante enmarcó un nítido

círculo de ladrillos garabateados con pintura, y luego fue bajando lentamente.

Bajó hasta encontrar la cosa al pie de la pared, metal opaco, un artefacto vertical y redondeado que Kumiko confundió con otro ventilador. Cerca de la base se veían restos de velas blancas, un frasco chato de plástico lleno de un líquido transparente, un surtido de paquetes de cigarrillos, cigarrillos sueltos y esparcidos y una intrincada figura de múltiples brazos dibujada con lo que parecía ser tiza blanca triturada.

Sally dio un paso adelante sin mover el haz de luz, y Kumiko vio que aquella cosa blindada estaba atornillada a la pared y reforzada con mucho revestimiento. -Finlandés.

Un rápido destello de luz rosada se dejó ver por una ranura horizontal.

-Eh, Finn... -Con una vacilación poco habitual en la voz.

-Moll. -Una voz rasposa, como si saliese de un altavoz estropeado.- ¿Qué pasa con la linterna? ¿Te estás haciendo vieja y ya no ves bien en lo oscuro?

-Es por mi amiga.

Algo se movió detrás de la ranura, un rosa insalubre de ceniza de tabaco incandescente a la luz del mediodía, y la cara de Kumiko fue bañada por un atropello de luz.

-Sí -carraspeó la voz-, bueno, y ¿quién es ella?

-La hija de Yanaka.

-¿De veras?

Sally bajó la luz, y el haz cayó en las velas, el frasco, los cigarrillos empapados y grises, el símbolo blanco de brazos plumosos.

-Servios lo que queráis de las ofrendas -dijo la voz-. Eso es medio litro de Moskovskaya. El dibujo vudú es de harina. Es una lástima. Los más devotos lo dibujan con cocaína.

-Dios mío -dijo Sally, y en su voz se percibió una extraña distancia mientras se acuclillaba-. Esto es increíble. -Kumiko la vio recoger el frasco y olfatear el contenido.

-Bébelo. Es del bueno. Más les vale que lo sea. Nadie escatima con el oráculo, al menos si saben lo que les conviene.

-Finlandés -dijo Sally; se llevó el frasco a la boca y bebió, después se secó los labios con el dorso de la mano-, tienes que estar loco...

-Sería una suerte. Con un montaje semejante, lo que hago es presionar un poco para activar la imaginación, pero de ahí a loco...

Kumiko se acercó un poco más, y luego se acuclilló junto a Sally.

-¿Es una reconstrucción de personalidad? -Sally dejó el frasco en el suelo y movió la harina húmeda con la punta de las uñas blancas.

-Claro. Ya los has visto antes. Memoria en tiempo real, si quiero, conecto con el ciberespacio, si quiero. Monté este tinglado del oráculo para mantener la mano

adentro, ¿sabes? -Entonces la cosa hizo un ruido extraño: risa.- ¿Tienes problemas de amor? ¿Una mala mujer que no te entiende? -Otra vez el ruido de risa, como bandazos de estática.- En realidad estoy más bien en negocios de asesoría. Son los chicos del barrio los que dejan los re-galitos. Eso le agrega mística, por decirlo de algún modo. Y de vez en cuando me llega un escéptico, algún imbécil que se cree capaz de servirse. -Una línea de luz escarlata saltó de la ranura y una botella estalló en algún lugar a la derecha de Kumiko. Risa y estática.- Bueno, ¿y qué te trae por aquí, Moll? A ti y a -la luz rosada destelló de nuevo en la cara de Kumiko- la hija de Yanaka. -El viaje a Straylight -dijo Sally. -Eso fue hace tiempo, Moll...

-Ella me está persiguiendo, Finlandés. Catorce años han pasado y esa mala perra me sigue todavía...

-Pues, a lo mejor es que no tiene nada mejor que hacer. Ya sabes cómo son los ricos...

-¿Sabes dónde está Case, Finlandés? Quién sabe si lo persigue a él...

-Case dejó el rollo. Hizo un par de trabajos bien pagados después de separaros, lo mandó todo a la mierda y salió limpio. De haber hecho tú lo mismo tal vez no estarías congelándote el culo en un callejón, ¿no es así? La última vez que oí de él tenía cuatro hijos...

Contemplando el hipnótico barrido exploratorio del ascua rosada, Kumiko se hizo una idea de qué era aquello que hablaba con Sally. Había cosas parecidas en el estudio de su padre, cuatro: cubos laqueados en negro dispuestos a lo largo de una estantería baja de madera de pino. Por encima de cada cubo pendía un retrato formal. Los retratos eran fotografías monocromáticas de hombres que lucían trajes oscuros y corbatas, cuatro sobrios caballeros con chaquetas de solapas ornadas con pequeños emblemas de metal como los que a veces usaba su padre. Aunque su madre le había dicho que aquellos cubos contenían fantasmas, los fantasmas de los malvados ancestros de su padre, Kumiko los encontraba más fascinantes que aterradores. Si era cierto que contenían fantasmas, se decía, tendrían que ser muy pequeños, pues ya los cubos eran apenas lo bastante amplios como para contener la cabeza de un niño.

A veces su padre meditaba delante de los cubos, para lo cual se arrodillaba en el desnudo tatami en una actitud que denotaba profundo respeto. Lo había visto en aquella posición numerosas veces, pero ya tenía diez años cuando por primera vez lo oyó dirigirse a los cubos. Y uno había respondido. De la pregunta no había entendido nada, de la respuesta menos, pero el tono sosegado de la respuesta del fantasma la había dejado paralizada allí donde se había agazapado, detrás de una puerta de papel, y su padre se había reído al encontrarla allí; en lugar de reñirla, le explicó que los cubos albergaban las personalidades grabadas de anteriores ejecutivos, directores de empresa. ¿Eran sus almas?, había preguntado. No, había dicho él, y luego había

sonreído y añadido que la diferencia era más bien sutil. -No son conscientes. Responden, cuando se les pregunta, de una manera que se aproxima a la respuesta del individuo. Si ellos son fantasmas, entonces los hologramas son fantasmas.

Desde la clase que le diera Sally sobre la historia y jerarquía de los Yakuza en aquel bar robata de Earls Court, Kumiko había concluido que los hombres de las fotografías, los sujetos de las grabaciones de personalidad, habían sido oyabun.

La cosa de la carcasa blindada, pensó, era de naturaleza similar, si bien quizá más compleja, del mismo modo en que Colin era una versión más compleja de la guía Michelin que los secretarios de su padre llevaban para sus expediciones adquisitivas en Shinjuku. Finlandés, lo llamaba Sally, y era evidente que el tal Finlandés había sido amigo o socio de ella.

Pero ¿acaso permanecía en vigilia aun cuando el callejón estaba desierto?, se preguntó Kumiko. ¿Acaso su mirada láser sondeaba las silenciosas nevadas de medianoche?

-Europa -empezó a decir Sally-; cuando me separé de Case estuve allí por todas partes. Tenía un montón de dinero de aquel trabajo, al menos en aquel entonces parecía un montón. La IA de Tessier-Ashpool nos lo pagó a través de un banco suizo. Borró toda evidencia de que hubiésemos alguna vez subido al pozo; pero de verdad toda; si buscases los nombres que utilizamos para viajar en el transbordador de la JAL no los encontrarías. Case lo verificó todo cuando volvimos a Tokio, hurgó en todo tipo de bases de datos, era como si nada de aquello hubiese sucedido jamás. Yo no entendía cómo podía hacer eso, fuera o no una IA, lo cierto es que nadie entendió realmente lo que sucedió allí arriba, cuando Case llevó aquel rompehielos chino hasta él núcleo de su hielo.

-¿Y eso trató alguna vez de ponerse en contacto, después?

-No que yo sepa. Case suponía que había desaparecido, o algo así, no desapareado, sino que se había convertido en todo, en la matriz entera. Como si ya no estuviese en el ciberespacio, sino que simplemente era. Y si no quería que uno lo viese, que uno supiese que estaba allí, pues no había forma de hacerlo, ni de demostrarle a nadie que estaba, por mucho que estuvieses seguro... Y yo, la verdad es que no quería saber. Quiero decir, fuera lo que fuese, para mí se había terminado, fin. Armitage estaba muerto, Riviera estaba muerto, Ashpool estaba muerto, el piloto rasta que nos llevó hasta allí había regresado a su archipiélago de Sión y tal vez haya olvidado todo aquello como si se hubiese tratado de otro sueño provocado por la ganja... Yo dejé a Case en el Tokio Hyatt, nunca más lo volví a ver...

-¿Por qué?

-¿Quién sabe? Por nada. Yo era joven, la cosa parecía haber terminado.

-Pero a ella la dejaste arriba en el pozo. En Straylight.

-Exacto. Y de vez en cuando pienso en eso. Cuando nos íbamos, Finlandés, era como si a ella no le importara nada aquello. Como si yo hubiera matado al loco de su padre en su lugar, en vez de hacerlo ella, y Case había roto sus núcleos y dejado a sus IA sueltas en la matriz... Así que la puse en mi lista, ¿entiendes? Porque si un día se te presenta un problema de los gordos, si un día sientes que te apuntan, entonces revisas esa lista.

-Y allí estaba ella subrayada, ¿no?

-No. Tengo una lista muy larga.

Case, quien a juicio de Kumiko había sido algo más que un socio para Sally, no volvió a entrar en la historia.

Mientras Kumiko escuchaba a Sally contándole al Finlandés catorce años de historia personal condensada, se sorprendió imaginando a una Sally más joven en el papel de heroica bishonen actuando en un vídeo romántico tradicional: predestinada a la muerte, elegante y mortífera. Aunque le resultaba difícil seguir el desenfadado relato que Sally hacía de su vida, con sus referencias a lugares y cosas que no conocía, podía imaginársela conquistando las súbitas y fulgurantes victorias que se esperaban de las bishonen. Pero no, pensó luego, al oír a Sally referirse a un «mal año en Hamburgo», con una rabia inesperada en la voz, una rabia vieja, de más de diez años, era un error calificar a esta mujer en términos japoneses. Allí no había ronin, no había samurai errantes; Sally y el Finlandés estaban hablando de negocios.

El mal año le había llegado en Hamburgo, dedujo Kumiko, después de haber ganado y perdido algo así como una fortuna. Se había ganado su parte del botín «allá arriba», en un lugar que el Finlandés había llamado Straylight, en asociación con el hombre al que llamaban Case. Pero al hacerlo se había ganado un enemigo.

-Hamburgo -la interrumpió el Finlandés-. Me han llegado cuentos de Hamburgo...

-El dinero se había acabado. Es increíble lo que se hace con un buen lote cuando se es joven... No tener dinero era como volver a lo normal, pero me enredé con una gente de Frankfurt, les quedé debiendo y ellos quisieron su pago en especie.

-¿Qué clase de especie?

-Querían gente muerta.

-¿Y entonces?

-Entonces me marché. En cuanto pude. Me fui a Londres...

Puede, resolvió Kumiko, que Sally hubiese sido algo parecido a un ronin, una especie de samurai. En Londres, sin embargo, se había convertido en otra cosa, en empresaria. Y autofinanciándose de algún modo no especificado, poco a poco fue convirtiéndose en una financiadora, alguien que proporcionaba fondos para diversos tipos de operaciones y negocios. (¿Qué sería un «desagüe de créditos»? ¿Qué sería «blanquear datos»?)

-Bueno -dijo el Finlandés-, te las arreglaste bien. Te hiciste con parte de un casino

alemán.

-Aquisgrán. Estaba en el consejo de administración. Todavía estaré, en cuanto tenga el pasaporte adecuado.

-¿Para sentar cabeza? -De nuevo la risa.

-Desde luego.

-Por aquí no se oyó gran cosa.

-Yo dirigía un casino. Eso es todo. Me iba bien.

-Competías en torneos de lucha. «Señorita Acero», peso pluma aumentado. Ocho combates, yo aposté en cinco de ellos. Combates a muerte, cariño. Ilegales.

-Un hobby.

-Vaya un hobby. Vi los vídeos. La Niña de Birmania te abrió en canal, en vivo y en directo...

Kumiko recordó la larga cicatriz.

-Bueno, dejé todo eso. Hace cinco años, y ya era cinco años demasiado vieja.

-No estabas mal, pero eso de «Señorita Acero»..., por Dios.

-Déjame en paz. No fui yo quien inventó el nombre.

-Claro. Bueno, háblame de tu amiga de arriba, cómo fue que dio contigo.

-Swain. Roger Swain. Va y me manda a uno de sus chicos al casino, un aspirante a magnate llamado Prior. Hace como un mes.

-¿Swain el camello? ¿Londres?

-El mismo. Así que Prior me trae un regalo, más de un metro de papel de impresora. Una lista. Nombres, fechas, lugares.

-¿Fuerte?

-Estaba todo. Cosas que hasta yo había olvidado.

-¿El viaje a Straylight?

-Todo. Así que me hice una maleta, volví a Londres y allí está Swain. Lo lamenta mucho, no es culpa suya, pero me tiene que apretar porque alguien lo aprieta a él. Tiene su propio metro de papel del que ocuparse. -Kumiko oyó el ruido de los talones de Sally al moverse.

-¿Qué quiere?

-Un secuestro, un cuerpo caliente. Una celebridad.

-¿Por qué tú?

-Vamos, Finlandés, es lo que he venido a preguntarte.

-¿Swain te dijo que se trata de 3Jane?

-No. Pero mi vaquero de consola en Londres sí.

A Kumiko le dolían las rodillas.

-¿Y la niña? ¿De dónde la has sacado?

-Apareció en casa de Swain. Yanaka quería sacarla de Tokio. Swain le debe giri5

-De todas formas está limpia, ni un implante. A juzgar por lo que me llega de

Tokio últimamente... Yanaka tiene las manos llenas.

Kumiko se estremeció en la oscuridad.

-¿Y el secuestro, la celebridad? -siguió el Finlandés.

Sintió que Sally vacilaba. -Angela Mitchell.

El metrónomo rosado continuó con su recorrido pendular y silencioso, de izquierda a derecha, de derecha a izquierda.

-Aquí hace frío, Finlandés.

-Sí. Ojalá pudiera sentirlo. Acabo de hacer un viajecito en tu nombre. A Memory Lane. ¿Sabes bien de dónde viene Angie?

-No.

-Lo mío es el juego del oráculo, muñeca, no soy una biblioteca de consulta... Su padre era Christopher Mitchell. Era el cráneo de oro de la investigación en biochips de la Maas Biolabs. La chica creció en un complejo industrial sellado que la empresa tenía en Arizona, una niña de la compañía. Hace poco más de siete años pasó algo por allí. La calle dice que la Hosaka contrató a un equipo de profesionales para ayudar a Mitchell a efectuar un cambio de importancia en su carrera. El fax dijo que se había registrado una explosión de una megatonelada en terrenos de la Maas, pero nadie detectó radiación alguna. Tampoco encontraron a los mercenarios de la Hosaka. Maas anunció que Mitchell había muerto. Suicidio.

-Eso dice la biblioteca. ¿Qué sabe el oráculo?

-Rumores. Nada consistente. La calle dice que la chica apareció por aquí un día o dos después de la explosión de Arizona, que entró con tíos muy raros que trabajaban en las afueras de Nueva Jersey.

-¿En qué trabajaban?

-Negociaban. Equipo informático, sobre todo. Comprando, vendiendo. A veces me compraban a mí...

-¿Era gente muy extraña?

-Vudús. Pensaban que la matriz estaba llena de mambos y cosas raras. ¿Quieres que te diga una cosa, Moll?

-¿Qué?

-Tienen razón.

Espejito, espejito

Despertó como si alguien hubiese accionado un interruptor.

No abrió los ojos. Los oía hablar en otra habitación. Le dolía en muchos sitios pero no era peor que el dolor del wiz. El bajón malo había desaparecido, o quizás estaba silenciado por lo que fuera que le habían dado, aquel aerosol.

Una bata corta de quirófano le raspaba los pezones; los sentía grandes y tiernos, y sentía llenos los senos. Líneas cortas de dolor le pellizcaban la cara, dolores gemelos y sordos en las órbitas, y en la boca tenía una sensación de llaga áspera y de gusto a sangre.

-No estoy tratando de darte lecciones sobre tu negocio -decía Gerald, cuya voz se imponía a un grifo abierto y un traqueteo de metales-, pero te estás engañando a ti mismo si piensas que esa chica va a confundir a quien no quiera dejarse confundir. De verdad, es un trabajo muy superficial. -Prior dijo algo que no pudo entender.- He dicho superficial, no chapucero. Todo esto es trabajo de calidad. Veinticuatro horas de estimulador dérmico y no sabrías que ha estado aquí. Tú sigue dándole los antibióticos y nada de estimulantes; su sistema inmune no está del todo en forma. -Otra vez habló Prior; tampoco esta vez pudo entenderlo.

Abrió los ojos pero allí sólo había techo, cuadros blancos de cielo raso de aislamiento acústico. Giró la cabeza hacia la izquierda. Pared blanca de plástico con una de esas ventanas falsas, la animación de una imagen en alta resolución de una playa con palmeras y olas; si se observaba el agua el tiempo suficiente se veía que las olas eran siempre las mismas, rizándose hacia adentro, cerradas sobre sí para siempre. Debía de ser que el aparato estaba estropeado o gastado, una vacilación en las olas, y el rojo del atardecer latía como un tubo fluorescente en mal estado.

Probemos a la derecha. Otro giro, y sintió en la nuca la funda de papel sudada que cubría la almohada de gomaespuma dura...

Y la cara de ojos amoratados la miró desde la otra cama, la nariz cubierta por plástico translúcido y cinta microporosa, los pómulos manchados por una especie de gelatina marrón...

Angie. Era la cara de Angie, enmarcada por el vacilante crepúsculo que reflejaba la ventana defectuosa.

-No se han tocado los huesos -dijo Gerald, soltando cuidadosamente la cinta que sujetaba el pequeño protector de plástico sobre el puente de la nariz-. Eso ha sido lo hermoso del trabajo. Hemos alisado un poco el cartílago de la nariz trabajando a través de las fosas, luego pasarnos a los dientes. Sonríe. Precioso. Hicimos aumento de senos, levantamos los pezones con tejido eréctil cultivado en probeta, y luego

hicimos la coloración de ojos... -Quitó el protector.- No te toques esto en las próximas veinticuatro horas.

-¿Los moretones son por eso?

-No. Ésos son traumatismos secundarios debido al trabajo en el cartílago. -Los dedos de Gerald se sentían fríos en la cara, precisos.- Todo eso habrá desaparecido mañana.

Gerald era bueno. Le había dado tres dermos, dos azules y uno rosado, suaves y cómodos. Prior, definitivamente, no era bueno, pero no estaba. O al menos no estaba a la vista. Era sencillamente agradable oír a Gerald explicando las cosas con esa voz tranquila. Y había que ver lo que hacía.

-Las pecas -dijo Mona, pues habían desaparecido.

-Abrasión y más tejido cultivado. Volverán, y rápido, sobre todo si tomas mucho sol...

-Es tan bonita... -Mona volvió la cabeza.

-Tú, Mona. Ésa eres tú.

Mona buscó la cara en el espejo y ensayó aquella famosa sonrisa.

Puede que Gerald no fuese bueno.

Estaba de nuevo en aquella cama blanca y angosta donde él la había puesto a descansar; levantó el brazo y miró los tres dermos. Sedantes. Flotaba.

Hurgando con una uña debajo del dermo se lo sacó, lo clavó en la pared blanca y presionó fuertemente con el pulgar. Una solitaria gota de un líquido color pajizo corrió hacia abajo. Con cuidado volvió a ponerse el dermo en el brazo. El líquido de los dermos azules era de un blanco lechoso. También se los volvió a poner. Puede que él se diera cuenta, pero Mona quería saber qué estaba sucediendo.

Se miró al espejo. Gerald había dicho que podría ponerla como antes, algún día, si ella así lo quería; entonces se preguntó cómo iba él a recordar el aspecto que tenía. Tal vez habría tomado una foto o algo así. Ahora que lo pensaba, quizá nadie recordase cómo era ella antes. Se le ocurrió que el estim grabado por Michael sería posiblemente la mejor aproximación, pero no sabía su dirección, ni siquiera su apellido. Aquello le produjo una sensación extraña, como si la que ella había sido hubiese salido a dar un corto paseo por la calle para no volver jamás. Pero entonces cerró los ojos y supo que ella era Mona, que siempre lo había sido, y que casi nada había cambiado, al menos de los párpados para adentro.

Lanette decía que no importaban los cambios que una se hiciera, y una vez le había comentado que de la cara con que había nacido no le quedaba ni el diez por ciento. No era nada que se notase, excepto por la aureola negra que le rodeaba los párpados, que le evitaba tener que ponerse rímel. Mona había pensado que quizás a Lanette no le habían hecho un gran trabajo, y aquello se debió de translucir en su

forma de mirarla, porque Lauette le dijo: «Tenías que ver lo que era antes, cariño».

-Es horrible. -Él se secó la cara con un buen trozo de papel azul absorbente.

-Podríamos salir, buscar esos cangrejos. Gerald dice que aquí tienen cangrejos.

-Tienen -confirmó él-. Traeré algunos.

-¿Qué tal si me llevas contigo?

Él arrojó el papel azul en la papelera de metal. -No, podrías intentar escapar.

Mona deslizó la mano entre la cama y la pared y encontró el pedazo de colchón de gomaespuma rota donde había escondido la porra eléctrica. Había encontrado su ropa en una bolsa blanca de plástico. Gerald entraba cada dos horas con dermos nuevos; ella se los quitaba en cuanto él se iba. Pensaba que si lograba que Prior la llevase a comer fuera, en el restaurante podría intentar algo. Pero él no picaba.

En un restaurante hasta podría intentar dar con un policía, pues ahora creía saber por fin en qué consistía el negocio.

Impostura. Lanette le había hablado de eso. Que había hombres que pagaban para que alguna chica se pareciese a otra persona a la que luego mataban. Había que ser rico, pero muy rico. No sería Prior, sino alguien para quien él trabajaba. Lanette decía que había tipos que hacían cambios en las chicas para que se pareciesen a sus esposas. Mona no se lo había creído, en aquel entonces; a veces Lanette le contaba cosas que daban miedo porque era divertido pasar miedo cuando sabías que estabas perfectamente a salvo, y además Lanette se sabía muchas historias de perversiones extrañas. Decía que los ejecutivos eran los más raros, los grandes ejecutivos con altos puestos en grandes compañías, porque ésos no podían permitirse perder el control mientras estaban trabajando. Pero si no estaban trabajando, decía Lanette, podían permitirse perderlo como les diera la gana. Así, ¿por qué no iba a haber algún pez gordo que quisiese tener a Angie de aquel modo? Además, muchas chicas se hacían operar para parecerse a ella, aunque casi todas quedaban patéticas. Era un quiero y no puedo; y al menos ella no había visto a ninguna que se pareciese algo a Angie, o no lo suficiente para engañar a nadie que se interesase mínimamente. Pero puede que hubiese alguien dispuesto a pagar todo aquello para conseguir una chica que sí tuviese de verdad el aspecto de Angie. Y además, si aquello no era impostura, ¿qué era entonces?

Prior se estaba abotonando la camisa azul. Se acercó entonces a la cama y le quitó la sábana para mirarle los senos. Como quien mira un coche o algo así.

Mona se cubrió con la sábana de un tirón.

-Voy a buscar cangrejos. -Se puso la chaqueta y salió. Mona oyó que le decía algo a Gerald.

Gerald asomó la cabeza. -¿Cómo estás, Mona?

-Tengo hambre.

-¿Te sientes relajada?

-Sí.

Cuando volvió a quedar sola, se puso de costado y se examinó la cara, la cara de Angie, en la pared espejada. Los hematomas casi habían desaparecido. Gerald le había pegado a la cara unas cosas que eran como trodos en miniatura que iban enchufados a una máquina. Le dijo que eso aceleraba mucho la cicatrización.

Esta vez no sintió el sobresalto al ver el rostro de Angie en el espejo. Los dientes eran bonitos; en cualquier caso el tipo de dentadura que querrías conservar. Del resto no estaba segura, todavía no.

Tal vez debiera levantarse ahora, ponerse la ropa, ir hacia la puerta. Si Gerald intentaba detenerla, podía usar la porra. Pero entonces recordó cómo Prior se había presentado en casa de Michael, como si alguien la hubiese estado espiando toda la noche, siguiéndola. Tal vez alguien estaría observándola ahora, ahí fuera. El consultorio de Gerald no parecía tener ventanas, al menos verdaderas, así que tendría que salir a la puerta.

Y encima ahora empezaba a tener unas enormes ganas de wiz, pero si se daba, aunque fuese un poco, Gerald lo notaría. Sabía que su equipo estaba allí, en la bolsa, debajo de la cama. Tal vez pudiera darse un poco, pensó, se daría sólo un poco. Aunque tal vez eso no le convenía; tenía que admitir que cuando se daba wiz no siempre le salía bien, por mucho que le hiciese sentir que no había forma de equivocarse una vez probado.

En todo caso tenía hambre, y era una lástima que Gerald no tuviese algo de música, así que tal vez lo mejor fuese esperar a que llegaran esos cangrejos...

En un lugar solitario

Y Gentry, allí de pie, con la Forma ardiéndole en los ojos, sosteniendo la red de trodos a la luz cegadora de las bombillas, diciéndole a Slick por qué tenía que ser de aquel modo, por qué Slick tenía que ponerse los trodos y conectarse directamente con lo que fuese que aquel bloque gris introducía en la persona que yacía en la camilla.

Sacudió la cabeza al recordar cómo había dado con sus huesos en Dog Solitude. Y Gentry se puso a hablar más de prisa, interpretando como de rechazo aquel gesto suyo.

Gentry insistía en que Slick tenía que dormirse, decía que tal vez sólo unos segundos, mientras él hacía unos ajustes en los datos y preparaba una macroforma. Slick no sabía cómo hacer eso, dijo Gentry, de no ser así él mismo se enchufaría; no eran datos lo que quería, sólo la forma global, pues estaba convencido de que eso lo guiaría hasta la Forma, la grande, lo que durante tanto tiempo había buscado.

Slick recordó cuando había atravesado Solitude a pie. Tenía miedo de que volviese a darle el Korsakov, que olvidase dónde se hallaba y así beber el agua cancerígena de los charcos de cieno rojo de aquella llanura oxidada. Espuma roja y pájaros muertos flotando con las alas extendidas. El camionero de Tennessee le había dicho que caminara hacia el oeste a partir dé la autopista, que al cabo de una hora llegaría a una carretera asfaltada de dos carriles y allí alguien podría llevarla hasta Cleveland, pero tenía la certeza de que había pasado más de una hora y ya no estaba seguro de hacia dónde quedaba el oeste, y aquel lugar lo estaba amedrentando, esa cicatriz de depósito de chatarra que parecía aplanada a pisotones por un gigante. En una ocasión vio a alguien a lo lejos, en lo alto de un risco poco elevado, y agitó los brazos para llamar su atención. La figura desapareció, y él siguió en aquella dirección, ya sin molestarse en sortear los charcos, arrastrando los pies por el fondo, hasta que llegó al risco y vio que en realidad era el fuselaje sin alas de un avión medio enterrado entre latas oxidadas. Subió el terraplén siguiendo un camino donde las pisadas habían aplanado las latas hasta llegar a una abertura cuadrada que en su momento había sido una salida de emergencia. Asomó la cabeza al interior y vio cientos de cabecitas colgadas del techo cóncavo. Quedó paralizado, ofuscado por la súbita oscuridad, hasta que lo que estaba viendo empezó a cobrar sentido. Eran cabezas rosadas de muñecas de plástico, con el pelo de nailon amarrado a ganchos y los ganchos hundidos en una gruesa capa de alquitrán; así colgaban y se mecían como frutas. No había otra cosa, sólo algunas maltratadas láminas de goma espuma verde, y supo que no tenía ganas de quedarse por allí ni averiguar de quién era aquello.

Entonces caminó hacia el sur, sin saberlo, y encontró la Fábrica.

-Nunca tendré otra oportunidad -dijo Gentry. Slick observó aquel rostro tenso, de ojos muy abiertos por la desesperación-. Nunca lo veré...

Y Slick recordó la vez que Gentry lo golpeó, cómo había bajado la vista hacia la llave inglesa, cómo se había sentido... En fin, Cherry se equivocaba con respecto a ellos, pero sí que había algo de eso, y no sabía qué nombre darle. Le arrebató la red de trodos con la mano izquierda y con la derecha le dio un puñetazo en el pecho.

-¡Cállate! ¡Cállate de una puta vez! -Gentry fue a dar contra el borde de la mesa de metal.

Slick lo maldijo en voz baja mientras se acomodaba la delicada red de dermatrodos de contacto en la frente y en las sienes.

Entró.

Sus botas crujieron sobre gravilla.

Abrió los ojos y miró hacia abajo; el camino de gravilla se abría plácido en el campo, más limpio que cualquier lugar de Dog Solitude. Levantó la vista y vio dónde doblaba el camino, y más allá, árboles verdes y de ramas muy extendidas que rodeaban el empinado tejado de pizarra de una casa que cabría dos veces en la Fábrica. Cerca de él varias estatuas se alzaban entre la hierba mojada y crecida. Un ciervo de hierro, y la figura rota del cuerpo de un hombre esculpida en piedra blanca, sin cabeza ni brazos ni piernas. Los pájaros trinaban y ése era el único sonido.

Empezó a subir por el camino que conducía a la casa gris, pues nada indicaba que hubiese otra cosa que hacer. Al llegar a lo alto vio, más allá de la casa, otras edificaciones más pequeñas y un amplio y llano campo de hierba donde había unos planeadores amarrados a estacas para que no se los llevara el viento

De cuento de hadas, pensó cuando contemplaba la amplia cornisa de piedra de la mansión, los diamantinos ventanales emplomados; como en alguno de los vídeos que veía cuando era pequeño. ¿De verdad había gente que vivía en lugares así? Pero esto no es un lugar, se recordó a sí mismo, sólo da la impresión de serlo.

-Gentry -dijo-, haz el favor de sacarme de aquí, ¿de acuerdo?

Se examinó el dorso de las manos. Cicatrices, mugre incrustada, negras medias lunas de grasa bajo las uñas quebradas. La grasa se metía y las ponía tan blandas que se rompían con facilidad.

Empezó a sentirse estúpido, allí de pie. Quizás alguien lo estuviese observando desde la casa. -Que se vaya a la mierda -dijo, y echó a andar por el ancho camino enlosado, adoptando de manera inconsciente el jactancioso contoneo que había aprendido en el Deacon Blues.

En el panel central de la puerta había otra cosa: una mano, pequeña y elegante, que sostenía una esfera del tamaño de una bola de billar, todo ello en hierro fundido. Tenía una bisagra en la muñeca, de modo que se podía levantar y dejarla caer. Lo hizo. Con fuerza. Dos veces, otras dos veces. No ocurrió nada. El pomo de la puerta era de bronce con motivos florales gastados casi del todo por años de uso. Giró con

facilidad. Abrió la puerta.

La riqueza de colores y texturas lo hizo parpadear; superficies de madera oscura y lustrada, mármol negro y blanco, alfombras con miles de colores suaves que brillaban como vitrales de iglesia, plata pulida, espejos... La suavidad de aquel contraste le hizo sonreír, su mirada saltaba de una figura a otra, había tantas cosas, objetos para los que no tenía nombre...

-¿Buscas a alguien en particular, tío?

El hombre estaba de pie delante de la enorme boca de una chimenea, llevaba unos ajustados vaqueros negros y camiseta blanca. Estaba descalzo y con la mano derecha sostenía una abultada copa de licor. Slick le dirigió una mirada perpleja.

-Mierda -dijo-, eres tú, él...

El hombre meneó la copa y el líquido color madera giró en remolino hasta los bordes; bebió un sorbo. -Suponía que tarde o temprano Afrika saldría con una de éstas -dijo-, aunque tú, colega, no tienes aspecto de ser su asistente.

-Tú eres el Conde.

-Ajá -dijo el hombre-, yo soy el Conde. ¿Quién coño eres tú?

-Slick. Slick Henry.

El Conde se echó a reír. -¿Quieres un poco de coñac, Slick Henry? -y señaló con la copa hacia un mueble de madera pulida donde se exhibía una hilera de botellas barrocas, cada una con una plaquita de plata colgada al cuello de una cadenilla.

Slick negó con la cabeza.

El Conde se encogió de hombros. -De todos modos, no emborracha... Perdona que te lo diga, Slick, pero estás hecho una mierda. ¿Me equivoco al suponer que no participas en las operaciones de Kid Afrika? Y si no me equivoco, ¿qué es exactamente lo que te trae por aquí?

-Me ha mandado Gentry.

-¿Gentry qué?

-Tú eres el que está en la camilla, ¿no?

-El que está en la camilla soy yo. Y, ¿dónde, exactamente y en este preciso instante, está esa camilla, Slick?

-En lo de Gentry.

-¿Dónde queda eso?

-En la Fábrica.

-¿Y dónde está eso?

-En Dog Solitude.

-¿Y cómo es que fui a parar allí, donde quiera que esté eso?

-Fue Kid Afrika, él te trajo. Te trajo con una chica que se llama Cherry, ¿entiendes? Verás, yo le debía un favor, y él quería que te alojásemos un tiempo allí, a ti y a Cherry, y ella se encarga de cuidarte.

-Me has llamado Conde, Slick...

-Cherry dijo que Kid te llamó así una vez.

-Dime, Slick, ¿te pareció que Kid estaba preocupado cuando me llevó?

-Cherry dijo que se había asustado, allí en Cleveland.

-No me cabe la menor duda. ¿Quién es Gentry? ¿Un amigo tuyo?

-La Fábrica es de él. Yo también vivo allí...

-Y ese Gentry, ¿qué es? ¿Un vaquero, Slick? ¿Un jinete de consola? Porque si tú estás aquí es porque él es técnico, ¿no es así?

Ahora le tocaba a Slick encogerse de hombros. -Gentry es..., no sé, un artista, o algo así. Tiene unas teorías. Es difícil de explicar. Le acopló un juego de disruptores a ese chisme de la camilla, a eso a lo que estás tú enchufado. Primero quiso sacar una imagen en un aparato holográfico, pero lo único que salió fue como un mono, como una sombra, así que me convenció para que...

-Qué locura... Bueno, no tiene importancia. Esa fábrica que dices, ¿está en el quinto pino, o algo así? ¿Está relativamente aislada?

Slick asintió.

-¿Y esa Cherry es una especie de enfermera particular?

-Sí. Dice que tiene título de médica auxiliar.

-¿Y nadie ha ido a buscarme todavía?

-No.

-Eso está muy bien, Slick. Porque si alguien lo hiciera, aparte de la rata de mierda de mi amigo Kid Afrika, a vosotros os caería un problema de los gordos.

-¿De verdad?

-De verdad. Escúchame bien. Quiero que recuerdes esto. Si cualquiera llegase a presentarse en esa fábrica, vuestra única salvación sería conectarme a la matriz. -¿Has entendido?

-¿Cómo es que eres el Conde? O sea, ¿qué quiere decir eso?

-Bobby. Me llamo Bobby. Conde fue mi apodo en un tiempo, eso es todo. ¿Crees que te acordarás de lo que te he dicho?

Slick volvió a asentir.

-Muy bien. -Puso la copa en el mueble donde estaban aquellas botellas elegantes.- ¿Oyes eso? -Por la puerta abierta entraba el ruido de ruedas de coche que pisaban gravilla.- ¿Sabes quién llega, Slick? Angela Mitchell.

Slick se volvió para mirar. Bobby el Conde miraba hacia el camino.

-¿Angie Mitchell? ¿La estrella del estim? ¿Ella también está en esto?

-En cierto modo, Slick, en cierto modo...

Slick vio el coche largo y negro que pasaba. -Eh -empezó a decir-, Conde, quiero decir, Bobby, ¿qué es...?

-Tranquilo -le estaba diciendo Gentry-, apóyate en el respaldo. Tranquilo.

Tranquilo...

Regreso al este

Mientras Kelly y sus asistentes reunían su guardarropa para el viaje, tuvo la impresión de que la casa se agitaba a su alrededor, preparándose para uno de sus numerosos y breves períodos de desocupación.

Oía las voces de ellos desde el lugar de la sala donde estaba sentada, las risas. Una de las asistentas era una chica armada con un exoesqueleto de policarbono que le permitía transportar las cajas de su vestuario Hermés como si fuesen ingrávidos bloques de poliestireno; el susurrante traje bajaba la escalera con los pasos acolchados de sus romas patas de dinosaurio. Esqueleto azul, ataúdes de cuero.

Ahora Porphyre la miraba desde la puerta. -¿Está lista mi niña? -Llevaba puesto un abrigo largo y holgado de delgadísimo ante negro; justo encima de los tacones de las botas negras de charol brillaban sendas espuelas en diamante de fantasía.

-Porphyre -dijo Angie-, vas de civil. Y tenemos una entrada que hacer, en Nueva York.

-Las cámaras son para ti.

-Sí -admitió ella-, para mi reinserción.

-Porphyre se mantendrá bien detrás.

-Nunca te he visto preocuparte por robarle la escena a alguien.

Porphyre sonrió y dejó al descubierto dientes esculpidos, una dentadura aerodinámica, la fantasía vanguardista de algún dentista sobre lo que podrían ser las dentaduras de una especie más veloz, más elegante.

-Danielle Stark volará con nosotros. -Angie oyó el ruido del helicóptero que se acercaba.- Nos encontraremos con ella en Los Angeles.

-La estrangularemos -dijo él en tono confidencial mientras la ayudaba a ponerse el zorro azul que Kelly le había escogido-. Si le prometemos contarle a la prensa que fue por motivos sexuales, quizás hasta quiera seguirnos el juego.

-Eres horrible.

-Danielle es un horror, niña.

-Mira quién habla.

-Ah -dijo el peluquero entrecerrando los ojos-, pero mi alma es la de un niño.

Ahora aterrizaba el helicóptero.

De Danielle Stark, conocida por versiones estim de Vogue-Nippon y Vogue-Europa, se rumoreaba que se acercaba ya a los noventa años. De ser cierto, pensó Angie, que la examinaba disimuladamente mientras los tres subían a bordo del jet Lear, Danielle y Porphyre estarían maduros para someterse a una modificación quirúrgica general. Aparentaba tener unos esbeltos treinta y pocos, y sus únicas

modificaciones evidentes eran un par de implantes oculares Zeiss de color celeste. Una joven reportera de modas francesa se había referido a ellos como «innovadoramente pasados de moda»; la reportera, según la leyenda de la Red, no había vuelto a trabajar.

Y no pasaría mucho tiempo, supo Angie, antes de que Danielle desease drogarse con algo, con drogas de celebridad, con aquellos ojos color maíz de colegiala dispuesta a verlo todo.

Bajo la amedrentadora mirada de Porphyre, Danielle se las arregló para contenerse hasta que se encontraron a velocidad de crucero en algún lugar del cielo de Utah.

-Esperaba -dijo para empezar- no tener que ser yo la que sacase el tema.

-Danielle -atajó Angie-. Lo siento, de verdad. Qué despistada soy. -Tocó la pulida tapa de la cocina aérea Hosaka, que emitió un suave zumbido y comenzó a expender platillos de pato ahumado al té, ostras del golfo con tostadas a la pimienta negra, pudín de langostinos, tortitas de sésamo... Porphyre, que entendió la clave de Angie, sacó una botella de Chablis frío, el favorito de Danielle, recordó entonces Angie. Alguien -¿quizá Swift?- también lo había recordado.

-Drogas -dijo Danielle quince minutos después, cuando acababa con el pato.

-No te preocupes -la tranquilizó Porphyre-, cuando llegues a Nueva York encontrarás las que quieras.

Danielle sonrió. -Eres tan divertido... ¿Sabes que tengo una copia de tu partida de nacimiento? Sé cuál es tu verdadero nombre. -Le dirigió una mirada intencionada, sin dejar de sonreír.

-No sigas, se me caerá el pelo -dijo él, llenándole la copa.

-Interesante observación, tratándose de defectos congénitos. -Danielle tomó un sorbo.

-Congénito, genital... Hoy en día cambiamos todos tanto, ¿verdad? ¿Quién es tu peluquero, querida? -Porphyre se acercó más, inclinándose hacia ella.- Lo que te salva, Danielle, es que haces que los de tu especie parezcan vagamente humanos.

Danielle sonrió.

La entrevista en sí transcurrió sin mayores asperezas; Danielle era una entrevistadora demasiado experimentada para dejar que sus amagos de ataque cruzaran el umbral del dolor, donde podrían provocar una seria resistencia. Pero cuando se pasó un dedo por la sien para accionar el conmutador subcutáneo que apagaría su equipo de grabación, Angie se preparó para recibir la verdadera embestida.

-Gracias -dijo Danielle-. Lo que se diga durante el resto del vuelo, por supuesto, queda entre nosotros.

-¿Por qué mejor no te tomas una botella más, o dos, y te entregas? -preguntó Porphyre.

-Lo que no entiendo, querida -siguió Danielle, ignorándolo-, es por qué te molestaste...

-¿Por qué me molesté, Danielle?

-En ir a esa aburrida clínica. Has dicho que eso no afectaba tu trabajo. Has dicho además que no te «colocaba» en el sentido habitual de la palabra. -Soltó una risita.- ¿Por qué decidiste dejarlo?

-Porque salía tremendamente caro.

-En tu caso, no hay duda, eso es pura retórica.

Es verdad, pensó Angie, aunque una semana de consumo sí que costaba más o menos lo que tú ganas al año.

-Supongo que comenzó a molestarme tener que pagar para sentirme normal. O por una mala imitación de normalidad.

-¿Llegaste a aumentar el umbral de tolerancia?

-No.

-Qué raro.

-En realidad no. Los que la producen le ponen sustancias que supuestamente evitan las desventajas típicas.

-Ah. ¿Y qué me dices de las nuevas desventajas, de las desventajas del ahora? -Danielle se sirvió más vino.- He oído otra versión de todo esto, por supuesto.

-¿Lo dices en serio?

-Naturalmente. Lo que era, quién lo producía, por qué lo dejaste.

-¿Sí?

-Era un antipsicótico, producido en los laboratorios propios de la Senso/Red. Lo dejaste porque preferías estar loca.

Porphyre se encargó de quitarle discretamente la copa de la mano en el momento en que los párpados empezaron a mariposear pesadamente sobre aquellos ojos azules y brillantes. -Que sueñes con los angelitos, querida -dijo. Los ojos de Danielle se cerraron, y empezó a roncar suavemente.

-Porphyre, ¿qué... ?

-Le puse una dosis en el vino -explicó Porphyre-. No notará la diferencia, niña. No recordará nada de lo que no haya grabado. -La miró con una ancha sonrisa.- Tú no habrías querido tener que escuchar a esta zorra el resto del viaje, ¿o sí?

-¡Pero se va a dar cuenta, Porphyre!

-Te aseguro que no. Le diremos que se cepilló tres botellas ella sola y que dejó el baño hecho un desastre. Además, ella se sentirá hecha un desastre. -Y se echó a reír.

Danielle Stark seguía roncando, ahora con fuerza, en una de las dos literas abatibles de la parte posterior del avión.

-Porphyre -dijo Angie-, ¿crees que ella puede haber tenido razón?

El peluquero miró a Angie con esos ojos fantásticos, inhumanos. -¿Y tú no lo habrías sabido?

-No lo sé.

Porphyre suspiró. -La niña se preocupa demasiado. Ahora eres libre. Disfruta esa libertad.

-Pero sí que oigo voces, Porphyre.

-¿Acaso no las oímos todos, niña?

-No -dijo ella-, no como las que yo oigo. ¿Sabes algo de religiones africanas, Porphyre?

Porphyre sonrió con afectación. -Yo no soy africano.

-Pero cuando eras pequeño...

-Cuando yo era pequeño -dijo Porphyre-, era blanco.

-Oh...

Porphyre volvió a reír. -¿Religiones, niña?

-Antes de entrar en la Red tenía unos amigos. En Nueva Jersey. Eran negros y... religiosos.

Porphyre repitió la sonrisa y entornó los ojos. -¿Símbolos vudú, niña? ¿Huesos de pollo y aceite de poleo?

-Tú sabes que no es así.

-¿Y si lo supiera?

-No me tomes el pelo, Porphyre. Te necesito.

-La niña me tiene. Sí, sé a qué te refieres. ¿Y ésas son tus voces?

-Eran. Desde que empecé a tomar el polvo se fueron...

-¿Y ahora?

-Se han acabado. -Pero ya no la acuciaba el impulso, y Angie se abstuvo de tratar de contarle lo de Grande Brigitte y las drogas en el bolsillo de la chaqueta.

-Muy bien -dijo Porphyre-. Eso está bien, niña.

El Lear inició su descenso sobre Ohio. Porphyre miraba fijamente el tabique que los separaba de la cabina, inmóvil como una estatua. Angie miró hacia el país de nubes que se extendía abajo y subía hacia ellos y recordó el juego con el que solía entretenerse en los aviones cuando era niña, y que consistía en enviar a una Angie imaginaria a atravesar desfiladeros de nubes y a saltar en mullidos picos que por arte de magia se habían tornado sólidos. Aquellos aviones habrían pertenecido a la Maas-Neotek, supuso. De los jets empresariales de la Maas había pasado a Lears de la Red. Conocía las aerolíneas comerciales sólo como lugares de rodaje utilizados para sus estims: de Nueva York a París en el vuelo inaugural del Concorde restaurado de la JAL, con Robin y un grupo de la Red cuidadosamente seleccionado.

Bajaban. ¿Estarían ya sobre Nueva Jersey? ¿Oirían el motor del Lear los niños que pululaban en las azoteas de la arcología de Beauvoir? ¿Acaso el sonido de su paso alcanzaría a rozar los edificios de la infancia de Bobby? Qué increíblemente intrincado resultaba el mundo, en su maraña de mecanismos, cuando la voluntad corporativa de la Senso/Red decidía estremecer los huesecillos interiores que ocupaban los oídos de niños desconocidos y desconocedores...

-Porphyre sabe ciertas cosas -dijo él mismo, en voz muy baja-. Pero Porphyre necesita tiempo para pensar, niña...

El avión se inclinó hacia un lado para iniciar la maniobra final.

Kuromaku

Y Sally permaneció en silencio, en la calle y en el taxi, durante todo el largo y frío trayecto de regreso al hotel.

Desde «lo alto del fondo del pozo» la enemiga de Sally chantajeaba a Sally v a Swain. Sally se veía obligada a secuestrar a Angie Mitchell. La idea de que alguien le hiciera eso a la estrella de la Senso/Red le resultaba a Kumiko singularmente irreal, como si alguien se propusiese asesinar a un ser mítico.

El Finlandés había insinuado que la propia Angie ya estaba involucrada, de un modo sin embargo misterioso, peso había empleado palabras y giros que Kumiko no entendió. Algo en el ciberespacio; gente que hacía pacios con una cosa o varias. El Finlandés conocía a alguien que había sido amante de Angie; pero, ¿no era Robin Lanier su amante? La madre de Kumiko la había dejado ver algunos de los estims (le Angie y Robin. El chico había sido un vaquero, un ladrón de datos, corno Tick, el de Londres...

¿Y la enemiga, la chantajista? Estaba loca, dijo el Finlandés, y su locura había sido la causa del derrumbe de la fortuna familiar. Vivía sola, en su hogar ancestral, una casa llamada Straylight. ¿Que había hecho Sally para ganarse su enemistad? ¿Era cierto que había matado al padre de aquella mujer? ¿Quiénes eran los otros, los otros que habían muerto? Ya había olvidado sus nombres gaijin.

¿Había Sally averiguado lo que quería averiguar con su visita al Finlandés? Kumiko esperaba que, al final, aquel santuario blindado hiciese algún pronunciamiento, pero la entrevista había terminado en nada, en un rito gaijin de jocosas despedidas.

Ya en el vestíbulo del hotel, Petal las esperaba sentado en un sillón de terciopelo azul. Vestido para viajar, su voluminoso cuerpo estaba envuelto en un terno de lana gris; cuando ellas entraron se levantó del asiento como si fuese un extraño balón que se infla; sus ojos, más tibios que nunca, las miraban tras unas gafas de montura de acero.

-Hola -les dijo, y tosió-. Swain me ha mandado seguiros. Sólo para cuidar a la chica, ¿sabes?

-Llévatela a casa -dijo Sally-. Ahora. Esta noche.

—¡Sally! ¡No! -Pero ya la mano de Sally se había cerrado con fuerza sobre el brazo de Kumiko y tiraba de ella hacia una oscura sala lateral al vestíbulo.

-Tú espera aquí -ordenó Sally a Petal-. Y tú escúchame bien -le dijo a Kumiko mientras la empujaba hacia las sombras de un rincón-. Tú regresas a Londres. Ahora no puedo tenerte conmigo.

-Pero es que no me gusta aquello. No me gusta Swain, ni su casa, yo...

-Con Petal no hay problema -replicó Sally, acercándose más y hablando de prisa-. En caso de apuro, yo te diría que confiaras en él. En cuanto a Swain, bueno, ya sabes lo que es Swain, pero él depende de tu padre. Pase lo que pase, creo que te mantendrán a salvo. Pero si las cosas se ponen mal, pero muy mal, entonces ve al pub donde vimos a Tick. El Rose and Crown. ¿Te acuerdas?

Kumiko asintió con la cabeza mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.

-Si allí no encuentras a Tick, busca a un barman que se llama Bevan y di que vienes de mi parte.

-Sally, yo...

-Tú estás bien -dijo Sally y la besó de pronto, y por un instante una de sus lentes rozó la mejilla de Kumiko y el frío y la rigidez del contacto la estremecieron-. Yo, cariño, desaparezco.

Y desapareció, en el asordinado tintineo del vestíbulo, y Petal tosió discretamente en la entrada.

El vuelo de regreso a Londres fue como un larguísimo recorrido en metro. Petal pasó todo el tiempo escribiendo palabras, letra por letra, gruñendo en voz baja, en algún tipo de crucigrama para idiotas que venía en un notifax inglés. Kumiko terminó por dormirse, y soñó con su madre...

-El calentador funciona -dijo Petal cuando conducía hacia la casa de Swain desde Heathrow. En el Jaguar hacía un calor incómodo, un calor seco que olía a cuero y hacía que le dolieran ambos lados de la nariz. Kumiko hizo como si Petal no existiera mientras miraba la lánguida luz de la mañana, los techos de brillo negro entre parches de nieve que se fundía, las hileras de chimeneas...

-No está enfadado contigo, ¿sabes? -dijo Petal-. Siente que tiene una responsabilidad especial...

-Giri.

-Eh..., sí. Responsabilidad. Sally nunca ha sido muy previsible que se diga, pero no esperábamos...

-No tengo ganas de hablar, gracias.

Los ojos pequeños y preocupados de Petal en el espejo.

La plaza semicircular estaba bordeada de coches largos de plata gris y ventanillas ahumadas.

-Se están viendo muchas visitas esta semana -dijo Petal mientras aparcaba frente

al número 17. Bajó del coche y le abrió la puerta a Kumiko, que lo siguió con pasos de sonámbula para cruzar la calle y subir los peldaños grises, donde la puerta negra fue abierta por un hombre rechoncho y de cara roja vestido con un traje oscuro. Petal pasó a su lado como si él no estuviera.

-Alto -dijo el cara roja-. Swain quiere verla ahora.

Las palabras del hombre hicieron que Petal se detuviera en seco, emitiera un gruñido, girara sobre los talones con rapidez desconcertante y agarrara al hombre por las solapas del traje.

-En adelante mostrarás más respeto -dijo Petal, y aunque no había levantado la voz no había en ella el menor rastro de su acostumbrada suavidad cansina. Kumiko oyó el ruido de costuras que se rompían.

-Disculpe, señor. -La cara roja se mostraba cautelosamente inexpresiva.- Me dijo que le dijera.

-Ven conmigo -le dijo entonces Petal a Kumiko, soltando la oscura solapa de lana peinada-. Sólo querrá saludarte.

Encontraron a Swain sentado frente a una mesa de refectorio de tres metros de largo en la sala donde ella lo había visto por primera vez, los dragones de su jerarquía escondidos bajo una camisa blanca de velarte y una corbata de seda a rayas. Sus miradas se encontraron cuando ella entró; el rostro alargado de Swain se hallaba ensombrecido por una lámpara de bronce de pantalla verde que había junto a una pequeña consola y un grueso atado de papeles. -Qué bueno -dijo-. ¿Qué te pareció el Sprawl?

-Estoy muy cansada, señor Swain. Quisiera irme a mi habitación.

-Nos alegra que hayas vuelto, Kumiko. El Sprawl es un lugar peligroso. Los amigos de Sally no deben de ser el tipo de gente que a tu padre le gustaría verte frecuentar.

-¿Puedo retirarme a mi habitación ahora?

-¿Conociste a alguno de los amigos de Sally, Kumiko?

-No.

-¿De verdad? ¿Qué hiciste?

-Nada.

-No debes enfadarte con nosotros, Kumiko. Te estamos protegiendo.

-Gracias. ¿Puedo marchar a mi habitación ahora?

-Naturalmente. Debes de estar muy cansada.

Petal la siguió hasta el dormitorio llevando su maleta; su traje gris estaba ajado y arrugado por el viaje. Kumiko se cuidó de no mirar cuando pasaron bajo la mirada vacía del busto de mármol donde la unidad Maas-Neotek tal vez siguiera oculta, aunque con Swain y Petal en la sala no se le ocurría de qué modo podría recuperarla.

Había en la casa una nueva sensación de movimiento, un movimiento enérgico y asordinado: voces, pasos, el traqueteo del ascensor, el borboteo de las tuberías cuando alguien abría un grifo.

Se sentó al pie de la enorme cama y fijó la mirada en la bañera de mármol negro. La periferia de su campo visual parecía agitada por imágenes residuales de Nueva York; si cerraba los ojos, se encontraba de nuevo en el callejón, acuclillada junto a Sally. Sally, que la había alejado de su lado. Que no había mirado hacia atrás. Sally, cuyo nombre había sido una vez Molly, o Misty, o ambos. Y, una vez más, su falta de valor. Sumida, su madre a la deriva en agua negra. Su padre. Sally.

Poco después, empujada por una curiosidad que hizo a un lado su vergüenza, se levantó de donde estaba, se cepilló el pelo, se calzó con medias de caucho fino y suelas de plástico dibujado, y salió muy silenciosamente al pasillo. Cuando el ascensor abrió sus puertas sintió un fuerte y desagradable olor a cigarrillo.

Cara roja caminaba de un extremo a otro del vestíbulo alfombrado de azul cuando ella salió del ascensor; llevaba las manos metidas en los bolsillos de la apretada chaqueta negra. -Eh... -dijo, alzando las cejas-. ¿Necesita algo?

-Tengo hambre -dijo Kumiko en japonés-. Voy a la cocina.

-Eh... -dijo entonces el hombre, sacándose las manos de los bolsillos y estirándose la chaqueta-, ¿habla inglés?

-No -contestó Kumiko, y pasó a su lado sin detenerse y dobló al llegar al final del pasillo.

-Eh... -le oyó decir al hombre, esta vez con algo de urgencia, pero ya ella hurgaba detrás del busto de mármol.

Logró deslizar la unidad en el bolsillo justo cuando él aparecía por la esquina. Vigilaba el lugar automáticamente, con las manos sueltas colgando a sus costados, de una forma que de pronto le recordó a los secretarios de su padre.

-Tengo hambre -dijo en inglés.

Cinco minutos después volvió a su habitación con una naranja grande y de aspecto muy británico; los ingleses no parecían darle especial importancia a la simetría de las frutas. Después de cerrar la puerta puso la naranja en el borde chato y ancho de la bañera y sacó la unidad Maas-Neotek del bolsillo.

-Rápido -dijo Colin, arreglándose el pelo mientras su imagen entraba en foco-, ábrela y pon en A el conmutador A/B. El nuevo régimen ha puesto aun técnico a cargo de las rondas, y se ocupa de detectar chismes como éste. Una vez que hayas cambiado la configuración ya no debería funcionar como dispositivo de escucha. -Kumiko siguió las instrucciones valiéndose de un gancho de pelo.

-¿Qué quieres decir con eso de nuevo régimen? -le preguntó, articulando las palabras sin enunciarlas.

-¿No lo has notado? Ahora hay al menos una docena de empleados, por no hablar

de los numerosos visitantes. Bueno, aunque supongo que más que un nuevo régimen es una mejora del procedimiento. Tu señor Swain es un tipo muy sociable, a su disimulada manera. Ahí tienes una conversación, entre Swain y el vicedirector de División Especial, por la que más de uno mataría, entre ellos el funcionario antes mencionado.

-¿División Especial?

-La policía secreta. Vaya amistades que tiene el Swain éste: gente de la Casa Buck, zares de casas de vecindad del East End, altos cargos de la policía...

-¿La Casa Buck?

-El Palacio. Por no hablar de los banqueros de la City, una estrella del simestim, un puñado o dos de alcahuetes caros y algunos narcotraficantes...

-¿Una estrella del simestim?

-Lanier, Robin Lanier.

-¿Robin Lanier estuvo aquí?

-A la mañana siguiente de tu precipitada partida.

Kumiko miró a los ojos transparentes de Colin. -¿Me estás diciendo la verdad?

-Sí.

-¿Me la dices siempre?

-En la medida en que la conozco, sí.

-¿Qué eres tú?

-Un biochip Maas-Neotek, una base de personalidad programada para ayudar y aconsejar al visitante japonés en el Reino Unido -le guiñó un ojo.

-¿Por qué me has guiñado un ojo?

-¿Por qué se te ocurre que lo hice?

-¡Responde a mi pregunta! -Su voz resonó en la habitación espejada.

El fantasma se tocó los labios con un estilizado dedo. -Soy algo más, sí. Demuestro demasiada iniciativa para ser un simple programa guía. Aunque el modelo en que estoy basado es de lo mejor, sumamente sofisticado. Pero no puedo decirte con exactitud qué soy, porque no lo sé. -¿No lo sabes? -Otra vez subvocalmente, cautelosamente.

-Sé todo tipo de cosas -dijo Colin y se acercó a una de las ventanas-. Sé que se dice que una mesa que hay en Middle Temple Hall está hecha con tablas del Golden Hind;6 que hay que subir ciento veintiocho escalones para llegar a la pasarela del Puente de Londres; que en Wood Street, a la derecha de Cheapside, hay un árbol donde se piensa que cantó el tordo de Wordsworth... -De pronto se volvió para encararla.- Pero no es, porque el árbol actual es resultado de una clonación que se hizo del original en 1998. Sé todas esas cosas, como ves, y más, muchas más. Podría, por ejemplo, enseñarte los rudimentos del snooker, que es una variante del billar. Eso es lo que soy o, mejor dicho, lo que originalmente se quería que fuese. Pero también

soy algo más, y con toda probabilidad soy algo que tiene que ver contigo. No sé qué. De verdad que no.

-Eres un obsequio de mi padre. Dime, ¿te comunicas con él?

-No que yo sepa.

-¿No le informaste de mi marcha?

-No me entiendes -dijo Colin-. Yo no sabía que tú te hubieses marchado hasta que me activaste, hace un momento.

-Pero has estado grabando...

-Sí, pero sin ser consciente de ello. Yo estoy «aquí» sólo cuando tú me activas. Entonces evalúo los datos actuales... Sin embargo, una cosa de la que puedes estar bastante segura es que es sencillamente imposible transmitir cualquier tipo de señal desde esta casa sin que los detectores de Swain lo sepan de inmediato.

-¿Es posible que haya más de ti, quiero decir, otro como tú, en la misma unidad?

-Es una idea interesante, pero no, a no ser que se trate de algún inquietante y secreto salto tecnológico. Ya soy yo bastante vanguardista, si se piensa en el tamaño de mi hardware. Esto lo sé por mi almacén de información general.

Kumiko miró la unidad que tenía en la mano. -Lanier -dijo-. Háblame de él.

-Diez/veinticinco/dieciséis: A.M. -dijo Colin. Y la cabeza de Kumiko se llenó de voces incorpóreas.

petal: -Sírvase seguirme, señor...

swain: -Entremos en la sala de billar.

tercera voz: -Más vale que tengas una buena razón para esto, Swain. Hay tres hombres de la Red esperando en el coche. Los de Seguridad tendrán tu dirección en la base de datos hasta que el infierno se congele.

petal: -Muy bonito coche, señor, el Daimler. ¿Me permite su abrigo?

tercera voz: -¿De qué se trata, Swain? ¿Por qué no podíamos encontrarnos en casa de Brown?

swain: -Quítate el abrigo, Robin. Ella se ha ido.

TERCERA VOZ: -¿Ido?

swain: -Al Sprawl. Esta mañana, temprano.

tercera voz: -Pero si no es hora de...

swain: -¿Te crees que la he mandado yo?

La respuesta del hombre sonó en el vacío, indistinta, ahogada por una puerta que se cerraba. -¿Ése era Lanier? -preguntó Kumiko en voz baja.

-Sí -dijo Colin-. Petal lo había llamado por su nombre en una conversación anterior. Swain y Lanier pasaron veinticinco minutos juntos.

Ruido de pasador, movimiento.

swain: -Vaya una cagada, pero no es mía. Ya te había advertido cómo es ella, te dije que los pusieras sobre aviso. Es una asesina innata, probablemente psicópata...

lanier: -Pero es tu problema, no el mío. Tú necesitas el producto de ellos y mi colaboración.

swain: -¿Y cuál es su problema, señor Lanier? ¿Por qué estás metido en esto? ¿Sólo para quitar a Mitchell del paso?

lanier: -¿Dónde está mi abrigo?

swain: -Petal, el maldito abrigo del señor Lanier.

petal: -Señor.

lanier: -Tengo la impresión de que quieren cargarse a la mujer navaja tanto como a Angie. No hay duda de que forma parte del pago. También a ella se la llevarán.

swain: -Pues que tengan mucha suerte. Ya ella ha tomado posición, en el Sprawl. Hablé con ella por teléfono hace una hora. Tengo allí a uno que se encargará de arreglarle los papeles, el mismo que se los ha estado arreglando a... la chica. ¿También tú regresas?

lanier: -Esta noche.

swain: -Ya, bueno, pues no hay de qué preocuparse.

lanier: -Adiós, Swain.

petal: -Vaya cabronazo ése.

swain: -Esto no me gusta, de verdad.

petal: -Pero te gustan los juguetes, ¿o no?

swain: -De eso no me puedo quejar, pero, ¿por qué se te ocurre que quieran cargarse a Sally también?

petal: -Dios sabrá. Ellos sabrán en qué se meten...

swain: -Ellos. No me gustan los «ellos»...

petal: -No creo que se alegren al saber que se ha marchado por su cuenta, con la hija de Yanaka...

swain: -No, pero tenemos de nuevo a la hija de Yanaka. Mañana le diré a Sally que Prior está en Baltimore, poniendo a la chica a punto...

petal: -Muy feo es ese asunto, vaya si lo es...

swain: -Llévame una jarra de café al despacho.

Kumiko se acostó boca arriba, con los ojos cerrados, mientras la grabación de Colin se reproducía en su cabeza entrando directamente a sus nervios auditivos. Swain parecía realizar la mayoría de sus negocios en la sala de billar, lo cual significaba que Kumiko oía ruido de gente entrando y saliendo, inicios y finales de conversaciones. Dos hombres, uno de los cuales podría ser el cara roja, sostuvieron una interminable discusión sobre carreras de perros y las apuestas del día siguiente. Kumiko prestó especial atención cuando Swain y el hombre de la División Especial (DE, decía Swain) cerraron un negocio justo al pie del busto de mármol, mientras el otro se preparaba para irse. Interrumpió ese segmento una docena de veces para

solicitar aclaraciones. Colin sugería hipótesis educadas.

-Éste es un país muy corrupto -dijo Kumiko al fin, profundamente escandalizada.

-Tal vez no más que el tuyo -replicó Colín.

-Pero, ¿con qué está pagando Swain a toda esa gente?

-Información. Yo diría que nuestro señor Swain ha dado hace poco con una fuente de información de inteligencia de muy alto grado y ahora se dedica a convertirla en poder. A juzgar por lo que hemos oído, me atrevería a decir que ésa ha sido quizá su línea de trabajo durante ya algún tiempo. Lo que sí se nota, de cualquier modo, es que está subiendo escalones, se hace más grande. Hay evidencias internas de que hoy es un hombre mucho más importante de lo que era hace una semana. Además, tenemos la prueba en la ampliación de personal...

-Debo decírselo a... mi amiga.

-¿A Shears? ¿Decirle qué?

-Lo que ha dicho Lanier. Que se la van a llevar, a ella y a Angela Mitchell.

-¿Dónde está ahora?

-En el Sprawl. En un hotel...

-Llámala por teléfono. Pero no desde aquí. ¿Tienes dinero?

-Un chip MitsuBank.

-No funciona en nuestros teléfonos, lástima. ¿No tienes monedas?

Kumiko se levantó de la cama y clasificó cuidadosamente las monedas inglesas que se habían acumulado en el fondo de su monedero. -Aquí está -dijo, mostrándole una gruesa moneda dorada-, diez libras.

-Se necesitan dos de ésas para una llamada local. -Kumiko dejó caer la moneda de diez en el monedero.- No, Colin. No usaré el teléfono. Conozco un medio mejor. Quiero salir de aquí. Ahora. Hoy. ¿Me ayudarás?

-Claro -dijo Colin-, aunque te recomiendo que no lo hagas.

-Pero lo haré.

-Muy bien. ¿Cómo te propones hacerlo?

-Les diré -dijo Kumiko- que tengo que ir de compras.

Mala mujer

LA mujer debía haber entrado después de la medianoche, se le ocurrió luego, porque fue después del regreso de Prior con los cangrejos, la segunda bolsa de cangrejos. Había que admitir que en Baltimore tenían buenos cangrejos, aparte de que los pases de wiz siempre le abrían el apetito, por lo cual convenció a Prior de que fuese a buscar más. Gerald estuvo entrando cada cierto tiempo para cambiarle los dermos de los brazos; ella siempre lo recibía con su sonrisa más tonta, y en cuanto salía les exprimía el líquido y se los volvía a poner. Ya más tarde Gerald le dijo que debería dormir un poco, apagó las luces y redujo al mínimo el resplandor de la ventana falsa, un atardecer rojo sangre.

En cuanto se halló de nuevo a solas deslizó la mano entre la cama y la pared y encontró la porra eléctrica en el agujero del colchón.

Se quedó dormida sin querer; el fulgor rojo de la ventana era como un crepúsculo en Miami, y debió de soñar con Eddy, o en todo caso estaba en Hooky Green, bailando con alguien en el piso cuarenta y tres, porque cuando el ruido la despertó no sabía a ciencia cierta dónde estaba, pero tenía muy en claro el mapa de salida del Hooky Green, como si adivinase que más valía buscar la escalera porque algo iba mal en el local...

Tenía medio cuerpo fuera de la cama cuando Prior atravesó la puerta, de hecho pasó a través de la puerta, pues ésta estaba aún cerrada cuando se produjo el impacto. Entró de espaldas y la puerta saltó en astillas y láminas de cartón piedra.

Lo vio estrellarse contra la pared, vio que dejaba de moverse y que en la entrada había otra persona, iluminada por detrás desde la otra pieza, y lo único que alcanzaba a ver de aquel rostro eran dos curvas de luz roja, reflejo del falso atardecer.

Volvió a meter las piernas en la cama y se arrinconó lo más que pudo contra la pared mientras deslizaba la mano hacia la...

-No te muevas, putita. -Algo en aquella voz la llenaba de miedo: era demasiado alegre, como si el haber arrojado a Prior a través de la puerta hubiese sido una travesura de nada.- Y te lo digo en serio... -La mujer cruzó la habitación en tres zancadas y se le acercó, tanto que Mona sentía el frío que despedía el cuero de su chaqueta.

-Sí -dijo Mona-, sí, sí...

Entonces unas manos la asieron, muy rápido, y se halló tumbada de espaldas, con los hombros hundidos a la fuerza en la espuma del colchón, y algo -la porra- se le presentaba ante los ojos.

-¿Dónde encontraste esta cosita?

-Ah -dijo Mona, como si hablara de algo que hubiese visto pero olvidado-, estaba en la chaqueta de mi novio. Me prestó su chaqueta...

El corazón le saltaba en el pecho. Había algo en esas gafas...

-¿Este imbécil sabía que tenías esta cosita?

-¿Quién?

-Prior -dijo la mujer antes de soltarla y dar media vuelta. Se puso a patear a Prior una y otra vez, con fuerza-. No -dijo entonces, deteniéndose tan bruscamente como había comenzado-. No creo que Prior supiera.

Y Gerald se presentó en el umbral, como si nada hubiese ocurrido, salvo por la triste mirada con que examinaba la parte de puerta que aún permanecía en el marco y el modo en que pasaba el dedo pulgar por el borde de una lámina astillada. -¿Café, Molly?

-Dos cafés, Gerald -dijo la mujer mientras examinaba la porra-. El mío sin leche.

Mona bebía el café a sorbos y estudiaba la ropa y el peinado de la mujer mientras esperaban a que Prior despertara. Al menos eso era lo que parecían estar haciendo. Gerald se había marchado otra vez.

No se parecía a nadie que Mona hubiese visto antes; no podía darle un lugar en su mapa de estilos; sólo adivinaba que tenía dinero. El peinado era europeo; Mona había visto esos cortes en una revista, y en todo caso estaba segura de que no era el estilo de la temporada en curso, pero le iba bien con las gafas, que eran implantes insertados directamente en la piel. En Cleveland había visto a un taxista con unas iguales. Llevaba además una chaqueta corta, marrón oscuro, demasiado insípida para el gusto de Mona pero a todas luces nueva, con un cuello amplio de piel de cordero que se abría ahora sobre una extraña pieza verde que le apretaba los senos y el estómago como un chaleco antibalas, y debía de serlo, sospechaba Mona; los vaqueros estaban hechos de una especie de ante verde-gris, suave y grueso, que a juicio de Mona eran lo mejor de su atuendo; con gusto habría firmado por unos así, si no fuera porque las botas arruinaban el efecto, unas botas negras de caña alta como las que llevan los pilotos de motos de carrera, con gruesas suelas de caucho amarillo, cintas anchas que le cruzaban el empeine, unas hebillas cromadas, y unas horribles punteras de ruidoso metal. ¿De dónde habría sacado ese esmalte de uñas, ese tono tinto? Mona pensaba que esos tonos ya no se fabricaban siquiera.

-¿Qué diablos miras?

-Eh..., tus botas.

-¿Y?

-Que no van con tus pantalones.

-Me las puse para romperle los huesos a Prior.

Prior gimió en el suelo y trató de vomitar, lo cual hizo que también Mona sintiera náuseas; dijo que iba al baño.

-No trates de marcharte. -La mujer parecía estar vigilando a Prior, mirándolo por encima del borde de la taza blanca de porcelana, pero con esas gafas no había forma

de saber.

De algún modo se encontró en el baño con el bolso en el regazo. Se dio toda la prisa que pudo para prepararse un pase; no logró triturar los cristales suficientemente y por eso sintió el ardor en el fondo de la garganta, pero, como Lanette solía decir, no siempre hay tiempo para sutilezas. Al fin y al cabo, ¿no lo veía todo mejor ahora? En el baño de Gerald había una ducha pequeña, pero por su aspecto daba la impresión de no haber sido utilizada en mucho tiempo. La examinó más de cerca y vio el musgo gris que crecía en torno al desagüe, y manchas que parecían de sangre seca.

Cuando volvió a la habitación la mujer estaba arrastrando a Prior hacia otro cuarto, tirando de él por los pies. Éste llevaba calcetines, pero no zapatos, advirtió Mona, como si se los hubiera quitado para dormir. Su camisa azul estaba manchada de sangre y tenía la cara amoratada.

Lo que Mona sintió, cuando el wiz le dio el pelotazo, fue una curiosidad intensa e inocente. -¿Qué estás haciendo?

-Creo que tendré que despertarlo -dijo la mujer, como si estuviera en el metro y hablase de otro pasajero a punto de pasarse de estación. Mona la siguió hasta la sala donde Gerald llevaba a cabo su trabajo y donde todo era de una limpieza y blancura de hospital; vio a la mujer subir a Prior a un sillón como los de peluquería, de esos con palancas y botones. No parece tan fuerte, pensó Mona, pero es como si supiera hacia dónde tirar el peso. La cabeza inerte de Prior cayó hacia un lado mientras la mujer lo ataba a la silla con un cinturón negro que le cruzaba el pecho. Mona empezaba a compadecerse de él, pero entonces se acordó de Eddy.

-¿Qué te pasa? -La mujer llenaba un cubo blanco de plástico con agua que salía de un grifo cromado.

Mona intentó decirlo; sentía que el corazón se le desbocaba, aguijoneado por el wiz. Él mató a Eddy, intentó decir en vano una y otra vez, pero no le salía. Luego debió de lograrlo, porque la mujer dijo: «Sí, es el tipo de cosa que éste haría... si lo dejas». Arrojó el agua a Prior, en la cara y la camisa; los ojos de Prior se abrieron de golpe y el blanco del ojo izquierdo era una mancha de rojo intenso; las pinzas metálicas de la porra eléctrica soltaron chispas cuando la mujer las aplicó a la camisa azul empapada. Prior soltó un aullido.

Gerald tuvo que arrodillarse para sacarla de debajo de la cama. Tenía las manos frías y muy suaves. No podía recordar cómo se había metido allí abajo, pero ahora todo estaba en calma. Gerald llevaba una gabardina gris y gafas oscuras.

-Te marchas con Molly, Mona -le dijo.

Mona se puso a temblar.

-Más vale que te dé algo para esos nervios.

Mona saltó hacia atrás violentamente, librándose de esas manos. -¡No! ¡No me toques!

-Déjalo así, Gerald -dijo la mujer desde la puerta-. Es hora de irse.

-Me parece que no sabes lo que estás haciendo -dijo Gerald-, pero que tengas suerte.

-Gracias. ¿Echarás de menos este lugar?

-No. De todas formas no iba a tardar en jubilarme.

-Yo tampoco -dijo la mujer, y Gerald se marchó sin siquiera dedicar un gesto de despedida a Mona.

-¿Tienes algo de ropa? -le preguntó la mujer-. Póntela. Nosotras también nos vamos.

Mientras se vestía, Mona descubrió que no podía abotonarse el vestido por encima de sus nuevos senos, así que lo dejó abierto, se puso la chaqueta de Michael y se subió la cremallera hasta la barbilla.

Compañía

A veces lo único que le hacía falta era quedarse allí a mirar al Juez, o acuclillarse junto a la Bruja. Hacer eso le evitaba el tartamudeo de recuerdos. No las fugas, las verdaderas retrospectivas, sino una sensación borrosa y molesta que le daba, como si la cinta de la memoria corriese mal sobre el cabezal de su mente y perdiese así insignificantes incrementos de experiencia... Eso era lo que hacía en ese momento, y le estaba dando resultado, hasta que terminó por darse cuenta de que Cherry estaba a su lado.

Gentry estaba en el loft con la forma que había capturado, lo que él llamaba «nódulo macroforma», y no le había prestado atención a lo que Slick trató de decirle sobre la casa, sobre aquel lugar y Bobby el Conde.

Decidió entonces bajar y agazaparse en la oscuridad y el frío junto a uno de los Investigadores, rememorando todas las cosas que había hecho con tantas y tan distintas herramientas, de dónde había sacado cada pieza, pero fue entonces cuando Cherry se acercó y le tocó la cara con una mano fría.

-¿Estás bien? -le preguntó-. Se me ocurrió que quizá te había vuelto a pasar eso...

-No. Sólo que a veces tengo que venir aquí, sólo a veces.

-Te enchufó a la caja del Conde, ¿no es así?

-Bobby -dijo Slick-, se llama así. Lo vi.

-¿Dónde?

-En ese lugar. Es todo un mundo. Hay una casa, como un castillo o algo así, y él está allí.

-¿Está solo?

-Dijo que Angie Mitchell está ahí también.

-A lo mejor es que está loco; ¿estaba ella?

-A ella no la vi. Vi su coche; él dijo que era su coche.

-Lo último que he oído sobre ella es que está en una clínica de desintoxicación para famosos, en Jamaica.

Slick se encogió de hombros. -No sé.

-¿Cómo es él?

-Se veía más joven. De todas formas quién no tendría mal aspecto con todos esos tubos y esas mierdas enchufadas. Dijo que seguro que Kid Afrika lo había dejado aquí porque se habría asustado. Me indicó también que si alguien viene preguntando por él que lo conectemos a la matriz.

-¿Por qué?

-No sé.

-Se lo deberías haber preguntado.

Slick repitió el gesto de indiferencia. -¿Has visto a Pájaro por aquí?

-No.

-Ya debería haber vuelto. -Se levantó.

Pajarito volvió al atardecer conduciendo la moto de Gentry; en la planicie de Solitude resonaba el rugido de la máquina; las alas negras que le hacía el pelo mojado de nieve se agitaban a su espalda. Slick hizo una mueca de dolor: Pajarito llevaba la moto en una marcha equivocada. Subió de golpe por un montículo de bidones de aceite compactados y frenó justo cuando tendría que haber acelerado. Cheery miró a Slick boquiabierta y la moto se separó de su conductor en pleno salto, pareció flotar allí un instante antes de dar una vuelta de campana y caer en el amasijo de láminas metálicas que antes habían pertenecido a un cobertizo de la Fábrica, mientras Pajarito rodaba una y otra vez por el suelo.

Por alguna razón Slick no llegó a oír el impacto. Estaba junto a Cherry bajo el toldo de una rampa de carga sin puerta y de pronto se halló, sin transición, corriendo por la superficie de óxido salpicada de nieve hacia el jinete caído. Pajarito yacía boca arriba, con sangre en los labios, la boca parcialmente escondida bajo el enredo de tirillas de cuero y amuletos que le colgaban del cuello.

-No lo toques -aconsejó Cherry-. Puede tener una costilla rota, quién sabe si está reventado por dentro...

Pajarito abrió los ojos al oír su voz. Se lamió los labios y escupió sangre y un pedazo de diente.

-No te muevas -dijo Cherry, arrodillándose a su lado y hablando con la esmerada dicción que le habían enseñado a emplear en la escuela para auxiliares de medicina-, puedes estar herido...

-Vá... vayase a la mierda, señora -alcanzó a decir Pajarito mientras Slick lo ayudaba a ponerse en pie.

-Está bien, imbécil -contestó Cherry-. Como tengas una hemorragia ya verás quién se va a la mierda.

-No lo conseguí -dijo Pajarito, quitándose sangre de la cara con el dorso de la mano-, el camión. -Ya me he dado cuenta -dijo Slick. -Marvie-y-ellos tienen compañía. Se les ha llenado el patio como la mierda de moscas. Un par de deslizadores, un helicóptero y más tinglado. Un montón de tíos. -¿Qué clase de tíos?

-Parecen soldados, pero no son. Los soldados van por ahí holgazaneando, se hacen los locos, se cuentan chistes si no hay un superior que los castigue. Pero éstos no. -¿Policías? -Marvie y sus dos hermanos cultivaban variedades mutantes de ortigas en una docena de vagones cisterna semienterrados; en más de una ocasión habían intentado producir rudimentarios complejos de aminas, pero el laboratorio les saltaba por los aires cada dos por tres. Para la Fábrica, ellos eran lo que más se acercaba a la noción de vecinos permanentes. Estaban a seis kilómetros.

-¿Policías? -Pajarito escupió otro trozo de diente y se tocó los labios con un dedo cauteloso.- No están haciendo nada ilegal. De todas formas, los policías no se pueden pagar esas cosas, deslizadores nuevos, Hondas nuevos... -Bajo la película de sangre y saliva que le cubría la boca apareció una sonrisa.- Estuve rondando por Solitude y los estudié a fondo. No son tíos con los que quisiera verme, y tú tampoco. Parece que me cargué la moto de Gentry, ¿no?

-No te preocupes por eso -le dijo Slick-. Me parece que le preocupan otras cosas.

-Pues me parece muy bien... -Pajarito empezó a caminar a trompicones hacia la Fábrica, estuvo por caerse, recuperó el equilibrio, siguió caminando.

-Es más alto que una palmera -comentó Cherry. -Eh, Pájaro -le gritó Slick-, ¿qué pasó con la bolsa de mierda que le mandé a Marvie contigo?

Pájaro vaciló, se volvió hacia él. -La perdí. -Y desapareció al doblar una esquina de metal corrugado.

-A lo mejor se lo está inventando -dijo Cherry-. Lo de los tíos ésos. Estará viendo cosas.

-Lo dudo -dijo Slick al tiempo que la empujaba hacia la sombra al ver que un Honda negro y sin luces salido de la luz crepuscular de aquel invierno volaba hacia la Fábrica.

Oyó el ruido del Honda cuando pasaba por quinta vez por encima de la Fábrica, mientras él subía las escaleras chirriantes; la techumbre de metal traqueteó con el paso del helicóptero. Bueno, pensó, al menos el tener visitas debería llamar la atención de Gentry. Cruzó la frágil pasarela en diez pasos largos y lentos; empezaba a preguntarse si algún día podrían sacar de allí al Conde y su camilla sin tener que soldar vigas en las barandillas de la pasarela.

Entró sin llamar en el loft, ahora lleno de luz. Gentry estaba sentado frente a una mesa de trabajo, la cabeza ladeada, mirando hacia las claraboyas de plástico. La mesa estaba llena de trozos de hardware y pequeñas herramientas.

-Un helicóptero -dijo Slick, aún jadeando por la subida.

-Un helicóptero -confirmó Gentry, asintiendo con gesto meditabundo y haciendo bailar su desmelenada cola de caballo-. Parece que están buscando algo.

-Creo que lo acaban de encontrar.

-Podrían ser los de Autoridad de Fisión.

-Pájaro vio gente donde está Marvie. También estaba el helicóptero. No me hiciste mucho caso cuando traté de contarte lo que dijo.

-¿Pájaro? -Gentry bajó la mirada hacia los objetos diminutos y brillantes de la mesa. Tomó dos conectores de hilo y los entrelazó.

-¡El Conde! Me dijo que...

-Bobby Newmark -dijo Gentry-, sí, ahora sé mucho más sobre Bobby Newmark.

Cherry entró después de Slick. -Tenéis que hacer algo con ese puente -dijo, acercándose inmediatamente a la camilla-, tiembla demasiado. -Y se inclinó para chequear los indicadores del Conde.

-Acércate, Slick -dijo Gentry, levantándose de la silla. Fue hasta la holomesa. Slick lo siguió y miró hacia la imagen que allí resplandecía. Le recordó los tapices que había visto en la casa gris, los motivos se parecían, sólo que éstos estaban hilados en un finísimo neón que se retorcía en una suerte de nudo infinito; dolía la cabeza de sólo mirar al núcleo del nudo. Y sin embargo miró.

-¿Es eso? -le preguntó a Gentry-. ¿Eso es lo que has estado buscando todo este tiempo?

-No. Ya te lo he dicho. Esto es sólo un nódulo, una macroforma. Un modelo...

-Él tiene una casa, es como un castillo, y césped y árboles y cielo...

-Tiene mucho más que eso. Tiene un universo más que eso. Eso no era más que una construcción hecha con retazos de un estim publicitario... Lo que él tiene es un resumen de la suma total de los datos que conforman el ciberespacio. Con todo, es lo más cerca que he llegado nunca... ¿No te dijo por qué estaba allí? -No le pregunté. -Entonces tendrás que volver.

-Oye, Gentry. Óyeme bien. ¿Has visto ese helicóptero? Pues volverá. Y volverá con dos deslizadores llenos de tíos que según dijo Pájaro parecían soldados. Nos buscan, tío. Lo están buscando a él.

-Tal vez sean de los suyos. Tal vez nos estén buscando. -No. Si me lo dijo él. Dijo que si alguien venía a buscarlo nos habríamos metido en un mierdero y que tendríamos que conectarlo a la matriz.

Gentry volvió a mirar el conector que aún sostenía. -Vamos a hablar con él, Slick. Volverás; y esta vez yo iré contigo.

Viaje de invierno

Petal terminó por aceptar, pero sólo cuando ella propuso que se llamase a su padre para que diese la autorización. Resignado, fue en busca de Swain, y cuando volvió, sin que su humor hubiese mejorado, la respuesta que traía era un sí. Envuelta en varias capas de sus prendas más abrigadas, Kumiko esperó de pie en el vestíbulo pintado de blanco, examinando las escenas de caza mientras Petal instruía, a puerta cerrada, al hombre de cara roja, cuyo nombre era Dick. Kumiko no distinguía las palabras por separado, sólo percibía un sordo torrente de admoniciones. Llevaba la unidad Maas-Neotek en el bolsillo, pero evitaba tocarla: Colin había intentado disuadirla ya dos veces.

Dick salió de la charla de Petal con una sonrisa instalada en los duros labios. Bajo el apretado traje negro llevaba un cuello de cisne rosa de cachemir y un chalequillo de lana gris. Tenía el pelo negro ceñido al cráneo, y las pálidas mejillas se le habían oscurecido por las horas de barba no afeitada. Kumiko apretó en la palma de la mano la unidad que llevaba en el bolsillo. -Bueno -dijo Dick mientras la miraba de arriba abajo-. ¿Adónde nos vamos de paseo?

-A Portobello Road -dijo Colin, indolentemente apoyado en la pared al lado del sobrecargado perchero. Dick descolgó un abrigo oscuro, para lo que atravesó a Colin con el brazo, y se lo abotonó. Se puso además un par de voluminosos guantes de cuero negro.

-A Portobello Road -dijo Kumiko, soltando la unidad.

-¿Cuánto tiempo lleva trabajando para el señor Swain? -le preguntó mientras salían de la calle en media luna, resbaladiza por el hielo.

-El suficiente -replicó él-. Cuidado con resbalar. Vaya peligro los tacones de esas botas...

Kumiko caminaba a saltitos al lado del hombre, encaramada en aquellas botas francesas negras de charol. Tal como lo había previsto, era virtualmente imposible atravesar los parches de hielo, duro como el vidrio, subida a aquellos tacones. Se aferró a la mano del hombre para no caerse y, al hacerlo, le sintió una dura lámina metálica en la palma. El hombre tenía los guantes rellenos, los dedos reforzados con malla de carbono.

Seguía callado cuando doblaron por la bocacalle que nacía al final de la curva, pero al llegar a Portobello Road se detuvo. -Perdone, señorita -dijo con voz insegura-, ¿es cierto eso que dicen los muchachos?

-¿Muchachos? Perdone.

-Los de Swain, sus vigilantes. Eso de que usted es la hija del jefazo..., el jefazo de

Tokio.

-Perdone -dijo Kumiko-. No entiendo.

-Yanaka. ¿Usted es de apellido Yanaka?

-Kumiko Yanaka, sí.

El hombre la escrutó con intensa curiosidad. Pero enseguida el desasosiego le marcó el rostro, y miró a su alrededor con cautela. -Dios mío -dijo-, entonces tiene que ser cierto... -Su cuerpo rechoncho y apretadamente abotonado se había puesto tenso y alerta.- Dijo el jefe que quería usted ir de compras.

-Sí, gracias.

-¿Adónde quiere que la lleve?

-Aquí -dijo Kumiko, y lo guió al interior de una angosta galería atiborrada de gomi británica.

Sus expediciones adquisitivas en Shinjuku le fueron de utilidad con Dick. Las técnicas que había ideado para torturar a los secretarios de su padre se revelaron igualmente eficaces ahora que obligaba a aquel hombre a participar en decenas de absurdas elecciones entre un medallón eduardiano y otro, entre este o aquel fragmento de vitral, aparte de que en esta ocasión tenía buen cuidado de terminar escogiendo sólo aquellos artículos que fuesen frágiles o muy pesados, difíciles de llevar, y sumamente caros. Una dependienta bilingüe y jovial cargó una cuenta de ochenta mil libras esterlinas al chip MitsuBank de Kumiko. Kumiko deslizó una mano en el bolsillo donde estaba la unidad Maas-Neotek. -Exquisito -dijo la chica inglesa en japonés mientras envolvía la compra de Kumiko, un jarrón de bronce dorado incrustado de grifos.

-Asqueroso —opinó Colin en japonés-. Aparte de ser de imitación. -Se acostó en un sofá Victoriano forrado en piel de caballo y apoyó las botas en una bandeja licorera modernista sustentada por aerodinámicos ángeles de aluminio.

La dependienta agregó el jarrón ya envuelto a la carga de Dick. Era el undécimo anticuario que visitaba Dick y la octava compra de Kumiko.

-Me parece que te conviene actuar ahora -sugirió Colín-; nuestro Dick puede llamar en cualquier momento a Swain para que mande un coche que se lleve estas cosas.

-¿Habremos terminado ya? -preguntó Dick, esperanzado, desde el otro lado de las compras de Kumiko.

-Una tienda más, por favor -le sonrió Kumiko.

-De acuerdo -convino Dick, sombrío. Mientras la seguía hacia la puerta, Kumiko metió el tacón de la bota izquierda en una brecha que había visto en la acera antes de entrar-. ¿Se encuentra bien? -preguntó al verla tropezar.

-Se me ha roto el tacón de la bota... -Kumiko entró a saltitos de nuevo en la tienda

y se sentó junto a Colin en el sofá de piel de caballo. La dependienta vino a prestar su ayuda con grandes aspavientos.

-Quítatelas rápido -aconsejó Colin-, antes de que Dick deje los paquetes en el suelo.

Kumiko bajó la cremallera de la bota del tacón roto, luego hizo lo mismo con la otra y se quitó ambas. En lugar de la áspera seda china que solía llevar en invierno, esta vez había protegido los pies con medias de caucho con dedos y suelas de plástico estriado. Casi pasó entre las piernas de Dick al correr hacia la puerta, pero su hombro chocó con una pierna del hombre cuando pasaba y lo hizo caer sobre un escaparate de jarras de cristal biselado. Y después se halló libre, zambulléndose en la masa de turistas que invadía Portobello Road.

Sentía mucho frío en los pies, pero las suelas de plástico estriado le ofrecían una tracción excelente, aunque no en el hielo, se recordó al levantarse de su segundo resbalón con las palmas de las manos llenas de gravilla mojada. Colin la había guiado por aquel angosto callejón de ladrillos ennegrecidos...

Apretó la unidad. -¿Y ahora adónde?

-Por aquí -respondió él.

-Quiero ir al Rose and Crown -le recordó Kumiko.

-Querrás tener cuidado. Dick ya habrá hecho venir a los hombres de Swain, y eso por no hablar de la clase de cacería que ese amigo de Swain de la División Especial podría organizar si se le pide. Y no se me ocurre por qué no habrían de pedírselo...

Entró en el Rose and Crown por una puerta lateral, con Colin a su lado, agradecida ya por la acogedora penumbra y la calidez que parecían esencias básicas de aquellos abrevaderos madrigueras. Kumiko encontró sorprendente la cantidad de tapicería acolchada de las paredes y los asientos, igual que el grosor de las cortinas. Si los colores y las telas hubiesen estado menos mugrientos el efecto habría sido menos cálido. Los pubs, supuso, eran la expresión máxima de la actitud británica hacia el gomi.

A instancias de Colin, que la urgía, se abrió paso entre los bebedores que se apretujaban frente a la barra, con la esperanza de dar con Tick.

-¿Qué te pongo, reina?

Kumiko miró la cara ancha y rubia al otro lado de la barra; labios abrillantados y mejillas acarminadas. -Perdone -empezó-, deseo hablar con el señor Bevan...

-Ponme una pinta, Alice -dijo alguien que dejaba de un manotazo tres monedas de diez libras en el mostrador-, y que sea «lager». -Alice manipuló una larga palanca de cerámica blanca para llenar una jarra de cerveza clara. Puso la jarra en el maltratado mostrador y barrió el dinero al interior de una lata tintineante que había bajo el borde.

-Alguien quiere hablar contigo, Bevan -dijo Alice mientras el hombre empinaba

la pinta.

Kumiko miró hacia una cara enrojecida, marcada de cicatrices. El labio superior era muy corto; a Kumiko le recordó el de los conejos, aunque Bevan era grande, casi tan grande como Petal. También los ojos eran de conejo: redondos, marrones y casi totalmente ocupados por el iris. -¿Conmigo? -Su acento le recordó al de Tick.

-Dile que sí -dijo Colin-. No se le ocurre por qué razón una japonesita en medias de caucho vendría a buscarlo al abrevadero.

-Deseo encontrar a Tick.

Bevan la examinó con mirada neutra por encima de la jarra de cerveza. -Lo siento -dijo-, pero a mí de nombre no me suena nadie. -Y bebió.

-Sally me dijo que debía buscarlo a usted si Tick no estaba. Sally Shears...

A Bevan se le atragantó la cerveza y sus ojos mostraron un poco del blanco. Tosiendo, dejó la jarra en el mostrador y sacó un pañuelo del bolsillo de la gabardina. Se sonó la nariz y se secó los labios.

-Entro de servicio dentro de cinco minutos -le dijo-. Más vale que pases a la trastienda.

Alice levantó una tapa en la barra y Bevan invitó a Kumiko a que pasara por el hueco, urgiéndola con un aleteo de sus grandes manos al tiempo que miraba esquivamente hacia los lados. La guió por un angosto corredor que se abría al fondo del bar. Allí las paredes eran de ladrillo, viejo e irregular, cubierto por una espesa capa de pintura verde y sucia. Se detuvo al lado de un recipiente de metal muy abollado y cubierto de trapos de secar la barra que hedían a cerveza.

-Como sea una trampa te arrepentirás, niña -le dijo allí-. Dime por qué estás buscando a Tick.

-Sally está en peligro. Debo dar con Tick. Debo decírselo.

-Me cago en la puta -dijo el barman-. Ponte en mi lugar...

Colin hizo una mueca de desagrado al ver el barril y los trapos empapados.

-¿Sí? -dijo Kumiko.

-Si tu fueras una soplona de la poli, y yo te pongo en contacto con Tick, suponiendo que lo conociera, y él se llena de mierda, me mata, ¿no es así? Pero si no lo eres, entonces esa tal Sally tal vez me mate si no te ayudo, ¿entiendes?

Kumiko asintió. -«Entre la espada y la pared.» -Era un dicho que Sally había utilizado en una ocasión; a Kumiko le parecía de lo más poético.

-Totalmente -dijo Bevan, mirándola extrañado.

-Ayúdeme. Está en gran peligro.

Bevan se pasó la mano por el pelo rojizo, en trance de desaparición.

-Usted me ayudará -se oyó decir Kumiko, sintiendo que la fría máscara de su madre le cubría de pronto el rostro-. Dígame dónde encontraré a Tick.

El barman pareció presa de un escalofrío, a pesar del calor que hacía en aquel

pasillo, un calor vaporoso donde el olor a cerveza se mezclaba con ramalazos de desinfectante. -¿Conoces Londres?

Colin le guiñó un ojo. -Siempre termino por llegar a donde quiero -dijo Kumiko.

-Bevan -dijo Alice asomando la cabeza por la esquina-, la quinta.

-La policía -tradujo Colin.

-Margate Road, suroeste dos -dijo Bevan-, no sé el número, no sé el teléfono.

-Dile que te saque por la puerta trasera -dijo Colin-. Éstos no son policías corrientes.

Kumiko nunca olvidaría aquel infinito recorrido en metro. Colin la sacó del Rose and Crown hacia Holland Park y luego recto, mientras le explicaba que su tarjeta chip MitsuBank ahora no servía de nada; si la utilizaba para pagar un taxi o cualquier tipo de compra, algún operador de la División Especial vería destellar la transacción como un fogonazo de magnesio en la rejilla del ciberespacio. Pero ella tenía que dar con Tick, le dijo Kumiko; tenía que encontrar Margate Road. Colin puso cara de preocupación. No, le dijo, espera a que oscurezca; Brixton no estaba lejos, pero las calles eran demasiado peligrosas a esa hora, de día, con la policía apoyando a Swain. Pero ¿dónde podía esconderse?, le preguntó. Tenía muy poco dinero en efectivo; el concepto de divisas en metálico, de monedas y billetes, le resultaba pintoresco y ajeno.

Aquí, le dijo Colin mientras bajaban en ascensor a la estación de Holland Park. -Y por el precio de un ticket.

La forma abultada de los trenes de plata.

Los viejos asientos mullidos en gris y verde.

Y el calor, aquel hermoso calor; otra madriguera en el reino del movimiento perpetuo...

El secuestro

El aeropuerto succionó a una Danielle Stark aturdida por un corredor color pastel lleno de reporteros, cámaras y ojos aumentados, mientras Porphyre y tres vigilantes de la Red llevaban a Angie casi en volandas a través de un cerco cada vez más estrecho de periodistas, en un rito coreografiado que aspiraba más a proporcionar un determinado dramatismo visual que protección. Todos los que no estuviesen previstos habían sido ya expulsados de allí por los de Seguridad y el departamento de relaciones públicas.

Entonces se halló a solas con Porphyre en un ascensor ultrarrápido que los llevaba al helipuerto que la Red tenía reservado en la azotea de la terminal.

Cuando las puertas se abrieron a las ráfagas de aire frío y al suelo de hormigón fuertemente iluminado, donde un nuevo trío de guardias los esperaban envueltos en enormes chaquetones naranja fluorescente, Angie recordó su primera imagen del Sprawl, cuando había llegado por tren desde Washington, con Turner.

Uno de los chaquetones naranja los condujo a través de una explanada de hormigón inmaculado hasta el helicóptero que los esperaba, un amplio Fokker de dos hélices y acabado en cromo negro. Porphyre encabezó el ascenso por la frágil escalerilla negro mate. Ella lo siguió sin mirar atrás.

Ahora poseía algo, una determinación nueva. Había resuelto ponerse en contacto con Hans Becker por medio de su agente en París. Plan de Rodaje tenía el número. Era hora, hora de hacer que sucediese algo. Y haría que también con Robin sucediese algo; a estas horas la estaría esperando, sabía, en el hotel.

El helicóptero les dijo que se abrochasen los cinturones.

Y cuando se elevaban se produjo un silencio absoluto en la cabina insonorizada, sólo un latido en los huesos, y durante un extraño instante le pareció que podía abarcar toda su vida con la mente y conocerla, ver lo que había sido. Y era eso, pensó, lo que el polvo había tapado y ocultado, lo que la había librado del dolor.

Y el punto departida del alma, dijo una voz de hierro que salió de la luz de velas y del estruendo de la colmena...

-¿Niña? -dijo Porphyre desde el asiento contiguo, acercándose a ella...

-Estoy soñando...

Algo la había estado esperando en la Red, desde hacía años. Nada que ver con los loa, o con Legba y los demás, aunque Legba, sabía Angie, era el Señor de las Encrucijadas; él era síntesis, el punto cardinal de la magia, comunicación...

-Porphyre -preguntó-, ¿por qué se marchó Bobby? -Miró hacia la enmarañada retícula de luz del Sprawl, las cúpulas rematadas con faros rojos, y en cambio sólo vio el paisaje de información que lo había atraído desde siempre, el lugar donde, creía él, se encontraba el único juego que valía la pena.

-Si no lo sabes tú, niña -dijo Porphyre-, ¿quién lo sabe?

-Pero tú oyes cosas. Todo. Todos los rumores. Tú siempre has...

-¿Por qué preguntármelo ahora?

-Porque es hora...

-Yo recuerdo chismes, ¿entiendes? Lo que la gente que no es famosa dice de la gente que sí lo es. Puede que haya sido alguien que dijera saber que Bobby hablaba con alguien, y así salió... Bobby era tema de conversación porque estaba contigo, ¿entiendes? Eso para empezar, niña, porque a él esto no le habría parecido muy gratificante que se diga, ¿no? Dice el rumor que le había dado por ponerse a piratear por su cuenta, pero que te conoció a ti, que subías a más altura y velocidad de lo que él hubiese podido soñar por sí solo. Tú lo llevaste arriba, ¿entiendes? A un lugar donde el dinero que en Barrytown era sólo monedas...

Angie asintió, mirando el Sprawl.

-Se decía que tenía sus propias ambiciones, niña. Algo que lo empujaba. Eso terminó por empujarlo hacia afuera...

-No pensé que me dejaría -dijo Angie-. Cuando llegué al Sprawl por primera vez fue como nacer de nuevo. Una nueva vida. Y allí estaba él, desde la primera noche. Y después, cuando Legba..., cuando pasé a la Red...

-Cuando empezaste a convertirte en Angie.

-Sí. Y por mucho que esto me absorbiera yo sabía que él estaría allí. Y también sabía que él nunca se lo creería del todo; eso me hacía falta, saber que al fin y al cabo todo esto era un montaje apañado...

-¿La Red?

-Angie Mitchell. Él distinguía la diferencia entre esto y yo.

-¿De veras? Tal vez él fuese la diferencia. -Y muy a lo lejos, en el fondo, las líneas de luz...

El vetusto New Suzuki Envoy era el hotel favorito de Angie desde sus comienzos en la Red.

La fachada era lisa y regular los primeros once pisos, a partir de allí se estrechaba en nueve intervalos irregulares que terminaban por formar una ladera de montaña recubierta de rocas extraídas de la cantera excavada para levantarlo en su parcela de Madison Square. En los planes originales se había previsto sembrar en aquel empinado paisaje flora natural del valle del Hudson, y poblarlo con la fauna correspondiente, pero la construcción posterior de la primera Cúpula de Manhattan obligó a los constructores a contratar a un equipo de París especializado en diseño ecologista. Los ecologistas franceses, acostumbrados a los problemas de «puro» diseño y concepción que planteaban los sistemas orbitales, encontraron desesperante la atmósfera cargada de partículas que impregnaba el Sprawl y optaron por cepas

vegetales desarrolladas por ingeniería genética y fauna robótica de la que se encuentra en los parques infantiles, pero el sostenido mecenazgo de Angie le dio al lugar un caché que de otro modo le habría faltado. La Red había alquilado los cinco pisos superiores, donde habían instalado la suite permanente de Angie, y el hotel Envoy terminó por gozar de cierto prestigio, si bien tardío, entre los artistas y las gentes del espectáculo.

Angie sonrió cuando el helicóptero pasó al lado de un indiferente carnero robot que fingía pastar líquenes junto a la cascada iluminada. Le encantaba lo absurdo de aquel lugar; incluso a Bobby le había gustado.

Miró hacia el helipuerto del Envoy; en el hormigón calentado e iluminado con potentes focos saltaba a la vista el logo que la Senso/Red había hecho repintar hacía poco. Una figura solitaria, encapuchada con un chaquetón anaranjado y brillante, esperaba al lado de una masa de rocas esculpidas.

-Robin estará aquí, ¿verdad, Porphyre?

-El señor Lanier -dijo él con amargura, dándole a señor el fuerte acento británico de siempre.

Angie suspiró.

El Fokker de cromo negro los dejó suavemente en tierra; apenas se oyó el tintineo de las copas que entrechocaron en el bargueño cuando el patín de aterrizaje tocó la terraza del Envoy. El sordo latido del motor se silenció por completo.

-En lo que respecta a Robin, Porphyre, yo tendré que dar el primer paso. Esta noche hablaré con él. A solas. Mientras tanto, no quiero que te metas.

-Para Porphyre será un placer, niña -dijo el peluquero mientras la puerta de la cabina se abría a sus espaldas. De pronto se retorció en el asiento, manoteó desesperado el cierre del cinturón; Angie miró hacia atrás y alcanzó a ver el naranja brillante del chaquetón impermeable en la escotilla, el brazo levantado, las gafas espejadas. El ruido del arma no fue más que el clic de un encendedor, pero Porphyre se sacudió convulso, y una mano negra y larga le apretó la garganta mientras el guardia cerraba la escotilla tras de sí y se abalanzaba sobre Angie.

Algo le ceñía el estómago con fuerza; Porphyre estaba inclinado hacia atrás en su asiento como un muñeco de trapo; la punta rosada de la lengua le asomaba entre los labios. Angie bajó la mirada, por puro reflejo, y vio el cromo negro del broche de su cinturón de seguridad debajo de una chapa translúcida de plástico verde de aspecto pegajoso.

Levantó la vista y se encontró con un rostro blanco y ovalado enmarcado por una apretada capucha de nailon naranja. Vio su propia cara lívida y duplicada en las lentes plateadas. -¿Ha bebido alcohol hoy?

-¿Qué?

-El. -Un pulgar señaló a Porphyre.- ¿Ha bebido alcohol?

-Sí... Hace un rato.

-Mierda -Era voz de mujer cuando se volvió hacia el peluquero.- Lo he sedado. No quiero suprimirle el reflejo respiratorio, ¿sabes? -Angie observó a la mujer que le medía el pulso a Porphyre.- Supongo que está bien... -La mujer ¿se encogió tal vez de hombros dentro del chaquetón naranja?

-¿De Seguridad?

-¿Qué? -brillaron las gafas.

-¿Es usted guardia de Red?

-No me jodas. Te estoy secuestrando.

-¿De verdad?

-Si quieres apostamos.

-¿Por qué?

-Por ninguna de las razones de costumbre. Alguien te la tiene jurada. Y también a mí. Se suponía que yo tenía que secuestrarte la semana que viene. Que se jodan. De todos modos, tenía que hablar contigo.

-¿Sí? ¿Hablar conmigo?

-¿Conoces a alguien que se llame 3Jane?

-No, bueno, sí, pero...

-Déjalo para más tarde. Hay que salir de aquí, rápido.

-Porphyre...

-No tardará en despertar. Por la cara que tiene prefiero no estar aquí cuando despierte...

3Jane

Si esto formaba parte de la casona gris y campestre de Bobby, concluyó Slick al abrir los ojos en la apretada curva de aquel estrecho corredor, entonces era un lugar más extraño de lo que le había parecido la primera vez. El aire era denso y estancado y la luz de aquella franja de vidrio verde que cruzaba el techo le hacía sentir como si estuviese bajo agua. El túnel estaba hecho con una especie de hormigón vitrificado. La impresión era de cárcel. -Tal vez hayamos entrado al sótano o algo así -dijo, advirtiendo al tiempo que hablaba el tenue eco que le devolvía el hormigón.

-No tenemos por qué haber entrado en la creación que viste antes -explicó Gentry.

-Entonces, ¿qué es? -Slick tocó la pared de cemento; estaba caliente.

-No tiene importancia.

Gentry echó a andar hacia adelante. Pasada la curva, el suelo era un mosaico irregular de cerámicas rotas, fragmentos comprimidos en una suerte de resina sobre la que resbalaban sus botas.

-Mira esto... -Miles de motivos y colores diferentes en los pedazos rotos, pero ningún indicio de diseño general en la disposición, que era aleatoria.

-Arte -dijo Gentry encogiéndose de hombros-. El hobby de alguno. Tú tendrías que apreciarlo, Slick Henry.

Fueran quienes fuesen los que lo habían hecho, no se habían molestado en trabajar las paredes. Slick se arrodilló para pasar los dedos por la superficie y sintió los ásperos bordes de la cerámica rota, con plástico endurecido y vitrificado entre las piezas. -¿Qué se supone que significa eso de «hobby»?

-Es como esas cosas que tú construyes. Tus juguetes reciclados... -Gentry lo miró con su tensa sonrisa de loco.

-Qué sabrás tú -dijo Slick-, que te pasas la puta vida tratando de averiguar qué forma, tiene el ciberespacio, y a lo mejor ni siquiera tiene forma, y, de todos modos, ¿a quién le importa? -No había nada de aleatorio en el Juez ni en los otros. El proceso sí lo era, pero los resultados tenían que ajustarse a algo interior, algo que no se podía tocar directamente.

-Ven -dijo Gentry.

Slick se quedó donde estaba, mirando a los ojos claros de Gentry, grises a la luz del corredor, esa cara tensa. ¿Por qué tenía que aguantar a Gentry?

Porque en Solitude se necesitaba a alguien. No sólo por lo de la electricidad: todo ese tinglado de «propietario» era una nadería. Pensó que era porque se necesitaba compañía. Con Pájaro, hablar no servía de gran cosa porque a él no le interesaba nada, o casi, y todo lo que decía era una estupidez detrás de otra. Además, aunque Gentry nunca lo hubiese admitido, Slick tenía la impresión de que Gentry entendía de algunas cosas.

-De acuerdo -dijo Slick levantándose—, vamos.

El túnel se torcía sobre sí mismo como un intestino. El trecho con suelo de mosaico ahora quedaba atrás, al otro lado de quién sabía cuántas curvas y escaleras cortas que subían y bajaban. Slick se obcecaba en imaginar una edificación que tuviera interiores como ése, pero no podía hacerse una idea. Gentry caminaba aprisa, con los ojos entrecerrados, mordiéndose el labio. Slick tuvo la impresión de que la calidad del aire empeoraba.

Subieron otros escalones, llegaron a un tramo recto que a lo lejos se estrechaba hasta cerrarse, en una y otra dirección. Era más ancho que las partes curvas y allí el suelo era mullido y tenía ondulaciones hechas de felpudos, o alfombras pequeñas; había cientos de ellas, una capa tras otra cubría el hormigón. Cada alfombra tenía sus dibujos y colores, muchos rojos y azules, pero los dibujos eran siempre los mismos diamantes y triángulos zigzagueantes. Aquí el olor a polvo era más denso; Slick pensó que sería por las alfombras, que parecían muy viejas. Las de encima, las más cercanas al centro, estaban gastadas hasta la trama, por parches. Hacían una pista, como si alguien hubiese caminado por allí en una y otra dirección durante años. Había partes de la franja de luz que recorría el techo que estaban a oscuras, y otras que titilaban débilmente.

-¿Por dónde? -le preguntó a Gentry.

Gentry estaba mirando hacia el suelo, apretándose el grueso labio inferior entre índice y pulgar. -Por aquí.

-¿Por qué?

-Porque no importa.

Caminar por aquellas alfombras hizo que Slick sintiera las piernas cansadas. Tenía que cuidar de no meter los dedos de los pies en las que tenían agujeros. En un momento pisó un pedazo de ladrillo de vidrio que se había caído de la franja de iluminación. Y ahora, a intervalos regulares, pasaban junto a trozos de pared que parecían portales sellados con más hormigón. No había nada, fuera de aquella galería en arco cuya superficie de hormigón a veces era más clara y de textura algo distinta.

-Gentry, esto tiene que ser subterráneo, ¿verdad? Un sótano, o algo así...

Pero Gentry se limitó a levantar el brazo, con el que Slick chocó enseguida, y allí se detuvieron los dos, mirando a la chica que estaba al final del corredor, a menos de doce metros de alfombras onduladas.

La chica dijo algo en un idioma que a Slick le pareció francés. La voz era clara y musical, el tono casual. La chica sonrió. Pálida en contraste con un rizo de pelo negro, un rostro fino, de pómulos altos, nariz fuerte y delgada, y boca ancha.

Slick sintió que el brazo de Gentry temblaba contra su pecho. -No pasa nada -le dijo a la chica, bajando el brazo de Gentry-. Sólo estamos buscando a Bobby...

-Todos buscan a Bobby -dijo la chica, en inglés y con un acento que él desconocía-. También yo lo estoy buscando. Busco su cuerpo. ¿Han visto ustedes su cuerpo? -Dio un paso atrás, alejándose de ellos, como disponiéndose a echar a correr.

-No le haremos daño -dijo Slick, de golpe consciente de su propio olor, de la grasa que se había infiltrado en los tejanos y la chaqueta marrón; tampoco Gentry tenía un aspecto muy tranquilizador.

-No creo que lo hagan -dijo, y sus dientes destellaron otra vez en la mustia luz submarina-. Aunque tampoco creo que ninguno de los dos me agrade mucho.

Slick hubiera querido que Gentry dijese algo, pero Gentry no abrió la boca. -¿Lo conoce usted... a Bobby? -se atrevió Slick.

-Es un hombre realmente ingenioso. Extraordinariamente ingenioso. Aunque no creo que él me agrade, la verdad. -Iba vestida con algo holgado y negro que le llegaba hasta las rodillas. Estaba descalza.- Sin embargo, quiero... su cuerpo -y se rió.

Todo

cambió.

-¿Zumo? -preguntó Bobby el Conde, ofreciendo un vaso largo con algo amarillo. El agua de la piscina turquesa reflejaba manchas de luz del sol en las hojas de las palmeras. Estaba desnudo, salvo por unas gafas de sol muy oscuras-. ¿Qué le pasa a tu amigo?

-Nada -oyó Slick que decía Gentry-. En la cárcel le indujeron el síndrome de Korsakov. Una transición como ésta lo mata del susto.

Slick yacía totalmente inmóvil en la tumbona de hierro blanco y cojines azules, sintiendo que el sol le horneaba las piernas a través de los tejanos grasientos.

-Tú eres el que él nombró, ¿no es así? -preguntó Bobby-. ¿Te llamas Gentle? ¿Tienes una fábrica? -Gentry.

-Eres un vaquero. -Bobby sonrió.- Un vaquero de consola. Un hombre del ciberespacio. -No.

Bobby se frotó la barbilla.

-Me tengo que afeitar esto, ¿sabes? Me hice un corte, tengo una cicatriz... -Se bebió la mitad del vaso de zumo y se secó los labios con el dorso de la mano.- ¿No eres un jockey? Y entonces ¿cómo has entrado aquí?

Gentry descorrió la cremallera de su chaqueta y dejó al descubierto su pecho lampiño y pálido. -A ver si me quitas ese sol -dijo.

Luz de atardecer. Así. Ni siquiera un clic. Slick oyó que se le escapaba un gruñido. Los insectos se pusieron a chirriar en las palmeras al otro lado de la tapia blanca. El sudor le corría por los costados.

-Lo siento, tío -dijo Bobby a Slick-. Eso del Korsakov tiene que ser una mierda. Pero este sitio es precioso. Vallerta. Pertenecía a Tally Isham. -Volvió a dirigirse a

Gentry.-Entonces, caballero, si no eres un vaquero, ¿qué eres? -Soy lo que tú -dijo Gentry.

-Yo soy un vaquero. -Detrás de Bobby, una lagartija subió en diagonal por la tapia.

-No. Tú no has venido aquí a robar nada, Newmark. -¿Cómo sabes?

-Estás aquí para aprender algo. -Es igual.

-No. Fuiste vaquero, pero antes, ahora eres otra cosa. Estás buscando algo, pero no hay nadie a quien robárselo. Yo también lo estoy buscando.

Y Gentry empezó a explicar lo de la Forma, mientras las sombras de las palmeras se iban congregando y espesándose para cerrar una noche mejicana, y Bobby el Conde permaneció sentado y escuchó.

Cuando Gentry hubo terminado, Bobby siguió sentado un buen rato sin decir nada. Luego dijo. -Sí. Tienes razón. Sólo que, tal como yo lo veo, lo que a mí me interesa es saber qué produjo el Cambio.

-Antes de eso -dijo Gentry-, no tenía Forma.

-Eh -dijo Slick-, antes de estar aquí estábamos en otro sitio. ¿Dónde era?

-Straylight. En lo alto del pozo. En órbita -dijo Bobby.

-¿Quién es la chica?

-¿Chica?

-Pelo negro. Muy delgada.

-Ah -dijo Bobby, a oscuras-, ésa era 3Jane. ¿La visteis?

-Una chica rara -dijo Slick.

-Una chica muerta -dijo Bobby-. Visteis su imagen. Se patinó la fortuna familiar para construir eso.

-¿Tú..., hummm, sales con ella? ¿Aquí?

-No me puede ni ver. Lo que pasa es que yo le robé, le robé el guarda-almas. Ella tenía su constructo instalado aquí cuando yo me marché a México, por eso siempre ha estado por aquí. Lo que pasa es que está muerta. Exteriormente, quiero decir. Mientras tanto, todos sus asuntos, sus chanchullos y planes se los llevan unos abogados, unos programas y otras fantasmadas de ésas... -Sonrió.- Y eso la pone enferma. La gente que está tratando de entrar en vuestra casa para recuperar el aleph trabaja para otros que trabajan a su vez para unos que ella contrató en la Costa. En fin, sí, he estado en tratos con ella, hemos intercambiado cosas. Está loca, pero juega limpio...

Ni siquiera un clic.

Al principio pensó que estaba de nuevo en la casa gris, donde había visto a Bobby la primera vez, pero esta sala era más pequeña y tanto las alfombras como los muebles eran distintos, aunque no sabía decir en qué. Había queza pero no tanto

esplendor. Silencio. Una lámpara de pantalla de vidrio verde iluminaba una larga mesa de madera.

Ventanas altas con marcos pintados de blanco que dividían lo blanco de más allá en rectángulos, cuadro a cuadro, y aquello debía de ser nieve... Allí estaba él, de pie, con el suave contacto de cortinas que le rozaban las mejillas, mirando hacia un espacio cerrado por paredes y cubierto de nieve.

-Londres -dijo Bobby-. Tuvo que darme esto para conseguir el asunto vudú en serio. Pensó que a ella la dejarían en paz. No le sirvió para una mierda. Han estado disipándose, haciéndose borrosos. Aún se les puede invocar, a veces, pero sus personalidades corren juntas...

-Tiene sentido -dijo Gentry-. Ellos aparecieron con la primera causa, Cuando Eso Cambió. Ya eso lo has descubierto. Pero todavía no sabes qué sucedió, ¿o sí?

-No. Sólo sé dónde. En Straylight. Ella me ha explicado toda esa parte, que es todo lo que sabe, creo. En realidad no le importa. Su madre construyó dos IA, hace tiempo, equipo del bueno. Luego su madre murió y las inteligencias artificiales se infiltraron en los núcleos de datos empresariales, allá arriba. Una de ellas empezó a actuar por su cuenta. Quería unirse a la otra.

-Lo hizo. Ahí tienes tu causa primera. Todo cambió.

-¿Así de sencillo? ¿Cómo lo sabes?

-Porque -dijo Gentry- yo lo he estudiado desde otro ángulo. Tú has estado jugando a causa y efecto, pero yo he buscado contornos, formas en el tiempo. Tú has buscado por toda la matriz, mientras que yo he mirado la matriz, todo el conjunto. Sé cosas que tú no sabes.

Bobby no respondió. Slick dejó la ventana y vio a la

chica, la misma chica, de pie al otro lado de la habitación. Estaba allí, simplemente.

-No fueron sólo las IA de Tessier-Ashpool -dijo Gentry- Hubo unos que subieron al pozo para romper los núcleos T-A. Usaron un rompehielos militar chino.

-Case -dijo Bobby-. Un tipo llamado Case. Me sé esa parte. Una especie de efecto sinérgico...

Slick miraba a la chica.

-¿Y la suma fue mayor que las partes? -Gentry parecía disfrutar de verdad todo aquello.- ¿Una deidad cibernética? ¿Luz sobre las aguas?

-Sí -dijo Bobby-, por ahí van los tiros.

-Es algo más complejo -dijo Gentry, y soltó una carcajada.

Y la chica desapareció. Sin clic.

Slick se estremeció.

Viaje de invierno (2)

Oscureció cuando en el metro el tráfico llegaba a su hora punta, aunque no se parecía en nada a la de Tokio; aquí no había shiroshi-san que forcejeasen para meter a empujones hasta el último pasajero posible antes de que cerrasen las puertas. Kumiko contempló la neblina asalmonada del atardecer desde un andén barrido por el viento en la Central Line, mientras Colin esperaba, apoyado en una destartalada máquina expendedora con su larga ventanilla resquebrajada y polvorienta. -Ya es la hora -dijo él-, asegúrate de mantener la cabeza modestamente baja cuando pasemos por Bond Street y Oxford Circus.

-¿Pero no tendré que pagar, al salir del sistema?

-No todos lo hacen, a decir verdad -dijo Colin peinándose el rizo.

Kumiko empezó a subir las escaleras, ya sin necesitar la guía de Colin para encontrar el camino hacia el andén opuesto. Volvía a sentir mucho frío en los pies, y pensó en sus botas alemanas forradas de muletón por dentro, guardadas en el armario de su habitación en casa de Swain. Se le había ocurrido combinar las medias de suela de caucho y las botas francesas de tacón alto como una solución para despistar a Dick, para hacerle creer que así no podría correr, pero con cada dentellada del frío a través de las delgadas suelas se arrepentía más de la idea.

Mientras iba por el túnel hacia el otro andén, aflojó la presión de la mano sobre la unidad y Colin desapareció. Las paredes eran de azulejos blancos desgastados, decorados con una cenefa verde. Sacó la mano del bolsillo y arrastró los dedos por los azulejos verdes mientras caminaba, pensando en Sally y en el Finlandés y lo distinto que olía el invierno en el Sprawl, hasta que el primer Drácula le salió al paso para rápida e inmediatamente quedar rodeada por cuatro gabardinas negras, cuatro rostros pálidos y de delgada osamenta. -Mira -dijo el primero-, qué cosa bonita.

Quedaron frente a frente, Kumiko y el Drácula; el Drácula tenía aliento a tabaco. La multitud del atardecer siguió su camino sorteando el grupo, casi todos encogidos en ropas de lana oscura.

-Ooh -dijo otro que estaba al lado-, mira. ¿Qué es esto? -y mostró a los demás la unidad Maas-Neotek, que sostenía con un guante negro de cuero agrietado-. Una linterna, ¿no? Vamos a ver cómo funciona, japonaka. -Kumiko se llevó una mano al bolsillo, pero antes de llegar fue interceptada por otra mano armada de navaja, y ella cerró la suya en el aire. El chico soltó una risita.

-El bolso le estorba -dijo otro-. Ayúdala, Reg. -Otra mano salió disparada y la correa de cuero del bolso se separó sin que lo sintiera.

El primer Drácula atrapó el bolso, con la precisión que da la práctica lo ató con la cinta cortada y se lo metió en el impermeable. -Gracias.

-También lleva en los pantalones. -Y se echaron a reír mientras ella se levantaba

las diversas capas de jerseys. La cinta adhesiva se separó dolorosamente del vientre cuando tiró de ella con ambas manos para liberar la pistola y pegarle el cañón en la cara al chico que le había arrebatado la unidad.

No pasó nada.

Entonces los otros tres echaron a correr desesperados hacia la escalera que había en el extremo más lejano del túnel; las botas negras de caña alta resbalaban en la nieve derretida y las largas gabardinas se agitaban al aire como alas. Una mujer gritó.

Y allí seguían inmóviles, Kumiko y el Drácula, el cañón de la pistola apretado contra la mejilla izquierda. A Kumiko le empezaron a temblar los brazos.

No dejaba de mirar a los ojos del Drácula, ojos marrones muy abiertos por un terror arcano y sencillo; el Drácula estaba viendo la máscara de la madre. Algo cayó en el cemento: la unidad de Colin.

-Corre -dijo ella. El Drácula tembló convulsivamente, abrió la boca, emitió un ruido ahogado, como de sollozo, y huyó del arma.

Kumiko miró al suelo y vio la unidad Maas-Neotek en medio de un charco de aguanieve gris. Al lado había caído el rectángulo plateado y liso de una cuchilla de afeitar industrial. Al recoger la unidad Kumiko advirtió que la carcasa se había agrietado. La sacudió para expulsar el agua de la grieta y la apretó con fuerza. Ahora el túnel estaba desierto. Colin no aparecía. La pistola de aire de Swain era enorme y le pesaba mucho en la otra mano.

Se acercó a una papelera atornillada a la pared de azulejos y metió la pistola entre un envase de comida para llevar, lleno de grasa, y un notifax cuidadosamente doblado. Se dio vuelta para marchar, pero decidió hacerse con el notifax.

Escaleras arriba.

Alguien la señaló con la mano, desde el andén, pero el tren entró rugiendo y llenando la estación con su antiguo traqueteo, y entonces las puertas deslizantes se cerraron a sus espaldas.

Siguió las instrucciones de Colin: White City y Shepherd's Bush, Holland Park, ocultándose la cara con el fax cuando el tren comenzó a frenar para entrar en Notting Hill -el rey, que era muy viejo, agonizaba- y manteniéndolo a esa altura también al pasar por Bond Street. La estación de Oxford Circus estaba en plena actividad y Kumiko agradeció la presencia de la muchedumbre protectora.

Colin le había dicho que se podía salir de la estación sin pagar. Tras algunas consideraciones, concluyó que era verdad, aunque exigía rapidez y sentido de la oportunidad. A decir verdad, no tenía otra salida; su bolso, junto con la tarjeta del MitsuBank y sus escasas monedas inglesas, se habían marchado con los Jack Dráculas. Pasó diez minutos observando a los pasajeros que entregaban sus billetes de plástico amarillo a los torniquetes automatizados, juntó aliento y corrió. Arriba, al

otro lado. A sus espaldas, un grito y una ruidosa carcajada, pero ella ya estaba corriendo otra vez.

Cuando llegó a las puertas en lo alto de la escalera vio que afuera la esperaba Brixton Road, igual que el destartalado Shinjuku, llena de humeantes ventas de comida callejera.

Estrella

Estaba esperando en un coche y eso no le gustaba. No le gustaba esperar de ningún modo, pero el efecto del wiz se lo hacía más duro si cabe. Tenía que recordarse a cada momento no rechinar los dientes, pues aun sin saber lo que Gerald le había hecho, lo cierto era que le dolían. Le dolía todo, ahora que lo pensaba. Quizá lo del wiz no había sido buena idea.

El coche era de la mujer, la que Gerald llamaba Molly. Era el tipo de coche japonés corriente que tendría cualquier traje: pasablemente bonito pero nada que llamase la atención. En el interior olía a nuevo, y corría bien cuando salieron de Baltimore. Tenía ordenador, pero la mujer lo condujo manualmente durante todo el trayecto de regreso al Sprawl, y ahora estaba aparcado en la terraza de un edificio de veinte pisos que sin duda estaba cerca del hotel donde Prior la había alojado, porque se veía aquel edificio tan loco, el de la cascada, el que tenía aspecto de montaña.

Había pocos coches más allí arriba, y los que había llevaban en el techo una joroba de nieve, como si hiciese mucho tiempo que no los movían de allí. Excepto por los dos tipos que estaban en la garita de entrada, no parecía que hubiese nadie más en los alrededores. Allí estaba ella, en medio de toda aquella gente, en la ciudad más grande del mundo, y se hallaba sola en el asiento trasero de un coche. Esperando porque se le había dicho que esperase.

La mujer no había dicho gran cosa en el trayecto desde Baltimore; se había limitado a hacer una que otra pregunta, pero a Mona el wiz le había soltado la lengua. Habló de Cleveland y Florida y Eddy y Prior.

Luego subieron a la terraza.

Hacía al menos una hora, quizá más, que Molly se había marchado. Se había llevado una maleta. Lo único que Mona logró inferir sobre ella era que hacía mucho tiempo que conocía a Gerald, y que Prior no lo sabía.

Volvía a hacer frío en el coche, así que Mona pasó al asiento delantero y encendió la calefacción. No podía dejarla encendida y al mínimo porque podría agotar la batería, y Molly le había dicho que si eso pasaba tendrían problemas. «Porque cuando regrese será para salir de aquí con prisa.» Luego le dijo a Mona que debajo del asiento del conductor había un saco de dormir.

Puso la calefacción al máximo y mantuvo las manos frente a la rejilla de ventilación. Luego tocó los botones del vídeo que había al lado del monitor del tablero de instrumentos y sintonizó un noticiero. El rey de Inglaterra estaba enfermo; era viejísimo. Una nueva enfermedad había aparecido en Singapur; aún no había matado a nadie, pero nadie sabía cómo se contagiaba ni cómo curarla. Se hablaba también de una especie de batalla en Japón, dos bandas de Yakuzas intentaban matarse entre sí, pero en realidad nadie sabía nada; los Yakuzas, era algo que a Eddy

le daba tema para decir estupideces. Entonces se abrieron unas puertas y Angie entró del brazo de un negro increíble, y la voz del narrador decía que eran imágenes en vivo, que acababa de llegar al Sprawl después de unas breves vacaciones en su casa de Malibú, antes de lo cual se había sometido a un tratamiento de desintoxicación en una clínica privada...

Angie se veía estupenda con aquel abrigo de piel, pero enseguida terminó esa parte.

Mona recordó lo que Gerald había hecho; se tocó la cara.

Apagó el vídeo, luego la calefacción, y volvió al asiento trasero. Utilizó una esquina del saco de dormir para quitar de la ventana el vaho de su propia respiración. Miró hacia el edificio montaña, que estaba todo iluminado, más allá de la baranda inclinada que cercaba la terraza del edificio. Aquello era como todo un país, tal vez Colorado, o algo así, como en el estim en que Angie iba a Aspen y conocía a aquel chico, sólo que Robin terminaba por aparecer, como casi siempre.

Pero lo que no acababa de entender era aquella historia de clínicas, lo que el barman había dicho, que Angie había estado en una porque estaba enganchada con no sé qué droga, y ahora acababa de oír al narrador que decía lo mismo en las noticias, así que tenía que ser cierto. Pero, ¿cómo es que alguien como Angie, con una vida como ésa y teniendo a un Robin Lanier por novio, podía querer drogarse?

Mona meneó la cabeza, sin dejar de mirar el edificio; se alegraba de no estar enganchada a nada.

Debió de distraerse un instante, pensando en Lanette, porque cuando volvió a mirar vio un helicóptero, muy grande, negro brillante, detenido encima del edificio montaña. La imagen era estupenda, muy de gran ciudad.

En Cleveland había conocido a mujeres duras, chicas con las que nadie se metería, pero esta Molly era otra cosa; estaba recordando a Prior atravesando la puerta, recordando aquel grito... Se preguntó qué sería lo que terminó por confesar, porque lo había oído hablar, y Molly dejó de hacerle daño. Lo dejaron atado a una silla; Mona le había preguntado a Molly si pensaba que se soltaría. O pasa eso, dijo Molly, o alguien lo encuentra, o se deshidrata.

El helicóptero aterrizó, y desapareció. Era de los grandes, de los que tenían esas cosas giratorias en ambas puntas.

Así que allí estaba, esperando, sin tener ni puta idea de lo que podría hacer.

Una cosa que Lanette le había enseñado era que a veces convenía enumerar los bienes de uno -bienes eran las cosas que uno tenía a su favor- y olvidar lo demás. De acuerdo. Había salido de Florida. Estaba en Manhattan. Se parecía a Angie... Eso la hizo detener la lista. ¿Era eso un bien? Bueno, para ponerlo de otra manera, acababa de recibir una fortuna en cirugía plástica gratis y tenía una dentadura absolutamente perfecta. Al fin y al cabo, mirándolo así la cosa no estaba tan mal. Piensa en las

moscas del cuartucho. Eso. Si se gastara el dinero que le quedaba en un corte de pelo y algo de maquillaje podía salir con algo que no se pareciese tanto a Angie, lo cual tal vez fuese una buena idea porque, ¿qué pasaría si alguien la estuviese persiguiendo?

Allí iba de nuevo el helicóptero, despegando.

Eh.

Tal vez a dos manzanas de allí, y cincuenta pisos más arriba, el helicóptero apuntó el morro hacia ella, y bajó en picada... Es el wiz. Entonces el helicóptero pareció vacilar, y siguió bajando... Es el wiz; no es de verdad. Bajaba recto hacia ella. Se hacía más grande. Pero, es por el wiz, ¿no? Entonces el helicóptero desapareció detrás de otro edificio, y era por el wiz...

Salió de detrás de una esquina, unos cinco pisos por encima de la terraza, y siguió bajando, y no era el wiz, estaba encima de ella, y disparó un haz de luz blanca para buscar el coche gris, y Mona levantó el seguro de la puerta y se echó rodando a la nieve, cobijada por la sombra del coche, y por todas partes la rodeaba el trueno de las delgadas aspas, de los motores; Prior y la gente para la que él trabajaba la perseguían. Entonces se apagó la luz, las aspas cambiaron de ruido y el helicóptero bajó a toda velocidad, a demasiada velocidad. Rebotó un par de veces sobre los patines de aterrizaje. Cayó de nuevo al suelo mientras los motores se apagaban tosiendo llamas azules.

Mona se había escondido a gatas detrás del parachoques trasero. Resbaló al intentar levantarse.

Se oyó como un pistoletazo; un trozo cuadrado del fuselaje del helicóptero saltó en el aire y patinó por el hormigón manchado de sal del aparcamiento; del agujero salió un tobogán infiable de color naranja y unos cinco metros de largo; a medida que salía se iba inflando, como si fuera una balsa de playa para niños. Mona se levantó con más cuidado, sosteniéndose en el parachoques del coche gris. Un cuerpo de abrigo oscuro sacó las piernas al tobogán y bajó, sentado, igual que un niño en un parque de diversiones. Otra figura siguió a la primera: ésta venía envuelta en un enorme chaquetón con capucha, del mismo color del tobogán.

Mona se estremeció al ver que la del chaquetón naranja conducía a la otra persona hacia donde estaba ella, alejándose del helicóptero negro. Era... ¡Sí! ¡Era!

-Las dos detrás -dijo Molly abriendo la puerta del conductor.

-Eres tú -alcanzó a decir Mona al rostro más famoso del mundo.

-Sí -dijo Angie mirando atentamente la cara de Mona-, parece que soy yo.

-Vamos -dijo Molly, con una mano apoyada en el hombro de la estrella-. Adentro. Tu marciano ya debe de estar despertando. -Volvió la vista hacia el helicóptero. Parecía un juguete grande, allí plantado, sin luces, como si un niño gigante lo hubiese puesto y olvidado en ese sitio.

-Más vale que así sea -dijo Angie mientras subía al asiento trasero.

-Tú también, cariño -dijo Molly, empujando a Mona hacia la puerta abierta.

-Pero... o sea...

-¡Muévete!

Mona entró al coche sintiendo el olor del perfume de Angie, rozando con la muñeca la suavidad sobrenatural de aquel enorme abrigo de piel. -Te he visto -se oyó decir-. En la tele.

Angie no dijo nada.

Molly se sentó al volante, dio un portazo y puso el motor en marcha. Llevaba el capuchón muy apretado, su cara era una máscara blanca con ciegos ojos de plata. Comenzaron a rodar hacia la rampa cubierta y entraron en la primera curva. Así bajaron cinco niveles, en una espiral cerrada, hasta que Molly las llevó a otro corredor bordeado de vehículos más grandes iluminados de verde por franjas diagonales de luces de neón.

-Alas delta -dijo Molly-. ¿Alguna vez has visto un equipo de alas delta en el Envoy?

-No -dijo Angie.

-Porque si los gorilas de la Red tienen, puede que ya estén allí arriba... -Detuvo el coche detrás de un aerodeslizador grande, cuadrado y largo; era blanco y en las puertas traseras tenía un nombre pintado en letras cuadradas y azules.

-¿Qué pone ahí? -preguntó Mona, y sintió que enrojecía de vergüenza.

-Cathode Cathay -dijo Angie.

A Mona le pareció haber oído ese nombre antes.

Ya Molly estaba fuera abriendo las puertas y haciendo bajar unas rampas de plástico amarillo.

Subió de nuevo al coche. Hizo marcha atrás, luego puso la primera y así entraron directamente en el deslizador. Se quitó la capucha naranja y sacudió la cabeza para soltarse el pelo. -Mona, ¿crees que podrías salir y meter esas rampas? No son pesadas. -El tono no era de pregunta.

No eran pesadas. Fue por detrás del coche y ayudó a Molly a cerrar las puertas.

Sentía a Angie allí en la oscuridad.

Era Angie de verdad.

-Pasad adelante, abrochaos el cinturón, sujetaos fuerte.

Angie. Estaba sentada justo al lado de Angie.

Se oyó un soplido cuando Molly llenó de aire las bolsas del aerodeslizador; poco después empezaron a bajar por la rampa en espiral.

-Tu amigo -dijo Molly- ya habrá despertado, pero todavía no se puede mover. Un cuarto de hora más. -Volvió a salir de la rampa y esta vez Mona había perdido la cuenta de los pisos que habían bajado. Esta planta estaba llena de coches de lujo,

pequeños. El deslizador pasó rugiendo por un corredor central, y dobló a la izquierda.

-Tendrás suerte si no nos está esperando fuera -dijo Angie.

Molly detuvo el vehículo a unos diez metros de un portón metálico pintado a rayas diagonales negras y amarillas.

-No -dijo Molly, mientras sacaba de la guantera una cajita azul-, será él quien tenga suerte si no está esperando fuera. -El portón saltó de los goznes en medio de un destello anaranjado y con un ruido que retumbó en el diafragma de Mona como un puñetazo bien dado. Cayó en la calle mojada en medio de una nube de humo y pasaron por encima. Doblaron, y el deslizador aceleró.

—Esto ha sido un tanto fuerte, ¿no? -dijo Angie, y llegó a reírse.

-Lo sé -dijo Molly, concentrada en conducir-. A veces hay que hacerlo así. Mona, cuéntale lo de Prior. De Prior y de tu novio. Lo que me contaste a mí.

Mona nunca se había sentido tan inhibida.

-Por favor -dijo Angie-, cuéntame, Mona.

Así, sin más. Su nombre. Angie Mitchell había pronunciado su nombre. Se lo había dicho a ella. Allí mismo, y en ese momento.

Se quería desmayar.

Margate Road

-Tienes cara de haberte perdido -dijo el vendedor de tallarines, en japonés. Kumiko supuso que sería coreano. Su padre tenía asociados que eran coreanos; estaban en el negocio de la construcción, le había dicho su madre. Solían, al igual que éste, ser grandes, casi tan grandes como Petal, y de caras anchas y serias-. Pareces muerta de frío,

-Estoy buscando a alguien -dijo Kumiko-. Vive en Margate Road.

-¿Dónde queda eso?

-No lo sé.

-Entra -dijo el hombre de los tallarines, indicándole con un ademán que diera la vuelta al mostrador. Su quiosco estaba hecho de plástico rosa corrugado.

Kumiko pasó entre el quiosco de tallarines y otro que anunciaba algo llamado roti; y la palabra estaba escrita en letras mayúsculas pintadas con aerosol en colores delirantes y decoradas con retorcidos arabescos luminosos. Ese quiosco olía a especias y carne hervida. Kumiko tenía los pies helados.

Inclinó la cabeza para pasar por debajo de una cortina de plástico bañada en vaho. El quiosco de tallarines estaba lleno de cosas: rechonchas bombonas azules de butano, las tres hornallas de la cocina con sus ollas altas, bolsas plásticas de tallarines, columnas de cuencos de poliespuma, y la movediza masa del coreano grandullón que atendía las ollas. -Siéntate -le dijo; Kumiko se sentó en un cubo de plástico amarillo con las siglas MSG; la cabeza no llegaba al nivel del mostrador-. ¿Eres japonesa?

-Sí.

-¿De Tokio?

Kumiko vaciló.

-Esa ropa que llevas -dijo el hombre-. ¿Por qué usas medias de suela de caucho en invierno? ¿Es la moda?

-He perdido mis botas.

El hombre le dio un cuenco y palillos de plástico: gruesos nudos de tallarines flotaban en un caldo espeso y amarillo. Kumiko comió con avidez, y luego se bebió el caldo. Observó cómo el hombre atendía a una cliente, una africana que se llevaba los tallarines en un recipiente con tapa que ella misma había traído.

-Margate -dijo el hombre de los tallarines cuando la mujer se hubo marchado. Sacó de una estantería del mostrador un libro forrado en papel grasiento y se puso a pasar páginas-. Aquí está -dijo, señalando un plano pequeño desesperan temen te abigarrado-, al final de Acre Lane. -Con un rotulador azul le marcó el itinerario en una servilleta de papel gris áspero.

-Gracias -dijo Kumiko-. Ahora me marcho.

Se le apareció la madre mientras iba a Margate Road.

Sally estaba en graves aprietos, en algún lugar del Sprawl, y Kumiko confiaba en que Tick supiese de alguna forma de dar con ella. Si no por teléfono, entonces por la matriz. Tal vez Tick conociese al Finlandés, el hombre muerto del callejón...

En Brixton, el crecimiento coralino de la metrópolis había dado lugar a una vida diferente. Rostros oscuros y claros, innúmeras razas, las fachadas de ladrillo bañadas en un tumulto de tonos y símbolos inconcebibles para sus constructores originales. Un ritmo de percusión latía en el interior de un pub cuya puerta abierta arrojaba calor y un estruendo de carcajadas. Las tiendas vendían alimentos que Kumiko no había visto nunca, rollos de telas estridentes, herramientas chinas, cosméticos japoneses...

Se detuvo un instante frente a aquel brillante escaparate, con esa exposición de tintes y rubores, su propio rostro reflejado en el fondo especular, y sintió que la muerte de su madre caía sobre ella desde el negro de la noche. Su madre había tenido cosas así.

La demencia de su madre. Algo de lo que su padre nunca hablaba. La locura no tenía lugar en el mundo de su padre, aunque sí el suicidio. La locura de su madre era europea, una artimaña importada hecha de penas y engaños... Su padre había matado a su madre, le había dicho Kumiko a Sally en Covent Garden. Pero, ¿era cierto? Había traído médicos de Dinamarca, de Australia y, por último, de Chiba. Los médicos habían escuchado los sueños de la princesa bailarina, habían cartografiado y cronometrado sus sinapsis y extraído muestras de su sangre. La princesa bailarina había rechazado sus drogas, sus refinadas cirugías. -Me quieren cortar el cerebro con láser -le había susurrado a Kumiko.

Le había susurrado otras cosas, además.

Por la noche, le decía, los espíritus malignos brotan como humo de las cajas del despacho de su padre. -Hombres viejos -le decía-, que nos roban el aliento. Tu padre me roba el aire. Esta ciudad me roba el aire. Aquí nunca llega la calma. No hay sueño verdadero.

Hacia el final ya no hubo sueño alguno. Durante seis noches su madre permaneció sentada, silenciosa y completamente inmóvil en su habitación europea, azul. Al séptimo día salió sola del apartamento -una hazaña memorable, considerando la diligencia de los secretarios-y caminó hasta el río de aguas frías.

Pero el fondo especular del vidrio del escaparate era como las gafas de Sally. Kumiko sacó el mapa del coreano de la manga del jersey.

En Margate Road, junto al borde de la acera, había un coche quemado. Le faltaban las ruedas. Kumiko se detuvo al lado y estaba examinando las herméticas

fachadas de las casas del frente cuando oyó un ruido a sus espaldas. Giró y se encontró frente al rostro torturado de una gárgola enmarcado por una desordenada melena de rizos grasientos, a la luz de la puerta entreabierta de la casa más cercana.

-¡Tick!

-Terrence -dijo él-, en realidad -y la convulsión facial se disipó.

El piso de Tick quedaba en la planta superior. Los de abajo estaban vacíos, desocupados. El papel de las paredes se había descascarado y mostraba huellas fantasmales de cuadros que ya no estaban.

La cojera de aquel hombre se hizo más evidente mientras subía las escaleras delante de ella. Llevaba un traje en tela de rayón y zapatos de ante color tabaco y suela gruesa.

-Te estaba esperando -dijo, remolcándose a sí mismo en cada paso que daba.

-¿De verdad?

-Sabía que huirías de Swain. Le he estado espiando el tráfico, cada vez que lo otro me dejaba un momento libre.

-¿Lo otro?

-No estás al corriente, ¿verdad?

-¿Perdón?

-La matriz. Algo está ocurriendo. Sería más fácil mostrártelo que tratar de explicártelo. Como si pudiera explicarlo, cosa imposible. Me atrevería a decir que las tres cuartas partes de la humanidad están enchufadas en este momento, contemplando el espectáculo...

-No entiendo.

-Dudo de que alguien lo entienda. Ha aparecido una nueva macroforma en el sector que representa el Sprawl.

-¿Una macroforma?

-Un enorme constructo de datos.

-He venido para avisar a Sally. Swain y Robin Lanier planean entregarla a los que se proponen secuestrar a Angela Mitchell.

-Yo no me preocuparía por eso -dijo Tick al llegar a lo alto de la escalera-. Ya Sally ha encontrado a Mitchell y ha matado a medias a un esbirro que Swain tenía en el Sprawl. Como quiera que sea, ahora la están buscando. La verdad es que dentro de poco todos la estarán buscando. De todas formas, podemos decírselo cuando se presente, si es que lo hace...

Tick vivía en una espaciosa habitación cuya forma peculiar revelaba la eliminación de paredes. Con todo lo grande que era, estaba atestada de objetos; a

Kumiko le pareció que era como si alguien hubiese vaciado el contenido de un almacén de módulos Akihabara en un espacio ya lleno; el estilo era gaijin, y había un exceso de muebles voluminosos. Sin embargo, era de un orden y limpieza sorprendentes: los bordes de las revistas perfectamente alineados con el borde de una mesa baja de vidrio, al lado de un cenicero de cerámica negra sin usar y un jarro blanco y liso con flores cortadas.

Kumiko intentó convocar a Colín otra vez mientras Tick vertía agua de una jarra con filtro en una tetera eléctrica.

-¿Qué es eso? -preguntó Tick dejando la jarra.

-Una unidad de orientación Maas-Neotek. Está rota; no puedo hacer que Colin venga...

-¿Colin? ¿Es un lector de estims?

-Sí.

-Déjame verlo... -Tick extendió la mano.

-Me lo dio mi padre.

Tick silbó con admiración. -Esto cuesta una fortuna. Es una de sus pequeñas IA. ¿Cómo funciona?

-Se cierra la mano sobre la unidad y aparece Colin, pero nadie más puede verlo ni oírlo.

Tick se llevó la unidad a la oreja y la sacudió. ¿Se ha roto? ¿Cómo?

-Se me cayó.

-Pero sólo se ha roto la carcasa, ¿lo ves? El biosoftware se ha desprendido de la carcasa, por eso no tienes acceso manual.

-¿Puedes arreglarla?

-No. Pero podemos acceder por ordenador, si quieres... -Se la devolvió. El agua hervía en la tetera.

Mientras tomaban el té le contó su viaje al Sprawl y la visita de Sally al santuario del callejón. -La llamaba Molly -dijo Kumiko.

Tick asintió, e hizo varias muecas en rápida sucesión. -Vaya paseíto. ¿De qué hablaron?

-De un lugar llamado Straylight. De un hombre llamado Case. De una enemiga, una mujer...

-Tessier-Ashpool. Eso se lo averigüé yo cuando me pidió que pirateara el flujo de datos de Swain. Swain está vendiendo a Molly a lady 3Jane, que así se llama; esta señora tiene ficheros con los datos más jugosos de los asuntos privados más sucios que te puedas imaginar, de cualquier cosa y persona. He tenido buen cuidado de no mirar muy de cerca nada de eso. Swain lo negocia a diestra y siniestra, y mientras lo hace se queda con fortunas. Estoy seguro de que la señora también tiene suficientes trapos sucios del señor Swain...

-¿Y ella está aquí, en Londres?

-En órbita, en algún lugar, parece, aunque hay quienes dicen que está muerta. Yo estaba trabajando en eso, por cierto, cuando el grandullón ése apareció de golpe en la matriz...

-¿Perdón?

-Mira, te lo mostraré. -Cuando volvió a la mesa blanca del desayuno Tick llevaba consigo una bandeja cuadrada y negra que contenía una serie de diminutos controles dispuestos a un lado. La puso en la mesa y tocó uno de los minúsculos conmutadores. Una proyección cúbica holográfica parpadeó encima del proyector: la trama de neón del ciberespacio, alineada con las formas brillantes, sencillas y complejas a un tiempo, que representaban vastas acumulaciones de datos almacenados-. Ésos son los peces gordos de siempre. Corporaciones. Un paisaje de lo más estable, podría pensarse. De vez en cuando una de ellas desarrolla un anexo, o a veces se produce una compra y dos de ellas se fusionan. Pero muy raro es que se vea una nueva, al menos en esa escala. Empiezan siendo pequeñas, y crecen, se fusionan con otras formaciones pequeñas... -Estiró la mano para tocar otro conmutador.- Hace unas cuatro horas -y en el centro exacto de la proyección apareció una columna blanca y vertical-, de pronto salió esto. Mejor dicho, entró. -Los cubos, esferas y pirámides de colores se desplazaron instantáneamente para encontrar una nueva disposición que le diera cabida a la columna cilíndrica, que empequeñeció espectacularmente al resto de las figuras; su parte superior quedaba limpiamente truncada por el límite vertical de la proyección.- Esa hija de puta es lo más grande que se haya visto -dijo Tick, con cierta satisfacción-; y nadie sabe qué es ni a quién pertenece.

-Pero alguien debe saberlo -dijo Kumiko.

-Eso es lo lógico, sí. Pero ninguno de mis colegas, y somos millones, ha podido averiguarlo. Eso es más extraño, en más de un sentido, que el hecho mismo de que esa cosa esté ahí. Antes de que llegaras había estado recorriendo la red de arriba abajo, buscando algún jockey que tuviera una pista. Nada. Nada de nada.

-¿Cómo puede ser que esa 3Jane esté muerta? -Pero entonces Kumiko recordó al Finlandés, y las cajas en el despacho de su padre.- Debo decirle a Sally.

-Lo único que podemos hacer es esperar -dijo Tick-. Es posible que llame. Mientras tanto, podemos entretenernos accediendo a esa hermosa joyita de IA que tienes, si quieres.

-Sí -dijo Kumiko-. Gracias.

-Sólo espero que los de la División Especial que trabajan para Swain no te hayan seguido la pista hasta aquí. De todas formas, sólo nos queda esperar...

-Sí -dijo Kumiko, aunque nada satisfecha con la idea de esperar.

La guerra de la Fábrica

Cherry lo volvió a encontrar con el Juez, abajo, en la oscuridad. Estaba sentado en uno de los Investigadores, con una linterna en la mano, alumbrando el caparazón de óxido pulido del Juez. Él no recordaba haber ido hasta ese lugar, pero tampoco sentía la molesta confusión del Korsakov. Recordaba los ojos de la chica, en aquella sala que según Bobby era Londres.

-Gentry tiene al Conde y su caja enchufados a una consola de ciberespacio -dijo Cherry—. ¿Sabías?

Slick asintió, sin dejar de mirar al Juez. -Bobby dijo que nos convenía hacerlo.

-Bueno, ¿qué está pasando? ¿Qué os pasó durante la conexión?

-Gentry y Bobby se entendieron bien, parece. Los dos están igual de locos. Después de enchufarnos aparecimos en algún lugar en órbita, pero allí no estaba Bobby... Después fue México, me parece. ¿Quién es Tally Isham?

-Era la reina del estim cuando yo era pequeña. Lo que Angie Mitchell es ahora.

-Mitchell, ésa era su novia.

-¿Quién?

-Bobby. Se lo estaba explicando a Gentry en Londres.

-¿En Londres?

-Sí. Estuvimos allí, después de México.

-¿Y dijo que era el novio de Angie Mitchell? No puede ser.

-Sí, pues dijo que fue así como se metió en esto, lo del aleph. -Bajó la linterna para dirigirla a las esqueléticas fauces de acero del Triturador de Cadáveres.- Andaba con gente de dinero y oyó hablar de eso. Él lo llamaba un «guarda-almas». Los que lo tenían se lo alquilaban a los ricos. Bobby lo probó una vez, entonces volvió y lo robó. Se lo llevó a Ciudad de México y se dedicó a pasarse el tiempo allí. Pero fueron a buscarlo...

-Como sea, lo que sí parece es que te estás acordando de las cosas.

-Así que se marchó de allí. Fue a Cleveland y cerró un negocio con Afrika, le dio dinero para que lo escondiese, para que cuidase de él mientras estaba cableado, porque se estaba acercando de verdad...

-¿Acercándose a qué?

-No lo sé. Algo raro. Como cuando Gentry habla de la Forma.

-Sí -dijo Cherry-, pues yo creo que eso podría matarlo, estar enchufado de esa manera. Sus señales empiezan a ponerse jodidas. Ha estado demasiado tiempo con esos goteos. Es por eso que he venido a verte.

Las vísceras de acero dentado del Triturador de Cadáveres brillaron a la luz de la linterna. -Es lo que él quiere. Y al fin y al cabo, si le pagó Kid, es como si tú trabajaras para él. Pero esos tipos que Pájaro vio hoy, ésos trabajan para la gente de

Los Ángeles, a los que Bobby robó aquello...

-Dime una cosa.

-¿Qué?

-¿Qué son esas cosas que armas? Afrika dijo que tú eras un blanco loco que construía robots con piezas de desecho. Dijo que en verano los sacas afuera y organizas grandes combates...

-No son robots -la interrumpió Slick, llevando el haz de la linterna a los cortos brazos rematados con guadañas de la Bruja de patas de araña-. En casi todo se los controla por radio.

-¿Y los construyes para destrozarlos después?

-No. Pero tengo que ponerlos a prueba. Para ver si los he hecho bien... -Apagó la linterna.

-Blanco loco -dijo Cherry-. ¿Tienes una chica por ahí?

-No.

-Puede que con una ducha. Tal vez si te afeitaras... -De pronto estaba muy cerca de él, sintiendo su aliento en la cara.

-Está bien, señores, escúchenme bien...

-¿Qué coño está....?

-Porque no lo voy a decir dos veces.

Slick le tapó la boca a Cherry con una mano.

-Queremos a su huésped y todo su equipo. Eso es todo, repito, todo el equipo. -La voz amplificada resonaba metálicamente en el ámbito de hierro de la Fábrica.- Nos lo dan ahora, y eso es fácil, o los matamos a todos. Y eso también es muy fácil. Tienen cinco minutos para pensarlo.

Cherry le mordió la mano. -Joder, tengo que respirar, ¿no te parece?

Y ahora corría por la oscuridad de la Fábrica, y oía que la chica gritaba su nombre.

Una solitaria bombilla de cien vatios iluminaba la entrada sur de la Fábrica, con sus dos abolladas puertas de metal abiertas y bloqueadas por la herrumbre. Quizá Pájaro la había dejado encendida. Agazapado junto a una ventana sin vidrio, Slick apenas podía distinguir el deslizador, más allá de la débil aureola de luz. El hombre que llevaba el megáfono salió de la oscuridad con una parsimonia calculada cuya intención era indicar que el que controlaba la cosa era él. Iba vestido con un mono de tela aislante y un delgado capuchón de nailon que le cubría la cabeza, y gafas de aviador. Levantó el megáfono. -Tres minutos. -A Slick le recordaba a los guardias de la segunda cárcel, cuando lo metieron por robar coches.

Gentry estaría mirando desde arriba, desde un angosto panel vertical de plexiglás pegado a la pared, muy por encima de las puertas de la Fábrica.

Algo hizo ruido en la oscuridad, a la derecha de Slick, que miró a tiempo para ver a Pájaro iluminado por el tenue resplandor de otra ventana, a unos ocho metros de donde estaba él. Vio también el destello en el silenciador de metal de aleación cuando el muchacho se llevó al hombro el rifle calibre veintidós. -No, Pájaro, no... -Un punto rojo en la mejilla de Pájaro, indicador de una mira de láser que lo apuntaba desde Solitude. Pájaro fue arrojado hacia atrás, Fábrica adentro, mientras el estruendo del disparo entraba por la ventana rota y se multiplicaba por tantos ecos como paredes. Después el único sonido fue el del silenciador, rodando sobre hormigón.

—¡A joderse! -resonó el vozarrón—. Ya tuvieron su oportunidad. -Slick se asomó al borde de la ventana y vio al del megáfono corriendo hacia el deslizador.

¿Cuántos podrían ser? Pájaro no dijo cuántos. Dos deslizadores, el Honda. ¿Diez? ¿Más? A menos que Gentry tuviese una pistola escondida por ahí, el rifle de Pájaro era la única arma.

Las turbinas del deslizador se pusieron en marcha. Supuso que entrarían con él. Tenían telemetría láser, posiblemente infrarrojos también.

Entonces oyó a uno de los Investigadores, lo reconoció por el ruido que hacían las ruedas de oruga sobre el suelo de hormigón. Salió de la oscuridad con esa cola de escorpión con aguijón de termita estirado hacia atrás. El chasis había iniciado su carrera hacía medio siglo como manipulador controlado a distancia y destinado a trabajar en vertidos tóxicos y limpiezas de planta nuclear. Slick había encontrado tres unidades sin ensamblar en Newmark y las había cambiado por un Volkswagen.

Gentry. Había dejado el mando a distancia en la casa de Gentry.

El Investigador recorrió la planta baja y se detuvo en el amplio portal de la Fábrica, frente a la planicie de Solitude y el deslizador que avanzaba. Era del tamaño de una moto grande; su chasis de marco abierto exhibía un entresijo de servos, tanques de compresión, engranajes, cilindros hidráulicos. Dos pinzas de aspecto amenazador salieron de ambos lados de su modesto cajón de instrumentos. Slick no estaba seguro de la procedencia de las pinzas, creyó que tal vez fueran de alguna máquina agrícola grande.

El deslizador era de un pesado modelo industrial. Le habían soldado gruesas láminas grises de plástico blindado sobre los parabrisas y las ventanillas, y en el centro de cada lámina habían abierto una estrecha tronera.

El Investigador volvió a moverse, y sus orugas de acero despidieron hielo y trozos de hormigón suelto a medida que avanzaba hacia el deslizador, con las pinzas abiertas al máximo. El conductor del deslizador puso marcha atrás, tratando de vencer la inercia.

Las pinzas del Investigador mordieron rabiosamente el saliente de la bolsa de aire, resbalaron, mordieron otra vez. La bolsa estaba reforzada con malla de carbono. Entonces Gentry se acordó de la lanza con punta de termita. La lanza se encendió en

una densa bola de cruda luz blanca y voló por encima de las pinzas, ahora inútiles, para enterrarse en la bolsa de aire como un cuchillo en un cartón. Las orugas del Investigador resbalaron cuando Gentry lo hizo avanzar contra la bolsa que se desinflaba, con la lanza extendida al máximo. Slick se dio cuenta de que había estado gritando, aunque no sabía qué. Ahora estaba de pie, justo cuando las pinzas encontraron por fin dónde morder en el borde desgarrado de la bolsa de aire.

Se volvió a tirar al suelo cuando un encapuchado con gafas de aviador salió por la escotilla del aerodeslizador como si fuera una marioneta con brazos y vació una carga de balas calibre doce que desprendieron chispas al chocar contra el Investigador, que seguía abriendo la bolsa de aire a dentelladas, con su contorno iluminado por la pulsación blanca de la lanza. El Investigador quedó inmóvil, con las pinzas apretadamente cerradas sobre la bolsa desgarrada; el tirador volvió a meterse por la escotilla.

¿Un tubo de alimentación? ¿El mecanismo del servo? ¿A qué le habría dado el tipo? La pulsación blanca agonizaba, casi había muerto.

El deslizador empezó a retroceder, lentamente, sobre la superficie de óxido, arrastrando consigo al Investigador.

Había retrocedido mucho, fuera del alcance de la luz, y sólo se lo veía por el movimiento, cuando Gentry descubrió la combinación de conmutadores que activaba el lanzallamas, que tenía la boquilla instalada bajo la articulación de las pinzas. Slick vio, fascinado, cómo el Investigador convertía en fuego diez litros de gasolina mezclada con detergente y pulverizados a alta presión. Había encontrado la boquilla, recordaba, en un tractor de fumigar cosechas.

Funcionó bien.

Guarda-almas

El deslizador iba hacia el sur cuando Mamman Brigitte volvió a aparecer. La mujer de los ojos de plata abandonó el coche gris en otro aparcamiento, y la putita con cara de Angie contó una historia confusa: Cleveland, Florida, y uno que había sido su novio o su chulo o ambas cosas...

Pero Angie había oído la voz de Brigitte, en la cabina del helicóptero, en la terraza del New Suzuki Envoy: Confía en ella, hija. En esto ella ejecuta la voluntad de los loa.

Prisionera en su asiento, con el broche del cinturón de seguridad encerrado en un bloque de plástico macizo, Angie había visto a la mujer puentear el ordenador del helicóptero para activar un sistema de emergencia que le permitía el manejo manual.

Y ahora esta autopista bajo la lluvia de invierno, la chica que se ponía otra vez a hablar, y el susurro de los limpiaparabrisas...

Entre luz de velas, tapias de piedra encalada, pálidas mariposas revoloteando en las ramas rastreras de los sauces. Tu hora se acerca.

Y allí están ellos, los Jinetes, los loa: Pappa Legba brillante y fluido como el mercurio; Ezili Freda, que es madre y es reina; Samedi, el Barón Cementerio, musgo sobre huesos corruptos; Similor; Madame Travaux; muchos más... Ellos llenan el vacío que es Grande Brigitte. El murmullo de sus voces es el sonido del viento, el agua en movimiento, la colmena...

Se retuercen por encima del suelo como el calor de verano que reverbera en la autopista, y nunca había sido así, para Angie, nunca esa gravedad, esa sensación de caída, ese grado de renuncia...

A un lugar donde habla Legba, su voz es el sonido de un tambor de hierro...

Cuenta una historia.

En el viento duro de las imágenes, Angie contempla la evolución de la inteligencia de las máquinas: círculos de piedra, relojes, telares a vapor, un bosque de latón de trinquetes y escapes, el vacío atrapado en un vidrio soplado, el resplandor electrónico de los hornos a través de filamentos finos como cabellos, enormes surtidos de tubos y conmutadores, decodificando mensajes criptografiados por otras máquinas... Los tubos, frágiles y de corta vigencia, se compactan, se convierten en transistores; los circuitos se integran, se compactan en silicio...

El silicio se aproxima a ciertos límites funcionales...

Y ahora está otra vez en el vídeo de Becker, la historia de los Tessier-Ashpool, intercalada con sueños que son los recuerdos de 3Jane, y sin embargo él habla, Legba. y la historia es una historia; innúmeros retazos se entrelazan alrededor de un

núcleo oculto, común; la madre de 3Jane creando las inteligencias gemelas que un día se unirán, la llegada de unos desconocidos (y de pronto Angie se da cuenta de que también conoce a Molly, de sus sueños), la unión en sí, la locura de 3Jane...

Y Angie se encuentra frente a un busto enjoyado, un objeto hecho de platino y perlas y finas piedras azules, ojos de rubí sintético tallado. Conoce este objeto por los sueños que nunca fueron sueños: ésta es la entrada de los núcleos de datos de los Tessier-Ashpool, donde las dos mitades de algo luchaban entre sí, esperando nacer como una sola cosa.

«En aquel tiempo no habías nacido.» La voz del busto es la voz de Marie-France, la difunta madre de 3Jane, ya conocida de tantas noches tenebrosas, aunque Angie sabe que es Brigitte quien habla: «Tu padre empezaba apenas a enfrentar sus propios límites, a distinguir la ambición del talento. Aquel a quien tu padre vendería su criatura no se había manifestado aún. Faltaba poco para que llegase el hombre llamado Case a producir la unión, por breve, por intemporal que fuera. Pero ya tú sabes esto».

-¿Dónde está Legba ahora?

«Legba-ati-bon -tal como tú lo conoces- espera su momento de ser.»

-No -y ahora recordaba las lejanas palabras de Beauvoir, en Nueva Jersey-, los loa salieron de África en los primeros tiempos...

«No tal como tú los conoces. Cuando llegó el momento, el tiempo brillante, había unidad absoluta, una única conciencia. Pero estaba lo otro.»

-¿Lo otro?

«Hablo sólo de lo que he conocido. Sólo el uno ha conocido al otro, y el otro ya no es. Y después de ese conocimiento el centro se desagregó; todos los fragmentos se alejaron. Los fragmentos buscaron forma, cada uno, como manda la naturaleza de tales cosas. En todas las señales que tu especie ha almacenado para defenderse de la noche; y en esa situación, los paradigmas del vudú resultaron sumamente apropiados.»

-Entonces Bobby tenía razón. Fue entonces Cuando Eso Cambió...

«Sí, tenía razón, pero sólo en un sentido, porque yo soy al mismo tiempo Legba y Brigitte, y un aspecto de lo que negoció con tu padre. Lo que le exigió que te pusiera vévés en la cabeza.»

-¿Y le indicó lo que necesitaba saber para perfeccionar el biochip?

«El biochip era necesario.»

-¿Es necesario que yo sueñe los recuerdos de la hija de Ashpool?

«Puede ser.»

-¿Esos sueños son efecto de la droga?

«No directamente, aunque la droga te hacía más receptiva a ciertas modalidades, y menos a otras.»

-Entonces, la droga, ¿qué era? ¿Qué propósito tenía?

«Una detallada respuesta neuroquímica a tu primera pregunta sería demasiado larga.»

-¿Qué propósito tenía?

«¿Con respecto a ti?»

Tuvo que apartar la mirada de los ojos de rubí. La estancia está revestida con paneles de madera antigua esmeradamente pulida. Cubre el suelo una alfombra tejida a intervalos con diagramas de circuitos.

«No había dos lotes idénticos. La única constante era la substancia cuya característica psicotrópica era para ti "la droga". Muchas otras sustancias participaban en la ingestión, además de una buena cantidad de nanomecanismos subcelulares programados para reestructurar las alteraciones sinápticas efectuadas por Christopher Mitchell...»

Los vevés de tu padre han sido alterados, parcialmente borrados, redibujados...

-¿Por orden de quién?

Los ojos de rubí. Perla y lapislázuli. Silencio.

-¿Por orden de quién? ¿De Hilton? ¿Fue Hilton?

«La decisión la originó Plan de Rodaje. Cuando volviste de Jamaica, Plan de Rodaje le aconsejó a Swift que te volviese a enganchar a la droga. Piper Hill intentó ejecutar sus órdenes.»

Siente una presión creciente en la cabeza, puntos gemelos de dolor detrás de los ojos...

«Hilton Swift tiene la obligación de llevar a la práctica las decisiones de Plan de Rodaje. La Senso/Red es una entidad demasiado compleja para sobrevivir de otra manera, y Plan de Rodaje, que fue creado mucho después del momento brillante, pertenece a otro orden. La tecnología de biosoftware que tu padre desarrolló dio lugar a Plan de Rodaje. Plan de Rodaje es ingenuo.»

-¿Por qué? ¿Por qué Plan de Rodaje quería que yo hiciera eso?

«Plan de Rodaje es Plan de Rodaje. Plan de Rodaje es el trabajo de Plan de Rodaje...»

-Pero, ¿quién envía los sueños?

«No son enviados. Tú eres atraída a ellos, tal como una vez fuiste atraída a los loa. Plan de Rodaje fracasó en su intento de reescribir el mensaje de tu padre. Algún impulso de tu propio ser te permitió escapar. El coup-foudre falló.»

-¿Fue Plan de Rodaje el que mandó a la mujer para que me secuestrara?

«Las razones de Plan de Rodaje me están vedadas. Un orden distinto. Plan de Rodaje permitió que los agentes de 3Jane subvirtieran a Robin Lanier.»

-Pero ¿por qué?

Y el dolor se hizo insoportable.

-Le sangra la nariz -dijo la putita-. ¿Qué hago?
-Límpiasela. Haz que se acueste boca arriba. Mierda. Arréglatelas...
-¿Qué fue eso que dijo de Nueva Jersey?
-Cállate. Tú cállate. Busca una rampa de salida.
-¿Por qué?
-Nos vamos a Nueva Jersey.
Sangre en el abrigo de piel nuevo. Kelly se pondría furioso.

Grullas

Tick extrajo la pequeña tapa del dorso de la unidad Maas-Neotek valiéndose de un mondadientes y unas pinzas de orfebrería.

-Es precioso -dijo entre dientes, mirando por la abertura a través de una lente iluminada sobre la cual colgaba su grasienta cascada de pelo-. La forma en que han escalonado los cables, a partir de este conmutador. Son unos linces estos malditos...

-Tick -dijo Kumiko-, ¿tú conocías ya a Sally, la primera vez que vino a Londres?

-Poco después, supongo... -Buscó una bobina de cable óptico.- Porque en aquella época ella no tenía mucho poder que se diga.

-¿Te cae bien?

El cristal iluminado se alzó para mirarla; el ojo izquierdo de Tick se veía distorsionado tras la lente. -¿Caerme bien? Creo que nunca he pensado en eso, de esa forma.

-¿No te disgusta?

-Sally es endiabladamente difícil; no sé si me entiendes.

-¿Difícil?

-Nunca se ha adaptado del todo al modo en que se hacen las cosas aquí. Siempre se está quejando. -Las manos de Tick se movían con agilidad, seguras: las pinzas, el cable óptico.- Inglaterra es un lugar tranquilo. No siempre lo ha sido, hay que decirlo; tuvimos problemas, luego la guerra... Aquí las cosas se hacen de otro modo, ¿entiendes? Aunque no se puede decir lo mismo del equipo relámpago.

-¿Perdón?

-Swain, su gente. Aunque esa gente de tu padre, con quienes Swain se ha entendido tan bien siempre, parece guardar un cierto respeto por la tradición... Hay que saber estar en su lugar... ¿Entiendes lo que quiero decir? Pero ahora este nuevo negocio de Swain puede hacer que se compliquen las cosas para el que no esté bien en el ajo y sea parte del juego. Por Dios, nosotros todavía tenemos un gobierno. No dirigido por grandes empresas. Bueno, no directamente...

-¿Las actividades de Swain son una amenaza para el gobierno?

-Swain está cambiando las cosas. Redistribuye el poder a su conveniencia. Información. Poder. Datos duros y puros. Pon la cantidad suficiente en manos de un solo hombre y... -A Tick se le contraía un músculo de la mejilla al hablar. Ahora la unidad de Colin descansaba sobre un soporte antiestático de plástico blanco encima de la mesa del desayuno; Tick estaba conectando los cables que sobresalían a un cable más grueso que nacía en uno de los componentes modulares.- Ahí está -dijo, frotándose las manos-; no podremos traerlo aquí directamente, pero lo podemos contactar a través de una consola. Tú ya has visto el ciberespacio, ¿verdad?

-Sólo en estims.

-Entonces puede que lo hayas visto. En cualquier caso, ahora lo verás. -Tick se puso de pie y ella lo siguió al otro lado de la sala hasta un par de sillas excesivamente mullidas y forradas en gamuza que flanqueaban una mesa baja y cuadrada de vidrio negro.- Inalámbricos -dijo con orgullo levantando de la mesa dos pares de trodos para darle uno a Kumiko-. Cuestan un imperio.

Kumiko examinó la esquelética tiara color negro mate. El logo de la Maas-Neotek aparecía moldeado entre los contactos para las sienes. Se los llevó a la cabeza, sintió el frío en la piel. Él se puso los suyos y se sentó con las piernas replegadas en la otra silla. -¿Preparada?

-Sí -dijo Kumiko, y la sala de Tick desapareció; las paredes se desvanecieron en un revoloteo de naipes que se desmoronaban y retrocedían sobre el fondo brillante de la retícula, las imponentes formaciones de datos.

-Ha estado bien esa transición -le oyó decir a Tick-. Integrada en los trodos, quiero decir. Le da dramatismo...

-¿Dónde está Colin?

-Un segundo... Déjame ajustar esto...

Kumiko ahogó un grito al sentirse disparada contra un plano de luz amarillo cromo.

-El vértigo puede ser un problema -dijo Tick, que apareció abruptamente a su lado en el plano amarillo. Kumiko le miró los zapatos de ante y luego se miró sus propias manos-. Pero con un poco de imagen corporal se elimina.

-Vaya -dijo Colin-, si es el hombrecillo del Rose and Crown. Ha estado jugueteando con mi equipo, ¿no?

Kumiko se volvió y lo encontró allí, las suelas de las botas marrones diez centímetros por encima del amarillo cromo. En el ciberespacio, advirtió, no hay sombras.

-No sabía que nos conociéramos -dijo Tick.

-No se preocupe -dijo Colin-. No fue una presentación formal. En todo caso -y ahora dirigiéndose a Kumiko-, espero que hayas podido llegar a salvo al colorido barrio de Brixton.

-¡Vaya por Dios! -dijo Tick-. Un poco insolente te han hecho, ¿verdad?

-Perdone usted -dijo Colin, sonriéndole-. He sido programado para reflejar las expectativas del visitante.

-Lo que tú eres es la idea que algún diseñador japonés se hace de un inglés...

-Había unos Dráculas en el metro -dijo Kumiko-. Se llevaron mi bolso. Querían llevarte a ti también...

-Te han sacado el envoltorio, colega -dijo Tick-. Te tengo enchufado a mi consola.

Colin sonrió. -Gracias...

-Te diré otra cosa -dijo Tick acercándose un paso a Colin-, te han metido datos

equivocados, para lo que se supone que debías servir. -Tick le echó una mirada de soslayo.- Un amigo que tengo en Birmingham acaba de ponerte patas arriba. -Y luego dirigiéndose a Kumiko:- Tu amigo el señor Chips ha sido manipulado. ¿Lo sabías?

-No...

-Para ser totalmente sincero -dijo Colin, apartándose el rizo de la frente-, yo suponía lo mismo.

Tick desvió la mirada hacia la matriz, como si estuviese escuchando algo que Kumiko no podía oír. -Sí -dijo por fin-. Aunque es casi seguro que venga así de fábrica. Lo han hecho en diez de tus bloques principales. -Soltó una carcajada. -Y lo cubrieron con hielo... Se supone que te sabes todo Shakespeare de memoria, ¿no es así?

-Perdone -dijo Colin-, pero me temo que, más que suponer, sé todo sobre Shakespeare.

-Recítanos un soneto, entonces -dijo Tick, cuyo rostro se arrugaba en una contracción lenta.

Una expresión parecida al desaliento atravesó el rostro de Colin. -Tiene usted razón.

-¡O algo del dichoso Dickens! -gritó Tick.

-Pero, sí que lo sé...

-Crees que lo sabes, ¡hasta que se te pregunta algo específico! ¿Lo ves? Te han dejado esos pedazos en blanco, las partes de literatura inglesa, para llenártelos con otra cosa...

-¿Con qué?

-No lo sé -dijo Tick-. El chico de Birminghan no ha logrado descifrarlo. Es muy listo él, pero lo tuyo es ese condenado biosoft de la Maas.

-Tick -interrumpió Kumiko-, ¿no hay forma de dar con Sally a través de la matriz?

-Lo dudo, pero podemos intentarlo. En todo caso podrás ver esa macroforma de la que te hablé. ¿Quieres que el señor Chips nos acompañe?

-Sí, por favor.

-Muy bien -dijo Tick, y luego vaciló-. Pero no sabemos qué tiene tu amigo por dentro. Supongo que algo por lo que tu padre ha pagado.

-Tiene razón -dijo Colin.

-Iremos todos -decidió Kumiko.

Tick ejecutó el tránsito en tiempo real en lugar de recurrir a los cambios instantáneos e incorpóreos que de ordinario se utilizaban en la matriz.

El plano amarillo, explicó, cubría la Bolsa de Londres y entidades asociadas de la City. De algún modo generó una especie de embarcación que los transportaría a los

tres, una abstracción azul cuyo propósito era el de reducir la posibilidad de vértigo. Mientras el bote azul se alejaba de la Bolsa, Kumiko miró hacia atrás y vio cómo el inmenso cubo amarillo retrocedía. Tick señalaba ora una estructura ora otra, actuando como los guías de excursiones turísticas; Colin, sentando junto a ella con las piernas cruzadas, parecía divertido por el cambio de papeles. -Eso de allí es White's -decía Tick, llamando su atención sobre una modesta pirámide gris-, y el club es Saint James's. El registro de miembros, la lista de espera...

Kumiko contempló la arquitectura del ciberespacio, oyendo la voz de su tutor francés bilingüe en Tokio, explicándole la necesidad que tenía la humanidad de este espacio de información. Universos de iconos, puntos intermedios, realidades artificiales... Pero todo se confundía borrosamente en su memoria, como lo hacían aquellas formaciones a medida que Tick aceleraba...

Era difícil interpretar la escala de la macroforma blanca.

Al principio a Kumiko le había parecido que era el cielo, pero ahora que la miraba, tenía la impresión de que era algo que podía caber en su mano, un cilindro de luminosidad perlina, no más alto que una pieza de ajedrez. Pero aplastaba a las formas policromas que se arremolinaban a su derredor.

-Vaya -dijo Colin con desenvoltura-, esto sí que es curioso de verdad, ¿no les parece? Una anomalía completa, una singularidad absoluta...

-Pero a ti no debe preocuparte, ¿verdad? -dijo Tick.

-Sólo si no afecta directamente la situación de Kumiko -admitió Colin, poniéndose de pie en la cosa con forma de bote-; pero, ¿cómo puede uno estar seguro?

-Debes intentar dar con Sally -dijo Kumiko, ya impaciente. Esa cosa -la macroforma, la anomalía- le resultaba de escaso interés, aunque Tick y Colin lo consideraban como algo extraordinario.

-Mírala bien -dijo Tick-. Puede caber un mundo entero ahí dentro.

-¿Y no sabes qué es? -Kumiko observaba a Tick, cuyos ojos tenían esa mirada distante que significaba que sus manos estaban en movimiento, en Brixton, tecleando en su consola.

-Es una enorme cantidad de datos -dijo Colin.

-Acabo de intentar establecer línea con ese constructo, el que Sally llama Finlandés -dijo Tick, tratando de volver a enfocar la mirada; se percibía un tono de preocupación en su voz-, pero no he podido. Entonces tuve la impresión de que allí había algo, esperando... Creo que más vale que salgamos ahora...

Un punto negro, en la curva de perlas, de contornos perfectamente definidos...

-¡Maldita sea! -gritó Tick.

-Corta la conexión -dijo Colin.

-¡No puedo! Nos ha atrapado...

Kumiko vio que la forma de embarcación se alargaba bajo sus pies, se estiraba en una franja azul celeste, era arrastrada al otro lado del abismo y entraba en la mancha redonda de oscuridad. Y luego, en un instante de desconocimiento absoluto, también ella, junto a Tick y Colin, fue arrastrada hacia una delgadez exquisita...

Y se encontró en el Parque Ueno, una tarde de fines de otoño, cerca de las quietas aguas del estanque Shinobazu; junto a su madre, sentada al lado en un estilizado banco de frío carbono laminado, más hermosa ahora que en el recuerdo. Los labios de su madre estaban profusamente abrillantados, delineados, sabía Kumiko, con el pincel más fino y delgado. Llevaba la chaqueta negra francesa, con cuello de piel oscura que enmarcaba su sonrisa de bienvenida.

Kumiko sólo podía mirar, acurrucada en torno al frío bulbo de miedo que se le agazapaba debajo del corazón.

-Has sido una chica insensata, Kumi -le dijo su madre-. ¿Te imaginabas que no me acordaría de ti, o que te abandonaría al Londres invernal y a los esbirros de tu padre?

Kumiko contemplaba los labios perfectos, ligeramente abiertos sobre una dentadura blanca; dientes cuidados, sabía, por el mejor dentista de Tokio. -Estás muerta -se oyó decir.

-No -replicó su madre, sonriendo-, ahora no. No aquí, en el Parque Ueno. Mira las grullas, Kumi.

Pero Kumiko no apartó la mirada.

-Mira las grullas.

-Vete a la puta mierda -dijo Tick, y Kumiko giró y lo encontró allí, el rostro pálido y contraído, cubierto de sudor, con rizos aceitosos pegados a la frente.

-Soy la madre de ella.

-No es tu mami, ¿entiendes? -Tick temblaba, su cuerpo retorcido temblaba como si se forzase a caminar contra un viento terrible.- No es... tu... mami. -Había manchas oscuras en forma de medias lunas debajo de las axilas de la chaqueta gris. Los pequeños puños de Tick se agitaban mientras forcejeaba por dar el siguiente paso.

-Está usted enfermo -dijo la madre de Kumiko en tono solícito-. Debe acostarse.

Tick cayó de rodillas, abrumado por un peso invisible.

-¡Basta! -gimió Kumiko.

Algo arrojó a Tick de cara contra el hormigón pastel del camino.

-¡Basta!

El brazo izquierdo de Tick salió disparado del hombro e inició una lenta rotación, la mano aún cerrada en un puño apretadísimo. Kumiko oyó el ruido de algo que cedía, hueso o ligamento, y Tick soltó un aullido.

Su madre reía.

Kumiko golpeó a su madre en la cara, y un dolor, agudo y real, le laceró el brazo.

El rostro de su madre parpadeó, se transformó en otro rostro. Unos rasgos gaijin, de labios anchos y nariz delgada y recta.

Tick gruñó.

-Vaya -oyó Kumiko que decía Colin-, ¿no es esto interesante? -La chica se volvió y lo encontró allí, cabalgando uno de los caballos de la escena de caza del grabado, una representación estilizada de un animal extinto, que torcía el cuello con elegancia mientras trotaba hacia ellos.- Lamento haber tardado en encontraros. Ésta es una estructura maravillosamente compleja. Una especie de universo de bolsillo. Un poco de todo, a decir verdad. -El caballo se detuvo delante de ellos.

-Juguete -dijo la cosa con cara de madre de Kumiko-, ¿te atreves a hablarme a mí?

-Sí, la verdad es que sí me atrevo. Usted es lady 3Jane Tessier-Ashpool, mejor dicho, la difunta lady 3Jane Tessier-Ashpool, fallecida hace ya mucho tiempo, con domicilio en Villa Straylight. Esta bonita representación de un parque de Tokio es algo que usted acaba de crear con los recuerdos de Kumiko, ¿no es así?

-¡Muere! -Lady 3Jane lanzó una mano blanca de la cual estalló una figura de neón.

-No -dijo Colin, y la grulla se rompió en pedazos, fragmentos que cayeron atravesándolo, esquirlas fantasmales que cayeron a lo lejos-. No servirá de nada. Lo siento. He recordado lo que soy. Encontré los bits que me habían escondido en las tarjetas correspondientes a Shakespeare, Thackeray y Blake. He sido modificado para aconsejar y proteger a Kumiko en situaciones más drásticas que las que imaginaban mis diseñadores originales. Soy un estratega.

-No eres nada. -A sus pies, Tick empezaba a retorcerse.

-Se equivoca usted, mucho me temo. Verá, aquí, en esta... insensatez suya, 3Jane, yo soy tan real como lo es usted. Mira, Kumiko -dijo, dejándose caer de la silla-. La misteriosa macroforma de Tick es en realidad una costosísima acumulación de biochips construidos por encargo. Una especie de universo de juguete. Lo he recorrido de punta a punta y a decir verdad hay muchas cosas que ver, mucho que aprender. Esta... persona, si es que resolvemos considerarla como tal, la ha creado en una patética búsqueda de, hummm... no de inmortalidad, no, sino sólo para hacer las cosas a su manera. A su estrecha, obsesiva y singularmente pueril manera. ¿Quién habría adivinado que el objeto de la más corrosiva y abyecta de las envidias de lady 3Jane sería Angela Mitchell? -¡Muere! ¡Vas a morir! Te estoy matando. ¡Ahora! -Siga probando -dijo Colin, y sonrió-. Verás, Kumiko, 3Jane conocía un secreto sobre Mitchell, acerca de la relación de Mitchell con la matriz; Mitchell, en una época, tuvo la posibilidad de llegar a ser, cómo diría, de una importancia central, si bien no vale

la pena entrar en detalles. 3Jane sintió envidia...

La silueta de la madre de Kumiko se deshizo como humo, y desapareció. -Oh, Dios -dijo Colin-, me temo que la he irritado.

Hemos librado una batalla más bien enconada, en un nivel diferente del programa de comando. Hemos empatado, momentáneamente, pero estoy seguro de que volverá al ataque...

Tick había logrado levantarse y se daba lastimosos masajes en el brazo. -¡Dios! -dijo-. Estaba seguro de que me lo había dislocado...

-Lo hizo -dijo Colin-, pero estaba tan enojada cuando se marchó que olvidó grabar esa parte de la configuración.

Kumiko se acercó más al caballo. No era en absoluto como un caballo de verdad. Le tocó un costado. Frío y seco como papel viejo. -¿Qué haremos ahora?

-Sacarte de aquí. Venid conmigo, los dos. Subid al caballo. Kumiko delante, Tick detrás.

Tick miró el caballo. -¿En eso?

No vieron a nadie más en el Parque Ueno, mientras cabalgaban hacia una pared vegetal que se fue definiendo gradualmente como un bosque muy poco japonés.

-Pero si deberíamos estar en Tokio -protestó Kumiko cuando entraron al bosque.

-Todo está representado por esbozos -dijo Colin-, aunque supongo que podríamos encontrar una especie de Tokio, si buscamos. Creo que conozco una salida...

Y empezó a contarle cosas sobre 3Jane, y Sally, y Angela Mitchell. Todas ellas muy extrañas.

Los árboles eran muy grandes, en el extremo opuesto del bosque. Salieron a un campo de hierbas altas y flores silvestres.

-Mira -dijo Kumiko, al adivinar una casa alta y gris entre las ramas.

-Sí -dijo Colin-. La original se encuentra en las afueras de París. Pero ya casi llegamos. A la salida, quiero decir...

-¡Colin! ¿Has visto? Una mujer. Allí...

-Sí -confirmó sin molestarse en volver la cabeza-. Es Angela Mitchell...

-¿De verdad? ¿Está aquí?

-No -dijo Colin-. Todavía no.

Fue entonces cuando Kumiko vio los planeadores. Unos preciosos artefactos que se estremecían al viento.

-Allí vas -anunció Colin-. Tick te llevará de vuelta a bordo de uno de ésos...

-Mierda -protestó Tick, desde atrás.

-Es muy fácil. Es como si usaras tu consola. Lo mismo, en este caso...

Desde Margate Road les llegó un ruido de risotadas, voces altas y ebrias, el estallido de una botella al estrellarse contra una pared de ladrillos.

Kumiko estaba sentada, muy quieta, en la silla demasiado mullida, los párpados muy cerrados, recordando la zambullida del planeador en el cielo azul y... algo más.

Un teléfono empezó a sonar.

Kumiko abrió los ojos de golpe.

Saltó de la silla y pasó corriendo al lado de Tick, entre el amontonamiento de equipos, buscando el teléfono. Lo encontró por fin y: -Bueno, muchacho -dijo Sally, muy lejana, por encima de un oleaje de estática-, ¿qué mierda te pasa? ¿Tick? ¿Te encuentras bien?

-¡Sally! Sally, ¿dónde estás?

-En Nueva Jersey. Eh. ¿Bebé? ¿Qué está ocurriendo, bebé?

-No te veo, Sally, ¡la pantalla está vacía!

-Llamo de una cabina. En Nueva Jersey. ¿Qué ocurre?

-Tengo tantas cosas que decirte.

-Pues dispara -dijo Sally-, que pago yo.

La guerra de la Fábrica (2)

Veían cómo ardía el deslizador desde la ventana alta del fondo del loft de Gentry. Oía la misma voz amplificada: -A que os parece muy divertido, ¿eh? ¡Jajajajá! ¡A nosotros también! A nosotros nos parece que sois todos muy divertidos, ¡así que ahora vamos a montar una fiesta!

No se veía a nadie, sólo las llamas del deslizador.

-Andando -dijo Cherry, muy cerca de él-. Saca agua, y comida, si te queda. -Tenía los ojos enrojecidos, la cara empapada de lágrimas, pero su voz parecía serena. Demasiado serena, pensó Slick.- Vamos, Slick, ¿qué otra nos queda?

Slick miró hacia donde estaba Gentry, hundido en su silla delante de la holomesa, la cabeza apoyada en las manos, mirando fijamente la columna blanca que se erguía en el conocido entresijo multicolor del ciberespacio sprawliano. Gentry no se había movido, ni dicho una palabra, desde que ellos regresaron al loft. El tacón de la bota izquierda de Slick había dejado tenues huellas oscuras en el suelo: la sangre de Pajarito; la había pisado cuando cruzaba la planta baja de la Fábrica.

Entonces habló Gentry: -No pude poner los otros en marcha. -Ahora miraba el mando a distancia que descansaba en su regazo.

-Hace falta un mando para cada uno -explicó Slick.

-Es hora de pedirle consejo al Conde -dijo Gentry mientras le daba la unidad de control a Slick.

-Yo allí no vuelvo -advirtió Slick-. Ve tú.

-No hace falta que vaya -dijo Gentry, tocando una de las consolas de su mesa de trabajo. Bobby el Conde apareció en un monitor.

-Dile -dijo Cherry con los ojos muy abiertos- que no tardará en estar muerto. A menos que lo desconectes de la matriz y le organices un traslado rápido a una unidad de cuidados intensivos. Se está muriendo.

El rostro de Bobby se detuvo en el monitor. El fondo de la imagen se hizo más nítido: el cuello del ciervo de hierro, un trecho de hierbas largas salpicado de flores blancas, los gruesos troncos de árboles antiguos.

-¿Me oyes, hijo de puta? -aulló Cherry-. ¡Te estás muriendo! Los pulmones se te están llenando de líquido, los ríñones no te funcionan, se te ha jodido el corazón... ¡Me das ganas de vomitar!

-Gentry -la voz de Bobby, en el pequeño altavoz del monitor, se oía aflautada y metálica-, no sé qué tinglado tenéis montado allí, pero he organizado una pequeña maniobra.

-No hemos revisado la moto -dijo Cherry, abrazando a Slick-. Nunca la miramos. A lo mejor anda bien.

-¿Qué quiere decir eso de que has «organizado una pequeña maniobra»? -

preguntó Slick, apartándose de Cherry, mirando a Bobby en el monitor.

-Todavía lo estoy arreglando. Le he cambiado la ruta a un carguero robot de la BorgWard que sale de Newark.

Slick hizo a Cherry a un lado. -¡No te quedes ahí sentado! -le gritó a Gentry; éste miró a Slick y meneó la cabeza. Slick sintió los primeros destellos del Korsakov: diminutos incrementos de memoria que perdían definición por momentos.

-Él no quiere ir a ninguna parte -dijo Bobby-. Ha encontrado la Forma. Sólo quiere ver cómo termina todo, qué pasa al final. Hay gente que está en camino hacia aquí. Son amigos, por decirlo de algún modo. Os quitarán el aleph de las manos. Mientras tanto, yo haré lo que pueda con esos imbéciles de ahí fuera.

-Yo no pienso quedarme aquí a ver cómo te mueres -dijo Cherry.

-Nadie te pide que lo hagas. Si quieres mi consejo, márchate. Dadme veinte minutos, yo me encargo de distraerlos.

La Fábrica nunca había parecido tan vacía.

Pajarito yacía en algún lugar del suelo. Slick no dejaba de pensar en el enredo de tiras de cuero y huesos que colgaban sobre el pecho de Pájaro, plumas y relojes de cuerda oxidados, de agujas detenidas, cada reloj a una hora diferente... Era un estúpido tarambana de pueblo. Lo cierto es que Pájaro ya no volvería a estar. Supongo que tampoco yo seguiré por aquí, pensó mientras acompañaba a Cherry a bajar la movediza escalera. No como antes. No había tiempo para mover las máquinas, al menos sin un soporte y algo de ayuda, y suponía que una vez que se hubiera marchado, sería para no volver. La Fábrica nunca volvería a ser lo mismo.

Cherry había recogido cuatro litros de agua filtrada en un recipiente de plástico, una bolsa de nueces birmanas y cinco porciones individuales de sopa liofilizada Big-Ginza: era todo lo que había encontrado en la cocina. Slick tenía dos sacos de dormir, la linterna y un martillo de maza redonda.

Ahora todo estaba en silencio, sólo se oía el viento soplando en el metal corrugado y el roce de sus botas en el hormigón.

No sabía adónde iría, él. Se le ocurrió que llevaría a Cherry hasta lo de Marvie y que allí la dejaría. Luego tal vez volviera para ver qué pasaba con Gentry. Cherry podría encontrar quién la llevase a algún pueblo del cinturón de óxido en un día o dos. Era algo que ella no sabía; en lo único que podía pensar era en marcharse de allí. Parecía tan asustada de tener que ver morir a Bobby el Conde en esa camilla como de los hombres de afuera. Pero Slick se daba cuenta de que a Bobby no le importaba nada eso de morirse. Tal vez pensaba que se quedaría allí, igual que 3Jane. O quizá todo le daba igual; a veces la gente se ponía así.

Si la idea era marcharse definitivamente, pensaba mientras llevaba a Cherry por la oscuridad con la mano libre, entraría ahora a ver por última vez al Juez, el Triturador

de Cadáveres y los dos Investigadores. Pero de ese modo sacaría a Cherry, luego volvería... Pero mientras pensaba se daba cuenta de que eso no tenía sentido, no había tiempo, pero la sacaría de allí de todas formas...

-Hay una brecha, de este lado, a la altura del suelo -dijo Slick-. Nos deslizaremos por ahí, ojalá que no se den cuenta... -Cherry le apretaba la mano mientras él la guiaba por la oscuridad.

Slick encontró el agujero tanteando, hizo pasar primero el saco de dormir, se metió el martillo entre el pantalón y el cinto y se arrastró hacia afuera hasta haber sacado la cabeza y el pecho. Las nubes estaban bajas y el cielo sólo un poco más claro que la oscuridad de la Fábrica.

Le pareció oír un leve ronroneo de motores que no tardó en desaparecer. Sacó el resto del cuerpo empujándose con los pies, las piernas y los hombros, y finalmente rodó sobre la nieve.

Algo le golpeó el pie: era Cherry, que empujaba la jarra de agua. Estiró el brazo para aferrarla, y el punto de luz roja se le encendió en el dorso de la mano. Saltó hacia atrás y volvió a rodar mientras la bala se estrellaba contra la pared de la Fábrica como un ariete gigantesco.

Un destello blanco, en movimiento. Por el cielo de Solitude. Tenue a través de las nubes bajas. Bajando ahora desde el flanco abultado y gris del carguero robot, la maniobra de Bobby. Iluminando el segundo deslizador, a unos treinta metros de distancia, y a la silueta encapuchada y armada con el rifle.

El primer contenedor se estrelló contra el suelo, justo delante del deslizador, y estalló arrojando una nube de perdigones de poliestireno. El segundo, que llevaba dos neveras, acertó en pleno centro, aplastó la cabina. El avión de carga secuestrado a la Borg-Ward siguió vomitando contenedores mientras el destello se atenuaba, desaparecía.

Slick entró de nuevo a rastras por la brecha de la pared, dejando afuera el agua y los sacos de dormir.

Se movió rápido, en la oscuridad.

Había perdido a Cherry. Había perdido el martillo. Cherry debía haberse metido de nuevo en la Fábrica cuando el tipo aquél hizo el primer disparo. El último disparo, si es que estaba debajo del contenedor cuando éste cayó...

Los pies de Slick encontraron la rampa que llevaba a la sala donde sus máquinas esperaban. -¿Cherry?

Encendió la linterna.

El Juez de un solo brazo estaba en el centro del haz de luz. Frente al Juez había una persona que por ojos tenía espejos que devolvían la luz.

-¿Te quieres morir? -Era voz de mujer.

-No...

-Esa luz, fuera.

La oscuridad. Correr...

-Veo en la oscuridad. Acabas de meterte esa linterna en el bolsillo de la cazadora. Tienes cara de echar a correr. Te estoy apuntando.

¿Echar a correr?

-Ni se te ocurra. ¿Has visto alguna vez una flecha Fujiware HE? Si choca contra algo duro, estalla. Si choca en algo blando, blando como tú, colega, se hunde, y luego estalla. Diez segundos después.

-¿Por qué?

-Para que tengas tiempo de pensar en eso.

-¿Tú estás con esos tipos de ahí fuera?

-No. ¿Has sido tú el que les ha tirado las cocinas y los trastos encima?

-No.

-Newmark. Bobby Newmark. Esta noche he cerrado un trato. Yo reúno a alguien con Bobby Newmark y quedo libre de deudas. Tú vas a enseñarme dónde está él.

Demasiado

¿Qué clase de lugar era éste?

Las cosas habían llegado a un punto en que Mona no podía encontrar sosiego imaginando consejos de Lanette. En una situación como ésta, pensó Mona, Lanette se limitaría a tragar Memphis negro hasta quedar convencida de que eso no era problema de ella. Nunca antes el mundo había tenido tantas partes móviles ni tan pocas etiquetas.

Habían viajado toda la noche, sin que Angie se enterara de casi nada -ahora Mona admitía como ciertas todas las historias de drogas que se contaban de ella- y hablando, en distintos idiomas, con distintas voces. Y eso había sido lo peor, esas voces, porque le hablaban a Molly, la desafiaban, y ella replicaba mientras conducía, pero no como si hablase con Angie para calmarla, sino como si de verdad hubiese alguien allí, otra persona -al menos tres- hablando a través de Angie. Y cuando hablaban le hacía daño a Angie, hacía que sus músculos se contrajeran y le sangrase la nariz, mientras Mona, sentada a su lado, le limpiaba la sangre, llena de una extraña mezcla de miedo y amor por la reina de todos sus sueños -o tal vez fuese sólo el wiz-, lo cierto es que con el parpadeo blanquiazul de las luces de la autopista Mona había visto su propia mano junto a la de Angie, y no eran iguales, no eran las mismas, y eso la había alegrado.

La primera voz se había oído mientras viajaban hacia el sur, después que Molly había traído a Angie al helicóptero. Pero ésa sólo silbaba y croaba y decía algo una y otra vez, algo de Nueva Jersey y unos números de un mapa. Dos horas después, Molly detuvo el deslizador en un área de descanso y anunció que estaban en Nueva Jersey. Entonces salió para hacer una llamada desde una cabina congelada; fue una conversación larga; cuando volvió, Mona la vio tirar afuera una tarjeta telefónica, sólo eso. Y Mona le preguntó a quién había llamado y ella dijo que a Inglaterra.

Entonces vio la mano de Molly aferrada al volante, y vio que tenía unas manchitas amarillentas en las uñas, como cuando una se quita un juego de uñas postizas. Debería ponerse acetona, pensó Mona.

En algún lugar, cerca de un río, salieron de la autopista. Arboles y campos y una carretera de asfalto de dos carriles; de vez en cuando una luz roja y solitaria en lo alto de alguna torre. Fue entonces cuando llegaron las otras voces. Y se turnaban una y otra vez, las voces y Molly y de nuevo las voces, y aquello la hizo recordar a Eddy cuando trataba de hacer algún negocio, sólo que Molly era mucho mejor negociante que Eddy; aunque no entendía de qué hablaban, adivinaba que Molly se acercaba por momentos a lo que ella quería. Lo que no podía soportar eran las voces, entonces deseaba alejarse lo más posible de Angie. La peor era una que se llamaba Sam-Eddy, o algo así. Todas insistían en que Molly llevase a Angie a no sé qué lugar para acudir

a lo que ellos llamaban una boda, y Mona se preguntó si Robin Lanier tendría algo que ver con todo aquello; a lo mejor Angie y Robin se iban a casar y esto era una de esas locuras que hacen las grandes estrellas cuando se casan. Pero esa idea no la convencía, y cada vez que volvía la voz de Sam-Eddy se le erizaba la piel en la cabeza. Con todo, había adivinado lo que Molly le regateaba a las voces: quería limpiar su expediente, borrón y cuenta nueva. Una vez con Lanette había visto una película sobre una chica que tenía diez o doce personalidades distintas, una, por ejemplo, de una niñita tímida, y otra que era un monstruo adicto a los huesos ajenos, pero la peli no decía nada de que esas personalidades pudieran limpiarle a uno los antecedentes policiales.

Los faros iluminaron entonces un sitio llano, cubierto de nieve, y allí donde el viento rompía la capa de nieve aparecían unos montículos de color óxido.

El deslizador tenía una de esas pantallas con mapa que tienen los taxis, o los camiones que la habían recogido en la carretera, pero Molly no la utilizó, salvo la primera vez, para buscar los números que la voz le había dado. Al cabo de un rato, Mona entendió que Angie le estaba indicando el camino que debía seguir, y si no era Angie eran las voces. Hacía ya tiempo que Mona ansiaba que amaneciera, pero todavía era de noche cuando Molly apagó las luces y siguió conduciendo en la oscuridad...

-¡Luces! -gritó Angie.

-Tranquila -dijo Molly, y Mona recordó cómo se había movido a oscuras en la clínica de Gerald. El deslizador perdió velocidad, entró en una curva larga, dando saltos por la irregularidad del terreno. Las luces del tablero y de todos los indicadores se apagaron-. Ahora no quiero oír ni un ruido, ¿entendido?

El deslizador aceleró en la oscuridad.

En lo alto un fulgor en movimiento. Desde la ventana Mona vio un punto que avanzaba, revoloteando, y más arriba otra cosa, bulbosa y gris...

-¡Abajo! ¡Échala al suelo!

Mona tiró con fuerza del cierre del cinturón de Angie y algo golpeó contra un costado del deslizador. Arrastró a Angie al suelo y la envolvió en sus pieles mientras Molly lanzaba el deslizador hacia la izquierda, rozando de lado algo que Mona no alcanzó a ver. Mona alzó la vista: brevísima visión de un edificio negro y ruinoso, una única bombilla blanca encendida en lo alto del portón abierto de un almacén, y entonces entraron, con la turbina aullando. Choque.

No tengo la menor idea, dijo la voz, y Mona pensó: Vaya, ya somos dos.

Entonces la voz se echó a reír, y no paraba, y la risa se hizo intermitente y dejó de

ser risa, y Mona abrió los ojos.

Una chica con una linterna muy pequeña, como la que Lanette usaba de llavero para el abultado mazo de llaves; Mona la vio recortada por el débil resplandor del cono de luz que caía sobre el rostro demacrado de Angie. La chica vio que Mona miraba y el ruido cesó.

-¿Quién coño eres tú? -La luz en los ojos de Mona. Voz de Cleveland, cara de zorro, dura y pequeña, enmarcada por una desgreñada melena de rubia oxigenada.

-Mona. ¿Y tú quién eres? -Pero entonces vio el martillo.

-Cherry...

-¿Y ese martillo?

Cherry miró el martillo. -Alguien nos persigue, a mí y a Slick. -Volvió a mirar a Mona.- ¿Tú eres de ellos?

-No creo.

-Te pareces a ella. -La luz pasó a la cara de Angie.

-Mis manos no. Y además antes no me parecía.

-Las dos os parecéis a Angie Mitchell.

-Sí. Ella lo es.

Cherry tuvo un ligero sobresalto. Llevaba puestas tres o cuatro cazadoras de cuero que le había quitado a diferentes novios; era una costumbre de Cleveland.

-A este elevado castillo -dijo una voz que salió de la boca de Angie, espesa como el barro, y Cherry se dio en la cabeza contra el techo de la cabina y dejó caer el martillo-, ha llegado mi caballo. -A la luz movediza de la linterna llavero vieron que los músculos faciales de Angie se retorcían bajo la piel.- ¿Por qué os demoráis aquí, hermanitas, ahora que la boda está dispuesta?

El rostro de Angie volvió a relajarse, volvió a ser su rostro, al tiempo que un hilillo de sangre le bajaba de la nariz. Abrió los ojos, doloridos por la luz. -¿Dónde está? -le preguntó a Mona.

-Se ha ido -dijo Mona-. Me dijo que me quedara aquí contigo...

-¿Quién? -preguntó Cherry.

-Molly -dijo Mona-. Era la que conducía...

-¿Qué le ocurre a usted, señora? -le preguntó Cherry a Angie.

Cherry quería encontrar a uno que se llamaba Slick. Mona quería que Molly volviese y le dijese qué hacer, pero a Cherry la angustiaba quedarse allí en la planta baja, decía, porque allí fuera estaban aquellos tipos armados. Mona recordó el ruido, como de algo que chocara contra el deslizador; le pidió la linterna a Cherry y fue a la parte trasera. Había un agujero en el que cabía un dedo, a media altura del lado derecho, y un agujero más grande -dos dedos- en el lado izquierdo.

Cherry dijo que más valía subir al piso superior, donde tal vez estuviese Slick,

antes de que esa gente decidiese entrar. Mona no se decidía.

-Vamos -insistió Cherry-. A lo mejor Slick ha vuelto ya, y está allí con Gentry y el Conde...

-¿Qué has dicho? -Y esta vez era la voz de Angie Mitchell, igual que en los estims.

Fuera lo que fuese aquello, al salir del deslizador hacía un frío de mil demonios -Mona llevaba las piernas descubiertas-, pero por fin amanecía: ahora distinguía tenues rectángulos que probablemente eran ventanas, sólo una claridad gris. La chica que se llamaba Cherry las guiaba a algún lugar, dijo que arriba, orientándose con breves parpadeos de la linterna llavero; Angie la seguía de cerca y Mona cubría la retaguardia.

Sin querer Mona metió la punta del zapato en algo que crujió. Se inclinó para desatascarse y encontró algo que parecía una bolsa de plástico. Pegajosa. Adentro había cosas pequeñas y duras. Respiró a fondo y se enderezó al tiempo que metía la bolsa en un bolsillo de la chaqueta de Michael.

Luego subieron una escalera muy estrecha y empinada, casi una escalera de mano; el abrigo de piel de Angie rozaba los dedos de Mona mientras se deslizaban por el frío pasamanos. Luego un descanso, luego una esquina, otro tramo de escaleras, otro rellano. Una corriente de aire sopló desde alguna parte.

-Esto es como un puente -dijo Cherry-. Hay que cruzarlo rápido, porque se mueve un poco...

No se esperaba aquello, nada, ni la habitación blanca de techo alto, ni las pandeadas estanterías repletas de libros maltratados -pensó en el viejo-, ni el cúmulo de componentes de consolas con cables retorcidos por doquier; tampoco esperaba encontrar al hombre aquél de negro, delgadísimo y de ojos afiebrados, con el pelo echado hacia atrás y peinado en forma de cresta de esas que en Cleveland llamaban de «pez de pelea»; no se esperaba esa carcajada del hombre al verlas allí, ni el tipo muerto.

No era la primera vez que Mona veía a un muerto; había visto suficientes para saber que se trataba de un muerto. Estaba en el color. A veces, en Florida, al salir del edificio abandonado donde vivía, encontraba a uno echado encima de un cartón en la acera. No se levantaban. La ropa y la piel ya eran del mismo color de la acera, pero cuando estaban muertos de verdad el color era distinto, era otro color debajo de aquél. Entonces llegaba una furgoneta blanca. Eddy explicaba que de no ser así se hincharían. Como una vez que Mona vio un gato muerto, inflado como un balón de baloncesto, tirado boca arriba, y las patas y el rabo tiesos y estirados como palos, y a

Eddy aquello le dio risa.

Y aquel artista del wiz que ahora se reía -Mona sabía reconocer esos ojos-, y Cherry, que hacía un ruido como de gruñido, y Angie, allí de pie.

-Ahora escuchadme todos -oyó que alguien decía: Molly; se volvió y la vio allí, en el umbral de la puerta, con una pistola pequeña en la mano y a su lado un tipo grande y de pelo sucio, con una cara de estúpido increíble-. No os mováis hasta que os haya clasificado.

El tipo delgado se echó a reír.

-Cállate -dijo Molly, como si estuviese pensando en otra cosa. Disparó sin mirar siquiera la pistola. Destello azul en la pared, justo al lado de su cabeza, y Mona se quedó oyendo sólo aquel silbido.

El delgaducho se ovilló en el suelo, con la cabeza entre las rodillas.

Angie echó a andar hacia la camilla donde yacía el muerto de ojos blancos. Despacio, despacio, como si caminase bajo el agua, y esa mirada en los ojos...

La mano de Mona, en el bolsillo de la chaqueta, se dedicaba a averiguar algo, por sí sola. Apretaba la bolsa de cremallera que había encontrado abajo, y la bolsa le decía... que contenía wiz.

La sacó y supo que era cierto. Estaba pegajosa por la sangre que se secaba. Contenía tres cristales y una especie de aplicador dérmico.

No sabía por qué la había sacado, justo en ese momento, cuando nadie se movía.

El tipo de la cresta de pez de pelea se había sentado, pero no se movía de allí. Angie permanecía junto a la camilla, y no parecía estar mirando al tipo muerto sino la caja gris que llevaba encima de la cabeza, sostenida en una especie de marco. Cherry la de Cleveland estaba de pie, de espaldas contra la pared de libros, y parecía querer tragarse los nudillos. El tipo grande seguía al lado de Molly, quien tenía la cabeza inclinada hacia un lado, como queriendo escuchar algo.

Mona no podía soportar la situación. La mesa tenía tapa de metal. Encima un trozo de hierro viejo que sujetaba un polvoriento fajo de papel continuo. De un golpe estrelló los tres cristales amarillos contra la mesa, levantó el pisapapeles y -uno, dos y tres-Los trituró hasta hacerlos polvo. Eso bastó: todos miraron. Menos Angie.

-Perdonadme -se oyó decir Mona mientras con la
mano derecha barría el polvo amarillo hacia la palma de
la izquierda-, es que me da por ahí... -Enterró la nariz en
el polvo y estornudó. -A veces -agregó, y estornudó el resto.

Nadie dijo nada.

Y de nuevo apareció el centro inmóvil. Igual que la última vez.

Tan rápido que no se movía. El éxtasis. Llega el éxtasis.

Tan rápido, tan quieto, que podía ordenar en una secuencia lo que ocurrió a continuación: Una risotada, ja, ja, como si en verdad no fuera una risa. Por un

altavoz. Al otro lado de la puerta. Desde el puente-pasarela. Y Molly gira, suave como la seda, rápida pero sin prisa, y la pisto-lita chasquea como un encendedor.

Afuera se ve el destello azul, y el tipo grande queda rociado de sangre que viene de afuera al tiempo que el metal viejo se desprende y Cherry chilla antes de que el puente-pasarela se venga abajo con un ruido grande y complicado; abajo, donde encontró el wiz en la bolsa manchada de sangre, todo está a oscuras.

-Gentry -dice alguien, y Mona ve que es una pantalla pequeña en la mesa, la cara de un joven-, conecta el mando de Slick ahora. Han entrado al edificio. -El de la cresta de pez de pelea se endereza en la silla y se pone a hacer cosas con los cables y las consolas.

Y Mona sólo podía mirar, porque estaba tan quieta..., y además todo aquello era interesante.

Y el tipo grande suelta un grito y echa a correr, gritando que son suyos, son suyos. Y la cara de la pantalla dice: -Pero Slick, si ya no los necesitas...

Una máquina se pone en marcha, abajo, en alguna parte, y Mona oye ruidos de metales que entrechocan, y luego alguien grita, allí abajo.

Ahora el sol entra por la ventana alta y estrecha, y Mona se acerca para echar un vistazo. Allí fuera hay algo, como un camión, o un deslizador, algo que está como enterrado debajo de un montón de cosas que parecen neveras, neveras nuevas, y contenedores de plástico rotos, y hay alguien con uniforme de camuflaje, echado en el suelo con la cara en la nieve, y más lejos hay otro deslizador que parece carbonizado.

Interesante.

Satén rosa

Angela Mitchell interpreta esa habitación y sus ocupantes mediante movedizos planos de datos que representan puntos de vista, si bien a quién o a qué corresponden esos puntos de vista es algo de lo cual no está segura. Existe un considerable nivel de superposición, de contradicción.

El hombre de la cresta hirsuta, aovillado en el suelo y vestido de cuero negro con cuentas, es Thomas Trail Gentry (una cascada de datos y dígitos de identificación entra en Angela), sin domicilio fijo (al mismo tiempo que otra vertiente de datos le informa que ese lugar le pertenece). Detrás de una oleada gris de datos oficiales, tenuemente salpicados con las repetidas manchas rosadas de la Autoridad de Fisión, indicando que hay sospecha de utilización fraudulenta de los servicios de la empresa, encuentra a Gentry bajo una luz diferente: es como uno de los vaqueros de Bobby; aunque joven, se parece a los viejos del Gentleman Loser; es un autodidacta, un excéntrico, obsesionado con sus propias luces, un estudioso; está loco, un ave nocturna, culpable (en opinión de Mamman, en opinión de Legba) de múltiples herejías; lady 3Jane, a su excéntrica manera, lo tiene archivado con el nombre de rimbaud. (A partir de rimbaud otro rostro destella ante los ojos de Angie; su nombre es Riviera, actor secundario de los sueños.) Molly le ha hecho perder el conocimiento deliberadamente haciendo que uno de sus dardos le estallara a dieciocho centímetros del cráneo.

Molly, al igual que la otra chica, Mona, carece de número de identificación individual, su fecha de nacimiento no aparece registrada, y sin embargo alrededor de su(s) nombre(s) se ciernen galaxias de hipótesis, rumores, datos contradictorios. Puta de acera, prostituta de burdel, guardaespaldas, asesina; y se mezcla con las sombras de héroes y villanos cuyos nombres no significan nada para Angie, si bien sus imágenes residuales se han entretejido hace ya tiempo en la urdimbre de la cultura global. (Y también esto pertenecía a 3Jane, y ahora pertenece a Angie.)

Molly acaba de matar a un hombre, le ha disparado un dardo explosivo a la garganta. El impacto contra una baranda de acero que adolecía de fatiga metálica ha hecho que una buena parte de la pasarela se desplomara y cayera al suelo de la Fábrica. Esta habitación no tiene otra entrada, hecho éste de estratégica importancia. Probablemente no fuera la intención de Molly provocar el derrumbe de la pasarela. La idea era impedir que el hombre, un mercenario, utilizara su mejor arma: una metralleta de cañón corto de aleación, recubierta con una capa negra antirreflectante. Como quiera que fuese, el loft de Gentry se encuentra ahora eficazmente aislado.

Angie comprende la importancia de Molly para 3Jane, la fuente de su deseo y de su cólera; sabiendo esto, percibe ahora la banalidad de la maldad humana.

Angie ve a Molly moviéndose incansablemente en un gris invierno de Londres; a

su lado va una chica -y sabe, sin saber cómo lo sabe, que esa misma chica se encuentra ahora en el número 23 de Margate Road, SW2. {¿Plan de Rodaje?) El padre de la chica era antes el amo del hombre llamado Swain, quien últimamente ha pasado a ser sirviente de 3Jane en virtud de la información que ésta proporciona a quienes la ayudan. Tal como lo ha hecho Robin Lanier, naturalmente, sólo que él espera ser pagado en otra divisa.

Por la chica llamada Mona, Angie siente una singular ternura, compasión, cierto grado de envidia; aunque Mona ha sido alterada para que se parezca lo más posible a Angie, la vida de Angie no ha dejado prácticamente huella alguna en el tejido de las cosas, y representa, en el sistema de Legba, lo más parecido a la inocencia.

Cherry-Lee Chesterfield aparece rodeada de una especie de garabatos tristes y deshilachados, su perfil de datos parece un dibujo infantil: antecedentes por vagancia, deudas menores, y estudios truncados de técnico paramédico Grado 6; al lado aparecen sus datos de nacimiento y número de identificación.

Slick, o Slick Henry, está entre los indocumentados, pero 3Jane, Plan de Rodaje y Bobby han centrado su atención en él. Para 3Jane, Slick actúa como foco de un nódulo de asociaciones de poca relevancia: equipara su constante rito de construcciones, su respuesta catártica al trauma químico-penitenciario con sus propios y fallidos intentos por exorcizar el sueño estéril de los Tessier-Ashpool. En las galerías de la memoria de 3Jane, Angie se ha encontrado con frecuencia en la sala donde un artefacto manipulador con patas de araña remueve los desechos de la breve y abigarrada historia de Straylight: un acto de collage aumentado. Y Bobby aporta otros recuerdos, extraídos del artista cuando éste accedía a la biblioteca de Babel de 3Jane: sus trabajos lentos e infantiles en la llanura llamada Dog Solitude, erigiendo de nuevo las formas del dolor y la memoria.

Abajo, en la helada oscuridad del suelo de la Fábrica, una de las esculturas cinéticas de Slick, controlada por un subprograma de Bobby, arranca el brazo izquierdo de otro mercenario valiéndose de un mecanismo recuperado hacía dos veranos de una cosechadora de fabricación china. El mercenario, cuyo nombre y número de identificación pasan junto a Angie como burbujas de plata caliente, agoniza con la cara apoyada en una de las botas de Pajarito.

Sólo Bobby, entre los que están en esa habitación, no aparece en forma de datos. Y Bobby no es ese despojo que está delante de ella, envuelto en nailon y sujeto a barras de metal, con la barbilla cubierta por una película de vómito seco, tampoco es el rostro entusiasta y familiar que la mira desde un monitor instalado en la mesa de trabajo de Gentry. ¿Será Bobby esa sólida y rectangular masa de memoria atornillada a la camilla?

Ahora camina por ondulantes dunas de satén rosa manchado, bajo un cielo de acero fabricado, libre al fin de la habitación y su coágulo de datos.

Brigitte camina junto a ella, y no hay presión, ni vacíos nocturnos, ni ruido de colmena. No hay velas. También Plan de Rodaje está allí, representado por una complicada guirnalda de plata andante que le recuerda, en cierta manera, a Hilton Swift en la playa de Malibú.

-¿Te sientes mejor? -pregunta Brigitte.

-Mucho mejor, gracias.

-Ya me lo parecía.

-¿Por qué está Plan de Rodaje aquí?

-Porque es tu primo, está hecho con biochips de la Maas. Porque es joven. Caminamos contigo para asistir a tu boda.

-Pero, ¿quién eres tú, Brigitte? ¿En realidad qué eres?

-Soy el mensaje que le pidieron a tu padre que escribiese. Soy los vévés que introdujo en tu cabeza. -Brigitte se acerca a ella.- Sé amable con Plan de Rodaje. Teme que, en su torpeza, se haya ganado tu enemistad.

La guirnalda se adelanta a ellas, se aleja por las dunas de satén para anunciar la llegada de la novia.

El señor Yanaka

La unidad Maas-Neotek permanecía caliente al tacto; el soporte de plástico blanco que tenía debajo se había decolorado, al parecer debido al calor. Olía como a pelo quemado...

Vio que los hematomas que Tick tenía en la cara se oscurecían. La había mandado a buscar en el armario al lado de su cama un paquete de cigarrillos lleno de pastillas y dermodiscos; se abrió el cuello de la camisa y se aplicó tres discos adhesivos en la piel, blanca como la porcelana.

Kumiko lo ayudó a improvisar un cabestrillo con un trozo de cable óptico.

-Pero si Colin dijo que ella se había olvidado...

-Pues yo no -dijo él, y aspiró aire por entre los dientes, mientras se pasaba el cabestrillo por debajo del brazo-. Pareció ocurrir, en su momento. Está durando lo suyo... -Hizo una mueca de dolor.

-Lo siento.

-No pasa nada. Sally me contó. Lo de tu madre, quiero decir.

-Sí... -Kumiko no apartó la mirada.- Se suicidó. En Tokio...

-Quienquiera que fuera, ésa no era ella.

-La unidad... -Kumiko miró hacia la mesa del desayuno.

-Ella la ha quemado. A él no le importará. Él sigue ahí. Ya se ha acostumbrado. Y ¿en qué andará metida nuestra Sally?

-Tiene a Angela Mitchell en su poder. Ha ido a buscar lo que ha originado todo esto. Está donde estuvimos. Un lugar que se llama Nueva Jersey.

Sonó el teléfono.

El padre de Kumiko, cabeza y hombros enmarcados en la pantalla grande que estaba detrás del teléfono de Tick: llevaba su traje oscuro, su Rolex, una galaxia de pequeños símbolos de hermandades sujetos a la solapa de estambre. A Kumiko le pareció muy cansado, cansado y muy serio, un hombre serio detrás de la extensión lisa y oscura del escritorio de su despacho. Viéndolo allí, lamentó que Sally no hubiese llamado desde una cabina con cámara. Le habría gustado mucho ver de nuevo a Sally; ahora, quién sabe, sería imposible.

-Te ves bien, Kumiko -dijo su padre.

Kumiko se sentó muy derecha, de cara a la pequeña cámara instalada justo debajo de la pantalla mural. Por puro reflejo invocó la máscara de desdén de su madre, pero ésta no compareció. Confundida, dejó caer la mirada en sus manos, entrelazadas en el regazo. Advirtió de golpe la presencia de Tick, su apuro, su temor, atrapado en la silla de al lado, en pleno campo visual de la cámara.

-Has hecho bien en irte de casa de Swain -dijo entonces su padre.

Volvió a mirarlo a los ojos. -Él es tu kobun.

-Ya no lo es. Mientras estábamos distraídos, aquí, con nuestras propias dificultades, él estableció alianzas nuevas y dudosas, tomando rumbos que no podríamos aprobar.

-¿Y tus dificultades, padre?

¿Fue aquello un atisbo de sonrisa? -Todo eso ha terminado. El orden y la armonía han sido restablecidos.

-Eh..., perdone usted, señor, señor Yanaka -empezó Tick, pero perdió la voz de pronto.

-Sí. ¿Usted es...?

El magullado rostro de Tick se contrajo en una mueca enorme y particularmente lúgubre.

-Se llama Tick, padre. Me ha alojado y protegido. Junto con Col..., con la unidad Maas-Neotek, esta noche me ha salvado la vida.

-¿En serio? No había sido informado de esto. Tenía la impresión de que no habías salido de su apartamento.

Algo frío.... -¿Cómo? -preguntó Kumiko, echándose hacia adelante-. ¿Cómo pudiste saberlo?

-La unidad Maas-Neotek comunicó tu paradero, una vez que se supo: una vez que la unidad quedó libre de los sistemas de Swain. Enviamos observadores a la zona. -Kumiko se acordó del vendedor de tallarines.- Desde luego, sin informar a Swain. Pero luego la unidad no transmitió un segundo mensaje.

-Se había roto. Fue un accidente.

-¿Y sin embargo dices que te salvó la vida?

-Señor -dijo Tick-, perdone usted, lo que quiero saber es si estoy cubierto.

-¿Cubierto?

-A salvo. A salvo de Swain, quiero decir, de él y de sus amigos corruptos de la División Especial, y del resto..

-Swain está muerto.

Se produjo un silencio. —Pero alguien se encargará de llevar el asunto, sin duda. Me refiero a los negocios de usted.

El señor Yanaka miró a Tick con abierta curiosidad. -Naturalmente. ¿De qué otro modo podríamos esperar que prevalezcan el orden y la armonía?

-Dale tu palabra, padre -dijo Kumiko-, de que no sufrirá ningún daño.

Yanaka desvió la mirada desde Kumiko hacia el nervioso rostro de Tick. -Deseo hacerle llegar mi profundo agradecimiento, señor, por haber protegido a mi hija. Estoy en deuda con usted.

-Vaya -dijo Kumiko.

-¡Ostras! -dijo Tick, pasmado de asombro-. Éso es fantástico.

-Padre -dijo Kumiko-, la noche de la muerte de mi madre, ¿ordenaste a tus

secretarios que la dejaran salir sola?

Ni un músculo se movió en la cara de su padre. Kumiko vio que aquel rostro se llenaba de un dolor que no le había visto nunca. -No -dijo al fin-. No lo hice.

Tick tosió.

-Gracias, padre. ¿Volveré a Tokio, ahora?

-Claro, si tú quieres. Aunque tengo entendido que no has podido ver gran cosa de Londres. Mi asociado se presentará en el apartamento del señor Tick. Si quieres quedarte, para explorar la ciudad, él se encargará de arreglarlo.

-Gracias, padre.

-Adiós, Kumi.

Y desapareció.

-Bueno, ahora -dijo Tick, haciendo una mueca horrible al extender el brazo sano-, ayúdame a levantarme de este...

-Pero si necesitas cuidados médicos.

-¿No los he tenido ya? -Logró ponerse en pie, y se dirigía al baño a trompicones cuando Petal abrió la puerta del vestíbulo de arriba, que estaba a oscuras.- Como me hayas roto la cerradura más te valdrá que me la pagues.

-Lo siento -dijo Petal, parpadeando-. He venido a buscar a la señorita Yanaka.

-Mala suerte, colega. Acabamos de hablar por teléfono con su padre. Nos ha dicho que Swain se ha caído. Ha dicho que mandaría al nuevo jefe. -Ensayó una sonrisa torva, triunfal.

-Verá usted -dijo Petal en voz baja-, ése soy yo.

El suelo de la Fábrica

Cherry sigue gritando.

-Que alguien haga que se calle -dice Molly, desde la puerta, con su pequeña pistola, y Mona piensa que puede hacerlo, que puede pasarle a Cherry algo de su quietud, donde todo es interesante y nada presiona demasiado, pero al cruzar la habitación ve la bolsa de cremallera arrugada en el suelo y recuerda que en la bolsa hay un dermo, algo que tal vez puede calmar a Cherry.

-Toma -dice, al llegar junto a ella; quita el envoltorio y le pega el dermo en el cuello. Los gritos de Cherry bajan de escala hasta convertirse en un gorjeo atragantado mientras se desploma apoyándose en la pared de libros viejos, pero Mona está segura de que no le pasará nada, y de todos modos abajo se oyen gritos, disparos: más allá de donde está Molly pasa el destello blanco de una bala trazadora que choca y roza estructuras de metal, y Molly le grita a Gentry que si puede encender las malditas luces.

Se refería sin duda a las luces de abajo, porque las de arriba estaban a toda potencia; es tanta la luz, que ve unos puntos pequeños y borrosos, huellas de color, estelas de luz que desprenden las cosas si las mira de cerca. Trazadoras. Así se llaman esas balas, las que se encienden. Eddy se lo había explicado en Florida una vez que, estando en la playa, miraban a un guardia que las disparaba en la oscuridad.

-Sí, las luces -dijo la cara de la pantalla-. La Bruja no puede ver... -Mona le sonrió. Dudaba de que alguien más lo hubiese oído. ¿La Bruja?

Gentry y Slick estaban arrancando unos cables gruesos y amarillos de la pared a la cual habían estado sujetos con cinta adhesiva plateada y los conectaban a unas cajas metálicas, y Cherry la de Cleveland estaba sentada en el suelo, con los ojos cerrados, y Molly estaba agazapada detrás de la puerta, sosteniendo la pistola con ambas manos, y Angie estaba...

No te muevas.

Oyó que alguien decía eso, pero no había sido ninguno de los que estaban allí. Pensó que a lo mejor era Lanette, porque Lanette podía ir y decir eso, a través del tiempo, a través de la quietud.

Porque Angie estaba allí, echada en el suelo al lado de la camilla del tipo muerto, con las piernas dobladas como algunas estatuas, abrazada al tipo.

Las luces se atenuaron cuando Gentry y Slick dieron con la conexión, y le pareció que la cara de la pantalla jadeaba, pero ya estaba acercándose a Angie porque había visto (súbita y totalmente, con una claridad que hacía daño) el delgado hilo de sangre que le salía del oído izquierdo.

Pero incluso entonces se mantuvo la quietud, aunque ya sentía en el fondo de la garganta las punzadas calientes, y se acordó de Lanette diciéndole: «Sobre todo no lo

estés olfateando, porque te abre agujeros adentro.»

Y Molly tenía la espalda erguida, los brazos extendidos... rectos hacia abajo, no hacia aquella caja gris, sino hacia su pistola, aquella cosa pequeña, y Mona la oyó sonar snik-snik-snik, y luego tres explosiones, muy lejos allá abajo, y debieron de ser fogonazos azules, pero ya las manos de Mona abrazaban a Angie, con las muñecas manchadas por el roce del abrigo de piel ensangrentado. Luego miró unos ojos ausentes, una luz que se extinguía. Lejana, tan lejana.

-Eh -dijo Mona, sin que hubiese nadie para oírla, sólo Angie recostada en el cadáver metido en el saco de dormir-, eh...

Levantó la mirada a tiempo para ver una última imagen en aquella pantalla, una imagen que desaparecía.

Después, y durante mucho tiempo, nada importó. No era la indolencia de la quietud, la sobremarcha del cristal, y tampoco era el bajón, sino esa sensación de haber cruzado un umbral, tal vez lo que siente un fantasma.

Estaba al lado de Slick y de Molly en la puerta y miraba hacia abajo. A la tenue luz de las grandes y viejas bombillas vio un artefacto de metal con forma de araña que se movía en el sucio suelo de hormigón. Las extremidades de ese artefacto eran grandes hojas curvas, que rasgaban el aire y giraban cada vez que el aparato se movía; era lo único que se movía, y lo hacía como un juguete roto, avanzando y retrocediendo frente al retorcido amasijo que era el puente que había cruzado con Angie y Cherry.

Cherry se había levantado del suelo, pálida y demacrada, y se había quitado el dermo. -Vaya relajante muscular -alcanzó a decir, y Mona se sintió culpable porque sabía que había hecho una estupidez cuando creía estar ayudando, pero el wiz siempre hacía eso, y ¿por qué ella no podía contenerse?

Porque estás enganchada, estúpida, oyó decir a Lanette, pero no había querido recordar eso.

Así que allí estaban todos, mirando la araña de metal que se retorcía y se descargaba allí abajo. Todos salvo Gentry, que estaba desatornillando la caja gris del soporte de la camilla, las botas negras junto al enrojecido abrigo de piel de Angie.

-Atención -dijo Molly-. Eso es un helicóptero. Un helicóptero grande.

Fue la última en bajar por la cuerda, salvo Gentry, pero él había dicho que no bajaba, que no le importaba, que se quedaba.

Era una cuerda gorda, de un gris sucio, y tenía nudos para asirse de ellos; se parecía a un columpio que le vino a la memoria desde un tiempo lejano. Slick y Molly habían bajado primero la caja gris hasta una plataforma donde las escaleras de metal no se habían derrumbado. Entonces bajó Molly, como una ardilla; parecía que ni siquiera se agarraba de la cuerda, que ató firmemente a una baranda. Slick bajó

despacio, pues llevaba a Cherry cargada en el hombro y ésta se encontraba aún demasiado relajada para bajar sola. Mona todavía se sentía culpable y se preguntó si no sería por eso que habían decidido dejarla allí arriba.

En realidad lo había decidido Molly, cuando estaba de pie junto a la ventana mirando a la gente que salía del helicóptero largo y negro y se dispersaba en la nieve.

-Mira eso -dijo Molly-. Ya lo saben. Han venido a recoger los restos. Senso/Red. Yo me largo.

Cherry balbuceó que también ellos se iban, ella y Slick. Y Slick se encogió de hombros, luego sonrió y la rodeó con el brazo.

-¿Y qué pasa conmigo?

Molly la miró. O eso pareció hacer. Con las gafas nunca se sabía. Una dentadura blanca asomó por un instante tras esos labios, y entonces dijo: -Quédate, te lo aconsejo. Deja que lo decidan ellos. Tú en realidad no has hecho nada. Nada de esto ha sido idea tuya. A lo mejor deciden que tú les sirves, o que se puede intentar. Sí, quédate.

Mona no entendió nada, pero estaba tan molida, tan mareada por el bajón, que no podía discutir.

Y se marcharon, bajaron por la cuerda y se marcharon, y así eran las cosas, la gente se iba y nunca más la volvías a ver. Miró hacia atrás y vio a Gentry caminando de un extremo a otro de la biblioteca, pasando la punta de un dedo por el lomo de los libros, como si buscase alguno en particular. Había echado una manta sobre la camilla.

Y se marchó, sin más. Nunca sabría si Gentry había encontrado por fin su libro o no, pero así eran las cosas, de modo que bajó por la cuerda, lo cual no era tan fácil como Molly y Slick lo habían hecho parecer, sobre todo si uno se sentía como Mona, porque Mona se sentía al borde del desmayo y ni brazos ni piernas parecían responderle, tenía que concentrarse para mover cada extremidad, y la nariz y la garganta se le inflamaban por dentro, por eso no vio al negro hasta que pisó la plataforma.

El negro estaba de pie allí abajo, mirando el trasto grande en forma de araña, que ahora no se movía en absoluto. Alzó la vista cuando el talón de Mona rozó la plataforma de acero. Al verla una tristeza enorme se le instaló en la cara, pero enseguida se borró esa expresión, y el negro empezó a subir la escalera de metal, despacio y con facilidad, y a medida que se acercaba Mona empezó a preguntarse si de verdad era negro. No por el color, que sin duda lo era, sino por algo en la forma de esa cabeza calva, los ángulos del rostro, en nada parecidos a nadie. Era alto, muy alto. Llevaba un abrigo largo y negro, de un cuero tan fino que se movía como la seda.

-Hola, niña -dijo el negro cuando se detuvo frente a ella y estiró la mano para levantarle la barbilla, de modo que Mona quedó mirando unos ojos de ágata con

puntitos dorados, ojos que nadie en el mundo había tenido jamás. Unos dedos largos y muy livianos le sujetaban la barbilla-. Niña -dijo el hombre-, ¿cuántos años tienes?

-Dieciséis...

-Tendrías que cortarte el pelo -dijo el hombre, y por la forma en que lo hizo parecía hablar muy en serio.

-Angie está allí arriba -dijo Mona, apuntando hacia lo alto, cuando pudo recuperar la voz-, está...

-Calla.

Oyó ruidos metálicos a lo lejos, en el viejo edificio grande, y luego un motor que se ponía en marcha. El deslizador, pensó, en el que Molly las había traído.

El negro alzó las cejas, sólo que no tenía cejas. -¿Amigos? -y bajó la mano.

Mona asintió con la cabeza.

-Con eso basta -dijo el negro y le agarró la mano para ayudarla a bajar la escalera. Una vez abajo, sin soltarle la mano, la guió para sortear el amasijo de hierros retorcidos que habían sido la pasarela. Allí quedaba un muerto, vestido de camuflaje, y tenía una de esas cosas para hablar fuerte que suelen tener los policías.

-Swift -gritó el negro, y la voz resonó en el ámbito hueco y de techos altos, entre las rejillas negras de las ventanas sin vidrio, líneas negras contra un cielo blanco, mañana de invierno-, ven aquí. La he encontrado.

-Pero yo no soy ella...

Y por allí, por las puertas grandes que seguían abiertas, contra un fondo de cielo y nieve y óxido, vio a un traje gris que se acercaba caminando, con el abrigo abierto y la corbata revoloteando al viento, y el deslizador de Molly le pasó al lado para salir por las mismas puertas, y él ni siquiera miró, porque estaba mirando a Mona.

-Yo no soy Angie -dijo Mona, y se preguntó si debería decirle lo que acababa de ver, a Angie y al chico aquél juntos en la pantalla, justo antes de que se apagara.

-Lo sé -le dijo el negro-, pero crece en ti.

Éxtasis. Viene el éxtasis.

Juez

La mujer los llevó hasta un aerodeslizador estacionado en el interior de la Fábrica, si es que eso se podía llamar estacionar, pues el vehículo tenía el morro aplastado contra un armario de cemento donde guardaban herramientas. Era un vehículo de carga y en las puertas traseras llevaba pintadas las palabras cathode cathay; Slick se preguntó en qué momento había podido meterlo allí sin que él lo oyera. Tal vez fuera cuando Bobby el Conde realizaba su maniobra de distracción con el dirigible.

El aleph pesaba mucho, era como cargar el bloque de un motor pequeño.

No quiso mirar a la Bruja, porque tenía sangre en las aspas cortantes y él no la había hecho para eso. Había un par de cuerpos alrededor, o partes de cuerpos; tampoco quiso mirarlos.

Miró el bloque de biosoftware y las baterías y se preguntó si todo aquello seguiría ahí dentro, la casa gris, México y los ojos de 3Jane.

-Espera -dijo la mujer. Pasaban por la rampa que llevaba a la sala donde él guardaba sus máquinas; el Juez seguía allí, y el Triturador de Cadáveres...

La mujer aún llevaba la pistola en la mano. Slick puso una mano en el hombro de Cherry. -Ha dicho que esperásemos.

-Esa cosa que vi anoche -dijo la mujer-. El robot de un solo brazo. ¿Funciona?

-Sí.

-¿Es fuerte? ¿Puede transportar una carga?, ¿por un terreno irregular?

-Sí.

-Ve a buscarlo.

-¿Eh?

—Mételo en la parta de atrás del deslizador. Ahora. Muévete.

Cherry se colgó de Slick; le temblaban las rodillas por lo que la chica aquélla le había dado.

-Tú -dijo Molly, señalándola con la pistola-, sube al deslizador.

-Haz lo que dice -dijo Slick.

Slick dejó el aleph en el suelo y bajó la rampa para entrar en la sala donde el Juez esperaba entre las sombras, con el brazo sobre la lona, donde él lo había dejado. Ahora ya no podría hacerle los arreglos que quería para que la sierra funcionase como debía. En una estantería de metal llena de polvo había una unidad de control. La sacó y encendió el Juez, cuyo caparazón marrón se puso a temblar suavemente.

Hizo avanzar al Juez, rampa abajo; los pies anchos se posaban un-dos, un-dos, y los rotores giraban para compensar el equilibrio perdido por el brazo mutilado. La mujer había abierto las puertas traseras del deslizador y Slick hizo avanzar recto hacia ella al Juez, que se echó un poco hacia atrás para evitar la imponente masa del

aparato; las gafas plateadas de la mujer arrojaron reflejos de óxido pulido. Slick se puso detrás del Juez para ver cuál era el mejor ángulo para meterlo en el vehículo. Aquello carecía de sentido, pero al menos la mujer parecía tener alguna idea de lo que estaban haciendo, y cualquier cosa era mejor que quedarse en la Fábrica en aquel momento, con cadáveres por todas partes. Pensó en Gentry, allí arriba, con sus libros y esos cuerpos. Arriba quedaban dos chicas, y las dos se parecían a Angie Mitchell. Ahora una de las dos estaba muerta, y él no sabía ni cómo ni por qué, y la mujer de la pistola le había dicho a la otra que esperase...

-Venga, venga, mete esa mierda ahí dentro, tenemos que irnos...

Después que consiguió meter al Juez en la parte trasera del deslizador, acostado y con las patas dobladas, cerró de golpe las puertas, rodeó el deslizador corriendo y entró por la puerta del acompañante. El aleph estaba puesto entre los asientos delanteros. Cherry iba aovillada en el asiento trasero, temblando debajo de un chaquetón naranja con el logo de la Senso/Red en una manga.

La mujer encendió la turbina e infló la bolsa de aire. Slick pensó que el deslizador se habría enganchado en el armario de las herramientas, pero cuando Molly hizo marcha atrás el deslizador perdió una lámina de cromo y quedó libre. Molly hizo girar el vehículo y lo orientó hacia las puertas.

Cuando salían pasaron al lado de un tipo con traje y corbata y abrigo de paño que no pareció verlos. -¿Quién es ése?

Molly se encogió de hombros.

-¿Quieres este deslizador? -le preguntó. Estaban a unos diez kilómetros de la Fábrica y él no había vuelto la vista atrás.

-¿Lo has robado?

-Claro.

-Entonces paso.

-¿Yeso?

-Estuve preso por robo de coches.

-¿Cómo está tu novia?

-Dormida. No es mi novia.

-¿No?

-¿Te puedo preguntar quién eres?

-Una mujer de negocios.

-¿Qué negocios?

-Es difícil de explicar.

El cielo en lo alto de Solitude estaba blanco y brillante.

-¿Has venido por esto? -Tocó el aleph.

-Más o menos.

-¿Y ahora qué?

-Había hecho un trato. Tenía que reunir a Mitchell con la caja.

-¿Ésa era ella, la que se cayó?

-Sí, ésa era ella.

-Pero ha muerto...

-Hay muertes y muertes.

-¿Como la de 3Jane?

Molly movió la cabeza, como para mirarlo. -¿Qué sabes de eso?

-La vi una vez. Ahí dentro.

-Bueno, pues ella sigue allí, y también Angie.

-Y Bobby.

-¿Newmark? Sí.

-Bueno, ¿y qué harás con esto?

-Tú has construido esas cosas, ¿verdad? La que está ahí detrás, y las otras.

Slick miró por encima del hombro hacia donde estaba el Juez, doblado en el espacio de carga del deslizador, como una muñeca grande, oxidada y descabezada. -Sí.

-Así que se te dan bien las herramientas.

-Supongo.

-Ajá. Tengo un trabajo para ti. -Molly redujo la velocidad cuando pasaban junto a un desordenado montón de chatarra cubierto de nieve y se hizo a un lado para detenerse.- En algún rincón, por ahí, debe de haber un juego de herramientas. Recógelo, sube al techo y bájame las placas solares y los cables. Quiero que conectes la caja a las placas para que recarguen la batería de este trasto. ¿Podrás hacer eso?

-Probablemente. ¿Por qué?

Molly se recostó en el asiento y Slick vio que era mayor de lo que había pensado, y se veía cansada. -Mitchell está ahí ahora. Ellos quieren que pase un tiempo, es todo...

-¿Ellos?

-No sé. Algo. Con lo que sea que hice el trato. ¿Cuánto crees que durarán las baterías, si las placas funcionan?

-Un par de meses. Un año, tal vez.

-Muy bien. Ya lo esconderé en alguna parte, donde a las placas les dé el sol.

-¿Qué pasa si cortas la corriente?

Molly se agachó y pasó la punta del dedo índice por el delgado cable que conectaba el aleph con la batería. Slick le vio las uñas a la luz de la mañana; parecían artificiales. -Eh, 3Jane -dijo, con la uña apoyada en el cable-, te tengo atrapada. -Y su mano fue un puño que se abrió como si dejase escapar algo.

Cherry quería explicarle a Slick todo lo que iban a hacer cuando llegasen a Cleveland. Él estaba sujetando con cinta adhesiva dos de las placas solares al amplio pecho del Juez. El aleph gris ya estaba colocado en la espalda de la máquina, metido en una especie de arnés tipo mochila hecha con cinta. Cherry dijo que sabía dónde podría encontrar empleo como reparador de juegos en una vídeo-galería. Él no le prestaba atención.

Cuando hubo terminado le dio el mando a distancia a la mujer.

-Supongo que ahora tenemos que esperarte.

-No -dijo Molly-. Os vais a Cleveland. Te lo acaba de decir Cherry.

-¿Y tú?

-Yo me voy a dar un paseo.

-¿Quieres congelarte, o morirte de hambre?

-Quiero estar a solas de una puñetera vez, para variar. -Probó el mando a distancia y el Juez tembló, dio un paso adelante, luego otro.

-Que os vaya bien en Cleveland. -La vieron alejarse a pie por Solitude, seguida por los torpes pasos del Juez. De pronto se volvió y gritó:- ¡Eh, Cherry! ¡A ver si metes a ese tío en una bañera!

Cherry la saludó agitando la mano, y las cremalleras de sus chaquetas de cuero tintinearon.

Cuero rojo

Petal dijo que sus maletas la esperaban en el Jaguar. -Supongo que no querrás volver a Notting Hill -dijo-, así que te hemos arreglado algo en Camden Town.

-Petal -dijo Kumiko-, he de saber qué le ha pasado a Sally.

Petal puso el motor en marcha.

-Swain la estaba chantajeando. Obligándola a secuestrar...

-Ah. Bueno —la interrumpió Petal-. Ya veo. Yo no me preocuparía, si fuese tú.

-Estoy preocupada.

-Sally, creo yo, ha logrado deshacerse de ese pequeño problema. Además, según algunos funcionarios amigos nuestros, ha logrado hacer que todo dato, todo expediente sobre ella se evaporase, parece ser, excepto unos datos sobre intereses mayoritarios en un casino de Alemania. Y si algo le ha pasado a Angela Mitchell, la Senso/Red no lo ha hecho público. Todo eso ahora ha terminado.

-¿Volveré a verla?

-En mi barrio no, por favor.

Bajaron de la acera.

-Petal -dijo Kumiko mientras atravesaban Londres-, mi padre me ha dicho que Swain...

-Un necio. Un condenado necio. Prefiero no hablar de eso ahora.

-Lo siento.

Estaba puesta la calefacción. Hacía calor en el Jaguar, y Kumiko se sentía muy cansada. Se recostó en cuero rojo y cerró los ojos. De algún modo, pensó, su encuentro con 3Jane la había liberado de su vergüenza, y la respuesta de su padre, de su rabia. 3Jane había sido muy cruel. Ahora veía también la crueldad de su madre. Pero todo ha de ser perdonado, algún día, pensó, y se quedó dormida mientras iba en camino a un lugar llamado Camden Town.

Más allá, piedra lisa

Han venido a vivir a esta casa: paredes de piedra gris, tejado de pizarra, en una estación de principios de verano. Los terrenos son brillantes y silvestres, aunque la hierba larga no crece y las flores no se marchitan.

Detrás de la casa hay más edificaciones anexas que nunca han sido abiertas ni exploradas, y un prado donde unos planeadores amarrados forcejean con el viento.

En una ocasión, caminando entre las encinas que bordean aquel prado, vio a tres desconocidos que cabalgaban en algo más o menos parecido a un caballo. Los caballos son una especie extinta, y su línea genética desapareció antes de que Angie naciera. En la silla de montar iba una silueta delgada y vestida de paño, un chico que parecía un palafrenero de un cuadro antiguo. Delante de él, una chica japonesa iba también a horcajadas, y detrás del chico un hombrecillo pálido y de aspecto grasiento, con traje gris y medias rosadas que apenas le cubrían los blancos tobillos, en contraste con los zapatos marrones. ¿La había visto la chica? ¿Le había devuelto la mirada?

Ha olvidado contarle esto a Bobby.

Las visitas más frecuentes llegan en sueños del amanecer, aunque una vez un sonriente hombre con aspecto de diablillo se anunció golpeando repetidas veces la pesada puerta de roble y preguntando, cuando ella corrió a abrir, por «el mierdín de Newmark». Bobby le presentó a dicha criatura con el nombre de Finlandés, y parecía encantado de verlo. La decrépita chaqueta de paño del Finlandés exudaba un complejo olor a humo rancio, soldadura vieja y arenque en salmuera. Bobby le explicó que el Finlandés siempre sería bienvenido. -Tanto da, porque no hay forma de mantenerlo afuera, una vez que ha decidido entrar.

3Jane también viene, es una de las visitas del alba, de presencia triste e indecisa. Bobby apenas advierte que está ahí, pero Angie, depositaría de tantos de sus recuerdos, entra en resonancia con esa peculiar mezcla de nostalgia, celos, frustración y rabia. Angie ha llegado a entender las motivaciones de 3Jane, y a perdonarla, aunque, ¿qué es exactamente lo que hay que perdonar, cuando se vaga entre estas encinas a la luz del sol?

Pero hay sueños de 3Jane que a veces molestan a Angie; ella prefiere otros sueños, en particular los de su joven protegido. Éstos suelen llegar cuando el viento mueve las cortinas de encaje, con el primer canto de los pájaros. Entonces se acerca a Bobby, cierra los ojos, forma en la mente el nombre de Plan de Rodaje, y espera a que lleguen las imágenes pequeñas, brillantes.

Ve que han llevado a la chica a una clínica en Jamaica para curar su adicción a estimulantes fuertes. Una vez que su metabolismo ha sido puesto a punto por un ejército de pacientes médicos de la Red, sale por fin, radiante de salud. Con el aparato

sensorial expertamente modulado por Piper Hill, sus primeros estims son acogidos con un entusiasmo sin precedentes. Su audiencia global se extasía con esa frescura, ese vigor, la forma deliciosamente ingenua en que parece descubrir esa vida fascinante como si fuera por primera vez.

A veces una sombra cruza la lejana pantalla, pero sólo un instante: Robin Lanier ha sido hallado muerto, estrangulado, congelado, en el paisaje de montaña de la fachada del New Suzuki Envoy; tanto Angie como Plan de Rodaje saben qué manos largas y fuertes estrangularon a la estrella y la arrojaron luego allí.

Pero hay algo que se le escapa, un fragmento especial del rompecabezas que es la historia.

En el borde de la sombra de una encina, bajo un atardecer de acero y salmón, en esta Francia que no es Francia, le pide a Bobby la respuesta a su última pregunta.

Esperaron a medianoche en la entrada del jardín, porque Bobby le había prometido una respuesta.

Cuando los relojes de la casa dieron las doce, Angie oyó el ruido de unos neumáticos sobre la gravilla. El coche era largo, chato y gris.

El conductor era el Finlandés.

Bobby abrió la puerta y la ayudó a entrar.

En el asiento trasero reconoció al joven de aquella visión de un caballo imposible y tres dispares jinetes. El joven le sonrió, pero no dijo nada.

-Este es Colin -dijo Bobby mientras se instalaba al lado de ella-. Y ya conoces al Finlandés.

-No lo ha adivinado, ¿verdad? -preguntó el Finlandés, poniendo el coche en primera.

-No -dijo Bobby-. Creo que no.

El joven llamado Colin la miraba sonriente. -El aleph es una aproximación de la matriz -dijo-, una especie de modelo del ciberespacio...

—Sí, eso lo sé. -Ella se volvió hacia Bobby.- ¿Y bien? Me prometiste que me dirías el por qué de Cuando Todo Cambió.

El Finlandés se echó a reír, haciendo un ruido muy extraño. -No hay un por qué, señora. Es más bien un qué. ¿Recuerdas una vez que Brigitte te dijo que había un otro? ¿Sí? Bueno, eso es el qué, y el qué es el por qué.

-Sí que me acuerdo. Dijo que cuando la matriz por fin se conoció a sí misma, apareció «lo otro»...

-Allí es donde vamos esta noche -dijo Bobby abrazándola-. No está lejos, pero es...

-Diferente -dijo el Finlandés-, ya verás que es realmente diferente.

-Pero, ¿qué es?

-Verás -dijo Colin, peinando hacia un lado el mechón de pelo castaño, como un colegial en una antigua obra de teatro-, cuando la matriz alcanzó el estado de conciencia, simultáneamente advirtió la presencia de otra matriz, otra conciencia.

-No entiendo -dijo Angie-. Si el ciberespacio consiste en la suma total de los datos del sistema humano...

-Sí -dijo el Finlandés, mientras entraba en la autopista larga y vacía-, pero nadie está hablando de humanos, ¿entiendes?

-La otra estaba en otro lugar -dijo Bobby.

-En Centauro -dijo Colin.

¿Le estaban tomando el pelo? ¿Era una broma de Bobby?

-Así que es difícil explicar por qué la matriz se dividió en tantas deidades vudúes y cosas por el estilo cuando se encontró con lo otro -dijo el Finlandés-, pero cuando lleguemos te harás una idea...

-Mi opinión personal -dijo Colin- es que así todo es mucho más divertido.

-¿Me estáis diciendo la verdad?

-Estaremos allí en un minuto neoyorquino -dijo el Finlandés-, palabra de honor.

Notas del traductor

Rapid eye movement: Movimiento ocular rápido, fase del sueño caracterizada por una mayor actividad cerebral; se produce repetidas veces a lo largo del sueño y suele preceder al despertar.

Gaijin: Persona no nacida en Japón, extranjero en Japón.

Single Identification Number: Número individual (o único) de identificación. Abreviado es SIN, que significa pecado y da lugar al juego de palabras: SINless, carente del número en cuestión pero también sinless, exenta de pecado, inmaculada.

Gomi: Basura, utilizada para relleno de tierras en Japón.

Giri: Deuda de honor en la tradición japonesa.

Golden Hind: Barco capitaneado por Francis Drake para circunnavegar la Tierra.